

240  
Marzo 18/67

BIBLIOTECA ECONÓMICA  
DEL MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

# EL NUEVO GALATEO.

TRATADO COMPLETO  
DE  
CORTESANÍA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA,  
ESCRITO EN LENGUA ITALIANA

por  
MELCHOR GIOJA,  
Y REFUNDIDO Y PUESTO EN CASTELLANO

por  
D. JUAN GORTADA.

Director del Instituto de segunda enseñanza de  
Barcelona.

Precio : 8 rs. en rústica y 12 en percalina.

BARCELONA.  
LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES.  
1867.

REVISTA DE LA ESCUELA DE INGENIEROS

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912



BIBLIOTECA ECONÓMICA  
DEL MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

---

~~4984~~

10990  
Key (1847)

BIBLIOTECA ECONOMICA  
DEL MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

---

V. D. P. P. P. P.  
Hoy 15/11/1911



647-1344

# EL NUEVO GALATEO.



TRATADO COMPLETO

DE

CORTESANIA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA,

ESCRITO EN LENGUA ITALIANA

por

MELCHOR GIOJA,

Y REFUNDIDO Y PUESTO EN CASTELLANO

POR D. JUAN CORTADA,

D. JUAN CORTADA,

Director del Instituto de segunda enseñanza de  
Barcelona.



BARCELONA.

LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES.

1866.

Barcelona—Imprenta de Jaime Tàrras, Pelitxol, 11.—1866.

EL MUNDO GAYETANO

PRETALADO JOSE LERO

CONTRIBUCION A LA HISTORIA DE LA VIDA

DE LA NACIÓN

MELCHOR CLOTA

Y PEREGRINOS EN CASTELLANO

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

---

D. JUAN CORTADA

LIBRERIA DE JUAN BASTIEN & HIJOS EDITORES

---

Barcelona.—Imprenta de Jaime Jepús, Petritxol, 14.—1866.



## CUATRO PALABRAS.



A solicitud de diferentes personas habia comenzado á escribir un libro acerca de cortesanía, cuando vino á mis manos la obra que con el mismo objeto publicó hace treinta años el italiano Gioja. Creí entonces que era mejor aprovechar el trabajo ya hecho, y he traducido dicho libro, resumiéndolo no poco, porque en muchos puntos me pareció difuso. Lo recomiendo eficazmente á los jóvenes y á los instructores de la juventud, á todos los cuales encargo que no olviden nunca que la falta de buena educacion es una herida que á veces llega á cerrarse, pero siempre deja la cicatriz, que se abre de nuevo cuando las circunstancias son para ello favorables.



## CUATRO PALABRAS

A solicitud de diferentes personas hebreo co-  
necido á escribir un libro acerca de costumbres, cuando  
vino á mis manos la obra que con el mismo objeto  
publicó hace treinta años el italiano Gioja. Tal es  
tonces que era mejor aprovechar el trabajo ya hecho,  
y he traducido dicho libro, resumiéndolo no poco,  
porque en muchos puntos me pareció diverso. Lo re-  
comiendo especialmente á los jóvenes y á los instruc-  
tores de la juventud, á todos los cuales encargo que  
no olviden nunca que la falta de buena educación es  
una herida que á veces llega á curarse, pero siem-  
pre deja la cicatriz, que se abre de nuevo cuando las  
circunstancias son para ello favorables.



---

---

## LIBRO PRIMERO.

---

### CORTESANÍA GENERAL.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

##### ACTOS INURBANOS Ó MOLESTOS A LOS PRESENTES.

Tal vez se da entre las espinas un fruto silvestre, que es al paladar insípido ó amargo; pero el ingerto y el cultivo lo despojan de las espinas, y lo convierten en dulce y sabroso: he aquí la imágen de la civilizacion. Es un ramo de ella la cortesanía, la cual consiste en el arte de modelar la persona, las acciones, los afectos y las palabras de modo que nos grangee la estimacion de los demás dentro de los límites de lo honesto y de lo justo.

La cortesanía, pues, no es cual algunos opinan, un ceremonial convenido: sus preceptos no dependen de los variables caprichos de la moda y del uso, sino de los afectos del corazon humano, que pertenecen á todos los tiempos y lugares. Esto se comprende con solo considerar los motivos por los cuales ciertos actos son calificados de corteses, y otros condenados como inurbanos.

No negaremos que en el código de la cortesía haya prácticas arbitrarias y convencionales, como las hay en los civiles; pero la mayor parte de sus preceptos se dirigen á evitar sensaciones incómodas, ó memorias aflictivas, ó á producir ideas agradables ó satisfacciones morales. Es por ejemplo un uso convencional, que tiene por objeto evitar disputas, el de que cada uno camine por la acera de su derecha, pues al fin no seria mas ni menos cortés tomar la de la izquierda. Cuando se va á caballo en compañía de otra persona de mas representacion, la cortesía ha establecido el uso de que el inferior le ceda el lado derecho y vaya uno ó dos pasos detrás; mas si el camino fuese resbaladizo ó malo hácia la derecha, el inferior debe tomarla, y si el aire arroja el polvo al rostro del superior, entonces el inferior deberia pasar adelante. Por la misma razon el inferior será el primero en tentar el vado de un rio y en atravesarlo, tanto para servir de guia al superior, como para no arrojarle encima el agua ó el barro que levante el caballo; mas si estas y otras acciones pueden calificarse de convencionales, por mas que las dicte la consideracion debida á los superiores, la mayor parte de las que ordena ó prohíbe el código de la cortesía son esenciales y fijas, sin dependencia de los caprichos del uso.

A esta clase pertenecen los actos molestos á la sensibilidad ajená. Las náuseas, el fastidio, la repugnancia y el disgusto que nuestras acciones causan á los presentes, provienen de dos orígenes principales. El primero provoca estas ingratas sensaciones con una accion inmediata sobre los sentidos: como por ejemplo, las náuseas que causa en nosotros un mozo de cuadra que viene impregnado de olor á estiércol y á caballos.

El segundo produce casi el mismo efecto con la accion de la fantasía provocada por un simple acto ó dicho. Así se nos revuelve el estómago al leer que los negros de la



bahía de Saldana se adornan el cuello con los hediondos intestinos de las bestias que han muerto ó que encuentran ya muertas en los bosques. Las náuseas que sufrimos en tales casos provienen de un juego de la fantasía, la cual nos coloca en el caso de aquellos negros, y casi nos hace notar el hedor de aquellos fétidos collares.

En general, como nadie ignora, es tal la índole del hombre, que á manera de espejo reproduce en sí mismo las sensaciones que supone en los otros, y experimenta un placer ó un disgusto análogos si no hay afectos extraños que se opongan á ello: y por esto sentimos dentera al ver que otro come cosas agrias, la sonrisa asoma á nuestros lábios cuando vemos que alguno se rie, y estamos tentados á llorar al ver las lágrimas ajenas.

Cuando digo actos molestos á la sensibilidad ajena, no trato de indicar y proscribir tan solo aquellas acciones que molestan inmediatamente los sentidos de otro, sino tambien los que por ley general de la fantasía dispiertan en el ánimo una sensacion ingrata.

Entre los sentidos que producen en la imaginacion conmociones fuertes, rápidas y numerosas, ocupan un lugar principal los ojos, pues son aquellos por los cuales pasan mas aceleradamente al ánimo el placer ó el disgusto, el desprecio ó la estimacion, la aversion ó el amor.

Los actos inurbanos relativamente á la vista porque provocan náuseas en el que los presencia, son:

Urgarse con los dedos la nariz ó las orejas. Sacar de la boca restos de lo que se ha comido. Mirar al pañuelo después de haberse sonado. Escupir en el suelo y mas todavía en los muebles. Echar una pierna sobre un muslo y andarse tocando el pié ó el calzado. Y además otros muchos que presentan á los ojos la apariencia ó traen al entendimiento la imágen de la suciedad, y que no pueden indicarse sin causar náuseas á los lectores.

La industria que se ha ocupado en mejorar la construc-

cion de las chimeneas, no solo consiguió un ahorro en el combustible, sino que echando el humo fuera de la estancia, conservó la vista á los habitantes y la limpieza á las paredes, además de alejar de los vestidos exhalaciones repugnantes.

Roerse las uñas ó morderse la piel provoca en los que lo miran fastidio y repugnancia y espone al ridículo á quien lo hace, porque nos despierta la idea del perro que roe un hueso con el mayor gusto del mundo. Rasarse la cabeza ú otra parte del cuerpo trae á la memoria asquerosos insectos, la imágen de la suciedad y el molesto sentimiento que le acompaña. La repugnancia crece si se presentan á nuestra vista llagas hediondas ú otra cosa sucia.

No podemos reprimir la ingrata sensacion que nos causan una voz ronca é inarmónica, el estornudar de una manera estraña y estrepitosa, los gritos improvisos, principalmente de noche, rechinar los dientes, restregar un hierro con otro, frotar piedras escabrosas, arañar cristales, y otros ruidos tan desapacibles como estos. Por lo mismo será siempre cosa muy descortés hablar á gritos, y con voz que destroza el oido.

Los actos inurbanos que pueden cometerse con el tacto son tantos, cuantas las partes de la máquina humana susceptibles de sensaciones punzantes y comprensivas. Dejando á un lado el tirarse de los cabellos, contestar con una bofetada, defenderse de un dicho con un puntapié, rempujarse en una escalera, tirarse arena ó tierra al rostro, gracias propias de faquines, recordaré tan solo aquellas personas que no saben levantarse de su asiento sin pisarnos, los que en una espesedumbre de personas levantan los codos y presentando como dos picas molestan á cuantos se oponen á su violenta marcha (1). Ofenden el olfato sacarse los zapatos para ca-

(1) ¿En donde aprendió de urbanidad Cromwell, quien por broma metió trozos de carbon encendido en las botas de un oficial de los suyos?



lentarse los piés, estender delante del brasero el pañuelo sucio para enjugarlo, regoldar cual un cerdo y como dice el señor de La Casa, mostrar al compañero cualquiera porquería que uno ha visto en la calle. Tambien es intolerable la costumbre de dar á oler una cosa que hiede, como hacen algunos acercándoosla á las narices y diciendo: oled como hiede, cuando deberian decir: no os lo acerqueis á la nariz, porque huele mal.

Como nuestro aliento no siempre huele bien y rara vez es agradable al olfato de los demás, la cortesania aconseja que no acerquemos el rostro á la persona con quien hablamos para que no se la fastidie: por lo cual, si conviene decir una cosa en confianza á personas respetables, se les suele decir al oido.

Con razon son tachados de inurbanos los que arrojan inmundicias á los patios comunes ó á las calles; y no la hay menor para censurar del mismo modo á los que nos ponen enfermos en el café con el inícuo olor de mal tabaco, y á los que no usan nunca los baños, y aun reprueban su uso en los demás. Creo que daria una prueba de interesarse por la salud pública el príncipe que estableciese baños gratuitos para el pueblo, como lo hizo Carlomagno que los construyó en Aquisgran, en los cuales no solo se bañaba él, sino que hacia bañarse á su ejército (1).

En tiempos antiguos era muy comun arrojar toda clase de inmundicias á la calle, y aun se conserva en muchos pueblos cortos, á despecho de los bandos de policia y buen gobierno. Tambien ha sido muy oportuna la medida de no admitir en las iglesias los cadáveres que antes se sepultaban en ellas. Estas y otras providencias que tienden á la salubridad y limpieza se han

---

(1) En los pueblos marítimos está obviada esta dificultad, y los naturales de estos países desde niños acostumbran á bañarse y conservan este uso toda la vida.



ido multiplicando en los tiempos modernos, y si algunos rechazan las novedades útiles, es menester recordarles que no basta acudir á la razon, sino que es justo invocar la decision de los sentidos, cuando esto es posible, pues si la mayor parte de los hombres no racionan con rectitud, son muy pocos aquellos á quienes les falta buen olfato ó algun otro sentido.

## CAPÍTULO II.

### ACTOS QUE MOLESTAN LA MEMORIA, LOS DESEOS Y EL AMOR PROPIO DE LOS DEMÁS.

La vida ideal del hombre, mas bien se compone de recuerdos y de esperanzas que de sensaciones actuales: y así es que no consigue ver cosa alguna entre las tinieblas del porvenir, sino alumbrándose con la antorcha de lo pasado. La idea de los bienes que hemos poseido y poseemos se nos hace agradable (1), de donde resulta que una parte de la urbanidad consiste en obrar y hablar de manera que dispiertemos en el ánimo de los demás recuerdos dulces. Véase con cuanta cortesía recibe Dido á los troyanos que vencidos y huyendo de su patria, y arrojados por las tempestades á las playas de Cartago, desembarcan en el mas lastimoso estado acaudillados por Eneas. ¿Quién ignora, les dice la reina, el nombre de Troya, y el alta é ilustre estirpe y el valor de los troyanos y el horrible estruendo de tan larga

---

(1) Para probar de cuan dulces sensaciones inunda el alma la memoria de las cosas que amamos, recordaré aquel comerciante inglés establecido en Petersburgo que hizo llevar allá gran cantidad de tierra de la Gran Bretaña que habia servido de lastre á muchos buques ingleses, para cubrir con ella los caminos de su jardin. De este modo paseándose por él tenia el placer de pisar tierra inglesa.

guerra? No tienen los Cartagineses tan feroz ni insensible el alma, ni gira el sol tan lejos de esta tierra que no se conozca en ella la lástima ni llegue á nosotros la fama de los altos hechos. Luego recuerda á Eneas su origen divino y dice que desde mucho antes le era su nombre conocido, y que su padre Belo, bien que enemigo de los troyanos, encomiaba su valor.

Es acto de suma descortesía hablar ú obrar de modo que ocurran al entendimiento de quien oye negras y molestas memorias. Lo es por ejemplo recordar al marido los desórdenes de su consorte, al mercader su bancarrota, al hombre pundonoroso el ultrage que ha recibido: á la madre la reciente pérdida del hijo. Parece tambien muy descortés la costumbre de algunos Estados de celebrar el cumpleaños de sus reinados con tantos cañonazos como años cumplen. Este cálculo público y solemne no puede ser muy agradable á las reinas que han pasado ya la época mas brillante de su vida y caminan hácia la vejez. Este recuerdo, mas que un homenaje, es una severa leccion de moral.

De lo dicho se infiere que el uso de llevar luto tiene sus inconvenientes, pues mientras la medicina y la filosofía aconsejan á la madre que aleje de su pensamiento la idea del hijo perdido para que puedan cicatrizarse las heridas de su corazon, el uso la obliga á envolverse en negras telas que incesantemente le recuerdan esa desgracia. Hubo un tiempo en que siendo mas profundos que en nuestros dias los afectos de la familia, ó en que tal vez era mayor el deseo de hacer gala de esos afectos, las leyes hubieron de fijar limites al luto, á fin de que la sensibilidad del público no estuviese de continuo molestanda por ideas lúgubres.

Los grados de la descortesía corresponden á los de dolor unidos á los despertados recuerdos. Un príncipe que recibiese á los embajadores de una nacion amiga en una estancia donde se viesen pintadas las derrotas



sufridas por ella, cometeria un acto de descortesía ; pero cuando Alboin, rey de los lombardos, después de haber bebido en el cráneo de Cunibondo, padre de Rosmonda, á quien él habia muerto, lo envia lleno de vino á la hija á quien habia obligado á casarse con él, y le dijo : *Rosmonda, bebe con tu padre*, no se mostró solamente descortés, sino bárbaro.

Dos máquinas de fuego artificial, aunque desiguales en tamaño, no necesitan para inflamarse al momento diferente cantidad de fuego, sino que la mas pequeña chispa basta para la una y para la otra. Por la misma razon el mas pequeño acto es capaz de despertar los mas dolorosos recuerdos. Cuando Dionisio, derrumbado del trono de Siracusa se convirtió en maestro de escuela en Corinto, un habitante de esta ciudad fué á su casa, y habiéndose detenido en el umbral de la puerta, afectó sacudirse el vestido para manifestar que no llevaba oculto ningun puñal. Como este era el acto con que se acercaban á los tiranos, esa accion recordó á Dionisio su pasada tiranía, la abominacion de los pueblos, el trono perdido y la desgracia presente.

Como el mismo acto y el mismo dicho dispiertan memorias agradables en unos y dolorosas en otros, de aquí nace la necesidad de conocer los sentimientos de las personas con quienes se habla, para no esponerse al riesgo de ofenderlas aun sin quererlo. El que miraba á Calígula en la frente despertaba repentinamente en él un odio mortal, porque esa accion le recordaba la calvicie que hubiera querido tener oculta. Quien miraba la frente de Escipion el Africano, le causaba un placer magnánimo, porque se le veía una cicatriz, monumento de valor y de gloria.

La cortesía prohíbe hacer revivir ó echar en cara á otro los vicios que un largo arrepentimiento ha borrado. Las mismas leyes civiles, á fin de conservar la paz entre los ciudadanos, condenan esos vituperios, aunque



tengan por fundamento la verdad, y establecen, bien que de modo demasiado absoluto, que la verdad de la injuria no libra de culpa.

Con respecto á los deseos ajenos, puede el hombre ser inhumano sin ser manifestamente injusto, de las tres maneras siguientes :

Disminuyendo el número de los actos ajenos posibles, retardando ó impidiendo su ejecucion, ó haciendo necesarios actos que podrian ahorrarse.

Son, pues, descortesos los que en carruaje público se os caen dormidos sobre un hombro, y que al llegar á una posada toman el mejor cuarto y la mejor cama, sin consideracion á los compañeros.

Los que quieren que su coche vaya por las calles volando, aunque sea con riesgo de los que han de librarse súbitamente de las ruedas ó de los caballos.

Si pasean á pié juguetean con el baston obligando á los demás á separarse ó esponiéndolos á recibir un golpe. Se detienen formando corro en mitad de la acera, obligando á los que van y vienen á separarse y á bajar de la acera al arroyo, y á subir del arroyo á la acera. Se paran á leer un anuncio en una esquina y lo hacen en alta voz estorbando á los demás. Sumergen los piés en el polvo ó los arrastran ensuciando á cuantos pasan cerca de ellos. So pretexto de acompañaros se os cosen al vestido cuando quisiérais ir solo, ó bien os detienen cuando deseais andar para ser puntual en donde os aguardan.

En el teatro á impulsos de su manía de hablar os privan del gusto de oír la declamacion ó el canto. Cuando un cantor no les gusta meten ruido y silban, y en vez de tener lástima de quien hace lo posible para agradar, se complacen en sofocarlo y envilecerlo. En un baile os aprietan y estrujan, y si á mano viene á puro de sudar os ensucian la ropa, porque no usan guantes. En un jardín pisan atolondradamente los tallos que asoman,

arrancan ó deshojan las flores, y privan al dueño del gusto de regalar un ramo. En una broma no os echan encima gotas de agua, sino una copa ó una regadera. En un casino ó en otra reunion amistosa, quieren dominar y hacer que prevalezcan las diversiones que ellos prefieren, aunque desagraden á los demás.

Cuando toman calor en la conversacion, clavan las uñas en la gente, ya cogen la manga de la casaca, ya arrancan un boton, ya hacen ó deshacen pliegues ó aflojan las lazadas. Como no encuentran buenas sino las ideas que nacen en su cerebro, no quieren contribuir al gasto de un empedrado, de un puente ó de un farol que sirve para todos, sin mas razon que no haberlo propuesto ellos, y en cambio quieren ingerirse en cosas que por ningun término les corresponden. Se hacen esperar en el momento de la partida, del juego, de la comida, de la sesion convenida, porque son gentes que no atienden mas que á su negocio, no importándoles nada de los ajenos. En estos casos la medida de la descortesía depende de la duracion de la espera, de la importancia de la cosa, del número de los que aguardan y de su superioridad relativamente al esperado (1).

Retienen indefinidamente un libro que se les presta, y aun se quejan si se les recuerda el deber de devolverlo, sin advertir que privan al dueño de hacer uso del mismo ó de prestarlo á otro. En una tertulia, mientras hay quien canta ó toca ellos llevan el compás con el pié ó con la mano, ó bien le acompañan con voz discordante. Fijan los ojos en el último que ha entrado en la sala, y mientras susurran riéndose con sus compañeros, lo miran de alto abajo mil veces. A fin de mostrarse hombres de mucha importancia os hablan con

---

(1) Nunca me hago esperar, decia Despreaux, porque he observado que nuestros defectos se presentan siempre á la memoria de quien nos aguarda.



misterio de vuestra suerte, de la de vuestros hijos ó amigos, y os atormentan con temores ó sospechas imaginarias.

Dando una prueba de ignorar que en el uso de las cosas comunes la descortesía sube de punto á medida que la parte que nosotros nos llevamos escede á la que queda individualmente para los otros, se plantan en medio del hogar ó de la chimenea comun, y ocupan una tercera parte, aunque son diez los que están allí para calentarse, en el café leen un periódico, interrumpiendo la lectura para beber, para hablar, para dirigir la vista á todas partes, sin hacerse cargo de los muchos que aguardan para leer el mismo periódico (1).

No consultando mas que su gusto no invitan sino que obligan á tocar, á cantar, á bailar á quien realmente no tiene esas habilidades ó no está dispuesto á ello, poniéndole en la necesidad de decir un *no* resuelto, ó de escitar la compasion de los circunstantes. Si ellos deben tocar ó cantar nunca les faltan excusas ni preámbulo, ni afectadas protestas de ignorancia. Y lo mas gracioso es que despues de haber comenzado con aparente repugnancia, cantan y tocan hasta fatigar á todo el mundo. Quizás por irreflexion y tal vez por curiosidad se ponen á leer las cartas de otras personas, cuando las cartas son los custodios de los secretos de familia, que no hay quien no quiera tener ocultos.

A fuer de vecinos molestos espian vuestra conducta, escuchan cuanto hablais, os importunan para que toméis parte en sus conversaciones que no os agradan, suscitan dificultades para pasar por lugares que son comunes: os asustan con improvisos disparos y cuando la noche está adelantada gritan y sueltan carcajadas co-

---

(1) Encima de la chimenea de un gabinete de lectura en Londres, se leía: «Las personas que aprendan á deletrear tendrán la bondad de hacerlo en un periódico de ayer.»



mo locos. Severos con sus criados en cuanto atañe á su servicio, nada exigen para los demás. Sus criados tienen libertad de despertaros todos los días antes de amanecer con ruidos y con gritos sin que ellos les ordenen el silencio: y si son aficionados á tocar el cornetín, no lograréis que dejen de hacerlo durante diez minutos, aunque tengáis enfermos en casa.

Siempre duermen profundamente cuando van á su casa el cerrajero, el zapatero, el sastre con sus cuentas, ó bien están ocupados en asuntos graves que no admiten distraccion ninguna. Se ofenden si les pedis recibo del dinero entregado: siendo así que este uso, como un preservativo contra las eventualidades, y puesto en práctica con todos, no debe ofender á nadie. Nunca saben hallar un instante para hacer testamento, como si un papel debiese hacer morir de repente á quien lo firma, ó pudiese acortar un minuto su vida: y por esta tontería ponen en grave riesgo los deberes de justicia y de agradecimiento.

Si ocupan un lugar en las oficinas mas frecuentadas por el pueblo, como municipios, hospitales, casas de industria, montes de piedad, cajas de socorro ú otras, se hacen fastidiosos é incómodos de mil maneras; ya no se encuentran en la oficina en las horas regulares, y hay que ir á buscarlos mil veces en vano. Tal vez la fingida muchedumbre de negocios les hace olvidar el vuestro y es indispensable que volvais. No conociendo las fuentes en donde deben buscarse las noticias, incomodan con invitaciones oficiales á diez personas, cuando bastaría llamar una, ó bien tomarse la molestia de consultar los propios registros. Despues que han perdido los papeles aseguran que los han remitido á otras oficinas, y os envian á perder inútilmente el tiempo á otra parte. Si un negocio reclama algun exámen ó la lectura de otros documentos, ellos le hacen de mas difícil despacho con una resolucion intempestiva que de-

muestra que ni siquiera lo han leído; y de este modo os ponen en el caso de hacer nuevas solicitudes. Cuando el negocio es sencillo dan tormento á su menguado caletre para dar pruebas de agudeza á su gefe, que no siempre es un lince. Le imbuyen temores y sospechas, cuyo efecto es tanto mas seguro cuanto son mas vagas é indeterminadas. Se figuran que tanto mas demostrarán su zelo cuanto mayores sean los obstáculos que opongan á vuestras pretensiones. Generalmente los empleados mas ignorantes son los mas descorteses, porque como ignorantes se figuran que la pedantería y el tono brusco les concilian el respeto, y que lo mejor es hacerse temer de aquellos que los necesitan. Y aun á veces para disculpar su descortesía suponen órdenes que no han recibido, poniendo así en ridículo á sus superiores.

Todas las acciones nuestras que en las vicisitudes sociales y en la conversacion comun ahorran incomodidad, tiempo y trabajo á nuestros semejantes, son otros tantos rasgos de urbanidad y cortesía. Este principio prueba la racionalidad de los usos vigentes en los pueblos civilizados y escluye la idea de convenciones arbitrarias. El hombre cortés es el último en subir á un coche y el primero en bajar, con el objeto de ayudar á los otros en la bajada y en la subida. Mas si alguno se empeña en no admitir esta galantería, cede con gracia, diciendo *obedezco*, ú otra palabra semejante, con el objeto de que la porfía y la dilacion que de ella nace no resulten mas gravosos que la incomodidad que trataba de evitarse.

Encontrándose con muchas personas en una estancia se coloca en el lugar mas inmediato á la puerta, porque es el mas espuesto á sufrir la incomodidad del aire, ó de los que entran y salen.

Paseando con muchas personas deja á los demás el medio, por ser aquel en el cual es mas fácil oír lo que



los otros dicen y hacerse oír por ellos. Cuando llega al término del paseo se vuelve dando el rostro á la persona con quien habla, puesto que los afectos del ánimo se leen en el rostro y no en las espaldas.

Si un forastero le pregunta por una calle ó un edificio, se detiene un momento y le da todas las señas que pueden convenirle, y quizás aun le acompaña un trecho hasta que encuentra alguno que va hasta el sitio á donde el forastero desea encaminarse. Cuando hay una reunion numerosa no se presenta como en triunfo á la señora de la casa, sino que contentándose con un saludo, se coloca modestamente y sin hacer ruido en el sitio menos distinguido, y á su tiempo sale sin saludar y aprovechando el instante en que entra alguno: ya porque su saludo pondría á los demás en el caso de saludarle y de distraerse de la conversacion ó del juego, ya porque su partida, digámoslo así, notificada, hace saber á los circunstantes que la reunion pierde una persona.

Con oportunas esplicaciones disipa aquellos sinsabores ó malas inteligencias que entre vecinos suelen degenerar en discordias: y con esto además dispone á los otros á prestar servicios que algun dia pueden convenirle.

Si es mercader pide un mismo precio á todos los compradores, porque el andar subiendo y bajando tiene la apariencia de mala fé, hace perder el tiempo á los compradores y dificulta la venta, (1) porque los compradores cuando no pueden ir por sí mismos á la tienda no se atreven á enviar á un muchacho ú otra persona inesperta, y esto resulta en daño de los vendedores.

El hombre educado os escribe al momento que puede comunicaros una noticia agradable, y contesta al

---

(1) La costumbre moderna de vender á precio fijo ha venido á obviar todos estos inconvenientes, y se ha hecho agradable á los compradores.



punto vuestras cartas redoblando con esta prontitud el gusto que su contestacion proporciona. Tiene todas sus cosas en órden, y con esto nunca habeis de perder tiempo cuando teneis con él algun negocio ó necesitais una noticia, ó un consejo. En la persuasion de que las falsas promesas dispiertan deseos que no satisfaciéndose se convierten en quebranto, ó hacen perder la eventualidad de otros recursos, no promete sino cuando está seguro de cumplir lo prometido. Generalmente adivina vuestros deseos y vuestras necesidades y os libra de la vergüenza de manifestarlos: previene vuestros temores y anticipadamente os anuncia con oportunidad las cosas que pueden disiparlos.

Viniendo á tratar de las acciones que molestan el amor propio ageno, nos ocurre que cuando un muchacho por medio de un espejo envia la luz solar al rostro de una persona distante, esta se resiente al punto, y su resentimiento no es proporcionado al dolor que causa en sus ojos una luz muy viva, sino al desprecio á que se halla espuesto, pues al parecer con esa accion el muchacho manifiesta que no siente por él estimacion ninguna. Buscando el origen y siguiendo las ramificaciones de los resentimientos, vendrémos á reconocer las diferentes especies de descortesía.

A la vista de nuestras bellas circunstancias ó perfecciones corresponde en el ánimo de los demás un placer: de la misma manera que á la vista de nuestras feas cualidades ó imperfecciones corresponde un disgusto. Al placer sigue inmediatamente la disposicion á prestar-nos cualquier servicio, y al disgusto, la disposicion á no hacernos ninguno. Por esto en nuestro entendimiento calculamos la suma de los servicios que podemos esperar, por el número de las perfecciones que los demás ven en nosotros. La suma de los servicios que podemos esperar unida al habitual sentimiento de nuestra debilidad, parece ser el principal motivo por que todos as-

piramos á hacernos estimar de los otros y tememos su desprecio. De la misma manera que un semidoccto desea que crezca su biblioteca, no tanto por el gusto de leer, como para que los otros juzguen de su saber por el número de sus volúmenes, así todos deseamos un número indefinido de perfecciones, no tanto por las ventajas inmediatas que proporcionan al poseedor, cuanto por el deseo de que se engrandezca la idea de nuestra persona en la mente de los demás. Y como el dolor de la pérdida es mas fuerte que el de la adquisicion, si somos sensibles á la estimacion, lo somos mucho mas al desprecio. Para el corazon humano es el desprecio una herida insuportable: no puede adquirirse el hábito de él y si la virtud consigue alguna vez templar su dolor, nunca logra borrar su memoria.

Por muchos que sean el poder y la autoridad de los demas relativamente á nosotros, nunca podemos persuadirnos de que tengan el derecho de menospreciarnos.

Perdemos grados de estimacion ó nos vemos espuestos al desprecio, cuando alguno revela á los demás nuestras imperfecciones: cuando nos atribuyen alguna de que estamos exentos: cuando nos niegan las perfecciones que poseemos: cuando nos posponen á quien tiene menos que nosotros.

Cualquiera accion ó dicho que voluntaria é ilegítimamente nos roba la estimacion agena ó nos espone al desprecio, se llama injuria. La injuria, pues, debe ser calculada sobre dos elementos principales. 1.º, la Gravedad que depende de la calidad de las imperfecciones, vicios ó delitos que se nos atribuyen, ó de las perfecciones que injustamente se nos niegan. Y 2.º, de la Publicidad, la cual depende del número y de la calidad de las personas en cuya presencia somos injuriados; circunstancia que llega al mas alto grado cuando la injuria se nos infiere en escritos ó láminas visibles para todos.



Supuestas estas nociones preliminares, y entrando otra vez en el argumento de la descortesía, mirándola con respecto al amor propio, podemos reducirla á dos clases, de las cuales la primera abraza los dichos y las acciones que nos atribuyen imperfecciones verdaderas ó falsas y que llamaremos absolutamente descortesés; y la segunda que abraza las acciones y las palabras que nos niegan nuestras perfecciones ó las suponen menores de lo que son, y las llamaremos relativamente descortesés. Las imperfecciones que generalmente engendran desprecio son, ó bien físicas, ó intelectuales, ó morales, ó civiles.

La ingrata sensación general que ocasiona en el ánimo de los demás nuestra deformidad ó fealdad y la incapacidad particular que de ella resulta para ciertos ramos de industria, son los motivos por los cuales un hombre se resiente cuando, aun siendo verdad, se le tacha de manco, tuerto, jorobado, etc. Y el disgusto que semejante vituperio causa, aumenta ó disminuye, segun la calidad de la imperfeccion ó defecto imputado, del sexo, de la condicion y de la edad. El remedar los defectos corporales de otra persona, favorito entretenimiento de las almas pequeñas y bajas, es cosa de todo punto inurbana, la mas vil y torpe de todas las bufonadas, y por tanto ni debe incurrirse en ella ni aplaudirla en los otros. En general ridiculizar un defecto que no depende de nosotros y que no podemos corregir, es un acto de crueldad sin objeto. La burla de otro puede corregir la afectacion de modales, pero no es capaz de rebajar la espalda de un jorobado, ni de dar vista al ciego ojo de un tuerto. Por la misma razon no debe remedarse el defecto físico de un ausente en presencia de quien lo tiene: porque este se ve espuesto á la misma burla y se resiente de ella.

No hay hombre que no desee mostrarse inteligente y esperto en su profesion, ó por lo menos dotado de sen-

tido comun. De aquí resulta que si bien sin ofender el amor propio ageno se pueden negar á muchos, por ejemplo, los conocimientos astronómicos, nadie podrá sufrir que se le rebaje al nivel del asno, el cual representa el cero en el termómetro de la inteligencia. El disgusto que nace de la imputacion de los defectos intelectuales aumenta ó disminuye en razon de la clase del defecto imputado; por cuya razon no todos los hombres se resentirán de que les achaqueis falta de memoria, pero sí de que se les niegue aquel grado de inteligencia que se nota en todos los individuos de la especie humana.

El dictado de tonto ofende como ciento á un profesor de ciencias, al paso que á un labrador le ofenderá como uno; mas si en lugar de ciencias se habla de agricultura y se le niegan al labrador su inteligencia en lo tocante á ella, se ofenderá mucho mas que antes, porque la ofensa que resulta de la ignorancia imputada, crece á medida que versa acerca del arte ú oficio que cada uno profesa.

Como la suma de las ideas usuales va creciendo con los años, está claro que vituperar la falta de ellos se hace ofensivo en razon de la edad, y por ello lo será mas para un viejo que para un jóven. Por esto son actos mas ó menos inurbanos en presencia de alguno que está hablando el bostezar, restregarse los ojos, mirar el reloj, preguntar que tiempo hace, dormirse, arrellanarse en una silla, interrumpir la conversacion, marcharse en mitad de ella, volverle las espaldas, hablar por lo bajo con otros: porque estos actos, de distraccion y de fastidio manifiestan que no se hace caso de los demás y que confundis su persona con un papagayo; (1) por el mismo motivo levantarse mientras otros están

---

(1) Vespasiano corrió grave riesgo de ser condenado á muerte, porque bostezaba mientras el loco de Neron cantaba en un teatro de Roma.



sentados, y hablar y pasearse por la estancia, es un acto de descortesía, si los presentes no son íntimos amigos ó inferiores.

Dar un consejo que no te piden, dice Monseñor de la Casa, no es sino decir que sabes mas que aquel á quien aconsejas, y aun echarle en cara su ignorancia. Por cuya razon esto no debe hacerse sino con los amigos mas íntimos ó con las personas cuyo gobierno está á nuestro cuidado, y cuando amenaza algun peligro á una persona aunque nos sea estraña. En semejante error caen muchos y por lo comun los mas ignorantes; pues los hombres de cortos alcances, como quienes tienen pocas cosas en que pensar y se les ocurren pocos partidos no les cuesta mucho decidirse, ni dar su dictámen por el único bueno. Los imberbes semidoctos que suelen estar muy pagados de su saber son los que mas ceden al prurito de dar consejos.

Las ventajas sociales, civiles y mercantiles que proporciona la honradez inducen á jactarse de ella y esta jactancia es tal, que si algunos no reparan en confesar su ignorancia, ninguno quiere confesar su inmoralidad: por lo cual los actos que la ponen en duda son para el amor propio agudísimas espinas. El disgusto que nace de la imputacion de efectos morales, crece ó disminuye en razon de la cualidad del defecto imputado, del sexo, de la condicion, de la profesion, del modo de obrar ó de espresarse general y particular.

Así, el imputar la borrachera es menos ofensivo que imputar el robo. La mancha de infidelidad es mas ofensiva para la mujer que para el varon, porque en aquella trae consecuencias de mas bulto. La mancha de relaciones entre un hombre y una muger es mas ofensiva para la casada que para la soltera, pues en aquella suponen un quebrantamiento de la fé conyugal. La tacha de cobarde es mas injuriosa para un militar que para un paisano. La imputacion general de ladron es menos

ofensiva que la de un hurto particular, porque la primera no espone al ofendido á un procedimiento criminal, y la segunda le espone á sufrirlo.

En general son acciones descorteses todas las que hacen suponer capacidad de delito en las personas á quiénes se dirijen. Por lo tanto se hallan en este caso las miradas impúdicas ó la escesiva familiaridad con las mugeres, porque inducen tácitamente á creerlas dispuestas á faltar á sus deberes: las estraordinarias precauciones de custodia cuando llegan forasteros á casa: el ofrecimiento de un regalo á un empleado honrado, porque esto es decirle que necesita estímulo para cumplir su deber ó que es capaz de faltar al mismo.

En estos casos la urbanidad difiere de la prudencia, pues esta se ve precisada á transijir con ciertos actos, si bien desagradables al amor propio ageno, necesarios no obstante para prevenir delitos. Por esta razon no puede ser tachado de descortés con sus criados un amo que cierra bajo llave el dinero y los demás objetos preciosos que facilmente podrian ser sustraídos; pues esta precaucion habla con los ladrones en general y libra á los criados de sospechas infundadas. Por el contrario cuando Augusto hacía registrar á los senadores antes de darles audiencia, en buen language les decía: Como que os reputo por otros tantos sicarios, quiero saber si traeis armas debajo de las togas: á bien que los senadores que asesinaron á César en el mismo senado, bien merecian esta odiosa precaucion por parte de Augusto.

Observando el respeto maquinal que el vulgo tributa á los ricos porque estos pueden prestarle servicios y procurarle trabajo; observando que en caso de necesidad quien tiene fama de rico encuentra facilmente quien le preste, se comprende la razon por que todos nos resentimos de que nos llamen pobres, y procuramos presentar á los demás alguna apariencia de riqueza. Por esto no debe admirarnos que muchos ingleses, cuando el



ministro Pitt impuso una contribucion sobre las rentas pagaran mas de lo que les correspondia, con el fin de que no se menguara su crédito. Así pues, la ocupacion de criado es y será siempre una cosa abyecta, porque por un lado la dependencia y por otro el mezquino salario, demuestran la imposibilidad de prestar servicios y de procurar trabajo. Por grandes que sean los esfuerzos de la filosofía no conseguirá nunca asegurar, en igualdad de circunstancias, al mérito pobre aquel grado de crédito que alcanza un traje bordado. A la virtud se le conceden encomios y se la deja morir de hambre y de frio, y el peso de la caja es el peso de la fe que merece quien lo posee.

De aquí procede que se repute por injuria grave un secuestro, porque manifiesta falta de posibilidad ó de voluntad de pagar, y en consecuencia priva de los recursos del crédito, pues las leyes no lo permiten sino cuando no hay otro modo de conservar los derechos de los acreedores. Son, pues, actos inurbanos jactarse delante de otros de los socórros dados á quien los necesitaba: alejarse de una persona ó acercarse á otra en las reuniones y en la calle en razon de los harapos de la primera y del lujoso vestido de la segunda: presentarse repentinamente á comer en casa de quien no es muy rico ó muy amigo, y entrar sin ser invitado para ello en las estancias interiores de una casa, porque es sabido que en las primeras es en donde se ostenta la riqueza.

Hay acciones, que si bien manifiestan afecto y disposicion á complacer, son ofensivas cuando se ponen en práctica con las clases superiores, siendo así que son propias de las inferiores. Así es que incurre en una accion descortésisima el que toca el rostro á un igual suyo, y mas si lo hace á uno de mayor edad, porque esta accion de benevolencia sienta bien en un niño, y nadie quiere que lo pongan al nivel de este. Parece, pues, que

Homero olvidó este principio cuando nos representa á la diosa Tetis tocando el rostro á Júpiter.

Cuando la dignidad del rango suple la falta de edad, la descortesía desaparece. Un príncipe jóven, por ejemplo, puede poner la mano en el hombro de un anciano como demostracion de benevolencia y con el objeto de reanimar su esperanza; pero esta accion seria muy inurbana á no haber el suplemento de la dignidad. Un súbdito que en una audiencia pública presentase la caja á su soberano cometeria un acto de inurbanidad relativa, porque esta demostracion de amistad y de confianza tenderia á disminuir la distancia que separa al súbdito del soberano. De lo dicho se infiere que un acto inocente y afectuoso puede ser relativamente tan descortés cuanto es mayor la familiaridad que sustituye al respeto.

Siendo diferentes la suma y la importancia de las perfecciones de que están dotados los hombres, nace de ellas diferente espectacion de consideraciones, de suerte que si á todos se tienen las mismas, queda ofendido el amor propio de los superiores y rebajado el valor de la cortesía. Llegan á vuestra casa un profesor y un deshollinador; y si al presentarse el segundo os levantaiis cual hicisteis al llegar el primero, correis á presentarle una silla, le haceis servir una taza de café y le hablais como al profesor, es indudable que ofenderéis el amor propio de este que se verá confundido con un deshollinador. De aquí resulta que cuando para elogiar á un hombre se asegura que es igual con todos, se dice una necesidad, cuya justificacion ha menester esplicaciones.

En suma, los actos exteriores que demuestran afecto, estimacion, y disposicion á servir á los demás, deben corresponder á la calidad y al número de sus perfecciones, y han de crecer ó disminuir segun que estas crezcan ó disminuyan. El sentimiento de la conveniencia es



el sentimiento pronto y delicado de las perfecciones ajenas y del grado de estimacion que á ellas corresponde, sentimiento que se hace sensible por medio de los actos exteriores.

Es tan natural en el hombre la tendencia á ensalzarse á sí mismo y á deprimir á los otros, que casi sin notarlo y sin ánimo resuelto de ofender mortificamos el amor propio de los demás en el breve intervalo de una conversacion. Las combinaciones mas comunes, versan sobre los asuntos siguientes: Casi todos nos esforzamos en probar al desgraciado que él mismo es causa de su desgracia, y para sustraerse del deber de socorrerle se le dice en language muy claro: *fuiste un tonto, ó un malvado*. Tal es por lo comun el urbano consuelo que se procura á los afligidos. Suelen atribuirse á uno solo las desgracias ó los malos acontecimientos en que tuvieron parte muchos; y para gozar del vil placer de zaherir la fama de persona determinada y conocida, no se hace mencion de ella para que contra la misma caiga el odio de todos. Con frecuencia nos quejamos de quien nos sugirió un consejo que por circunstancias imprevistas no ha dado buen resultado, no obstante de que nosotros mismos lo pedimos y antes de ponerlo en ejecucion lo reputábamos muy bueno.

Se dice al hombre venturoso que no puede vanagloriarse de su ventura porque lo debe á la suerte ó al auxilio ajeno. El negocio no hubiera tenido principio sin las sujestiones de Pedro, ni proseguido sin el auxilio de Pablo, ni terminado sin la ayuda de Martin, y por este tenor nos hilamos los sesos para negar la destreza y la perspicacia al primer autor; mas si se trata de achacarle un delito, seríamos menos avaros. Si al fin se conviene en que el buen éxito se debe á su industria, entonces aun decimos que habria sido mucho mejor tomarlo por otro estilo, cuyas ventajas se decantan hasta tal punto, que la gloria del otro queda eclipsada.

sada. Mas supongamos que has podido destruir esa ponderada posibilidad; en este caso no te creas vencedor, pues contra tu invencion aun queda una reserva formidable. En efecto, aun habrá muchos que dirán haber sido ellos quienes te aconsejaron el proyecto.

La facilidad con que crecen ó se difunden las imputaciones de vicios ó delitos, honra poco á la naturaleza humana. Atendida esta inclinacion, si te atribuyen algun delito, tu vecino asegurará que no lo cree, más al través de sus respuestas lacónicas ó difusas traslucirá su persuasion. Y mientras tanto uno no te volverá el saludo, otro se alejará de tí y otro evitará hablarte.

Otras veces anunciarás una idea que crees nueva, y al momento hay quien te demuestra que es vieja y manoseada, y se admira de tu ignorancia que la ha espuesto como nueva, y aun debes agradecer que no te atribuyan la vanidad del grajo que se adornó con las plumas del pavo. Si por casualidad han soltado tus labios un dicho agudo, tu vecino hará como quien no oye, manifestando que está ocupado en el exámen del retrato que tiene en la tapa de la caja ó mirando las pinturas de la sala. Si ocupas á la comitiva con una relacion interesante, toma el sombrero y se va, ó procura algun accidente para interrumpirte, ó suscita algun rumor á fin de que pierdas el hilo.

Si incurres en alguna equivocacion ó inadvertencia, la risa de los circunstantes y su continua algazara te prueban que el placer de deprimir es por lo menos cien veces mayor que el sentimiento de la verdad y de la justicia.

Conocerás tambien la cortesía ó la descortesía de las personas con quienes hablas, en el siguiente sintoma. Cuando uno incurre en una equivocacion, el hombre urbano reprime la risa y apenas se sonrie momentáneamente, mientras el descortés se rie como un loco: el primero reputa mosca una mosca: el segundo se esfuerza para convertirla en elefante.



Hay personas cuya impertinencia consiste mas bien en actos negativos que en positivos y reales. No contestar á las preguntas, no tomar parte en los gustos ajenos, afectar la distraccion del desprecio, remover la cabeza con aire misterioso y significativo, una cortesanía que hiela, cierta sonrisa sardónica, un silencio forzado, una fisonomía que indica lástima: este complejo de acciones tiende á darte á conocer tu insignificancia y el altísimo y sublime mérito de sí mismo.

La desmedida idea de sí mismo mezclada al desprecio de los otros, constituye el orgullo. Cuando el Kan de los tártaros que no posee una casa y no vive sino de robos ha concluido de comer, hace pregonar por un heraldo que todos los potentados, príncipes y grandes de la tierra pueden ya sentarse á la mesa. Tales eran en otros siglos los sentimientos de una clase social que á falta de méritos personales se refugiaba á la sombra de sus árboles genealógicos, y se levantaba tanto idealmente sobre las otras clases á las cuales despreciaba, que se creía libre hasta de los males físicos á que la humanidad está sujeta. Un antiguo noble de Provenza, relatando los desastres causados por la peste en Marsella, decia que era una enfermedad tan imprudente y desvergonzada, que ni aun el hombre de calidad tenia segura la vida. La filosofía, no hallando motivos de estimacion en solo el nacimiento, y defendiendo los derechos del mérito personal, ha cerrado la fuente de odiosas prerrogativas que diariamente amargaban la existencia de las clases ínfimas y medias, y las envilecian.

Desacreditando las limosnas manuales y estendiendo el imperio de la industria ha logrado que las clases pobres adquieran á título de trabajo lo que adquirían á título de socorro: lo cual por un lado ha disminuido la degradacion civil, y por otro el envilecimiento popular.

## CAPITULO III.

ACTOS INCONVENIENTES Ó DEGRADANTES PARA NOSOTROS  
MISMOS.

Asi como un mismo cuerpo parece tener diferente peso, segun son perfectas é imperfectas las balanzas en que lo pesamos; de la propia manera las mismas personas parecen bellisimas á uno, menos bellas á otro y casi deformes á un tercero, segun es diferente el modelo ideal segun el cual se aprecian la deformidad ó la belleza. Encontramos belleza en el cuerpo humano cuando vemos reunidas en él las cualidades mas propias para ejecutar sus movimientos, y cuando cada parte está dotada de las proporciones necesarias al fin á que está destinada y todas conspiran entre si de una manera armónica. Cuando á estas cualidades se reune la elegancia en las proporciones, la suavidad en las formas, la viveza y la frescura en el colorido, la finura y la delicadeza en la piel, y la gracia en las actitudes y movimientos, entonces el cuerpo humano se acerca á la mas escelsa imágen de la belleza.

Si cierta timidez nos dá un aire embarazado y nos ocasiona importuno rubor, el deseo exageradamente vivo de mostrar gallardía degenera en afectacion.

Hay quien anda sin tocar en el suelo mas que con la punta de los piés, no mueve las manos sino á compás, adelantando la barba, torciendo el cuello hácia la izquierda y haciendo asomar á los lábios una sonrisa forzada. Esto es afectacion, la cual en suma es la caricatura de la belleza, unida á la apariencia del esfuerzo. La afectacion nos disgusta porque á cada movimiento y á cada actitud de la persona afectada experimentamos una sensacion penosa, y parece que nuestra imagina-



cion anda sobre espinas: porque la exageracion unida al esfuerzo nos hace suponer una mentira y un engaño y quizás una asechanza, y finalmente porque en el hombre afectado vemos un juez severo pronto á condenar la mas mínima de nuestras acciones y á burlarse de ellas. La afectacion, lejos de procurarnos el aprecio ageno, nos hace dignos del escarnio.

Por el contrario, nos gustan y admiramos las actitudes naturales y garbosas, los modales graciosos, las acciones galantes ejecutadas con facilidad, porque el hombre que las ejecuta manifiesta que piensa en cosa muy diferente de ellos, y parece que ni sabe, ni puede errar, De lo dicho se infiere la verdad de lo que demuestra la esperiencia, á saber, que desagrada menos la negligencia que la afectacion. A esta pertenecen el continuo esfuerzo de los carrillos, de los labios y de las manos, cuyo objeto es ocultar un defecto físico, lo cual es como decir á los presentes: No quiero que veais lo que estais viendo. Se dice que Alcibiades hizo cortar la cola á su perro para que los atenienses ocupándose de esta tontería se distrajeran de los vicios del amo. Por el contrario, el esfuerzo que hacen las mugeres para ocultar cualquier defecto atrae las miradas y concentra mas la atencion en el mismo. En estos casos el recurso es suplir con alguna cualidad amable la falta de belleza exterior: pues si la hermosura es una é independiente de nosotros, la gracia es multiforme y depende de nosotros.

Hay actitudes y movimientos que lejos de desagradar á los presentes les sirven de diversion, pero es á nuestra costa. La cabeza metida entre los hombros indica maldad, pendiente hácia un lado hipocresía, móvil sin necesidad ligereza de ánimo, demasiado alta, si la persona que la lleva así camina á paso lento y pone los ojos torvos, indica altanería y orgullo. Por tanto la cabeza debe llevarse derecha mas no escésivamente ele-

vada , cual corresponde al hombre que no quiere despreciar á los otros, pero que está persuadido de que no es digno de desprecio y sabe que puede mostrar el rostro á todo el mundo sin tener porque correrse.

La risa inmoderada , ruidosa , frecuente y que pone el rostro convulsivo desfigura las líneas de la belleza, y es además una señal característica de locura.

Algunos hombres cuando bostezan rebuznan como asnos , y queriendo hablar al mismo tiempo dan ahullidos.

El gesticular mucho con las manos cuando se habla con algunos es uso de aquellos que hablan mucho y dicen poco , y cuya elocuencia consiste en los movimientos y contorsiones del cuerpo. Además , no parece sino que aquel gesticular continuo no tiene por objeto sino espantar las moscas. Los jestos escesivos son mas ridiculos en la muger que en el varon , porque de ellas esperamos mas modestia y menos pretensiones. El hombre vergonzoso , cuando no tiene alguna cosa en las manos le sirven de estorbo, de donde resulta que las meneas de continuo , ya metiéndolas en las faltriqueras, ya en el seno, ya debajo del traje, etc. Las manos caídas ó cruzadas hácia los riñones y que no indican ninguna aparente actividad , denotan el colmo de la flema, de la indiferencia y de la pereza.

Cuando el hombre está sentado, la postura mas ociosa y mas distante de toda actividad es la de tender el cuerpo hácia atras , cruzar los brazos sobre el pecho, echar una pierna sobre otra, ó bien doblar las piernas hácia atrás. Todas las actitudes del hombre que indican languidez, inercia y pereza nos esponen al ageno desprecio y muchas veces ofenden el amor propio de quien está presente. Pertenece á esta clase apoyarse de brazos en una mesa , tender las piernas una á levante y otra á poniente, echar una de ellas sobre la otra rodilla , cogerse el pié, ó bien desperezarse diciendo ay, ay! como



el mozo de cuadra que se despierta y levanta de la paja.

El paso muy acelerado es propio de criados, y el demasiado lento es indicio de pereza; entre ambos extremos es menos malo, el primero. El paso lento y afectado indica ligereza y vanidad, principalmente si el que se pasea de este modo se inclina un poco y dirige la vista al calzado. La muger vana camina á paso lento á fin de que cuantos la ven tengan presente durante mucho rato la idea de su persona, porque está persuadida de que no puede menos de agradar por cualquier lado que se la mire. De la irregularidad del paso no se pueden deducir la calidad de los afectos buenos ó malos, pero sí su irregularidad y su fuerza. El hombre absorto en sus pensamientos camina descuidadamente, tropieza en cuantos encuentra y arroja acá el baston, allá el sombrero ó el pañuelo, y á lo mejor necesita un cuarto de hora para emprender de nuevo la marcha.

Menearse mucho cuando se anda es muy feo, como no lo es menos llevar las manos caidas, mover los brazos cual si se remara, ó echarlos á uno y otro lado como si el hombre fuere derramando alguna cosa. Hay algunos que andan levantando el pié como caballo que tiene esparavan, ó cual si quisieran arrojar las piernas á mucha distancia. Otros hieren con tanta fuerza el suelo, que parecen mulos. En suma, deben evitarse los movimientos que siendo extraordinarios nos esponen á parecer ridículos porque manifiestan ó pretensiones excesivas, ó grande inteligencia.

Las acciones ó dichos que demuestran en nosotros pequeñez de ideas, fragilidad de memoria ó debilidad de raciocinio, inducen á los demás á confundir la idea de nuestra persona con la de un estúpido ó un demente.

La pequeñez de las ideas se conoce en la importancia que se da á las cosas que no la tienen, en la frecuente é importuna manifestacion de maravilla, en la curiosidad de los negocios agenos y en la repetición de las

mismas frivolidades. ¿Que concepto puede formarse de un hombre que toma por serio argumento de su discurso el vuelo de las moscas, la presencia de un raton, el grito de un ave, los sueños que tuvo durante la noche, ó el número de veces que se ha despertado? Examinad á ese homnre en su casa y lo hallaréis rodeado de cosas de poca sustancia, os enseñará con mucho interés las cajas de rapé ó las petacas, las sortijas, los relojes y otras fruslerías. El cardenal de Retz juzgó muy acertadamente que el cardenal Eshigi debía ser hombre de poca valía cuando este le dijo que hacía tres años que escribía con la misma pluma, y que esta era todavía escelente,

Como el espresar maravilla tiene su origen en la ignorancia, claro está que el maravillarnos frecuentemente con motivo de accidentes comunes ó de asuntos ordinarios arguye nuestra inesperienza, y nos desacredita en la opinion de los demás. Los grandes fenómenos de la naturaleza y los inventos de las artes tienen derecho á maravillarse aun á los mas doctos, y se acreditaria de estúpido quien no los admirase; pero quedarse con tanta boca abierta en el teatro, ignorar el mecanismo de las máquinas mas comunes, suponer magia en los juegos de manos, declarar imposibles las invenciones que nosotros desconocemos, suponer que los usos de otros países son iguales á los nuestros, rechazar todo lo que no es conforme con nuestras habituales ideas; estos y otros semejantes indicios prueban la pequeñez de nuestro espíritu. El que prorrumpe en grandes exclamaciones á la vista de un trage, de un mueble, de una alhaja, dando á entender que nunca ha vis to semejante cosa, nos atrae á la memoria aquel pobre Noruego que viendo por primera vez rosas se quedó estático al brillante aspecto que le presentaban, y no osó acercarse á ellas por temor de quemarse los dedos, y segun decía no le era posible comprender como las plantas podian producir fuego.



Cuanto menos están los hombres ocupados en negocios propios, otro tanto quieren informarse de los ajenos. De donde se sigue que la estension y la exactitud de las noticias acerca de los sucesos de las personas con quienes no estamos unidos por vínculos especiales y que no debemos juzgar, ni dirigir, ni ausiliar, indican la pobreza de nuestro fondo ideal.

A la manera que la repeticion del mismo sonido, aunque sea agradable, acaba por fastidiar; así la constante repeticion del mismo gesto, movimiento, dicho, anécdota, relato, se nos hace desagradable y pesado. Puede sufrirse que una muger cuya dentadura es mala se ria con los ojos; pero se hace ridícula la que afecta siempre el gesto que hace brillar la sortija que lleva en el dedo y que se baja y levanta y menea de continuo la cabeza para que veamos la pluma con que la ha adornado.

Damos pruebas de fragilidad de memoria y nos desacreditamos olvidando los nombres de las personas y de las cosas, importunando á los demás para que los digan por nosotros y atormentando su curiosidad con indicios indeterminados y vagos; omitiendo las necesarias circunstancias de los hechos ó bien confundiendo hechos diversos; contando mil veces las mismas cosas en presencia de las propias personas, defecto muy comun en los viejos.

Se muestra la escasez de raciocinio y de sentido comun deduciendo los sucesos futuros de casos accidentales y no de las leyes de la naturaleza: confiando en remedios ridículos, cediendo á prevenciones necias, juzgando á las personas por los nombres, por el traje, por la opinion, por el partido y no por el conjunto de sus acciones, y admirando coincidencias inconsecuentes.

Es tan cierto que el hombre se siente superior á los animales en la inteligencia y en los afectos, que cuando queremos despreciar ó envilecer á una persona, le

comparamos á uno de ellos. A despecho de esta superioridad el hombre tiene la máquina y las necesidades físicas. A medida que su superioridad crece se procura disminuir la apariencia de la indicada comunidad, y de aquí proviene que si el salvaje va desnudo y satisface todas sus necesidades en presencia de los demás, el hombre civilizado se viste aun en los países cálidos, y cuando puede hacerlo sin incomodidad se separa de la vista de los otros cuando cede á las exigencias de la naturaleza, á cuya inclinacion concurre la idea ó de ofender los sentidos ajenos con sensaciones nauseabundas, ó de no indisponer la imaginacion con la reminiscencia de ellas.

De aquí se sigue que hay acciones inocentes y necesarias y que no obstante quieren ser ocultas. El pudor, pues, está aprobado por la razon, y el mismo impudentísimo Diógenes lo llamaba el color de la virtud.

En las mujeres el pudor es el custodio de sus prendas y el talisman de su poder. Los especiales perjuicios que en la sociedad provienen de la incontinencia añaden nuevo brillo al pudor y condenan cuantos actos le ofenden.

Júpiter, despues de haber hecho las paces con Juno en el monte Ida, queriendo celebrar los misterios de Himeneo se envuelve con una nube azul. En la primera casa de baños que hubo en Roma, los cuartos de los hombres estaban separados de los de las mujeres, y las costumbres públicas prohibian al padre bañarse con sus hijos cuando habian llegado á la pubertad. El pudor ha introducido algunos usos que con el nombre de decencia son en cierto modo sus custodios aunque no siempre seguros; como por ejemplo en Italia en donde las señoras de alta clase hasta muy poco tiempo atrás no se presentaban en público sino acompañadas de su criado: en Francia antes de la revolucion no recibian en su casa á los hombres sin tener una doncella al lado. El uso de los velos en el rostro en las ciudades, y de los



pañuelos en la cabeza en los pueblos es tan general , que el pudor de las mujeres alimenta industrias especiales.

A medida que el sentimiento de la indicada superioridad va disminuyendo, son proscritos de uno en uno los sentimientos de la decencia y prevalece el sentimiento de la comunidad susodicha. Entre el máximo grado del primer sentimiento y el máximo del segundo están encerrados los diferentes grados del pudor y de la impudencia , á los cuales corresponden para los hombres sensudos diferentes grados de estimacion ó de desprecio.

Por la razon de ser la bondad de carácter la cualidad que alcanza estimacion mas universal y mas constante entre los hombres , son con justo motivo proscritos y despreciados los hechos que si bien no molestan á los demás , demuestran mayor ó menor barbarie hácia los animales. ¿ Quién no hubiera despreciado al emperador Domiciano sabiendo que pasaba muchas horas en su gabinete cazando moscas y ensartándolas en un alfiler de oro ? Un tal Vibio Crispo á quien le preguntaron si habia álguien con el emperador, contestó : Nadie , ni siquiera una mosca. He dicho que si bien no molestan á los demás ; pero esta circunstancia no siempre es verdadera , pues el dolor que sufren los animales a tormenta nuestra sensibilidad , en razon de la aparente analogia entre su máquina y la nuestra. Así cuando vemos transportar en un carro reses muertas y cuyas cabezas van colgando , no podemos menos de experimentar horror y aun compasion no obstante de verlas muertas.

Por esta razon no se necesita gran esquisidad de afectos para condenar las corridas de toros , las riñas de gallos y los combates á puñadas entre dos hombres , espectáculo que tanto agrada á los ingleses , y del cual con frecuencia salen los combatientes con un ojo menos, estropeados ó moribundos.

Muchas veces nos esponemos al desprecio ageno , no porque lo que hacemos sea despreciable en sí mismo

sino porque lo hacen tal las circunstancias exteriores.

Puesto que el órden social exige que la ancianidad sea respetada á fin de que los jóvenes oigan con docilidad sus lecciones, y obedezcan prontamente sus mandatos, no pueden aprobarse en los ancianos aquellos actos que si bien son inocentes denotan una cabeza ligera.

Entre los actos que por si mismos no presentan la idea del daño social, no convienen á las mugeres aquellos que disminuyen sus prendas distintivas. Por esta causa no parece muy conveniente que las mugeres afeiten á los hombres como suelen hacerlo en algunos puntos de Suiza, ni que los hombres peinen á las mugeres como se practica en gran parte de Europa. Con mayor razon se puede decir otro tanto del sastre, pues los trages de las mugeres, ya que así lo reclama el pudor, y además las mugeres entienden mejor que ellos en todo lo relativo á la belleza. La idea del pudor puede ser demasiado estensa, como generalmente es demasiado restringida. El senado romano espulsó de su seno á uno de sus miembros porque en presencia de su hija habia dado á su consorte un beso demasiado expresivo. Si la santidad del vínculo conyugal no bastó á escusar esta falta de consideracion, es preciso confesar que el castigo fué excesivo. El arengar en público, para lo cual se necesita cierta frescura y, por decirlo así una cara de bronce, parece impropio de la muger, y por esta razon en igualdad de circunstancias el mérito de una muger de teatro es menor que el de las otras. Los romanos estaban tan acostumbrados á la modestia y al retiro de las mugeres, que como una de ellas hubiese defendido su pleito ante los jueces, el senado envió á consultar al oráculo de Apolo que es lo que semejante inconveniencia presagiaba para la ciudad de Roma. En este hecho como en el otro se descubre una idea justa pero exagerada.

Las mugeres hacen gala de delicadeza y de timidez,



como lo prueba su irritabilidad á las sensaciones algo fuertes y su espanto á la menor sombra de peligro. Saben afectar una especie de languidez y gracia que llega al alma mas que la misma conveniencia, y este es uno de los motivos por los cuales una muger montada á caballo no dispierta sentimientos agradables. Mientras que en la muger no vemos el valor ni la destreza física, notamos en el caballo el ímpetu y la fuerza : y del choque de estas dos ideas nace el temor de algun accidente desastroso.

Cualquier acto que altere la delicadeza del cutis, la armonía de las formas y de las proporciones y hace que una parte ú otra pase más allá del confin de la belleza, no sienta bien á la muger un poco agitada. Plutarco nos dice que Minerva se corrió de sí misma el dia que tocando la flauta vió en una fuente el torpe aspecto de sus hinchados carrillos, y que en el acto echó á rodar el instrumento y recobró las proporciones de la hermosura.

La decencia prohíbe aquellas acciones inocentes en sí mismas, pero que merman la idea de la dignidad en aquel que las ejecuta. Por esto nunca debe el hombre vanagloriarse de habilidades inferiores á su rango, principalmente si roban el tiempo necesario para el cumplimiento de los deberes. ¿Y no te corres, decia Filipo á Alejandro, de cantar tan bien, tú que algun dia has de sentarte en un trono ? En efecto, aunque la habilidad del canto sea cosa de gran mérito no deben dedicarse especialmente á él los que están llamados á desempeñar los mas altos cargos del Estado. Si además esos actos en vez de ser de mérito son indiferentes por sí mismos, entonces su inconveniencia crece á medida del rango del que los ejecuta. El general Sowarow en Petersburgo recorria las estancias imperiales saltando con un pié, y pasando de una de las damas á otra besaba el retrato de la emperatriz Catalina que llevaban al cuello, haciendo la señal de la cruz y genuflexiones. Otras veces corria

por las calles seguido de una cuadrilla de muchachos, á los cuales arrojaba manzanas para escitar su risa, y gritaba : Soy Sowarow, soy Sowarow. Cuando estaba en campaña, se presentaba en el campamento en camisa y montado en un caballo cosaco sin silla ; y por la mañana, en vez de hacer tocar diana , salía de la tienda en aquella disposicion , y cantaba tres veces como un gallo, lo cual era la órden de levantarse los soldados.

La comodidad, los hábitos sociales y la concordancia de los medios con los fines reclaman ciertas acciones y ciertas cosas en lugares dados y no en otros. La transposicion de las acciones y la alteracion de los fines producen un contraste en la asociacion de ideas, y dan lugar á la risa ó tal vez al enojo. Aunque el baile, por ejemplo, es una cosa bella en sí misma, no obstante, quién en vez de pasearse por las calles como hacen los demás fuese bailando, daría risa, porque el uso coloca el baile en los teatros y en las casas y no en la via pública: lo concreta á ciertas épocas del año en lugar de permitirlo todos los dias, y lo acompaña con música y con todas las apariencias de particular y alegre concierto; y como estas circunstancias le faltarian al que bailase por las calles, los presentes lo tacharian de una ligereza ó locura. En el refectorio de una comunidad religiosa está muy bien un cuadro de la Cena; pero daría pruebas de muy menguado caletre quién colocase uno de la Flagelacion de Jesus en un teatro ó en una posada. Así es que se mostraron muy faltos de tacto nuestros mayores cuando comenzaron á poner en las posadas las imágenes de los santos, cuyo uso causaria escándalo si el hábito no rebajase el efecto.

En un lugar santo y que llame al espíritu á pensamientos severos, la broma, aunque inocente, en vez de sonrisa provoca el enojo. Por esto eran vituperables y mostraban no solo ligereza, sino falta absoluta de devocion, la duquesa de Mazzarino y madama de Cour-



celles , cuando encontrándose en la abadía de Celles echaban tinta á la pila del agua bendita , para que las monjas metiendo la mano y santiguándose luego se ensuciaran el rostro y el hábito.

Nuestros actos deben ser agradables ó desagradables para los demás segun la situacion de su ánimo , como el mismo manjar nos es grato ó nauseabundo segun el estado de nuestro estómago. Por ejemplo, tirar el florete mientras los compañeros están ocupados en la música , es arrebatár un placer sin sustituir otro ; alabar muebles elegantes en un chiribitil , es aumentar en el amo el sentimiento de la pobreza ; introducir ideas frívolas cuando se trata de asuntos serios, es dar tormento á la paciencia de los demás y mostrarse faltó de juicio. Por esto es de todo punto descortés hablar de difuntos en la mesa.

#### CAPÍTULO IV.

##### CORTESIA RELATIVAMENTE Á LA MESA.

Antes de esponer las reglas necesarias para promover, alegrar y dirigir los placeres de la mesa, creo que será agradable á la juventud indicar los diferentes usos que han seguido las naciones en sus comidas. Esa diversidad de usós debe atribuirse á las diferentes ideas de comodidad y de cortesía, al estado de las artes y de las riquezas, y aun á las ideas supersticiosas.

Nosotros comemos sentados en bancos ó sillas, mientras los romanos estaban tendidos al rededor de la mesa: los japoneses se sientan en las esteras que adornan el suelo, y los galos antiguos sobre pieles de lobo ó de perro, ó sobre heno. Los lapones se sientan en el duro suelo y con los piés doblados formando una cruz. En

Europa, la circunstancia de que una sola mesa sirve para muchos comensales, aviva el placer de la comitiva; en la China y en el Japon, cada persona tiene una mesa á parte. En el Japon, cuando muchas personas comen en la misma estancia se dirigen recíprocamente grandes saludos antes de dar principio á la comida, y los habitantes de Otaiti, aunque muy sociales y pacíficos, comen aisladamente, manifestando en esto una desconfianza ridícula. Todos los miembros de una misma familia huyen unos de otros en esta circunstancia: dos esposos, dos hermanos, dos hermanas y el padre y la madre tienen su cesta particular; y colocado el uno á dos ó tres piés del otro, volviéndose recíprocamente la espalda no dicen ni una palabra.

En el Japon las mujeres comen juntas, pero separadamente de los hombres. En Grecia las mujeres, y las muchachas de la casa escluidas de la mesa, comen con los criados. En Andros y en otras islas griegas las hijas de la familia sirven á los comensales, usos que al fin son señales de poca civilizacion. En Inglaterra las mujeres comen con los hombres, pero se marchan al levantarse los manteles, y hacen muy bien, porque los hombres que se quedan solos vacian botellas y arreglan el Estado, alaban y censuran á los ministros segun la fuerza del vino, beben á la salud de las mas honestas y de las mas disolutas mujeres.

Los romanos iban á la mesa vestidos con un traje particular que tenia nombre propio, y este uso era tan imperioso que Ciceron vituperó á Vatinió por haberse presentado en la mesa en traje negro, por mas que la comida estaba destinada á una ceremonia fúnebre. Entre los sibaritas las mujeres invitadas á los festines y comidas públicas recibian un aviso un año antes á fin de que tuviesen tiempo de prepararse y hacer ostentacion de cuanto pudiesen la belleza y los vestidos.

Quando nosotros invitamos á nuestros amigos, nos



sentamos con ellos á la mesa y con nuestro ejemplo estimulamos su alegría. En la nueva Francia el que da una comida no come sino que canta, fuma, divierte á los convidados; y en la China, una cortesía mal entendida ordena al amo marcharse de casa cual si quisiera dar á entender que deja á los convidados dueños de ella.

Los romanos que no conocian el tenedor se lavaban las manos repetidas veces durante la misma comida.

Nuestros tenedores tienen cuatro puntas, los de los ingleses pocos años atrás tenían dos, porque así pueden limpiarse mas fácilmente. Los japoneses cogen los manjares sólidos con dos palitos, que manejan tan diestramente, que cogen aunque sea un grano de arroz tan bien como nosotros pudiéramos hacerlo con una cuchara.

En Egipto no hay bancos, ni platos, ni cucharas, ni tenedores, ni vasos, ni manteles: los comensales arrodillados y descansando sobre los talones toman el arroz con los dedos, rompen la carne con las uñas, mojan el pan en la fuente comun y con el pan se limpian las manos y los labios: beben agua en la misma taza ó jarro: el que hace los honores de la mesa bebe siempre el primero y tambien prueba los manjares antes que los demás, no tanto con el fin de indicar que no debe desconfiarse de él, cuanto para manifestar cuan solícito está por la seguridad de los otros y cuanto le interesan sus personas. Después de comer se presenta á los convidados una tohalla para que se laven las manos, luego les arrojan encima abundante agua de rosa y después se sirve la pipa, y últimamente el café.

Los vasos de los antiguos solian recordar gloriosas y caras memorias á los comensales. Los indios cuando beben tienen el vaso colgado de modo que no toque á los dientes ni á los labios y derraman el agua de muy alto creyendo neciamente que el contacto del vaso con la boca puede comunicar algun maleficio.

Los reyes de la Nigricia cuando beben dejan siempre que caiga por la barba la mitad del licor, pues les gusta ver en torno suyo riachuelos de vino. Esta suciedad se llama allí magnificencia.

En Francia, en España, en Italia y en las restantes naciones centrales y meridionales de Europa se come y se bebe promiscuamente ; mas en el norte de Europa y en los pueblos orientales no se bebe hasta después de haber comido.

A las naciones septentrionales pueden perdonárseles la costumbre de entibiar al fuego durante el invierno el agua que les sirve de bebida, pues al parecer la naturaleza les obliga á ello ; pero no es tan fácil comprender como ha podido introducirse en países templados la costumbre de beber agua caliente durante el año entero, costumbre que duró muchos siglos en varias naciones y particularmente en Francia.

En la antigua Roma, la sala en que se comia en los dias festivos estaba alfombrada de lirios y rosas : los comensales y hasta los criados llevaban coronas de flores, á las cuales neciamente atribuian el poder de reprimir con su fragancia los ardores del vino.

Nosotros comemos la carne cocida y bien condimentada y los tártaros la comen cruda, juzgando que el cocimiento le quita el sabor y la hace indigesta. El rey de Loango en Africa come en dos casas diferentes : esto es come en la una y bebe en la otra : y está prohibido bajo pena de muerte verlo comer ó beber. Parece que este uso tiene por objeto dar á entender que S. M. no pertenece á la especie humana, sino á la de los dioses. En Inglaterra durante los siglos bárbaros, los cortesanos servian al rey de rodillas : y en el Japon, el criado que lleva los manjares se arrodilla cada vez que pone un plato en la mesa ó lo quita. Muchos documentos nos atestiguan que en los siglos XII y XIII la nobleza de Francia en los dias solemnes hacia llevar los platos á la me-



sa por hombres montados á caballo y armados : y tambien á caballo servian los magnates la comida al rey en el dia de su coronacion. Esta apariencia de pompa militar mezclada al tranquilo servicio de la mesa era agradable á esa nacion guerrera, cuyo mayor placer y mas grande honra eran las armas.

En Atenas cada convidado podia separar de la mesa algunos platos y enviarlos á sus amigos, y aun parece que los comensales, terminada la comida, se llevaban cuanto sobraba, indiscrecion por cierto bien repugnante á nuestras costumbres.

Hasta el siglo XVI se comió en Francia á las diez de la mañana, y se cenó á las seis de la tarde. Al principio del siglo XVIII, Luis XVI comia á las doce. Hacia 1750 se comenzó á almorzar algo fuerte á fin de retardar la comida hasta después de despachados todos los negocios que se fueron haciendo mas numerosos y complicados. La comida se fué retardando, de manera que en muchas capitales de Europa cesó la necesidad de cenar y se acabó por comer á la hora en que antes se cenaba.

El uso de beber en el mismo vaso, que al principio fué efecto de la escasez de recursos por cuyo motivo se conserva aun en las familias pobres, vino á ser una señal de afecto. En Grecia y en Roma cuando se brindaba por alguno se tomaba un sorbo, y luego se le pasaba el vaso á fin de que bebiera, y esto vino á ser un favor muy señalado cuando el vaso pasaba de los labios del soberano á los del súbdito. La costumbre de tocar un vaso con otro y beber después, hace circular entre los comensales el sentimiento del afecto y de la alegria comun, sin mezclar á ello imágenes repugnantes y asquerosas.

En la mas remota antigüedad se descubren rastros de beber á la salud de los comensales, y se atribuye á diferentes orígenes. Algunos dicen que tuvo por objeto

disfrazar la intemperancia, otros le suponen un motivo religioso, pues como los antiguos colocaban cerca de la mesa las imágenes de sus dioses tutelares y domésticos, les hacian libaciones y bebían saludándolos, de donde se originó con el tiempo beber á la salud y á la prosperidad de las personas mas queridas. Cuando los francos se convirtieron al cristianismo, creían ser un acto religioso en honor de los difuntos, sobre todo de aquellos que habian muerto en olor de santidad; mas este uso fué considerado como una idolatría ó una profanacion, y un Concilio de Nantes lo anatematizó, y Carlomagno lo prohibió en sus Capitulares. Las personas de buen humor en Francia conocieron muy luego que estaba puesto en el órden dejar á los difuntos, y como tambien creían muy racional el uso de honrar el mérito bebiendo, de aqui fué que los vivos fueron objeto de las libaciones, particularmente los amigos y los amantes. Los modernos griegos cuando quieren honrar á una persona, beben tres ó cuatro vasos en su nombre. Los mismos griegos durante la comida cantan: y este uso de cantar se remonta en Francia al tiempo de la caballería y continuó hasta Luis XV. En los últimos tiempos no cantaban sino durante los postres, en los cuales uno entonaba una cancion alegre, y los demás contestaban en coro.

Entre los siglos XVI y XVII se introdujo en Francia la costumbre de acumular muchos manjares en un mismo plato de modo que viniesen á formar una pirámide: y como la altura de esta vino á ser la medida de la habilidad de su constructor y de las alabanzas que los comensales le tributaban, la cosa se fué complicando: colocáronse sobre la misma base manjares, platitos, confituras y porcelana, frutas y figuras, de suerte que resultaron campanarios tan elevados, que segun la expresion de madama de Sevigné, tal vez hubo necesidad de hacer mas altas las puertas.



En tiempos pasados, el que habia sido obsequiado con alguna comida por algun amigo de una ciudad de la Gran Bretaña, estaba seguro de que al salir encontraria alineados en la antesala y en la escalera todos los criados que le habian servido en la mesa, desde el mayordomo hasta el último pinche, y era indispensable poner en la mano de cada uno de ellos un regalo proporcionado á su importancia. Este uso que imponia una contribucion al comercio de la amistad, que era un obstáculo para la hospitalidad, que en la casa de un amigo hacia pagar una comida el cuádruplo de lo que hubiera costado en una fonda; este uso altamente descortés obligaba á muchas personas, á declarar que no eran bastante ricos para aceptar un convite de este ó del otro magnate. Esta contribucion que en el siglo pasado aun estaba en uso en Holanda, se pagaba á la vista del dueño de la casa, el cual no reparaba ó no queria reparar que era una cosa sumamente descortés mantener á sus criados con contribuciones forzosas arrancadas á los huéspedes y amigos. Los Escoceses fueron los primeros en abolir en 1760 esta costumbre, con no poco escándalo de los criados, quienes no dejaron de invocar las venerables costumbres de los mayores y de declamar contra la corrupcion del siglo.

Paréceme muy cortés y fino el uso de los romanos, quienes al convidar á comer á un personaje distinguido le dejaban la eleccion de los comensales, y en nombre de aquel les rogaban que asistieran á la mesa. Este uso aumentaba los clientes de la persona invitada, las esperanzas de los elegidos y el crédito del dueño de la casa. En un lugar y en una funcion en que el placer debe ser soberano, parece un uso de descortesía reunir personas que no se miran con buenos ojos, y quizás tener en continuo estado de náuseas á un hombre delicado poniéndole cerca de una persona sucia, desairada y ordinaria.

Además, como los momentos de alegría lo son frecuentemente de imprudencia, y muchas veces entre las copas se escapan los secretos, por esto, cuando reunís en la misma mesa personas de carácter y de intencion diferentes, las obligais á observar una escesiva vigilancia sobre sí mismas y á disminuir el placer, porque todos saben que entre los comensales los hay que tienen memoria. Por esto Plutarco elogia al poeta Chilon, quien no quiso comprometerse y concurrir al banquete de Periandro sin saber quienes eran los comensales, diciendo que mezclarse indistintamente con toda clase de personas era obrar cual un hombre sin juicio. La descortesía sube de punto cuando se reúne á personas virtuosas con otras disolutas, porque la virtud se resiente y contrista al contacto del vicio.

Hacer aguardar á los comensales despues de la hora fijada para la comida porque falta esta ó aquella de las personas convidadas es ofender á los presentes en honor de los ausentes, y es cosa tanto mas descortés cuanto estos pueden estar detenidos por muchas causas y quizás no acudir á la cita. Esta regla admite dos escepciones. 4.<sup>a</sup> La dilacion puede escusarse cuando somos convidados para acompañar á viajeros distinguidos á quienes se aguarda en día fijo sin que se sepa de seguro la hora de su llegada, pues como en este caso los comensales ya saben el motivo de la dilacion no pueden quejarse, mientras no se abuse de su paciencia por mucho tiempo. Y 2.<sup>a</sup> La dilacion es asimismo escusable cuando nos convida un funcionario público, los cuales no siempre pueden disponer del tiempo como quieren. Aparte de estos ó muy semejantes casos, despues de media hora que se deja á la discrecion de los ausentes, es muy inurbano abusar del sufrimiento de los presentes.

Los romanos tenian la costumbre de entregar al principio de la comida una nota de los manjares que se presentarian en la mesa, á fin de que cada uno reservase el



apetito para aquellos que fuesen mas de su gusto ; pero este uso muy bueno en una posada pública á donde se concurre por la sola necesidad de comer, seria ofensivo en una casa particular en donde debe suponerse que los convidados, mas acuden por amistad que por el afan de henchir el estómago. A no ser en caso de grande desigualdad social, comete una accion descortésima el dueño de la casa que tomando el brazo de dos señoras las conduce casi en triunfo en medio de las demás y las coloca á su lado. En este y en otros casos me parece preferible la costumbre de colocar encima de la servilleta un papelito con el nombre de la persona á la cual está cada asiento destinado. En estos casos deben procurarse mezclar las hembras con los varones á fin de que estos puedan servirlos.

Como la alegría y el placer son las principales divinidades que presiden en la mesa, la cortesía exige que los manjares y las bebidas sean iguales para todos los convidados. Quebrantaban este precepto los patricios de Roma, los cuales, segun atestigua Juvenal, solian reservar para algunos convidados platos á los cuales no podian llegar los otros. Plinio condenando este uso y diciendo que él á todos sus comensales trata del mismo modo, añade: Yo reuno á mis amigos para regalarles, no para ofenderlos con distinciones que mortifican. La cortesía exige que el dueño de la casa prevenga, en cuanto le sea posible, los gustos de sus comensales para que los utensilios, el servicio y los manjares les recuerden si son extranjeras las costumbres mas agradables, lo cual es una señal de atencion muy particular. Lavery refiere que su huésped Ismael Agá en la isla de Candia, tuvo la delicadeza de hacerle servir con todos los utensilios usados en Francia, y que á despecho de ser mahometano, echó á un lado su gravedad, y después de haber despedido á los hijos y á los criados bebió buenos tragos de vino á pesar de la prohibicion de Mahoma.

Por otra parte son contrarios á la libertad y á la discrecion aquellos usos que so pena de caer en ridículo, obligan al amo de la casa á presentar en la mesa ciertos manjares y ciertas bebidas, porque no siendo siempre fácil encontrarlos y otras veces teniendo muy subido precio, disminuyen la frecuencia de los convites. Desde que el orador Quinto Hortensio, émulo de Ciceron, hubo enseñado á los romanos el uso de los pavos reales estos se hicieron tan de moda, que no podia darse una comida en que no los hubiera.

De las ideas espuestas se sigue que el amo de la casa debe huir dos extremos: no defraudar á los convidados por su escesiva parsimonia ó cicatería, y no incomodarlos con un lujo exorbitante.

Es costumbre antigua y bárbara violentar á los convidados para que coman y beban mas allá de lo que permiten su constitucion física y el estado de su salud, cual si el afecto del convidador y la gratitud de los convidados debiesen medirse por el número y el peso de los manjares tragados. Parece que antiguamente en Francia, cuando el amo de casa no lograba persuadir con palabras á los comensales recurría á la violencia, puesto que los legisladores se vieron obligados á prohibir tales violencias. En efecto una ley de Carlomagno prohibió esforzar á nadie para que comiese mas allá de lo que quisiera, y otra condena á los soldados á beber cierta cantidad de agua siempre que convidasen á alguno á beber vino. Nuestra civilizacion no llega á estos escesos, no obstante no falta quien dice: No comeis porque estos manjares no os parecen dignos de vuestro paladar: sin advertir que deciros esto es echaros en cara que sois orgulloso. Otro ponderando los manjares con elogios escesivos parece que os vitupera vuestra ordinariéz ó vuestra ignorancia si no los comeis. Otro manifestándose ofendido por vuestra sobriedad os obliga á justificarla con razones que no son para dichas en la



mesa: y finalmente otro se empeña en que bebais una copa mas por amor suyo ó en honor de la señora. Todos estos y otros semejantes proceder es me parecen sumamente inurbanos, porque colocan al comensal entre el peligro de una indigestion y la molestia de ser tachado de esto ó de aquello. Esceptuando, pues, el caso de personas inferiores y en general de personas tímidas, las cuales han menester que con dichos graciosos se las estimule á comer, creo que el amo no debe dar indicios de observar la inapetencia de los comensales sino muy de paso, y solo para dar á entender que se ocupa de los otros mas que de sí propio. El aire agradable y natural que ni tontamente se vanagloria de la esplendidez de la comida ni va mendingando elogios con escusas rebuscadas forma el carácter de un ánimo noble que no se ocupa de cosas tan pequeñas. Por esto, pues, el amo no encomiará su cocinero ni ponderará sus vinos.

Como el trinchar es una incomodidad, natural parece que el amo se encargue de hacerlo, á menos que se deje para un criado inteligente. El incomodarse con el cocinero ó con el repostero ó con los criados en presencia de los comensales es suma descortesía, ya porque á los presentes les molesta esa incomodidad, ya porque suponen que los criados los mirarán como causa de los vituperios ó reconvenciones que sufren.

El amo debe cuidar mucho de que las conversaciones sean graciosas y amenas, sin hacerse malignas ni mordaces, y sobre todo tiene obligacion de impedir que un comensal sea el juguete de los demás, cual le sucedia en la corte de Calígula al pobre Claudio, el cual, como se durmiese en la mesa despues de haber comido, era el hazmereir de los comensales que le arrojaban huesos de dátíl y aceitunas, le quitaban el calzado y se lo ponian en las manos para que al despertar de súbito se dañase el rostro.

Sería mayor la descortesía si el mismo amo de la casa

quisiese burlarse con sus convidados y reirse á su costa con alguna ocurrencia de mal género, como el loco de Heliogábalo que habiendo mandado construir camas de cuero y llenarlas de aire en vez de lana, cuando sus comensales comian y bebían con la mayor alegría hacia abrir de repente un agujero oculto por debajo, de manera que las camas se bajaban de improviso y los pobres diablos tendidos en ellas daban de narices en la mesa. Diré finalmente, que no solo la cortesía y la decencia, sino también el honor y la moral prohíben al amo dar convites á fin de promover bromas licenciosas y de malas costumbres, imitando á Sulpicio Galba el cual solía dormirse después de comer á fin de que su esposa tuviese libre el campo para entretenerse mano á mano con Mecenas. Ese sueño era tan voluntario, que habiendo un criado querido aprovecharse de él para llevarse una botella, Galba se levantó prontamente y le dijo: alto, muchacho, yo no duermo para todos; de suerte que no dormía sino para su mujer.

Tratándose ahora de los convidados diré, que se espone al dictado de parásito el que acepta cuantas comidas se le ofrecen, y merece el de misántropo el que las rechaza todas. Puede uno rehusar un convite cuando puede traer compromisos y obligaciones que no agradan ni convienen, pues entonces el convite viene á ser un contrato en el cual hay lesión por parte de uno. Esto es mas comun en tiempo de partidos políticos ó de otra clase, pues el aceptar una comida da lugar á suponer que se abraza el partido del amo ó de los comensales.

Cuando se acepta un convite es preciso adaptarse á las costumbres de la familia, no mezclarse en los asuntos domésticos, no mostrarse descontento si las consideraciones no corresponden al mérito de uno. No debe pretenderse ocupar en la mesa un sitio distinguido, porque esto ofende la vanidad de los demás y le espone á uno á ser tachado de orgulloso. No debe desplegarse



la servilleta ni comenzar á comer antes que el dueño ó que la persona de mas respeto. Es indispensable aguardar á que los otros se sirvan antes, sin empeñarse no obstante en ser el último si estos se oponen á ello, sino que se debe tener en esto un temperamento, que ni le haga pasar á uno por terco ni por altanero. Acepta con graciosos modales y de ningun modo con gesto de desagrado cuanto te den sin perjuicio de comer luego lo que te parezca oportuno, puesto que nadie te obligará á indigestarte para darle gusto. Nunca pases á otra persona el manjar, el licor ó el café que el amo ó quien hace sus veces te ofrece directamente, pues de este modo le echas en cara que ha faltado á lo que las consideraciones exigían. Toma de una vez cuanto necesites, y guárdate de tomar dos veces. Nunca manifiestes predileccion particular por este ó el otro plato, ni hables mucho de los manjares, pues esto arguye sensualidad muy reprehensible. No censure los manjares si no son de tu gusto, ó si la inadvertencia del cocinero ha dado lugar á alguna equivocacion. No elijas los bocados mejores, y sobre todo nunca alargues los brazos para coger las fuentes distantes. No ponderes los convites que te dieron en otra parte, pues la comparacion puede ofender al dueño de la casa en que estás comiendo. Tose, escupe y menéate lo menos posible, y nunca te ocurra tomar un polvo. No dobles la cabeza sobre el plato, sino que debes bajarla un poco al llevar á la boca cosas líquidas.

Es supérfluo decir que quien asiste á la mesa como simple testigo ofende el amor propio del dueño, el cual se proponía regalar el apetito de los comensales. Tu esquivéz le hace sospechar que ha turbado tu habitual modo de vivir, y otra vez le obligará á hilarse los sesos á fin de adivinar tus hábitos y tus gustos.

En Roma, cuando se presentaba en la mesa un pescado ó ave rara los precedía el sonido de las flautas, y los comensales las recibían con aplausos y palmadas. Por tan-

to aunque es lícito aplaudir la habilidad del cocinero y el buen gusto del amo, hacer que desaparezcan los manjares apenas han llegado á tu presencia, alargar las manos á todos los platos sin nunca decir bastante, no escuchar las conversaciones para no distraerse de comer, mirar al rededor para ver si los criados traen otros manjares, colocarte siempre en el sitio menos visible para comer como un lobo sin causar escándalo, es adquirirse con justo título el dictado de tragon ó de hambriento.

Con mucha mas razon debe ser censurado el excesivo uso de los licores, pues si el exceso en la comida resulta molesto á tu estómago, el de la bebida calentando la cabeza te hace incurrir en mil sandeces y descortesias. Unicamente el vulgo á quien parece que el juicio estorba, puede vanagloriarse de perderlo por un vaso de vino, y medir su mérito en razon de las botellas que diariamente vacía.

Si la urbanidad quiere que no abuseis de la generosidad del dueño de la casa y ordena que se le corresponda con muestras de gratitud, reclama al mismo tiempo que os presteis con facilidad y secundeis un poco sus debilidades. No parece necesario recomendar la alegría, pues nadie ignora que ni en las fiestas ni en la mesa deben contarse cosas melancólicas, por tanto ni ha de hacerse mencion de difuntos, ni de epidemias, ni de llagas, ni de enfermedades, ni de otra materia alguna dolorosa: ántes al contrario, si alguno viniese á tratar de tales cosas debe procurarse distraerle de ellas con dulzura, y traer á colacion algun asunto mas agradable. Tampoco convienen en la mesa serias discusiones de metafísica, política y teología. De lo dicho se infiere que sería impolítico censurar en la mesa cualquiera dicho algo indiscreto, cualquier frivolidad, cualquier discurso no sobradamente sensato que se hubiese escapado á la irreflexion de la comun alegría. El temor de ser agriamente criticador puede cerrar la boca á muchos comensales, por



lo cual si se quisiera cerrar la boca á todo dicho insípido, lo quedaría igualmente para las frases y ocurrencias de chispa. Caton, aunque censor, asistía con la risa en los labios á los convites joviales, y al calor de la alegría juvenil su proveya edad se reanimaba. Por tanto sería inurbanidad imperdonable hacer objeto de conversacion ó de sátira las cosas poco sensatas oídas en un banquete. En Esparta al entrar en la casa de las comidas comunes un viejo señalaba la puerta advirtiéndole que ninguna de las cosas que allí se oyesen debían salir fuera de aquel sitio. En efecto, la persuasión del secreto recíproco ofrece mas ancho campo á la alegría.

Las reglas comunes relativas al hombre que come delante de otros son una aplicacion de los principios generales anteriormente espuestos, y concurren á demostrar su racionalidad.

Cuando en Roma era todavía desconocido el uso de los tenedores se podia causar asco de muchas maneras, y por esto Ovidio fijó las reglas para tomar delicadamente los manjares con dos dedos. En todos tiempos y paises el modo de comer y beber debe alejarse del de los brutos, la idea de los cuales se asocia á la mente del hombre y se aplica á las personas que imitan sus acciones. Las siguientes reglas servirán de termómetro á los jóvenes para medir los grados que se aleja de la urbanidad comun aquel que las quebranta.

No rompas el pan con los dientes como hacen los hombres ordinarios, sino con las manos y con el cuchillo.

No soples el manjar, porque el contacto del aliento hace mal efecto en la imaginacion de los demás.

No toques manjar ninguno sino con el cuchillo ó con el tenedor, porque el uso de las uñas es un derecho esclusivo de las bestias.

No huelas el bocado ensartado en el tenedor, pues además de que es una cosa nauseabunda parece que

vitupera al dueño el haberte puesto delante manjares insalubres ó repugnantes.

No hagas los bocados tan grandes que para mascarlos se te hinchen los carrillos y parezca que soples el fuego. Si esta accion que desfigura el rostro la ejecutares delante de mugeres, la descortesía sería mas notable.

No comas muy aprisa no sea que te ahogues, y no lledes á la boca un bocado antes de tragar el otro, pues esto arguye glotonería.

Para no suponer que te desagrada la comida que te dan, no incites al que está en la mesa con visible repugnancia y sin comer más que un poco de pan.

Come con la boca cerrada y sin hacer ruido.

No desmenuces los huesos, pues esto hace sufrir á los que lo observan, y aun les hace temer que se te atraviese alguno en la garganta.

No chupes el hueso para estraer el meollo y mucho ménos lo roas para arrancarle la carne que tiene pegada, sino que con el cuchillo debes separar la que puedas.

Toma la sal con la punta del cuchillo, mas no con el tenedor ni con la cuchara que te metes cien veces en la boca.

No te atrevas nunca á meter tu cuchara en la fuente ó sopera.

Si retiras de la boca alguna cosa no la dejes caer de lo alto, sino que recibéndola disimuladamente en la mano, colócala en un borde del plato.

No sigas el ejemplo del que á imitacion del perro se lame los labios y las manos.

No te limpies los dedos con los manteles y lo ménos que puedas con la servilleta, ántes bien hazlo con una miga de pan que luego colocas en el plato.

No te restriegues los dientes con los dedos ni con el mantel ó la servilleta, y mucho ménos te seques el sudor ni con aquel ni con esta.



No te limpies los dientes con el cuchillo ni con el tenedor, pues es cosa que da asco y pena al que lo observa, y por mas que la moda lo autorice no comas con el cuchillo, pues este se hizo para cortar, y allí están para comer el tenedor y la cuchara.

Nunca te limpies los dientes delante de personas respetables, pues es cosa familiar, ni llesves el mondadientes en la boca como pájaro que hace el nido.

Límpiate los labios con la servilleta ántes de beber y despues de haber bebido.

Nunca bebas con la boca llena.

Bebe despacio y sin meter ruido. No imites al que traga el vino con tanta avidez que se le escurre por uno y otro lado de la barba.

No llénes demasiado el vaso, ni lo dejes lleno de vino encima de la mesa, para no correr el riesgo de ensuciarla.

Nunca tosas mientras bebas para no rociar de vino ó de agua á los circunstantes.

No te enjuagues delante de nadie para derramar luego el agua en el vaso: porque esto no deja de ser un uso cochínísimo y asqueroso en sumo grado por mas que se practique en casas que se precian de muy finas. Ese uso revuelve el estómago de las personas delicadas, por la semejanza que tiene con el vómito.

Todo acto inurbano es mucho ménos escusable cuando se comete en la mesa.

## CAPÍTULO V.

### LIMPIEZA EN LOS VESTIDOS Y APOLOGÍA DE LA MODA.

Desde el sucio hotentote que se pasea desnudo por el cabo de Buena Esperanza hasta el afectadísimo Hortensio que se arreglaba la toga con el mismo esmero con

que disponia los periodos de un discurso y acusaba ante los tribunales al que en un lugar angosto le descompuso una doblez de su magnífico traje, hay una série de asquerosas suciedades y de afectadas elegancias que el hombre sesudo debe evitar igualmente. Nuestras miradas que con placer se detienen entre los candidísimos lienzo y las telas de seda, la fantasía que se sonríe con las imágenes de la belleza, y el espíritu que se complace entre las ideas correspondientes y armónicas, se ofenden de cualquiera huella ó recuerdo de porquería, deformidad ó desórden. Por esta razon, aunque el hábito no hace el monge, la mayoría de los hombres que tienen mas ojos que juicio, juzgan de las personas por su traje.

Además entre la pulcritud física y la delicadeza del ánimo se descubre un vínculo, que si bien es hijo de la imaginacion, no deja de ser verdadero. El estudio, el empeño y la solicitud para ser pulcros y finos son estímulos contra la inercia, acostumbran á la circunspeccion y entre las mas pequeñas cosas introducen actos de respeto y formas de decencia. En general la limpieza demuestra mucha sensibilidad á la opinion pública, y la opinion es uno de los frenos que retienen al hombre de lanzarse á los vicios. El que está dominado por los hábitos de la pulcritud y buena crianza se hace al mismo tiempo mas sóbrio, mas arreglado, mas pronto á cumplir con sus deberes. Por esta razon los fundadores de las religiones orientales, además de tener en mira la salud recomiendan con tanto calor las abluciones y las purificaciones. Mientras no se caiga en un extremo opuesto, si la casa, los muebles, los vestidos y todo el exterior de una persona demuestra orden, regularidad y limpieza, le conquistarán estimacion y respeto. No es necesario hacer gala de ricas alhajas ni vestirse con trajes costosos, pero en todas las combinaciones de la vida debe darse muestras de aquella limpieza que sirve de



velo á la indigencia. Sería una necesidad imitar el uso de los señores del Japon que provistos de pequeños pañuelos los tiran despues de haberse servido de ellos una sola vez, pero es una suciedad intolerable hacer uso delante de otras personas de pañuelos sucios. Lo mismo puede decirse de las camisas, de las calcetas y de los vestidos que impregnados de exhalaciones del cuerpo molestan el olfato de las personas delicadas.

Para la hechura y el uso de los vestidos, además de la limpieza debe tenerse presente el pudor. Pueden, pues, las mujeres esponer á las miradas de los hombres su hermoso cuello y sus negros cabellos, pero deben condenarse aquellos trajes y maneras de vestirse que dejan desnudas las partes del cuerpo que el pudor quiere estén cubiertas. Las mujeres no reparan que queriendo hacer escesiva pompa de sus gracias, disminuyen muchas veces su encanto, y en vez de estimular los deseos del hombre dispiertan su desprecio. Deberian persuadirse de que las cosas vistas impresionan menos que las imaginadas porque la fantasía, cuando imagina una cosa, la viste y adorna con todas las prendas y se complace en embellecerlas; mas esto no sucede cuando la fantasía se encuentra circunscrita dentro de los límites de la realidad. Hay mas; el amor es por naturaleza esclusivo, y una muger que se presenta en público sin pudor, se muestra dispuesta á los deseos de todos, y por tanto no dispierta sentimientos esclusivos sino que pierde en la opinion de los hombres aquel secreto encanto que tiene la virtud unida á la belleza.

La muger está dotada de tales sentimientos que quiere reunir el honor de la defensa al placer de la derrota: y cuando ella asalta en vez de ser espugnada, cuando en vez de esperar los compradores va en su busca, demuestra grande necesidad de vender. Y sabido es que el precio de todas las cosas decrece á medida que el vendedor muestra mas claramente la necesidad de venderlas.

A la limpieza y al pudor debe juntarse la conveniencia, y cada sexo, cada edad, cada condicion y magistratura debe adornarse con vestidos particulares, y por esto es condenable el hombre que se viste trajes mugeriles y se embellece á manera de muger, y da pruebas de menguado seso el viejo que se presenta con los adornos y con las pretensiones de un jóven elegante. No ofende las miradas, pero disminuye el respeto debido á su ministerio un eclesiástico que va al café y se presenta acicalado. No trato de sustituir las formas y las ventajas de los vestidos á la sabiduria y á la virtud ; pero da señales de no tener pizca de juicio y de no conocer al pueblo quien cree que este no mide los grados de respeto por el vestido, la apostura del cuerpo y las actitudes exteriores.

Hablando de conveniencia quiero decir que el vestido debe corresponder á las posibilidades, por lo cual, asi el exceso como la mezquindad son dignos de censura.

El deseo de imitar las clases superiores induce muchas veces á las inferiores á hacer gala de trages desproporcionados á sus recursos. El que viste mas ricamente de lo que sus medios le permiten, es un loco que se espone á verse muy luego en la necesidad de vestirse de andrajos : ó bien haciendo creer que se viste á costa de otro daña su crédito. Quien trae un vestido menos rico de lo que corresponde á su estado da señales de incivil abandono y se grangea el dictado de avaro. El miserable Chapelain mereció que sus compañeros de academia le llamasen el caballero de la órden de la araña, porque llevaba un vestido tan raro y recomendado que sus hilos parecian una telaraña.

La inestabilidad de la fantasía humana, los progresos de la civilizacion, la necesidad de agradar y el fastidio que la uniformidad engendra, exigen necesariamente el cambio de vestido; querer resistirse á este movimiento undulatorio y progresivo es querer singularizarse por



cosas que no valen la pena y quizás contra la razon. Además de la limpieza, el pudor y la conveniencia, se debe consultar para la eleccion de los vestidos el uso del pais en que se vive, tanto para no ofender el amor propio de los demás que se venga tachándote de singularidad afectada, como porque doblegándote á la comun manera de vestir y á cosas semejantes y de poco valor, el público te dejará mayor libertad en los otros negocios y será menos severo en juzgarte. Si comienzas á indisponer los ánimos con la singularidad del traje, serán censuradas tus mas mínimas acciones, no darás un paso que no sea notado, no tendrás un defecto que no se saque á plaza y que no se pondere. He aquí para que se considera cual un rasgo particular de urbanidad y de condescendencia en los grandes personajes vestir el traje del pais en que se presentan.

Sin embargo, el uso no debe ligarle á uno hasta el punto que no pueda separarse de él cuando sufre por ello la belleza individual. En efecto, el vestido, además de defendernos de la intemperie de las estaciones y de servir de velo al pudor, está destinado á procurar á la persona cierto aire de gracia, de brio y de nobleza: y ya es sabido que ni una misma manera de vestir ni un mismo color embellecen á todas las personas. Segun Ovidio el negro hace resaltar las gracias de la rubia: el blanco embellece á la morena: y la que brilla con un jubon de color de rosa, pierde mucho con un vestido amaranto. Las señoras inglesas que sacrificaron sus hermosas cabelleras en el altar de la moda y adoptaron el uso de las pelucas, respetaron la voz de la opinion mas que los intereses de la belleza.

El derecho de separarse del uso se aumenta cuando es incómodo y desairado. En Roma se llevó al principio una sola sortija, despues una en cada dedo, y finalmente una en cada falange, lo cual debia hacer casi imposible el uso de la mano. Para colmo de estravagancias el

uso exigió sortijas para cada estacion. La causa de tal absurdo es que en la eleccion de los adornos, no tanto consultamos el deseo de parecer bellos y elegantes, cual el de presentarnos como ricos : por lo cual estos aprecian los adornos, no en razon de la hermosura que procuran á la persona, como en razon del dinero que cuestan.

Finalmente, deben proscribirse todas aquellas maneras de vestir que dispiertan ideas de partido ó fomentan imágenes crueles en el ánimo del público. Una muger de sentimientos nobles nunca hubiera debido usar el vestido que llamaban en Francia á la guillotina.

El otro extremo antes indicado es la elegancia afectada que nos hace ridículos. Horacio nos dice la indignacion que se despertaba en el pueblo romano á la vista de un rico que envanecido con sus bienes barría las calles de Roma con una toga de seis varas. En las mugeres son mas escusables estas vanidades ; pero que se encuentren hombres que muden de peluquero si un cabello no cae con gracia, que muevan un alboroto contra la doncella si á la camisa le falta un pliegue, que sostengan una disputa con el sastre si sale de la línea un solo punto del traje, que atormenten á los vendedores por una insensible gradacion de color, que lleven espejos en la faltriquera para mirar á todas horas su ridiculo rostro, son cosas que verdaderamente sorprenden. A estos nuevos París que meneando las caderas van sumergidos en un mar de esencias olorosas, y se miran de los pies á la cabeza, y enamorados de su belleza miran hácia todos lados buscando aplausos, y creen que su aspecto es una felicidad para las gentes, no les diré lo que Vespasiano dijo á uno de ellos : «Preferiria que olieses á ajos», pero les indicaré la sonrisa del desprecio que asoma á los labios de cuantos los miran, y la relacion de las anécdotas mas ó menos ridiculas con que acompañan esa burlona sonrisa.



Los poetas satíricos, llevados del deseo de causar fuertes impresiones en la imaginación de sus lectores, se ven obligados á exagerar y á faltar en sus pinturas á todas las gradaciones. Estienden un color negro sobre todos los objetos, transforman las moscas en elefantes y traslucen un delito en las acciones mas inocentes. La moda ha sido muchas veces el blanco contra el cual han asestado sus dardos. Una cinta, una gorra, las esencias, los polvos preciosos y raros con que en algunas épocas las mugeres han mudado sus rostros, bastaron siempre á exaltar su bilis, y en seguida armados de punta en blanco no repararon en asaltar un tocador, hacer pedazos todos los frascos, quebrar los espejos y á reglón seguido predicar máximas de moral y recomendarnos el gran modelo de la naturaleza. Hablando en general contesto, que si quisiéramos seguir estrictamente la naturaleza deberíamos ir desnudos, puesto que desnudos nacemos. Y no obstante el mismo salvaje, aunque tan inmediato á la naturaleza, procura sorprender agradablemente las miradas de sus semejantes, y adorna su persona, ya sobre sus desnudos miembros, dibujando flores en ellos, ya en las rústicas pieles que le sirven de vestidos colgando en ellas piedras brillantes, porque es conforme con la naturaleza buscar lo que puede ser agradable á nosotros mismos y á los demas. A nadie gusta la muerta naturaleza del invierno, ni la abrasa da en el verano, mientras que buscamos la adornada naturaleza de la primavera, rica en flores y la del otoño cargada de manzanas y racimos.

Por otra parte la índole del hombre es tal que necesita ocupacion y entretenimiento, ya que la uniformidad le fastidia cuanto la novedad le deleita. El adorno de la persona es una especie de entretenimiento para el salvaje mismo, y al pintar mamarrachos en su cuerpo tal vez obedece mas á la necesidad de sentir que al deseo de agradar. En las personas que no han de trabajar pa-

ra vivir sería muy grande la suma de los ratos de fastidio, de donde nacería el estímulo de la corrupción, si no se ocupasen seriamente de sus vestidos, de sus joyas y de sus alicientes.

En Europa no hay otra moda contraria á la naturaleza que la de ahujerearse las orejas, porque una vez ahujereadas no es posible obstruir el ahujero, mientras que el uso de afeitarse no impide que crezca la barba. Las variaciones de la moda no siempre son desrazonables y ridículas. Nosotros no usamos enrizos ni coletas, con lo cual el tocador se nos lleva menos tiempo. Los polvos han desaparecido de nuestros cabellos, con lo cual los vestidos se conservan mas limpios. Un modesto peluquin castaño cubre nuestras escasas canas con lo que parece menos interrumpida la comunicacion entre la juventud y la vejez. Las mugeres han proscrito la torre que se alzaba y pesaba sobre sus cabezas como pirámide egipcia, con lo cual ahorran las dos horas que consumian en fabricarla. Gracias á las reclamaciones de la filosofía han desaparecido los tormentosos corsés, que á manera de corazas apretaban el cuerpo de las mugeres acabando por darles la figura de una avispa. Los zapatos han perdido sus elevados tacones y se andan mas natural y cómodamente. Las matronas nobles han cercenado las largas colas de los vestidos, cuyo uso era sumamente incómodo en los bailes, en los paseos y en la iglesia : aunque por desgracia, añado yo á lo que acaba de decir el autor, hoy vuelve el uso de esta postdata, que convierte los vestidos en escobas y á las mugeres en públicas barrenderas ; amen de estender por dentro y por fuera de su trage una capa de polvo, de paja y de cuantas suciedades cubren nuestras descuidadas calles. Habia desaparecido el guarda infante que modernamente ha resucitado con el nombre de miriñaque y que presenta á las mugeres en forma de campana, de que ellas constituyen el badajo.



Después de lo dicho, continua el autor, voy á discutir las variaciones de la moda con la escolta de la economía y de la moral. Desde las hojas de los árboles y de las rústicas pieles de los animales que constituyen los vestidos de los salvages, hasta los trages de seda que embellecen á los pueblos civilizados, hay una larga serie de labores. Estas labores son ejecutadas por las clases de ciudadanos á quienes faltan otros medios de atender á su subsistencia. Como los caprichos de la moda mantienen una variación constante en las susodichas labores, aseguran constantes medios de subsistencia á las personas necesitadas. Al pasó que crecen los caprichos de la moda se aumenta la probabilidad de ganancia á los que gustan del trabajo: de donde resulta que los caprichos de la moda dan valor á materias que sin ellos serian inútiles (1) y son el medio por el cual las riquezas estancadas en manos de pocos se distribuyen entre los demás y el rico alimenta al pobre, no á título de limosna sino en recompensa del trabajo. Las numerosas formas de la moda se pueden por tanto comparar á los canales que comunican con los lagos y otros receptáculos de aguas, y por los cuales se derraman el riego y la fecundidad por los territorios inmediatos y por los lejanos.

Y he aquí por qué siendo menores en los pasados siglos las variaciones de la moda, eran mas que al presente las fundaciones de caridad pública, y una parte del pueblo era alimentado no á título de trabajo, sino de limosna. Atendidas las variaciones de la moda, los

(1) Si de repente cesase en todo el mundo el uso de las cintas, de los velos, de las telas de seda de toda clase, el precio de los capullos bajaria poco menos que á cero, desaparecería uno de los mas lucrosos productos de muchos países, cesarian un crecido número de industrias, y se resentirian de ello muchos millares de familias, cuya subsistencia depende de esa cosecha y de la fabricacion á que da alimento.

tiempos modernos son tan preferibles á los antiguos como el trabajo es preferible al ocio, la vida á la muerte, la produccion á la esterilidad.

El traje que presenta la apariencia de la novedad, de la elegancia y de la belleza es al momento buscado por las personas ricas y dispierta los deseos de las que no lo son. Para satisfacer estos deseos, los artesanos imitan con materias menos costosas y con menor finura en el trabajo la primera moda, con lo cual generalizada esta, las personas ricas quedan eclipsadas. Como estas desean siempre distinguirse, abandonan al momento esa moda é inventan otra. La primera moda, apta todavía para el consumo, deja de circular entre las personas elegantes y por consecuencia su precio decae y se hace asequible hasta á las gentes de mas escasos haberes, las cuales por este medio participan de los gustos de que carecerian á no ser las frecuentes variaciones de la moda. Estas son un vivísimo estímulo contra la inercia natural, y gracias á ellas se ponen en actividad fuerzas que quedarian estancadas y se aprovechan las horas que se perderian. Todo esto junto tiende á disminuir el imperio del ocio, copiosa é inagotable fuente de vicios. Los poetas satíricos, llevados del afan de hacer gala de zelo han dado pruebas de ignorancia, acusando de ficcion los inventos de la moda, sin advertir que las artes mas encomiadas no son mas que ficciones. El pintor logra dar relieve á las cosas planas, luz á las oscuras, lontananza á las cercanas, y vida y alma á un inanimado lienzo. El músico con fingidas imitaciones, no solo expresa admirablemente todas las pasiones y los mas delicados afectos del ánimo, sino que hasta logra presentar á la imaginacion las cosas inanimadas, de tal suerte, que creemos oír el estruendo del trueno, el canto de las aves, el rumor de las olas etc. y no obstante las invenciones de la pintura y de la música, ¿dejan de ser fingidas é ilusorias?



Los inventos de la moda pueden estar sujetos á defectos y vicios como lo están los de la música y de la pintura. Los poetas satíricos que han hecho hincapié en los defectos de la moda pueden compararse á los que recogen la basura, los cuales conocen los sitios asquerosos de la ciudad y no conocen los palacios, las iglesias, los arcos triunfales, las estatuas ni los trofeos, que la embellecen.

Dios crió á la muger para compañera del hombre y para que le hiciese mas apetecible y menos penosa la vida, y en esta asociacion el sexo fuerte ha procurado siempre sujetar al mas debil y tiranizarlo. Las armas con que la muger se defiende están reducidas á la belleza: y no obstante en los pueblos bárbaros en donde la belleza natural no está sostenida por las artes, la muger sucumbe siempre, y en los pueblos civilizados en los cuales las artes aumentan el valor de la belleza y la conservan, la muger sucumbe con menos frecuencia, y lejos de sucumbir muchas veces triunfa. Las mugeres, pues, han inventado los gorros, las cintas, los velos, los abanicos, las pomadas etc, por la misma razon por la cual los hombres han inventado los cañones y los cohetes á la Congreve, de suerte que cuando la muger se adorna es como un capitan que dispone sus tropas para batir al enemigo. Entonces, pues, hemos de convenir en que son lícitas y justas las ficciones del tocador, como son legítimas y justas las ficciones de la milicia.

Mientras el olvido y el desprecio crezcan en razon de la fealdad y la vejez, las mugeres tendrán derecho de cultivar el bien parecer, presentarlo en diversas formas, añadirle adornos y mejorarlo en todos conceptos.

Examinemos el argumento por la parte moral. La moda segun algunos, ha introducido la corrupcion, pues á la muger sin pudor nunca le faltan alhajas, y el deseo de poseer alhajas induce á renunciar al pudor. Para contestar á este grave cargo es indispensable con-

sultar la razon y los hechos. Si la muger vende, es preciso que el hombre posea los medios de comprar: y estos medios deben ser tanto mayores cuanto mayor es el coste de los regalos. El coste de estos crece á medida de las variaciones y de la moda, y como los medios para comprar no los alcanza la clase del pueblo sino con el trabajo, resulta de aquí que si la moda inclina á la muger á vender, induce al hombre á trabajar: y sabido es que el aumento en el trabajo es igual al decrecimiento de corrupcion.

En las clases ricas si la muger vende, el rico debe poseer los capitales necesarios para comprar; de suerte que en general podemos suponer la corrupcion proporcionada al capital disponible para ella. El capital disponible para la corrupcion es mayor en tiempo de incivilidad que en tiempo de modas, pues cuando estas reinan el capital del rico se emplea en coches, caballos, casinos, teatros, trajes, relojes, vagillas, cristales y mil otros objetos; de suerte que por un lado se disminuye el capital para la corrupcion, y por otro presenta á la sensibilidad del rico mil caprichos diferentes que se llevan una buena porcion del mismo. En suma, lo que el rico gasta para un sombrero no puede gastarlo para un reloj, lo que dá á un tapicero no puede darlo á una metretiz. En el reino de la corrupcion, el hombre vale tanto cuanto gasta, y el ahorro es un rival muy poderoso.

Consultando la historia vemos que en los tiempos del feudalismo, en los cuales las riquezas estaban concentradas en pocas manos se conservaban sobre las mugeres plebeyas derechos que actualmente horrorizarian: los emisarios de los magnates iban á comprar la belleza donde quiera que se encontrase, y la compra debia ser tanto mayor cuanto mas desocupados estaban los compradores, y su sensibilidad fisica menos distraida.

Observemos las cosas bajo otro aspecto. El amor es



por su naturaleza esclusivo, quiere ser propietario solo y sin repartos: de donde resulta que el aumento de afectos amorosos es igual á la disminucion de goces comunes; y como en general los afectos amorosos crecen en razon de la belleza, los pueblos mas feos son los mas disolutos: y la poligamia es comun entre los salvajes y no entre los pueblos cultos. En la basta y feroz Esparta el adulterio habia perdido el caracter de delito, mientras en la culta y humana Atenas el adulterio no era desconocido, pero la opinion pública y las leyes lo condenaban. Nos ponderan la rusticidad y la continencia de los antiguos germanos; mas yo creo que Tácito escribió un romance de virtud para avergonzar á sus conciudadanos, puesto que sus descripciones están desmentidas por la historia de todos los pueblos bárbaros. Todos los viajeros á una voz atestiguan que la degradacion de la muger va en aumento á proporcion de la barbarie nacional. Cuanto mas degradada está una cosa en la opinion general, menos disposicion hay á considerarla como objeto de afecto particular y esclusivo. Los bienes comunales abundan en donde la agricultura es miserable ó nula, y escasean en donde la agricultura florece, de donde resulta que el derecho de propiedad prevalezca.

De lo dicho resulta, que si bien la moda no está exenta de inconvenientes, porque ninguna cosa humana deja de tenerlos, está fuera de duda que tendiendo á aumentar la belleza de la muger, por un lado aumenta sus pretensiones haciendo menores las ventas, por otra aumenta las aficiones amorosas y por tanto disminuye las cesiones.

En Burdeos en el año 1820 la caída de la cúpula de una iglesia causó daño á muchas personas. Si en vez de un templo soberbio hubiese habido en Burdeos una pagoda de paja, los males causados por la caída hubieran sido muchos menos ó ningunos. ¿Y que diriais

del bárbaro que aconsejase dar la preferencia á las pagodas que construyen los salvajes sobre los templos que levantan los europeos.

Al defender los derechos del bello sexo me he visto en la necesidad de usar el riguroso lenguaje de la economía y de hablar de compras, de ventas y de precio, para no alterar la índole de la objecion y mostrar su falta de fundamento, siguiendo las mismas ideas que los detractores proclaman. La corrupcion que algunos atribuyen á la moda debe achacarse á las causas naturales y civiles que aumentan las fuerzas del sexo que asalta y debilitan las del sexo que se defiende, y que no es aquí lugar oportuno de ir esponiendo. Por lo demás, las elegantes formas de la moda no son señales de corrupcion, como no lo son de virtud los harapos de la barbarie. De la antecedente discusion aparece, que quien considera la moda como señal y causa de la corrupcion de costumbres, se equivoca como se equivocaría el que reputara el barniz como causa de la corrupcion de las maderas (4).

## CAPÍTULO VI.

### CONDICIONES FÍSICAS INTELLECTUALES Y MORALES DEL DISCURSO Y DE LA CONVERSACION.

La voz debe ser ya alta, ya baja, ya lenta, ya rápida, ya plácida, ya amenazadora, segun sean los afectos que

---

(1) En el fondo encontramos verdad en cuanto el autor dice; mas como el hombre para seguir los caprichos de la moda no repara en gastos, y si sus medios no alcanzan para hacerlos acude á otros mas ó menos ilegítimos y no pocas veces acaba por arruinarse y sumir en la miseria á su familia, juzgamos que lo dicho por el autor no debe sostenerse con la generalidad con que él lo sienta; sino que está sujeto á la capital condicion de que cada uno no salga para seguir esos caprichos de su esfera ni gaste mas de lo que buenamente permita su legitima fortuna. Poco se adelanta con que las variaciones de la moda alimenten industrias si los hombres que las ejercen arruinan á los que las siguen.



se trata de expresar ó de mover en el ánimo ageno. Cuando se habla al pueblo congregado, es tolerable en la voz un grado de fuerza que sería reprehensible en otras circunstancias. Fuera del caso dicho la voz muy alta dá indicios de ánimo despótico ó imperioso, que á fin de dominar á los oyentes empieza por atolondrarlos. La voz muy lánguida, movida por el deseo de afectar delicadeza es igualmente ridícula. Sea que el amor propio prefiera ser objeto de algun grado de ridiculez á no ser visto ni notado, sea que asociándose á los defectos de la infancia se lisonjee de participar de la amabilidad de esta, es cierto que algunos fingen algun defectillo en la pronunciacion esponiéndose con gusto á las bromas de los demás; mas estos defectos que algunas veces se perdonan á ciertas mugeres, hacen tachar á otras de afectadas y á los hombres de afeminados. Semejante á este es el defecto de comerse las finales.

Aunque es agradable que el discurso no sufra interrupciones á fin de que en el menor tiempo posible se transmita á los demas mayor copia de ideas, hay un límite que no debe traspasarse. La escesiva prisa se opone á la claridad, como la sobrada lentitud arguye afectacion ó ignorancia. Hay hombres que á propósito y fuera de él ingieren en todas partes la misma frasecilla, y hacen intolerable uso de alguna palabra que reputan elegante, lo cual además de engendrar fastidio en los oyentes, demuestra la pobreza de su lenguaje y la pequeñez de su espíritu. Cuando un hombre está seguro de no incurrir en los susodichos defectos se puede pensar en la belleza de la pronunciacion, la cual consiste en ciertas suspensiones, en algunas cortas pausas, en realzar unas palabras mas que otras y en otros artificios semejantes que imprimen las palabras en el entendimiento y en el corazon de los que escuchan.

No debe imitarse al labriego que á cada pregunta que se le dirige contesta con una inclinacion de cabeza ó

con una sonrisa de bobo antes que dar la respuesta. Cuando se habla es preciso mirar al rostro de la persona á quien las palabras se dirigen, los ojos bajos dan la apariencia de un hombre culpable de alguna cosa, y además privan de la ventaja de traslucir por el continente del que escucha, el efecto que en su ánimo causan las palabras. Hay quien no sabe hablar sin empujar hácia atrás la persona á quien habla, ó sin acercársele de modo que le rocíe con saliva el rostro ó el vestido. No debe cojerse á las personas, segun en otra parte he dicho, por el boton de la casaca ó por las manos á fin de que escuchen, porque es mejor poner un freno á la lengua que retener á viva fuerza á los otros. No obstante un superior como un padre respecto de su hijo, un marido con su esposa, puede cojer con dulzura la mano para facilitar la persuasion con este acto de amistad y confianza.

Al empezar el discurso no debe accionarse, y solo de poco en poco se puede acompañar lo que se dice con los movimientos de la cabeza y de las manos. Cuando estamos agitados por nuestros internos afectos, deseamos verlos reproducidos en los demás; y de aquí nace que nos disgusten aquellas personas que á manera de imágenes pintadas se muestran privadas de alma: por lo cual el movimiento de las manos dentro de ciertos límites dá al discurso gracia, solemnidad y decencia, y es un movimiento mas que se comunica á nuestro ánimo. Los gestos se pueden parangonar á los acentos del discurso, que puestos en su lugar y á propósito producen un efecto agradable. Demóstenes iba mas allá diciendo que el tono y el gesto del que habla son necesarios para hacer creíble lo que dice.

Entre el grave árabe que hablando sin moverse parece una estátua, y el arlequin que ejecutando cien gestos en un instante parece una banderola, hay muchos medios. En efecto, del mismo modo que una luz muy viva y los colores demasiado brillantes privan á los ojos de ver



las líneas y la espresion de los afectos en un cuadro, así el esceso de los gestos no hace sino distraer la atencion de las ideas que el discurso presenta. Un hombre vestido de tafetan hablaba á un magistrado defendiendo con muchos gestos su pleito, y el vestido mientras tanto producía un especie de silbido tan importuno que el juez impacientado le dijo: señor mío, haced que vuestro vestido calle, pues de otro modo no puedo oiros. Con la misma razon podría decirse á algunas señoras: Haced que callen ó que estén quietas las plumas de vuestro sombrero, ó vuestro abanico, y dejad que hablen vuestros labios que tienen mucho mas derecho á las miradas y á la atencion de los que los oyen.

Algunos refieren sus anécdotas é historietas con una apariencia de frialdad, y cual sino influyesen en ellos las sensaciones que dispiertan en los otros; y esta aparente frialdad hace resaltar mas las cosas punzantes ó apicaradas que refieren, cual un fondo oscuro sirve para hacer brillar un bordado. Otros cuentan con alegría vivísima, que brilla en su frente, en sus miradas, en la sonrisa, en todos los movimientos de sus facciones, y si eso no vá mas allá del grado oportuno, se comunica facilmente al ánimo ageno. Otros se convierten en pantomimos y remedan la voz, el gesto y las acciones de las personas á quienes hacen hablar. Cada uno debe escojer el modo de relatar que mejor conviene á los hábitos de su espíritu y al exterior de su persona. Una muger no contará haciendo gestos como un cómico, porque los movimientos mas espresivos, las muecas que afean, las alteraciones de la voz y de la fisonomía contrastan demasiado con la gracia á la cual la muger no debe renunciar nunca. Los que no saben declamar, aquellos cuyo exterior es desairado, y la fisonomía poco espresiva, harán mucho mejor hablando con frialdad aparente.

Son, pues, condiciones físicas del discurso una buena voz, no muy sùtil y blanda como la de las hembras, ni

tampoco tan áspera y dura como la de un rústico, sino sonora, clara, suave y bien compuesta, con pronunciacion espedita, gestos convenientes que consisten en ciertos movimientos del cuerpo no afectados ni violentos sino templados con gracia, rostro tranquilo y movimientos de ojos que añadan gracia á las inflecciones de la voz y estén de acuerdo con las palabras; de modo que la intencion y el afecto del que habla parezcan pintados en su fisonomía mientras los experimentais en el alma.

Como que nuestras palabras son uno de los medios por los cuales hacemos pasar al ánimo de los demás nuestras ideas está claro que hasta en la conversacion comun puede ser copiosa fuente de sensaciones agradables ó enojosas. Unas veces se presentan como un agua cristalina y agradable que permite ver las guijas y las arenas, á veces como las olas agitadas que transforman y ocultan las imágenes del fondo. Si, pues, no tratáis de apurar la paciencia de los que oyen, es necesario que conozcais vuestra lengua para que las palabras acudan al momento á vuestros labios, para que cada idea se presente vestida con el traje que le corresponda, para que el discurso proceda con tal órden, que no fatigue la atencion ni ofenda el gusto. Es realmente muy penoso ver un hombre que suda para encontrar una expresion, que parece buscar en los oyentes el nombre de las cosas que trata de explicar, ó que en cada período quebranta las reglas gramaticales. Muchas veces los errores del raciocinio nos desacreditan menos que los disparates del language, porque si el reconocer la falacia de un raciocinio exige alguna atencion, basta muchas veces la costumbre del oido para notar un error de language.

Hay que tener en cuenta además que si algunos consiguen con un lenguaje selecto engalanar las cosas mas fútiles y llamar la atencion de quien los escucha, otros



degradan en la agena opinion las cosas mas sublimes con un language disparatado ó de mal gusto.

A veces el esceso de sensibilidad es proporcionado á la escasez de las ideas y se muestra en aquellos que se ocupan de las palabras mas que de las cosas. Un gramático á quien le contaban noticias que tenian conmovido al mundo político, contestó: Sucederá lo que suceda, pero la verdad es que yo tengo en mi cartera mas de dos mil verbos bien conjugados.

La afectacion del language es el vicio comun de los que se reputan por grandes y bellos habladores. Consiste en espresar con palabras muy rebuscadas y quizás ridiculamente escogidas, cosas triviales y comunes: por lo cual suelen hacerse insoportables á las personas de juicio que se ocupan de pensar bien mas que de hablar bien, y que sabiendo cuan dificil es no cometer algun solecismo en el calor del discurso, no suelen censurarlo en los demás. Juvenal dice que de ninguna manera tomaría por esposa á una muger que se preciase de purista.

Si la manía de hablar antes de reflexionar no fuese tan comun, no se oirian tantos discursos oscuros y revueltos, cuyo objeto y cuyo fin no se columbran, y que pueden compararse a las antiguas inscripciones carcomidas por los años, en las cuales el viajero no logra sacar en limpio el significado sino á costa de gran trabajo. En efecto, quien cede á esta manía, ora omite una circunstancia de la cual depende la inteligencia del hecho, ora hace figurar á un personaje de quien no dió antes ninguna noticia, ó bien mezcla cosas que andan á la greña por verse juntas, ó bien presenta como oro fino lo que no es sino plomo.

Quando se refiere un suceso, no debe ahogarse á los oyentes con un diluvio de noticias preliminares, y esponiendo, por ejemplo, la historia de una familia, no es cosa de atravesar las aguas del diluvio para ir hasta la

cuna de Adán. Debe unirse al discurso todo cuanto puede embellecerlo, mas no todo lo que se te presente á la memoria; ni á propósito de tu relato contarás otra cosa y así sucesivamente, pues esto, además de causar fastidio, es una señal de memoria mecánica, que no de fino discernimiento. Muchas personas, en particular ancianas, son como relojes de repeticion, que apenas tienen cuerda van tocando hasta que se les concluye. Se puede ser un poco difuso en los cuentos que se relatan á los muchachos, cuya imaginacion joven y ansiosa de connociones gusta de aventuras y prefiere sentir á juzgar. Es ya un precepto antiguo no prometer grandes cosas en el principio del discurso ni hacer grande aparato de lo que vá á referirse, porque el golpe mas fuerte es el mas imprevisto. Si la curiosidad agena á la cual prometiste joyas se ve metida en el fango se irritará contra tí y pondrá tu discrecion en duda.

Atendida la natural asociacion de los sentimientos y de las ideas, las cosas mas sencillas traen consigo en el discurso alguna imágen, algun color, alguna comparacion ó alusion, por lo cual la cortesía exige que se alejen aquellas imágenes que pueden ofender á las personas finas ó delicadas. El hombre de buen gusto si se ve precisado á hablar de objetos repugnantes, apenas los indica en vez de mostrarlos, y si no tiene mas remedio que ponerlos de manifiesto los cubre con una flor. Nunca lleva nuestro ánimo entre la podredumbre de los sepulcros, sino que os habla de los ojos que arrojaban dardos de amor, y que ahora están cerrados á la luz para siempre. No describe los locos esfuerzos de la concupiscencia en un lupanar, sino que os hace ver en el umbral de la puerta el placer desvanecido y las gracias que huyen.

Las alusiones y comparaciones en la conversacion comun sirven para comprender cuales son las ideas habituales de quien echa mano de ellas: así, para co-



nocer hasta qué punto llega la falta de sensibilidad de quien os habla, no teneis mas que ir contando las imágenes bajas, ignobles y necias que ensarta en un discurso, y observar la frecuencia con que las repite.

Puede con las palabras ofenderse el pudor como se le ofende con las acciones. Entre las palabras las hay que se presentan con aire modesto y hasta vergonzoso, y otras que espresando lo mismo descubren la imprudencia del que las usa. La calidad del gusto moral se reconoce en esta eleccion : el hombre juicioso prefiere las primeras, las segundas se adaptan mejor al carácter del deshonesto y disoluto. Buffon ha sabido hablar del misterio de la generacion con una gravedad, decencia y dignidad filosófica, que permiten á las personas mas severas detener las miradas y contemplar sin avergonzarse los secretos de la naturaleza. ¿Deseais saber si en un poeta predomina el gusto moral al sentimiento del pudor? Basta que examineis sus descripciones amorosas. El mas delicado coge las imágenes y los colores en las sensaciones de la vista y del oido: el menos delicado invoca en su auxilio al tacto, y sucesivamente va bajando por todas las sensaciones brutales. La decencia prescribe que se alejen del discurso las ambigüedades, los equívocos, las palabras libertinas, los acertijos obscenos, que son otras tantas estocadas para quien tiene delicadeza de gusto moral.

En una conversacion, dos personas que hablan en una lengua que los demás no entienden cometen una gran descortesía porque manifiestan desconfianza de los oyentes y que no les interesa su compañía : les recuerdan su ignorancia con respecto á la lengua que ellos hablan, y dispiertan en ellos el deseo de saber sobre qué versa la conversacion, y como este deseo no puede ser satisfecho, equivale á un sufrimiento. Por los mismos motivos no es cosa permitida hablar al oido, ni escuchar á los que hablan de este modo. En este caso debe

contestarse en alta voz, mientras que no se trate de algun secreto. Las palabras dichas al oido cuando van acompañadas de aire misterioso, guiñadas de ojos, miradas hácia una persona, son siempre tenidas por murmuracion ó calumnia contra esta.

La razon aprueba ciertas frases galantes, ciertas fórmulas de deferencia que la urbanidad ha introducido hasta entre superiores é inferiores por que puede hacerse uso de ellas sin comprometer la autoridad, como el: permítame V., perdone V. mi indiscrecion, bien me hará V. el obsequio etc.

Es un distintivo de vanidad muy notable interrumpir al que habla para esplicar mejor la cosa, y esto no puede sufrirse sino en caso de tratarse de un hecho que los presentes han de conocer muy bien, por que interesa á este ó al otro de ellos. Si debemos mostrarnos agradecidos á quien alimenta la conversacion con palabras ó relatos honestos y agradables, era muy mucho descortés la conducta de Cristina reina de Suecia, la cual, cuando alguno queria entretenerla con relaciones graciosas y oportunas le felicitaba por su buena memoria.

Cuando entra en la conversacion alguna persona respetable, es menester recopilar en pocas palabras lo que hasta entonces se ha dicho, para que de este modo pueda seguir fácilmente el hilo de la conversacion. Cuando entramos en un lugar en que ya está entablada una conversacion, á menos de ser nosotros superiores á los presentes, no debemos preguntar de qué se trata, sino antes bien manifestar deseos de que continúe la conversacion interrumpida por nuestra llegada, sin dar á entender que ya sabemos donde va á terminar lo que se dice.



## CAPITULO VII.

### SALUDOS, CUMPLIDOS Y VISITAS.

Entre las muchas personas que encuentras por las calles, en las reuniones, en los teatros, solo hay algunas con las cuales te une algun vínculo de amistad, de respeto y de gratitud, mientras con las demás no tienes sino los vínculos sociales. La série de actos ó de palabras con que manifiestas á alguno este ó el otro de los indicados afectos, al acercarte á ella ó al separarte de su lado, constituyen el saludo.

Entre el desconfiado habitante de Java que no se acerca á su semejante sino con el puñal en la mano, y el afectado y falso chino que con cien protestas de humillación se te arrodilla delante, son mil las maneras de saludar mas ó menos galantes, y mil los extravagantes y caprichosos usos introducidos por la cortesía en las naciones. Los griegos tenían diferentes fórmulas para saludar; y al paso que por la mañana auguraban alegría, por la tarde deseaban salud. En Roma para saludar á uno era preciso llevar la mano derecha á la boca y luego adelantarla hácia él: de la misma manera debía el hombre presentarse ante la imágen de los dioses; y en presencia de los magistrados era preciso descubrirse la cabeza. Cuando por las calles un romano encontraba á uno de ellos, se detenía y algunas veces le besaba la mano en señal de respeto. Cuando pasaban los cónsules los presentes les abrían paso, y el que iba montado debía echar pié á tierra. Los guerreros se saludaban bajando las armas, como aun lo hacen en nuestros dias. Lo mismo entre los griegos que entre los romanos, la cortesía ordenaba que las personas se saludaran llamándolas por su nombre y sobrenombre, cual para

probar que se conservaba la memoria de los nombres porque se estimaba á la persona.

Los francos se arrancaban un cabello y lo presentaban á la persona á quien querian saludar. Los habitantes de la Nueva-Guinea se ponen sobre la cabeza algunas hojas de un árbol, consideradas en el país como simbolo de paz y amistad. El europeo que se propone manifestar con sus acciones respeto y veneracion se descubre la cabeza, el oriental se la cubre: aquel en medio de la mayor efusion de los sentimientos encorba un poco la cabeza y las espaldas, y éste queriendo mostrar su reverencia oculta la cabeza y se prosterna: de lo cual resulta que la actitud natural y característica de la veneracion es bajarse y acortar el cuerpo. En uno de los extremos de esta espresion se ve al hombre que casi se iguala á la tierra en la cual se tiende boca abajo perdiendo toda la dimension de su altura; y en el opuesto al hombre que apenas inclina la cabeza ó bien dobla únicamente la mano. Entre los usos dichos, los que no incluyen inclinacion del cuerpo, no representan veneracion; así, pues, quitarse el sombrero para saludar no tiene ninguna relacion natural con el sentimiento de que pretendemos dar señales. Este uso que debe respetarse mientras subsiste, nos espone á la eventualidad de constiparnos cuando estamos sudados, y cuando hemos de saludar á muchas personas; por lo tanto sería de desear su abolicion, sustituyéndolo con otro menos incómodo y mas natural.

Tocarse la mano, besarse y abrazarse son tres demostraciones de amistad: la primera es la mas débil como que no vienen á tocarse sino dos partes extremas del cuerpo; y la última es la mas espresiva como que se ponen en contacto un cuerpo con el otro.

El uso general en Europa es, que al ver pasar por la calle una persona respetable ó amiga, abramos la ventana si estamos en casa, ó bajemos el cristal de la por-



tezuela si vamos en carruaje , y le dejemos la acera si vamos á pié. Este último acto de cortesía se funda en cuatro razones. La situacion mas baja á que nos retiramos es una señal de respeto , bajando nosotros de la acera ahorramos á la persona saludada la incomodidad de que ella baje , la acera suele estar ménos espuesta á la lluvia y á la intemperie de las estaciones , y la parte de la calle distante de la acera es comunmente la mas sucia.

El uso general nos manda levantarnos cuando pasa una persona distinguida y detenernos si ejerce autoridad , cuyo uso está fundado en la idea de mostrarnos dispuestos á obtemperar las órdenes de la persona á quien saludamos , y de hacerla con nuestra apostura objeto de las miradas de los demás. Si despues de haberla saludado debemos acompañarla , no nos colocaremos á su lado , sino un poquito detrás de ella , lo cual le procura mayor posibilidad de ver y de ser vista , y demuestra que nos reconocemos inferiores á ella. Habiendo visto el emperador Hadriano que un esclavo se paseaba en medio de dos senadores , envió un oficial para que le diera un bofetón.

Los saludos pueden ser defectuosos por parsimonia , por prodigalidad y por afectacion.

Es preciso confesar que la distraccion es un miserable título de excusa , porque demuestra debilidad de vigor mental y nada mas , pues el distraido nos dice en pocas palabras: mi entendimiento es tan pequeño que cualquier idea ocupa toda su capacidad , y le quita hasta el uso de los sentidos , de lo cual procede que no conozco á las personas que pasan por mi lado. Lo peor es que algunos niegan el saludo con fingida distraccion , con la idea de que se les crea ocupados en muy altos pensamientos , en importantísimos negocios ó gravísimos cuidados , mientras es cosa sabida que su espíritu es tan ligero como la mariposa ó el mosquito.

El orgulloso que para no rebajarse á sí mismo en la opinion de los demás rechaza saludar ó devolver el saludo, se rebaja positivamente manifestándose ignorante de la norma por la cual se aprecia el mérito, y de aquí se sigue que con mucha frecuencia se hace ridículo lo mismo cuando niega que cuando concede el saludo.

Algunos os asaltan con una batería de cumplidos, os oprimen con un torrente de palabras insignificantes, os hacen mil ofertas, siempre con la condicion tácita de que no acepteis ninguna.

Algunos abalanzándose á un coche, ó entrando en una conversacion, hacen mil inclinaciones, ceremonias, besamanos á este, á aquel, al de mas allá y á todos, sin otro objeto que el de recibir otro tanto y de promover una general aclamacion de galanteria. Se muestran mas bien hombres de ánimo bajo que de finos modales aquellos que á todos indistintamente manifiestan los mismos sentimientos de estimacion, de respeto, de amistad, como aquella muger que despues de haber encendido una vela á S. Miguel encendió otra al demonio que suele pintarse á sus piés y que contestó al cura que le reñia por ello: siempre he oido decir que conviene tener amigos en todas partes, y una nunca sabe á donde ha de ir á parar.

Este proceder hace que perdamos por una parte lo que por otra ganamos, por que las demostraciones de estimacion y de amistad que hacemos á los bribones son ofensas para la gente honrada y demuestran en nosotros vileza de ánimo, ó falta de juicio, ó una y otra cosa.

El inmoderado deseo de parecer cortés introduce la afectacion hasta en el modo de saludar: pues siendo el saludo la espresion de un sentimiento agradable, deben proscribirse de él aquellos actos y aquellas voces que pueden amenguar su claridad ó su gracia. El hombre cortés debe consultar la costumbre adoptada por los



mas discretos del país donde se encuentra , evitando el defecto y el exceso, teniendo presente que si es impolítica rehusar el saludo á quien tiene derecho al mismo, es descortesía mucho mayor no devolverlo á quien nos lo dirige.

La frase graciosa que espresa un afecto de benevolencia ó de respeto , de congratulacion ó de pesar hácia la persona á quien vá dirigida se llama cumplimiento , ó cumplido. Los cumplidos espresan complacencia por un feliz acontecimiento, dolor por un suceso desgraciado, gratitud por un beneficio recibido , deseo de prosperidad y consideracion en muchos otros casos. Esto manifiesta que á la palabra cumplido yo asocio una idea un poco diferente de la del vulgo , que por cumplido entiende un escopeteo de frases insignificantes ó de muecas inútiles, incómodas é inoportunas, sin otro objeto que dar pruebas de finura. Como que el cumplido se propone atestiguar á otra persona vuestro afecto de amor ó de respeto , se ve que entre las maneras de hacerlo deben escogerse aquellas que por un lado son por sí mismas mas eficaces para aumentarlo , y por otro pueden ser mas agradables á quien los escucha. El modo espresivo, si no pasa mas allá de los límites naturales, prueba vuestro deseo de producir el efecto indicado, y del esmero con que habeis procurado conseguirlo. Un cumplimiento largo no puede tener gracia, sino que fastidia , como fastidia el elogio si dura mucho; pues lo uno y lo otro parece que tienen por objeto dejar obligados á quienes los reciben: ofenden el amor propio de los grandes á quienes vuestro largo discurso sujeta á vuestro arbitrio y los convierte en espectadores siendo así que ellos desean ser actores, y finalmente puede desagradar por circunstancias especiales cuando por ejemplo el que habla quiere hacer alarde de inoportuna erudicion, ó bien si la persona á quien se habla no puede perder mucho tiempo , ó es de gerarquía mas elevada.

Un cumplido muy florido y muy largo parece sospechoso, porque da á entender que se ha echado mano de los recursos oratorios para suplir la parvedad del sentimiento.

El cumplimiento debe tener un aire de espontaneidad, naturaleza y candor tal, que aquel á quien se dirige acabe por creer que sale del alma y es una demostracion de lo que esta siente.

Será siempre censurable el que elogia con el mismo calor una gorra elegante, una accion generosa, la belleza del cuerpo y la virtud del ánimo, la destreza de Cómodo en disparar el areo y el valor de Trajano en acaudillar un ejército. Los aduladores dan una prueba patente de creer que aquel á quien acarician es vano y arrogante, y además romo, de cortos alcances, y tan sencillo ó simple, que es muy fácil cogerlo. Los cortesanos y los poetas han pasado siempre plaza de aduladores porque todo lo ponderan y lo convierten en bellezas divinas y en paraísos.

El ciego deseo de alimentar con mentiras la vanidad agena, descuella principalmente en los cumplidos cuyo objeto son los augurios, porque en estos casos la mentira no corre el riesgo de ser al punto descubierta y contrariada: y por esto al nacer un niño los poetas al unísono predicán que será un héroe, y sobre todo que seguirá las gloriosas huellas de su padre. Es casi inútil recordar que un cumplido no debe en manera alguna acerbar los sentimientos de la persona á quien se dirige.

El mérito tiene su pudor como lo tiene la castidad, y por esto aunque sea natural la sensibilidad á los elogios, la delicadeza permite resistirse á oírlos y truncar con modestia el cumplido cuyo objeto es tributarlos; mas esto mismo debe hacerse con tacto, no sea que tu negativa á oír mas alabanzas parezca una invitacion á que las repitan. Al que te honra no le contestarás como



hacen muchos: quereis burlaros de mí, pues esto es una ofensa cuando no una sandez comun en las mugeres tontas, sino que por ejemplo puedes responder: vuestra generosidad se complace en dar importancia á mis escasos trabajos: como estais apasionado, veis con mucha facilidad mérito: vuestra benevolencia para conmigo dicta vuestras palabras, etc.

En general una sencilla cortesía responde mejor á un elogio de lo que podria hacerlo una mediocre excusa, ó una fingida modestia. Es menester no avalorar el mérito del que habla por los elogios que te tributa, y acuérdate de que por un lado la urbanidad tributa alabanzas que no pasan de los labios, y por otro que quien te alaba con sinceridad no siempre da en lo verdadero. Acuérdate de Focion que cuando hablando en público era interrumpido por los aplausos del pueblo se volvía al amigo más inmediato y le preguntaba si habia soltado alguna necesidad.

Te harías muy ridículo si para consolarte de la indiferencia que los demás te manifiestan figurases rechazar elogios que á nadie le ocurre tributar te, buscando de este modo el medio de asegurarte por lo menos el mérito de la modestia. A medida que no tendrás opinion exagerada de tu mérito estarás reconocido á quien procura animar tu modestia con el aura de la alabanza, ó al otro que sin esperar de tí cosa alguna se muestra interesado en tus prosperidades. Y esto no debe olvidarse, porque hay hombres que consideran las congratulaciones de los demás como obligatorias, y cuando alcanzan algun cargo mas importante tienen pretensiones que los ponen en ridículo. Las personas que se encumbran desde mas humilde esfera muestran mayor superioridad y jactancia que las otras que no estaban tan bajas, y esto es natural, porque en el primer caso la realidad del mérito es mas dudosa que en el segundo.

Para terminar este asunto baste decir que las perso-

nas que se estiman en algo no hacen cumplidos sin motivo legítimo y no venden las caricias como una meretriz, ni reciben cumplidos de que no se conocen merecedores.

El general deseo de conversar con nuestros semejantes, la particular necesidad de distraccion despues del trabajo, el fastidio que nos asalta cuando no tenemos sensaciones vivas, la necesidad incesante de pedir consejos ó ayuda, la amistad que nos hace grata la presencia de los amigos, la obligacion de recordar á nuestros bienhechores que no los hemos olvidado, el respeto que merecen las personas que desempeñan algun cargo importante, las vicisitudes de la suerte que alegran y afligen á las personas que queremos y respetamos, han hecho necesarias en todos tiempos las visitas. Los deberes del que visita resultan del objeto que se propone, el cual no es otro que causar una nueva sensacion agradable al visitado y disminuir lo menos posible las agradables que ya experimenta. De aquí se sigue que siendo las mujeres grandemente sensibles á la belleza exterior, la cortesía exige que te presentes á ellas lo mas agradable y elegante que puedas dentro de los límites de tu estado. Siendo menor en los hombres la sensibilidad á la belleza exterior, cuando se visita á uno de ellos el deber relativamente al traje se limita á excluir todas las apariencias de la suciedad y no mas; por tanto si el uso general no os impone un deber, sino os estimula el deseo particular de aparentar riqueza, basta que os presentais con limpieza para estar seguros de no ser vituperados. La mujer en una visita debe presentarse con el rostro descubierto, porque el velo se opone al deseo comun de leer en la fisonomía los afectos del alma, y de conocer bien las facciones del sujeto con quien se habla. Cuando el visitado es una persona profundamente apesadumbrada, la riqueza del traje seria una impertinencia muy desagradable.



Como las mujeres no suelen sentarse en el tocador muy de mañana, una visita temprano no puede ser, hablando en general, bien recibida, por lo cual la mañana no admite sino visitas de confianza y secretas, y las de simple formalidad no pueden hacerse antes de la una de la tarde. En Lóndres y en otros puntos las costumbres autorizan horas distintas, por lo cual conviene en cada nacion estudiar los usos reinantes para no incurrir en renuncios, que no se perdonan fácilmente.

El placer de una visita, hablando en general, es menor que el disgusto de suspender las propias ocupaciones, y las horas mas ocupadas son las de la mañana, como aquellas en que son mayores las fuerzas restauradas por el sueño. Los ratos en que se detiene el curso de las cotidianas ocupaciones y deja lugar á la distraccion son diferentes en las varias clases sociales: asi es que la hora en que el profesor ha terminado su trabajo puede ser aquella en que el negociante prepara las cartas para sus corresponsales.

Antes de la hora de comer, en donde esta es la de las cinco ó las seis de la tarde, las fuerzas decaen, é inmediatamente despues de la comida nadie tiene deseos de trabajar: de dónde resulta que en los dos períodos dichos los inconvenientes de una visita son pocos, y entre los amigos no hay ninguno para dejar entero el gusto de la visita, aun cuando esta tenga lugar en la misma hora de la comida.

Si se trata de personas desocupadas, se puede decir que despues del mediodía todas las horas son buenas, pues para esas personas, una visita es una escena nueva. Quien sabe leer en las fisonomías conoce luego la inoportunidad de una visita, porque á despecho de todos los esfuerzos la alegría simulada es diferente de la verdadera, á mas de que cierto desórden que ha causado vuestra llegada, las criadas que van y vienen y

hablan al oído del amo os dicen que no habeis llegado á buen tiempo.

En Lóndres, la manera de llamar á la puerta indica la calidad del que se presenta : un aldabazo menos seria una degradacion, un aldabazo mas una usurpacion y una insolencia. Un criado que diese un aldabazo menos de lo que corresponde á su amo, seria despedido en el acto. Este uso, aunque censurado por muchos escritores, me parece muy inocente. En efecto : de la misma manera que nadie querria construir su casa de tal suerte que en todos momentos pudiese ser visto, y la improvisa llegada de un forastero quizás nos cogeria ocupados en acciones ó en medio de cosas que á nuestro entender nos desacreditarian, por esto reputo por cosa racional que un extraño se anuncie con un aldabazo ú otra cosa parecida. Esta llamada permite á los criados dar á las cosas la apariencia que mas agrade al amo segun la calidad del forastero que le visita, y como esta momentánea disposicion de las cosas es siempre un estorbo, si la llamada es la misma para toda clase de personas, aquel estorbo se renueva en cada visita; cuando si cada persona tiene su llamada, aquel estorbo cesa en algunos casos, y solamente subsiste en otros.

Como quiera que sea, las antedecentes razones justifican la costumbre generalmente admitida de hacerse anunciar al dueño de la casa, ó de pedir permiso para entrar antes de meterse dentro. Es descortés la resistencia de los que no estando el amo en casa se niegan á decir su nombre á los criados, pues obrando así dejan al amo espuesto al trabajo de hilarse los sesos á fin de adivinar quien ha estado á visitarlo. El uso de no sentarse hasta que el amo lo indica, tiende á hacer revivir en él el sentimiento del mando y del dominio y á recordarle que aguardamos sus órdenes.

El hombre que nos visita es una persona que se hace dueño de nuestro tiempo, por lo cual en igualdad de



circunstancias una visita nos será mas ó menos agradable segun tenemos mas ó menos tiempo disponible, y mas ó menos deseos de prodigarlo con este ó con aquel. La cantidad de tiempo disponible, que es poquísima entre las gentes que ocupan los extremos de la sociedad, va progresivamente creciendo y acaba por ser considerable en las clases medias. Un empleado público tiene obligacion de promover el bien del pueblo, mientras no quiera con su lentitud destruir las fuerzas vivas de la nacion, ó imitar á aquel ministro, que dejando todas las cartas sin contestar y quemando las solicitudes, decia que de este modo seguia la corriente de los negocios. Del mismo modo el artista y el agricultor ocupados en su trabajo desde la madrugada hasta la noche no pueden dejar el tiempo á merced de los demás. Lo contrario debe decirse de las personas acomodadas y cómodas, las cuales ocupadas en el difícilísimo oficio de no hacer cosa alguna sin fastidiarse, tienen necesidad de ser visitadas para ir pasando la vida.

La analogía de gustos y de sentimientos, ó bien la importancia de los negocios transforman las horas en minutos, mientras que en el caso contrario los minutos se vuelven horas. El tiempo tiene alas cuando una mujer beata se entretiene con su confesor, y tiene plomo en los piés si se presenta un jóven galante.

Cuando la persona visitada cesa de hablar ó contesta con aparente impaciencia, ó no pronuncia sino monosílabos, ó llama á un criado para cosas que no os atañen, ó protesta que está muy ocupada, ó comienza á bostezar, os advierte que ha cesado ya el motivo de la visita, y que por tanto es del caso marcharos; á menos que os halleis en Inglaterra, en donde los visitados y los visitantes pueden continuar mirándose las caras sin decirse una palabra.

En las ciudades, así principales como secundarias, hay personas irreflexivas que no examinan el carácter

de las personas á quienes van á visitar, personas que roidas mortalmente por el fastidio van arrastrando su existencia de casa en casa, descontentas siempre del estado en que se encuentran, y sin saber donde querrian hallarse. Y como su modestia les hace creer que sus visitas son una bienaventuranza, alegan derechos á ser visitadas igual número de veces, y meten mucho ruido contra cualquiera que no se juzgue obligado á devolver la visita á un importuno.

Todos los actos de una persona visitada son frases diferentes que espresan una sola idea, esto es, me proporcionais un placer.

Examinando la índole del placer, se reconocen fácilmente los deberes de la cortesía y la razon de los usos vigentes. La índole del placer es tal, que hacemos todos los esfuerzos imaginables para poseerlo, para prolongar su duracion é impedir que concluya. Por este motivo el uso nos ordena salir al encuentro de los que vienen á visitarnos, y aun bajar la escalera si los aguardamos desde mucho rato, ó con personas muy distinguidas; acompañarlos cuando se marchan, y no volver á entrar en casa hasta que los hemos perdido de vista. Despues de estos dos usos, casi es inútil recordar que importa ahorrar á quien nos visita la incomodidad de hacer antesala. Cuando el placer se acerca el ánimo se abre á la alegría hasta con el canto, y de aquí provenia que los antiguos calcedonios salian cantando al encuentro de los huéspedes mas distinguidos ó mas amados. Un placer muy intenso nos induce á abandonar otro menor, por esto el uso nos manda suspender al punto nuestras ocupaciones para recibir las visitas. El hombre á quien sorprende un júbilo inesperado no puede contentarse y experimenta un impulso para prolongar la misma sensacion agradable, por esto abraza y besa casi de la misma manera al amigo, al conocido y hasta las cosas inanimadas. Así las mujeres, dotadas de mas sensibili-



dad que los hombres, ó quizás mas diestras para fingirla, corren á besarse y abrazarse cuando se visitan.

El júbilo inesperado é íntimo da origen al reconocimiento hácia quien lo proporciona, la gratitud aconseja que se facilite al momento reposo á quien viene de lejos á visitarnos, manjares agradables segun la hora, vino y licores á todas horas en las clases sociales menos elevadas. La urbanidad de los pueblos del Brasil alcanza hasta hacer acostar al forastero que llega ; y luego las mujeres y las hijas de la casa con los cabellos sueltos y derramando lágrimas compadecen sus fatigas y sus peligros. Despues de esta lastimosa escena, serenan su rostro, se abandonan á la alegría y ofrecen comida y bebida al recién llegado.

El placer que resulta de una visita trae consigo la obligacion de devolverla á las personas iguales, y la impone mayor á los inferiores relativamente á los superiores, cuando el motivo de la visita recibida no fuese una necesidad, sino estimacion ó afecto. En Roma, las visitas á quien se tenia ó se simulaba tener afición eran tan continuas, que muchas veces el amo se iba de la casa por una puerta opuesta á la otra en donde sus clientes le aguardaban. En nuestros tiempos, para librarse de las visitas importunas, el amo de la casa hace decir que no está, lo cual además del inconveniente de la mentira da lugar á repetidas é inútiles vueltas. Paréceme que en el presente estado de nuestras costumbres una manifestación frialdad en quien recibe una visita importuna, quita el deseo de repetirla. El tiempo de que disponemos ni puede estar á merced de otros ni enteramente á merced nuestra, por lo cual hay que dividirlo en tres partes, la primera para nuestros deberes, la segunda para las necesidades ajenas, y la última para las exigencias sociales.

Como nuestros placeres comunicados á los demás crecen y el disgusto disminuye, es claro el motivo por-

que el uso quiere que visitemos á nuestros semejantes en los días de prosperidad y de desgracias, para congratularse ó dolerse de los males ajenos. Si el deber de congratulacion es cumplido por ciento, el de dolerse es cumplido por uno: por lo tanto me detendré en este. Observaré desde luego que un pésame muy tardío se convierte casi en un insulto, porque esta tardanza supone que manifestais vuestro pesar, no por espontáneo afecto del ánimo, sino por temor de que se os vitupere el quebrantamiento del uso admitido. Como los embajadores de Troya se hubiesen presentado muy tarde á Augusto á fin de darle el pésame por la muerte de Druso, ofendido el emperador por semejante negligencia, les dijo: Tambien yo os doy el pésame por el dolor que os causa la muerte de Héctor.

Cuando Aristippo supo que su amigo Sócrates estaba condenado á beber la cicuta, dejó de verlo, diciendo: Si yo pudiese hacer pedazos sus grillos, volaría en su auxilio; mas no pudiendo servirle, me ahorro el dolor que me causaría la contemplacion de sus penas. Muchos son los que hablan como Aristippo y se manifiestan igualmente egoistas. En efecto, el hombre desgraciado siente aliviarse el peso de sus desgracias en razon de las personas que le manifiestan interesarse por su suerte.

Los primeros momentos de dolor no admiten consuelo, por lo cual es oportuno dejar libre desahogo al llanto, pues no hay razon que baste á calmar el dolor quando acaba de sufrirse una pérdida irreparable. No olvideis que el desventurado tiene necesidad de hablar de sus desgracias, pues mientras derrama sus angustias en el pecho de los demás siente como se aligera su peso. Dejadle, pues, en libertad de repetir las cosas mismas sin manifestar el mas mínimo desagrado, y aprovechad diestramente la ocasion de arrojar alguna gota de agua al fuego que lo devora. Un hijo por ejemplo, se obstina en hablaros de la muerte de su madre, entonces encon-



trareis esa gota de agua en sus alabanzas, y con oportunidad probareis á ofrecerle alguna distraccion. El dolor se va aletargando poco á poco cuando está lejos la imágen, esto es, ocupando el ánimo en otra cosa.

Nadie quiere ser reputado como autor de sus propias desgracias, por lo cual es suma descortesía el dirigir reconvenciones al enfermo acerca de la causa de sus males, pues no se trata ahora de castigar su imprudencia sino de hacerle recobrar la salud, lo cual no se logra exasperándole; las reconvenciones deben reservarse para mas tarde.

Es una descortesía presentarse con la apariencia de prosperidad delante de las personas profundamente afligidas, hablarles de placeres de que no participan y traer á su memoria destinos, dignidad ó poder que perdieron. En la Sofonisba de Alfieri, cuando Escipion recibe al vencido rey Sifax, dice á su guardia: separaos, porque el ver mi cortejo seria un insulto para ese infeliz monarca.

Algunas veces la tristeza depende de causas físicas y necesita remedios físicos. En estos casos manifestar que ha reparado uno en la tristeza de otros, es aumentársela. Cuando estamos enfermos, los amigos, los parientes y los criados nos agravan con una solicitud escesiva. Sus mal disimuladas sorpresas, sus preguntas continuas, su importunísima tisteza, su hablarse al oido nos demuestran que estamos mas enfermos de lo que creíamos y no nos dejan un momento para olvidarlo. La esperanza nos tenia fija en la mente la idea de la curacion, y las lagrimas de los nuestros nos dicen que la esperanza nos engaña y que ya nos estan preparando la sepultura.

Es una verdadera descortesía ser pródigo de consuelos inútiles, ó de afecto dudoso, ó muy lejano cuando el que sufre necesita remedios prontos.

## CAPITULO VIII.

## CARTAS.

Una carta es una visita á un ausente , así es como el interés, la curiosidad, la necesidad y el afecto contribuyen á promover y sustentar el comercio epistolar. Cuanto se ha dicho de la conversacion y de las visitas es aplicable á la cartas: por lo tanto no hablaré sino de las familiares.

Las reglas de la conversacion exigen que el estilo sea familiar pero no desaliñado , que la construccion sea exacta , las espresiones propias , los pensamientos justos y que no haya cosa alguna oscura ni embrollada. Todo esto debe tenerse presente en las cartas; pero además , reflexionando que una carta puede perderse y caer en manos enemigas, ser presentada á los tribunales como prueba de hechos principales ó accesorios , y que subsiste despues que un amigo ha dejado de serlo ó se ha convertido en enemigo, se comprende que debe estar escrita con precaucion á fin de no comprometerse á sí mismo y menos todavía á los otros. Un hombre honrado nunca debe en sus cartas poner en ilegítimo riesgo la reputacion de otro ni descubrir aquellos sentimientos ajenos, que siendo desagradables á los particulares ó á la autoridad , son capaces de producir enemistades ó sinsabores. Y si bien es cierto que nadie está obligado á responder de lo que otro ha escrito de él, no obstante un escrito hace con frecuencia indispensables las aclaraciones , apologías y protestas que no siempre logran borrar la siniestra impresion producida por el mismo, pues cuando se trata de perder á un hombre, no siempre se raciona.

Escribiendo á personas ocupadas en negocios ó en



letras, hay que ser breve: al paso que con las personas queridas nunca una carta es demasiado larga. La índole del amor es tal, que cuando la persona amada se halla distante, inclina fácilmente á suponerlo espuesto á aventuras, y se hace ingenioso para fingirlas y acumularlas sobre esa persona. Estos temores que crecen en razon del tiempo y de las distancias y que principalmente atormentan á las mugeres, cesan al presentarse una carta portadora de salud y de buenas noticias. De aquí resulta que el cartearse padres é hijos, marido y muger, amigo y amigo, es un deber indispensable, cuyo cumplimiento tiende á desvanecer los temores indicados.

Aunque es una tontería querer medir el respeto por el tamaño del papel, sin embargo la eleccion de un papel de tamaño mayor que el comun cuando escribimos á personas distinguidas es una señal de atencion particular. El uso exige que en estos casos la carta tenga un sobre sueto, á fin de alejar de la persona á quien se dirige las marcas de suciedad que la carta puede sufrir en el transporte. Quiere tambien la costumbre que al comenzar una carta se encabece tanto mas léjos del márgen quanto es mas distinguida la persona á quien se dirige. El vacío intermedio representa en algun modo la distancia entre nosotros y ella, y es una muestra visible de humildad.

Los hombres han discutido con calor si la fecha debe ir al principio ó al fin de la carta. El uso mercantil está por lo primero, á fin de no olvidar la fecha, lo cual podría suceder si se dejara para después de hablar de negocios, y por que cuando se contesta debiéndose especificar en la contestacion la fecha de la carta recibida, ó bien de clasificarla en razon del tiempo, si la carta tiene mas de una página, poniendo la fecha al principio se presenta al momento y es mas cómodo. Si puedo manifestar mi opinion en una cosa que al fin no me pa-

rece de gran interés; diré que en las cartas que no son de comercio las fechas estan mejor al fin, porque quien recibe una carta va desde luego á ver el nombre de quien la escribe, y al mismo tiempo ve la fecha y el punto de donde viene. Esta razon no sería de valor alguno si aun subsistiese la costumbre de los romanos, los cuales al principio de la carta ponían el nombre de quien la enviaba y el de aquel á quien iba dirigida. Marco Tulio Ciceron á Publio Léntulo. La sombra de libertad que parecia poner en contacto á los ciudadanos, á despecho de la grande distancia en que la autoridad y las riquezas tenian á unos de otros entre esos mismos romanos, conservó por mucho tiempo en sus cartas cierto aire de sencillez que es un vituperio á las bajas espresiones que usan los cortesanos. Un deseo benévolo al principio y un tierno adios al fin constituian todo el ceremonial de las cartas romanas. Si estás bueno, me alegro; tambien yo lo estoy. Adios.

Dejando de hablar de otros preceptos que resultan de lo dicho hasta ahora indicaré tan solo el de contestar prontamente á las cartas, puesto que todo retardo es desagradable, y de anunciar el recibo de la que nos han enviado, porque sin ese anuncio queda siempre el temor de que hayan padecido extravío.

de la distancia entre nosotros y ella, y es una necesidad de humanidad.

Los hombres han discutido con error si la fecha debe ir al principio ó al fin de la carta. El uso mercantil está por lo primero, á fin de no olvidar la fecha, lo cual por otra parte se deja para después de hablar de negocios, y por otra parte se conserva de ordinario espresado en la contestacion la fecha de la carta recibida ó bien de clasificada en razon del tiempo, si la carta tiene mas de una página, poniendo la fecha al principio se presenta al momento y es mas cómodo. El luego manifestar mi opinion en una cosa que al fin no me pa-



## LIBRO SEGUNDO.

### CORTESANIA CON LOS NIÑOS.

El niño es sumamente sensible y tan activo que representa el movimiento continuo. Un interno prurito le obliga á agitarse , á correr , saltar , dar golpes , echar á perder cuanto llega á sus manos , y encaramarse á todas partes. A tormenta á los pájaros , al gato , al perro , y no por instinto de crueldad , como algunos se figuran , sino por la ciega y maquinal necesidad de hacer algo. Por esto , cuando el niño no corre riesgo de caerse al agua ó al fuego , de venirse abajo de un sitio alto , ó de que algun animal lo dañe , es preciso dejarlo en libertad completa , por lo cual es una verdad popular aquello de tanto mejor para él si se aplasta las narices , si se hace daño en una mano ó en pié , pues estos dolores , que se imprimen profundamente en su memoria , se convierten en estímulos de prudencia y en motivos de precaucion para el porvenir , viniendo á ser un capital fructifero para la vida (1). Cuando por el contrario se quiere medir todas las acciones y los pasos todos de un niño y alejarlo

(1) Siento no opinar en esta parte como Gioja. Las caidas, los golpes, los chichones, no escarmentan poco ni mucho á los niños, para quienes la experiencia no trae leccion ninguna. Siguen cayéndose, dándose golpes y volviendo a llorar y á caerse. Los padres lo sabemos muy bien, y en esto como en otras cosas la experiencia vale mas que los principios.

hasta del mas remoto peligro, por un lado se comprime el natural y progresivo desarrollo de sus fuerzas con sumo disgusto suyo, lo cual le hace arisco y falso, y por otro á la leccion del dolor que él comprende perfectamente se substituye la de las palabras que aun no entiende. Esta es una de las razones por que se encuentran mas personas estúpidas entre los señores que entre los labradores y artesanos. Queriendo además hacer por el niño en vez de dejarlo que haga por sí mismo, se le convierte en despótico, y se desenvuelve en él una larga serie de voluntades y caprichos que no pueden ser satisfechos, lo cual le causa muchos pesares, y lo peor es que como carece de esperiencia atribuye vuestra oposicion á sus caprichos, no á falta de poder sino á falta de voluntad. Esto le inclina á odiaros, lo cual no se observa cuando el niño se convence por sí mismo de que sus deseos no siempre pueden cumplirse. De aquí es que muchas veces se nota una oposicion de carácter entre el padre y el hijo, y entre la madre y la hija, y esta oposicion es mas frecuente en aquellas familias que tienen un hijo único que en las que cuentan muchos. La debilidad, pues, es diferente de la dulzura, y el mas seguro medio para hacer á los muchachos muy desgraciados y dispuestos á una irritabilidad habitual consiste en hacerse esclavo de ellos.

La indicada libertad física no impide que con destreza se acostumbren los niños á ciertos movimientos, actitudes y modales que son la base de la cortesía y de la gracia individual.

Con los muchachos, cuya alma sensible fácilmente se mueve con los elogios, conviene usar aquellas espresiones, acciones y consideraciones que les indiquen la estimacion que de ellos hacemos. Esa edad que tiene todo el candor del amor propio sin sus desconfianzas, fácilmente da crédito á las palabras y se acostumbra á los modales que mas os agraden si les manifestais tener en



mucho sus calidades y grandes esperanzas de que estas irán siempre mejorando. Por esta razón me parece que da muestra de descortesía y de ignorancia el padre que en un momento de mal humor le dice á su hijo: infaliblemente serás muy dichoso, en primer lugar porque eres un necio, etc.

La filosofía ha declamado con calor contra aquellos castigos corporales á que los maestros de escuela, armados de los formidables azotes, condenaban á un niño en presencia de los demás y que la decencia no permite que mentemos.

Deben considerarse como inurbanos, desrazonables é inciviles los continuos vituperios de los viejos contra las irreflexiones de la juventud, la aspereza contra las diversiones mas inocentes, el alborotar por cada niñada, el castigar por cualquier inadvertencia y el exigir madurez de juicio en la edad mas tierna. Si la edad senil quiere ser respetada, á lo cual tiene un derecho indisputable, debe mostrarse condescendiente con las humanas debilidades, para que la juventud no pueda decirle que censurando con acrimonia el bien que ya no puede gozar reprende cosas irreprehensibles. No daría pruebas de mucho juicio el agricultor que en la estacion de las flores pidiese fruta á sus árboles.

Es, pues, indispensable manifestar al jóven cierta confianza en sus buenas calidades y hacerle sentir que ya le creéis capaz de conducirse á fuer de hombre, y sobre todo es menester guardarse de atar á un mozo de diez y ocho años con la misma cadena con que se le tenia sujeto en el primer lustro de su vida. Cuando la dulzura no basta, lo cual sucede no pocas veces por culpa de los padres que fueron negligentes al principio, recurrirá el padre á la acrimonia, pero siempre de modo que aparezca en su serena y noble frente la compasion mezclada con un rigor bien entendido. En suma, la bondad constante é ilustrada unida á la severidad variable, esto

es, creciente ó decreciente segun aumentan ó disminuyen la docilidad del hijo ó la malignidad de su ánimo, constituyen el mérito principal de los padres. Las máximas absolutas de bondad ó severidad indefinida que no se adaptan al diferente carácter de los jóvenes, han sido siempre copiosa fuente de malísimos efectos.

Es cosa de todo punto inurbana y además ineficaz desafiar con humillaciones y villanías las pasiones de la juventud en su impetu, en vez de aguardar que la tempestad se desvanezca y sobrevenga la razon. Vuestra cólera brutal é inoportuna acostumbrará al jóven al disimulo, pero no logrará corregirlo. Haced, pues, de manera que vea y esperimente los funestos resultados de sus acciones, y se sienta humillado por sí mismo! La humillacion que nos viene de los otros es un ultrage; la que nace en el fondo de nuestra alma es una leccion. Esta máxima no escluye el uso de las humillaciones ó de las penas moralmente degradantes en la educacion pública, con tal que las establezca una ley general que no admita arbitrarias escepciones. Las reconvenciones no solo serán inútiles sino perjudiciales si el jóven descubre animosidad ó mala intencion en quien se las dirige.

Suele decirse que un padre debe tratar del mismo modo á sus hijos porque al fin todos son hijos suyos, pero esta máxima es falsa, apoyada en una mala razon. Un padre dará pruebas de preferencia á sus hijos, no porque el uno nació antes que el otro, no porque el uno tiene las piernas derechas y el otro torcidas, no porque el uno es hermoso y el otro feo, sino porque el uno es mas atento, mas estudioso y mas dócil que el otro. La preferencia fundada, no en las calidades naturales sino en las adquiridas, no sale de los límites de la urbanidad y es un castigo para los hijos indóciles y haraganes.

¿Sabeis la razon por qué no sois obedecido? Porque



habeis roto la valla del respeto. Hay acciones, modales, actitudes, que agrandando en el ánimo de los niños la idea de los padres, y teniéndolos, por decirlo así, á cierta distancia moral de ellos, fomentan el respeto. Entre los hebreos los hijos recibían la bendición de sus padres; en Grecia les besaban la mano, y las desobediencias á los padres escluían de los cargos públicos, como hoy todavía escluyen en la China: en Roma un vestido particular recordaba á los jóvenes que no pertenecían aun á la clase de los hombres; en las Galias el hijo no era digno de ver á su padre en público, sino cuando era capaz de empuñar las armas; en todo el Oriente el hijo está en pié en presencia de su padre, y de esta ley no están escludidos los mismos hijos del rey; mas en nuestros dias una muchacha que llega á la edad de la razon trata de *tú* á su madre, y en vez de llamarle madre le da el título de amiga. Desvanecida la ilusion del respeto es preciso recorrer á los castigos ó tolerar la desobediencia.

La autoridad paterna, independiente de todas las convenciones, es la primera y la mas sagrada de las magistraturas. Nacida de la necesidad, y conservada por el afecto, coloca al padre á la cabeza de la familia, confía á sus manos la administracion y el poder, y es el fundamento de la sociedad, puesto que el edificio social se levanta y descansa sobre la union de las familias. Honrarás á tu padre y á tu madre, es un precepto que encontramos en todas las legislaciones. La ternura y el respeto no se escluyen reciprocamente, y el afecto filial no se enfria si participa de la adoracion.

Los momentos en que los muchachos se entregan al juego son los mas oportunos para explorar su índole y su carácter, y un padre hábil sabe en esos instantes darles alguna leccion de cortesía, alguna idea de las consideraciones que los hombres se deben unos á otros: esto es, les enseña á defender un derecho sin arrogancia, á

discutir sin villanía, y á ceder de buen grado cuando lo reclaman la razon y la justicia.

Aprovechad todas las ocasiones á fin de demostrar con hechos y con ejemplos que si el vicio trae consigo algun placer seguido de muchas amarguras, no le faltan á la virtud sus premios y recompensas. Así hareis apreciable para el niño la prudencia, que promete seguridad, la justicia, abundante fuente de reputacion, la bondad que se grangea el amor, el valor que se conquista elogios, la templanza que fortifica la salud y mata muchos de los estímulos que impulsan al delito.

Dos cosas fastidian al niño : la cortesía y el estudio. La cortesía destinada á endulzar la vida es ocasion de desagrado, porque las madres dan á entender que es cosa muy difícil hacer referencia, puesto que á cada instante desacreditan á las niñas que no saben hacerlas. Antes que luzca el primer esplendor de la razon quieren que sus hijas hagan saludos como monas y repitan los cumplimientos cual un papagayo. La idea moral de las distinciones sociales no tiene cabida en el espíritu de los niños antes de los siete años, por cuya razon no pueden repetir ciertas fórmulas sino maquinalmente y por costumbre, mas no por sentimiento. No siendo este lugar oportuno para ocuparme de los métodos de instruccion, me limitaré á decir que á los pedantes incapaces de hacerse amar, no les queda otro método que el de hacerse temer. Despues de cubrir de espinas la instruccion, castigan á los jóvenes haraganes para que estudien, por lo cual no es de admirar que en el ánimo del niño nazca la idea de que estudiar significa sufrir un castigo. Convertís la escuela en un infierno y pretendéis que la juventud se le aficione. Quien dijese que para hacer amar á una mujer es preciso volverla fea, raiocinaria segun lo haceis vosotros. Se aumenta la repugnancia al estudio cuando la progresion, la duracion y la calidad de los estudios no son proporcionados al de:



senvolvimiento de la inteligencia de los jóvenes, ni conformes con las incumbencias sociales que deben exigirse de cada uno. Los venideros tendrán mucha dificultad en creer que en el siglo XIX, llamado el siglo de las luces, se enseñe la lengua latina antes que la patria, que en muchas poblaciones haya escuelas de lengua griega de la cual hacen uso un número de todo punto insignificante de personas, y que no haya escuela de cortesía de que tanto necesitan todos (1).

Nunca se encarecerá bastante á los jóvenes el crédito y el descrédito que nos grangean los compañeros con quienes estamos mas intimados, y cuan inclinado se siente el público á juzgar de nuestras buenas ó malas cualidades por las de ellos. Así como el contacto de un fruto maleado echa á perder al mas sano, así la compañía del vicio acaba por manchar el alma mas inocente y mas pura.

No hablaré de la costumbre tan inurbana como inmoral de ajustar los matrimonios de los jóvenes, no consultando su recíproca inclinacion, sino el oro y la antiqüedad de la sangre, mas que para recordar que contra este manantial de corrupcion ha declamado no poco la filosofía, y que sino ha conseguido restañarlo del todo, por lo menos ha disminuido mucho su abundancia.

---

(1) El autor se lamenta de que en Italia se enseñe la lengua latina antes que la italiana, y nosotros podemos decir lo mismo con respecto á la española. También en España se enseñan el latin y el griego, y en ninguna parte hay catedras de lengua española, ni aun en los institutos en donde á vueeltas de la logica, de la historia, de las matematicas, de la fisica, se enseñan la teoria y la practica del leg.do, el dibujo y las lenguas italiana, francesa, inglesa y alemana. Y no será de seguro porque no haya necesidad de estudiar la lengua española, pues de cada diez mil españoles no hay uno que la conozca medianamente.

## CAPITULO II.

### CORTESIA CON LOS ANCIANOS Y CON LAS MUJERES.

En nuestros tiempos se procura dar fuerza al respeto debido á los ancianos, alegando lo que en esta parte hacian los antiguos. Recordemos que así en Grecia como en Roma, los jóvenes estaban obligados á ceder sus asientos á los ancianos en los espectáculos públicos, como una deferencia á la veneracion á que tiene derecho su experimentado juicio. Para demostrar lo razonable de este precepto y facilitar su cumplimiento, se han demostrado sus ventajas que en suma son las siguientes :

La reputacion de los ancianos procura estimacion á aquellos á quienes honran con su amistad : solo su experiencia puede sugerir los consejos necesarios en la carrera de la vida ; sus virtudes nos hacen conocer nuestros vicios, y nos presentan modelos para que los imitemos : su fria sangre reprime el ardiente ímpetu de la juventud, y sirve de lastre á la nave del Estado. Respetemos la ancianidad, decia Bion, ya que es el término al cual la suerte nos arrastra á todos. Respetando la ancianidad, esparciremos una semilla cuyos frutos recogeremos nosotros mismos.

Si la bondad del ánimo debe mostrarse embellecida por las gracias, tambien las gracias deben asociarse á la bondad. La primera sin las segundas es un fruto de excelente sabor, pero de aspecto desagradadable, y las segundas sin la primera pueden compararse á un fruto de color hermosísimo, pero de gusto amargo. Un joven que quiera pasar por bondadoso debe hacer alarde de afec-



tos tiernos y bondadosos para con los ancianos que no pueden ya saborear los placeres de la vida y sobre quienes van cargando los males anejos á ella.

De esto resulta que el desmérito de la descortesía crece cuando se incurre en ella contra los ancianos, ó tan solo en su presencia; que se hace ridículo un jóven dirigiendo á los ancianos demandas atrevidas, manifestando que no necesita sus consejos, diciendo su opinion acerca de cosas que ofrecen duda aun á las personas de mas maduro juicio, que toma la defensa de los muchachos cuando los padres les reconviene, todo esto es atacar la reputacion de la vejez y de la autoridad y atizar la osadía de los hijos.

Cuando los ancianos se ven respetados cual merecen no son importunos ni exigentes, sino amables y atractivos; y observando que son amados procuran hacer ligero el peso de su autoridad, y no se olvidan de que tambien ellos fueron jóvenes y estuvieron sujetos á las debilidades de la naturaleza.

Para terminar este punto no puedo menos de decir que los ancianos se grangearian mayor estimacion si se manifestasen menos prontos á condenar todas las innovaciones, y menos obstinados en emplear sus esfuerzos para combatirlas.

La esclavitud fué en todas partes y casi siempre la suerte de las mujeres: y aun hoy, si se esceptua casi toda Europa, son mas bien las esclavas que las compañeras de sus maridos.

Cualquiera que se detenga á examinar la historia del género humano, verá que las mujeres no obtuvieron los derechos que les competen sino en los pueblos civilizados y en las épocas ilustradas; y aun en esos tiempos no les faltaron detractores. El bello sexo está dotado de órganos tan delicados, de sentimiento tan exquisito y de tan refinado gusto, que cuando se trata con las mujeres la cortesía nunca será escesiva.

Una transpiracion algo fuerte las hace desmayarse, un gesto sin gracia las incomoda, toda negligencia exterior disminuye su estimacion. Su ánimo puede compararse al agua pura y transparente en que se retrata todo el espectáculo de la naturaleza; si una hoja que se cae ó un ligero zéfiro que pasa, agita la superficie, todos los objetos parecen vacilantes; y por otra parte, un sencillo ramo de flores en que está esparcido el llanto de la aurora, la fruta que antes que las demás tomó color en vuestro jardin, una cinta que acaba de inventar la moda, una novela que la entretenga agradablemente bastan para daros derecho á su estimacion y agradecimiento.

Por esto la razon exige que en la mesa sean servidas las primeras, y que los manjares mas selectos les atestigüen el afecto de los comensales. Debe considerarse un honor darles el brazo para que se apoyen en el durante el paseo, al paso que es un deber dejarles el espacio en que hay sombra, para que las rosas de sus mejillas no pierdan el color al contacto de los rayos solares. Sereis tenido por ordinario si al saltar un arroyo no les dais la mano, si en el teatro no les cedeis el asiento mejor, para ver y para ser vistas, y si en casa ocupais delante de ellas el sillón mas cómodo y mas mullido. Un vestido aconsejado por ella ha de pasar por cosa de mérito, una partida de campo ó de juego propuesta por una de ellas debe ser aceptada al momento sin contradiccion alguna. No repitais nunca un gesto reprobado por ellas, ni debeis soltar jamas una flor que haya estado en su pecho. Cada frase aguda que salga de sus labios reclama un elogio vuestro, y cuando no podais encomiar su talento hallareis argumento de alabanza en sus labores. Ultrajaríais notablemente su amor propio si manifestárais suponer que sus habilidades se limitan á saber arreglar una comida, á servir con gracia el café, y á manejar con maestría el abanico.

Los que aspiran á ser tenidos por muy corteses, ba-



jan sin afectacion la voz cuando hablan con ellas : y al nombrar á un hermano suyo añaden al nombre de pila algun adjetivo que prueba su estimacion y afecto.

Como la modestia , la ternura y la fidelidad abarcan las virtudes principales de las mugeres , así como en sus miradas siempre debe haber un aire de inocencia, en sus mejillas el tímido pudor y en todas las actitudes de su persona la gracia, naturalmente incurrireis en una imperdonable descortesía si les hablais de cosas que las hagan correrse , si haceis gestos que supongan muerta la virtud en ellas, ó las invitais á juegos en que solo debe ocuparse el ardimiento del hombre.

Estos respetos , despertando en ellas una gran estimacion de sí mismas, las despoja de las debilidades comunes, las estimula para las virtudes más apreciables, cuya semilla tienen en su sensibilísimo ánimo. Por esta razon el satírico Firentino se manifestó injusto é inurbano, y por añadidura pecó contra el propósito de corregir las costumbres, cuando al hablar de las mugeres, dijo : El peor sexo en el cual el engaño es un instinto, y mas abajo : puesto que en la muger la virtud es vicio.

El que envilece la naturaleza humana no consigue mejorarla ; y cuando se le prueba al vicioso que el vicio es un instinto, no se le disminuye la aficion al mismo, sino que se le sugiere un medio de escusarlo.

Despertar esperanzas de matrimonio en las jóvenes cuando no se quiere ni puede efectuarlo , es turbar la tranquilidad , esponerse á su ódio, grangearse el título de vano, de bárbaro y de engañoso en el ánimo de las personas sensatas.

Como la vanidad es tal vez la pasion que reina sobre todas las demás en el corazon de la muger, debe el hombre irse con mucho tino á fin de no ofender este sentimiento tan por extremo irritable. En consecuencia de la vanidad, las mugeres, parangonándose unas á otras, aspiran á la primacia : de donde resulta que una galan-

tería á una que está cerca de las demás, las frecuentes miradas dirigidas á ella, el hablar mas frecuentemente con la misma, hieren en lo mas vivo el ánimo de las otras: y quien no guste de ser el blanco de su ira, ni ofender los derechos del mérito, á duras penas puede encontrar el modo de conducirse. Envidiosa Isabel de Inglaterra de la hermosura de María Stuart, reina de Escocia, le preguntó al embajador de esta cual de ellas dos le parecia mas hermosa. El embajador, que no queria mentir ni ofender, respondió con mucho tacto: Vos sois la hembra mas hermosa de Inglaterra: María es la mas hermosa de Escocia. Este hecho demuestra que en una reunion de mugeres, el modo de dejarlas contentas de vosotros y de ellas consiste en asegurar á cada una un dominio esclusivo, y en hacer individualmente el elogio de aquellas dotes en que no tenga rivales.

En las discusiones de sentimiento, la justicia y la cortesía ordenan que apeleis á la decision de la mujeres, puesto que en estas materias su juicio es mas esquisito y mas seguro que el vuestro, en términos que casi puede tenerse por infalible. Cualquiera que sea la discusion, mientras no verse sobre la moral, me inclinaria á dejar á las mujeres el triunfo del momento, y á renunciar á aquella descortés victoria que las obliga á correrse: pocos momentos despues reconocerán su error y os quedarán sumamente agradecidas.

En medio de la variedad de costumbres relativamente á las mujeres, la razon aprueba que los hombres las tengan consigo en el paseo, en la comida, en el teatro y en la conversacion, porque si bien es cierto que ellas solas no dan vida á todos los placeres sociales, los aumentan y hacen mas agradables.



### CAPÍTULO III.

#### CORTESIA CON LOS AMIGOS.

Las opiniones y deseos idénticos y la confianza y estimacion recíprocas constituyen la amistad. La mudanza en cada uno de estos cuatro elementos explica por qué se forman y por qué se disuelven las amistades, por qué se robustecen ó debilitan, se enfrian ó se hacen mas ardientes. La identidad en las opiniones y en los deseos puede ser total ó parcial.

Cuando la estimacion es fuerte, la diversidad parcial en las opiniones y en los deseos no rompe la amistad.

Es positivo que el sentimiento de la amistad no puede subsistir ni aun nacer entre caracteres incompatibles, mas esta incompatibilidad no siempre es hija de su diferencia, sino muchas veces de su excesiva conformidad. Por esta razon dos hombres igualmente irritables, igualmente coléricos, igualmente contradictorios no pueden sostenerla mucho, ni sufrirse mucho tiempo, mientras que se entiende muy bien con ellos un hombre de carácter dulce, moderado y complaciente.

Las amistades suelen ser mas verdaderas en los tiempos turbulentos que en los tranquilos. Cuando en medio de los riesgos públicos la fuerza del gobierno no protege bastante á los ciudadanos, estos se protejen por sí mismos, asociando sus fuerzas. El íntimo deseo de salir ilesos de la borrasca hace muchas amistades. Disminuyendo los peligros públicos crece la potencia del gobierno, y entonces muchas amistades se enfrian y se disuelven. La debilidad y la escasez de amistades en los tiempos modernos comparados con la edad media, prueban aumento de reposo y de tranquilidad pública.

En la juventud las amistades suelen ser ardientes pero poco duraderas , porque los deseos son en esa edad muy inconstantes. Un hombre puede conservar amigos en las desgracias , principalmente si sabe sufrirlas con valor ; mas si pierde la estimacion pública por acciones infamatorias , entonces se queda solo y aislado. Entre las personas doctas que no son rivales , la amistad suele ser fuerte y duradera , porque la estimacion que se profesan es grande y duradera. Se puede tener grandes defectos y no obstante conservar amigos , si se poseen grandes prendas , esto es , si á despecho de los defectos se tienen verdaderos derechos á la estimacion pública. A medida que las personas suben á una posicion mas elevada van perdiendo amigos , porque la confianza mengua á proporcion que crece el respeto ; aun prescindiendo de que la elevacion trae consigo la realidad ó la apariencia del orgullo que ofende á la amistad.

La sensibilidad de esta se estiende á todo lo que directa ó indirectamente pertenece al amigo : la propiedad, el honor. la esposa, los hijos, los criados, todo se encuentra dentro de la esfera de aquel delicioso sentimiento y dispierta particular interés. La indiferencia por las cosas y personas que pertenecen al amigo prueba que la amistad no existe.

Cuando en el amigo se verifica algun cambio , esto es , que se convierte en adulator , ó bribon , ó traidor á los mismos á quienes profesaba mucho afecto , experimentamos una pena mucho mayor que los placeres de que nos habíamos formado una confusa idea ó concebidas esperanzas. Y como en concepto del público pasamos por ignorantes á causa de la mala eleccion que habíamos hecho , y tememos que se nos atribuyan los mismos sentimientos, somos los primeros en desacreditarlo y en referir sus faltas. Lo mejor seria no hablar de ello, á fin de que nuestro enfado no se atribuya mas bien á nuestra vanidad ofendida que á la maldad del otro. El



ódio además es un sentimiento penoso y muchas veces injusto en su principio, siempre cruel en sus consejos y excesivo en sus efectos. Nunca deben echársele en cara al amigo traidor los beneficios de que se le haya colmado, no deben descubrirse los secretos que haya confiado, ni hacer blanco de las burlas las debilidades que se le conocieron; sino que uno ha de decir para consigo: Fui poco advertido en la eleccion, y es justo que pague la pena de mi torpeza.

La igualdad de empleos, la frecuencia de asistir á una misma mesa, la analogía de gustos, la costumbre de encontrarse en las mismas reuniones, la mancomunidad de intereses y quizás de vicios, pueden formar conocidos, compañeros y cómplices: mas no bastan para formar amigos. Estos grupos sociales cuya base son relaciones exteriores, servicios materiales y momentáneos, y que por lo mismo se forman y disuelven con ellos, son infinitamente diversos del vínculo de la amistad que aumentan y estrechan la estimacion, la confianza y las necesidades del ánimo.

Las personas indiferentes no quieren tomarse la molestia de descubrirnos vuestros defectos: las personas malignas se burlan de ellos y os elogian para que no os enmendeis: solamente un amigo sabe hablar sin ofender y con amabilidad y paciencia logra corregiros.

Comparando nuestras fuerzas individuales con todas las exteriores que pueden deteriorar nuestra suerte, experimentamos un temor habitual y vago. Hé aqui por qué la idea de un amigo equivale á la idea de un apoyo, de un auxilio, de una fuerza que disminuye este temor, y aun cuando no nos preste ningun servicio positivo, la certidumbre de su disposicion en todas las eventualidades de un apuro, es siempre agradable.

La necesidad de comunicar á otro nuestros afectos y de hablar sin misterio es muy vehemente en el hombre, quien muchas veces pide consejos para cosas que piensa

ejecutar, otras la aprobacion para las que ya ha ejecutado, y no puede esperar ni aquellos ni esta de personas indiferentes ó enemigas. Vendido muchas veces por estas encuentra en el corazon de un amigo el punto donde reposar tranquilamente. Quizás desea un compañero que le siga en sus especulaciones para lo venidero, quizás un juez que le venga de las injusticias que se le hacen: gusta de hablar del buen éxito que ha obtenido en sus cosas, como para acreditar su talento, y mas todavía de sus desgracias cual si buscara un ánco- ra para salvarse. Las esperanzas del amigo le presentan una perspectiva agradable, y su conducta una imitacion de la propia. En la libre comunicacion de los ánimos se refleja la idea de los peligros comunes que se han corrido: y el placer de haber salido de ellos sin quebranto, forma de dos personas una sola.

Cuando consideramos al amigo como parte de nosotros mismos, los respectivos bienes se convierten en patrimonio común, y en su uso el que da es quien recibe mas, porque le alcanza su parte de placer en el placer del amigo, y además tiene el goce de la beneficencia.

Socorrer al amigo en sus necesidades, y no con meras palabras, consolarlo en la adversidad, mas no tan solo con frias é inoportunas reflexiones, defender su reputacion sin exacerbar á sus enemigos, cubrir sus debilidades á la vista de los demás, y vituperárselas con franqueza y sin acrimonia, son los principales deberes de la amistad. Algunos han puesto en duda si para el amigo debe haber secretos, y los que toman por norma la idea de la utilidad opinan que sí, y los que reputan al amigo por otro igual, están por la negativa. De todos modos es evidente que al amigo se le deben ocultar las noticias relativas al mismo ó á nosotros que puedan affligirlo inútilmente, las relativas á otras personas que nos fueron confiadas en secreto, ó que si se descubren podrian hacerse públicas.



No apresuráros á comunicar nuestras desventuras á un amigo es suponer que lo creemos insensible á nuestra felicidad, ó que no puede auxiliarnos con sus consejos. Dejar de visitar á un amigo que ha caído en desgracia, es mostrarse mas bien impulsado por la esperanza que por la estimacion, mas amigo de la fortuna que de la persona.

Montaigne opina que entre los amigos el lenguaje debe ser franco y claro, de suerte que las palabras den en el blanco á donde se dirige el pensamiento; mas yo entiendo que el discurso para ser franco no ha de ser agraviatorio, y que la verdad nada pierde cuando se presenta con modales corteses.

Con el pretexto de que entre los amigos debe evitarse la sujecion, se falta á la cortesía corrigiendo al amigo con acrimonia, y sin consideración al amor propio y se le trata como á un criado, prefiriendo el amigo reciente al antiguo y concediendo á las instancias de aquel lo que se ha negado á las de este. Es un modo muy raro de visitar al amigo enfermo dejar ó hacer que un criado deje una tarjeta en la puerta de su casa. Merecen el nombre de petardistas, que no de amigos, los que en el comercio reservan las mercaderías inferiores para aquellos á quienes dan el título de amigos, lisonjeándose de que por una parte la amistad no las examinará con severidad al admitirlas, y por otra de que atribuirá á descuido el engaño, y de que en todo caso no hará pública la superchería.

#### CAPÍTULO IV.

##### CORTESIA CON LOS INFERIORES.

Por natural orgullo, y principalmente en los momentos de mal humor suele el hombre vilipendiar al que

está debajo: son necesarias mucha reflexion y mucha bondad de carácter para vencer estas inclinaciones, encontrar excusa á las equivocaciones y errores de los demás, ó en las circunstancias particulares de un hecho, ó en los defectos generales inherentes á los hombres.

Es suma descortesía hacer uso de la superioridad de modo que quede ofendido el amor propio de los inferiores infundadamente. Vilipendiar á cada paso á los criados, echarlos de casa en el acto, no perdonar sus primeros yerros, exigir perfeccion en esa gente ineducada, son señales infalibles de un carácter orgulloso y villano: y por esto tales defectos se notan principalmente en las personas que la echan de nobles y en las que han salido recientemente de la nada. El habitual descontento del amo, sus excesos de cólera sin motivo proporcionado á los mismos, y sin distincion de personas, la costumbre de regañar para todo, de modo que nada esté á nuestro gusto, y cual si se complaciera en reñir y en quejarse, quita el valor á las quejas fundadas, asegura el desprecio de la servidumbre, del que nace el abandono en el cumplimiento de los deberes y aun quizás la disposicion al hurto. Muchas veces las causas de tales cóleras son las mas desrazonables, y aun se ha dicho con frecuencia que la señora se enfurece contra la doncella porque no está satisfecha de su hermosura, y vé como se descoloran las rosas que en otro tiempo embellecieron sus mejillas, ó entre el cabello ve asomar una atrevida cana.

Creerian algunos ver como las sombras de sus antepasados arrugarían las cejas y mostrarian grande enejo si un criado acariciase á uno de sus hijos: y otros se reputarian envilecidos si descendieran á razonar con la servidumbre. Los medios de hacerse respetar y obedecer por esta son muy sencillos. Absteneos de los vicios que echais en cara á vuestros criados: acordaos de que la prenda mas generalmente estimada por los hombres es



la bondad de carácter cuando no degenera en debilidad. Pagar exactamente el salario, ocuparse de las necesidades de la servidumbre, sonreirse con sus placeres, mostrarse sensible á sus desgracias, corregirlos con moderacion y á solas, tolerar sus equivocaciones, y ocultar los derechos del señorío con modales corteses, son preceptos que nadie ignora y que cumplen muy pocos. No se dan pruebas de bondad cuando no se satisface al criado con un salario regular, mientras se derrocha el dinero en locas prodigalidades.

La bondad distinta de la debilidad condena las familiaridades y el rigor excesivos: el hombre solamente bueno se arriesga á ser esclavo de la voluntad ajena y pierde la estimacion; el hombre solamente firme se convierte en déspota y pierde el amor. La exacta distribucion de las horas y de las ocupaciones previene las disputas de los criados, sus faltas, el ocio y las quejas, y de este modo se quita la causa de muchos desórdenes y la necesidad de castigarlos. Sed severos con el criado infiel y con el que alterca con los vecinos. Es preciso ser muy vano y al mismo tiempo muy ignorante para creerse obligado á justificar la impertinencia de la servidumbre, y defender á un buscaruidos ó á un borrachon *por el honor de la librea*. Es menester no olvidar que los criados curiosos siempre con respeto á los negocios del amo, espian sus pasos, adivinan sus inclinaciones, y muchas veces son el vehículo por el cual vuestras debilidades llegan á noticia del público. La muchedumbre de criados que se fastidian en la antecala son una prueba de que el deseo de parecer ricos es mas vehemente que el de ser amables.

Fuerza es añadir dos palabras acerca de la cortesía de los magistrados con respeto á sus súbditos. Calígula decia que así como los que conducen los ganados no son bestias como las reses sino que pertenecen á otra naturaleza mas perfecta, así los que mandan á los hom-

bres y á quienes todos obedecen, no son hombres sino dioses. Las infinitas barbaridades á que en los gobiernos despóticos se entregan los magistrados respecto á sus súbditos y las humillaciones que de ellos exigen no son mas que diferentes frases que espresan la idea de Caligula.

Cuando los príncipes desean la veneracion de los pueblos, mas por el bien que les proporcionan que por las humillaciones á que los sujetan, se acorta la distancia moral y física que hay entre el soberano y los súbditos. Un rey sabio se persuade fácilmente de que los honores tributados al genio lo hacen nacer y derraman sus chispas, y que la gloria de los hombres ilustres se refleja en el trono y lo protege. Al contrario un tirano henchido de orgullo, creyendo que se le defrauda á él la gloria que se grangean sus súbditos, trata de privarlos de ella ó de ofuscarla.

Sustituyendo á los títulos faustuosos y vacíos de sentido y de ideas el espresivo y respetabilísimo de padre del pueblo, un príncipe sabio no cree degradar su dignidad participando de la alegría popular y mostrando exteriormente que llega hasta su alma. Cuando están persuadidos de merecer el título de padre del pueblo, cuando el amor del bien público habla al alma con voz mas recia que la vanidad personal, la verdad aunque desagrada no ofende. Dió una prueba de bondad muy grande Federico II cuando habiendo preguntado á un granadero por qué desertaba, y respondídole este: porque vuestros negocios van muy mal, el rey replicó: aguarda un poco mas, y si mis negocios van peor, desertaremos juntos.

Cuando se tiene semejante disposicion de ánimo, no se cree rebajar la dignidad del cargo confesando el hombre que ha sido engañado y se procura hacer justicia al mérito que involuntariamente se habia desconocido ó menospreciado. Los gobiernos sabios creerian ha-



cer grave afrenta al público y envilecerlo obligándole á presentarse á funcionarios cuya inmoralidad ó imbecilidad los hacen objeto del universal desprecio. Como en Esparta un hombre inmoral propusiera un buen consejo, los Eforos haciéndole indicar que lo habían oído, al día siguiente hicieron proponer el mismo consejo por un ciudadano virtuoso.

## CAPÍTULO V.

### CORTESIA DE LOS SÚBDITOS PARA CON LOS MAGISTRADOS.

Antes de hablar de la cortesía que deben usar los súbditos con respeto á los magistrados, es preciso indicar las razones de obediencia, gratitud y respeto de que les son deudores. La producción de las riquezas depende de tres fuerzas muy conocidas, á saber, conocimientos, poder y voluntad, y de la cotidiana necesidad que los súbditos tienen de estas fuerzas, se pueden deducir sus deberes para con los magistrados que las mantienen. Las soldados romanos que en la toma de Corinto jugaban á dados encima de cuadros de un valor inestimable, y los mahometanos que arrojaban á los hornos los mármoles de Fidias y de Praxíteles para convertirlos en cal, hicieron ver que la ignorancia no es capaz de gustar los placeres de las artes ni de cultivarlas. Las artes mecánicas, los diversos oficios y la agricultura necesitan medios, procedimientos, máquinas, medidas, etc., los cuales no pueden obtenerse sin conocimientos físicos, químicos y matemáticos. Sin la teoría de los satélites de Júpiter no es posible transportar las mercancías en medio de la inmensidad del océano ni puede construirse un buque sin conocer las leyes estáticas, hidrostáticas ó hidráulicas. La salud pública reclama conocimientos anatómicos, fisiológicos, patológicos, físicos y botánicos, sin los

cuales las epidemias y otros males se atribuyen á causas falsas y se les aplican remedios funestos. Aludiendo á esta ignorancia el conde Pedro Veri, y á propósito de la peste de 1630 decía que la ignorancia asesinó á 140,000 milaneses. Sin conocimiento de las leyes no puede haber jueces ilustrados; sin las ciencias económicas y estadísticas no son posibles los administradores buenos: la ignorancia de los empleados es perjudicial al público y al soberano: al público porque las muchas órdenes inútiles hacen perder tiempo, suspenden los negocios y obstruyen los capitales: y al soberano por que la ignorancia no conoce los medios de promover sus intereses, y le proporciona descrédito.

En tales circunstancias la poblacion de las cárceles está en razon inversa de la poblacion de las escuelas. Los soberanos, pues, tienen tanto mayor derecho á la veneracion, y sus nombres deben brillar mas vivamente en el templo de la gloria, cuanto son mayores los conocimientos que derraman en todas las clases sociales.

La agricultura no puede alcanzar la perfeccion sin los canales de riego, ni sus pesados productos llegan con poco coste á los mercados sin la navegacion: ni las ciudades comercian entre sí y con los pueblos sin carreteras, y caminos: ni los buques mercantes surcan los mares sin marina de guerra, sin faros en los puertos, islas y escollos. La falta de una buena telegrafia náutica de dia y de noche es en gran parte causa de los frecuentes naufragios en las costas, y de las muertes que de ellos se originan. Las artes reclaman grandes conservatorios en donde puedan estudiarse los inventos del genio: las enfermedades exigen establecimientos sanitarios: la instruccion bibliotecas y archivos: la conservacion de los derechos registros inaccesibles al fraude: la vida y la prosperidad milicia que las defienda de los enemigos de dentro y fuera: las naciones una representacion que esponga sus derechos en los estados extranjeros. Todos



estos establecimientos que son necesarios á la existencia del cuerpo social, como las columnas á los arcos, los márgenes á los canales, los cimientos á los edificios, son otros tantos motivos de veneracion y de respeto á la autoridad soberana que los mantiene, y á cuyo sostenimiento no alcanzan las fuerzas privadas.

En el hombre naturalmente indolente no se desenvuelve la eficaz y práctica voluntad de trabajar sino en vista de la utilidad y del honor que el propio trabajo puede proporcionarle: la voluntad es el producto de la justicia que garantiza á cada uno sus derechos, y de la recompensa que garantiza crédito y gloria á los que mejor trabajan; una y otra son funciones del poder soberano. Hay mas: cualquiera que en el palenque social aspira con honrado trabajo á la gloria de ser útil, está seguro de mover contra sí á la numerosa é intranquila turba de aquellos que atormentados por el sentimiento de la propia nulidad, no está satisfecha hasta que ha conseguido arrancaros de la mano la palma que alcanzásteis.

Los deberes de obediencia, respeto y reconocimiento que resultan de las tres dichas necesidades inherentes á la humana naturaleza, son estraños é independientes de las opiniones de los príncipes: por cuya razon la moral recomienda la obediencia, cualquiera que sea la opinion de la autoridad dominante, y es muy conforme con la moral de los primeros cristianos que obedecian á los emperadores gentiles. Esta moral que arranca los puñales de manos del fanatismo hubiera salvado la vida de Enrique IV.

Desenvolviendo la idea del magistrado hasta el punto que es necesario al presente argumento, reconocemos fácilmente los actos de cortesía que se le deben, y los extremos que deben evitarse. El magistrado es un hombre que legítimamente manda en beneficio del público, por lo cual se le deben las consideraciones que

se deben á los demás hombres y que no es necesario repetir nuevamente, y además se le deben los actos que manifiestan en él superioridad de poder benéfico , y en nosotros los correspondientes respeto y agradecimiento. Los extremos en que en esta parte pecan los usos de los pueblos, son el espíritu servil y abyecto , y el desprecio y la revuelta.

De la misma manera que el respeto á los magistrados favorece la obediencia á las leyes y esto trae el beneficio público , así en todos tiempos se procuró á los magistrados una suma de apariencias deslumbradoras, de comodidades y de exterioridades tales , que la idea del magistrado, sin separarse de la idea de la naturaleza humana , apareciera mas grande , y por decirlo así mas brillante á los ojos del pueblo , el cual para juzgar necesita sensaciones. Por otra parte , siendo el respeto para los magistrados un sentimiento agradable que aligera el peso de sus fatigas, dispone su ánimo á soportarlas para merecer aquel y aumentarlo. Con el objeto de hacer respetable la idea del magistrado , en muchos países fueron siglos atrás escludidos de todas las magistraturas los que desempeñaban oficios súcios : y como la excesiva familiaridad disminuye la obediencia , del lugar donde residen los magistrados fueron proscritas ciertas acciones, actitudes, apariencias que si bien lícitas en sí mismas parecían amenguar, por lo familiares, el respeto.

Mil usos de los pueblos europeos tienden á lisonjear el amor propio de los magistrados sin grave incomodidad de los ciudadanos : muchas fiestas públicas no se comienzan sino cuando se presenta el soberano : los aniversarios de su nacimiento, de sus victorias, de sus mas benéficas leyes son celebrados con iluminaciones y con otras públicas demostraciones de regocijo. Como el magistrado no deja de ser hombre, y por lo mismo está sujeto al orgullo en razon del poder, debe considerarse



cual accion descortés oponerse á sus ideas , cuando no son nocivas al público : y al mismo tiempo imprudente si la oposicion puede dañar al opositor.

Cuando mas menguado es el talento de un magistrado , mas consideraciones se deben á la irritabilidad de su amor propio , porque el esfuerzo de atribuir á otros nuestros errores crece en razon de nuestra imbecilidad. En tales casos es menester anunciar la cosa de modo que uno mismo parezca causa del error, sin que pueda en razon sernos atribuida. Cuando el famoso general Landon fué batido por el rey de Prusia por haber variado de posicion en virtud de las órdenes recibidas del feld-mariscal Daun , le escribió á este el siguiente parte :

Tengo el honor de participar á V. E. que he sido batido en la posicion que V. E. me ordenó que tomara.

El respeto y la cortesía para con el magistrado no quitan á los ciudadanos el derecho de inculcarles aquellas máximas que pueden desagradarles y cuyo quebrantamiento perjudica al público. Así es que cuando Luis XIV se empeñaba en convertir á los protestantes de Francia , no por medio de la persuasion sino á la fuerza, Fenelon y Bossuet le dijeron : que ningun poder humano tiene fuerza sobre la voluntad del corazon : que la violencia , léjos de persuadir , no hace mas que hipócritas y que procurar á la religion prosélitos de esa clase, no es protegerla, sino envilecerla.

## CAPITULO VI.

### CORTESÍA DE UNAS NACIONES A OTRAS.

La recíproca urbanidad entre las naciones es una virtud artificial que la filosofía ha procurado estender y contra la cual se reacciona la natural barbarie del hom-

bre. En donde el comercio no hizo sentir la necesidad de comunicarse con los pueblos vecinos y con los lejanos; en donde la religion no impuso el deber de tratar á todos los hombres como hermanos, el forastero fué en todos los siglos y en todos los pueblos, con muy pocas escepciones, despreciado, aborrecido y maltratado. Muchos pueblos de la Taurida sacrificaban anualmente á sus dioses y á su avaricia todos los forasteros que las tempestades arrojaban á sus costas, y confiscaban sus bienes.

Desde los primeros tiempos de la historia hasta el siglo décimo octavo, las poblaciones europeas que habitaban las costas consideraban sus escollos como fuentes de riqueza, pues se apoderaban de los buques extranjeros que iban á estrellarse contra ellas. Los señoríos cuyo fondo tenia por límite un rio ó tocaba en sus márgenes, consideraban lo que se llamó derecho de naufragio como igual al derecho de pesca.

Los germanos, segun dice César, tenían por lícito el hurto cometido fuera de su territorio. Esta es la moral de todos los pueblos salvajes. Los árabes del desierto, tan humanos, tan fieles y tan desinteresados entre sí, son avarientos y feroces contra las naciones extranjeras. Aunque son buenos padres, buenos maridos y buenos amos, miran cual enemigo al que no pertenece á sus familias (4). La ley de Moisés no admitía en los tribunales el testimonio de un extranjero, y mientras prohibía la usura con los nacionales, la permitía con los extranjeros.

El Egipto fué siempre inaccesible á los extranjeros hasta el rey Psamético: pues el gobierno ordenaba ma-

---

(1) Aun en nuestros dias en los pueblos civilizados la plebe experimenta menos escrupulo en engañar á un forastero, que á un nacional. El acento del comprador induce al vendedor á levantar el precio ó á rebajarlo.



tar y reducir á esclavitud á los que eran sorprendidos en las costas.

Cuando los griegos aun no habian conocido la necesidad del comercio, ridiculizaban á los forasteros en el teatro: en algunas partes los robaban y los hacian esclavos, y en otras los condenaban á muerte. Aristófanes llegó á decir que entre el extranjero y el ciudadano hay la relacion misma que entre la paja y el grano. La suerte que les tocaba á los extranjeros que se establecian en Atenas era diferente de la de los naturales en tres puntos. No participaban de todos los privilegios de los hijos de padre y madre ateniense: estaban obligados á pagar un tributo equivalente á la sexta parte de sus rentas: y si no lo satisfacian eran vendidos como esclavos; y en las públicas larguezas no se les distribuía sino la mitad de lo que se daba á un ateniense.

Los romanos agresores de profesion, declaraban bárbaras á todas las naciones que no hablaban la lengua del Lacio, y creían que su nobilísima estirpe se contaminaba si un romano se casaba con una estrangera: por lo cual la ley lo prohibía, olvidando el rapto de las sabinas.

En los siglos modernos, unas veces se tuvo por único y otras por principal origen del derecho de ciudadanía el nacimiento.

La conviccion de la debilidad de nuestras fuerzas, la malicia de las personas mas astutas, de las cuales somos con frecuencia víctimas, los sucesos accidentales que nos sorprenden sin que podamos preverlos ni prevenirlos, son las causas por las cuales el hombre vive en continuo estado de agitacion y de inquietud, y por esto teme todo lo que le es desconocido. Las poblaciones se temen antes de conocerse, y como en las islas son mas fáciles las sorpresas, este temor se nota principalmente en los isleños. Esta desconfianza ha dado lugar á que se construyeran en los confines de los esta-

dos, reparos y murallas. La célebre fide de la China tiene quinientas leguas, y nunca hubieran podido penetrar por ella los tártaros. La filosofía derramando los conocimientos, y el cristianismo por medio de sus misioneros han disminuido esa desconfianza.

El robo de las cosas pertenecientes á otro se le presenta al hombre como menos fatigoso y mas espedito, y entre los pueblos bárbaros es mas honroso que el cultivo de las tierras, y hé aquí el origen de la piratería, en tantos tiempos encomiada.

Moisés que deseaba preservar de la idolatría á su pueblo circundado de idólatras, le prohibió el matrimonio con los extranjeros, y en sus leyes se mostró algo duro con ellos.

Los forasteros deben ser por efecto de zelo alejados de aquellos países en que los ciudadanos deciden de los negocios y distribuyen los cargos en la plaza pública, porque aquellos cargos suelen cederse al mejor postor: y cada vendedor quisiera ser solo como cada comprador tambien quisiera serlo. Hé aquí la razon porque en Atenas un extranjero que se mezclase en las asambleas del pueblo era muerto, y porque los griegos se batian con tanto calor contra los persas, los cuales si hubiesen sido dueños de Grecia, habrían abolido aquel mercado (1). Esta es una de las razones por las cuales las repúblicas se mostraron mas avaras en conceder á los extranjeros el derecho de ciudadanía que los monárquicos.

---

(1) Esta ocurrencia del autor echa abajo el amor patrio, el amor á la independencia y el amor á las instituciones políticas que tanto distinguieron á los griegos. Es atribuir á una causa muy miserable el sublime motivo del valor que hizo triunfar á los griegos. Gioja ha sido muy injusto y Milcíades y Temístocles y Alcibiades no pudieron nunca imaginar que sus victorias se atribuyeran á tan mezquino impulso. ¡Cuán diferente es la idea que concibe uno del valor de los griegos cuando ve á un puñado de hombres defenderse contra un millon de soldados!



Los cartagineses que eran grandes comerciantes, ahogaban á los que iban á traficar á Cerdeña y hácia las columnas de Hércules.

En Atenas solo podían comerciar en el público mercado los extranjeros domiciliados, despues de haber satisfecho la contribucion que se les imponía. Los otros debían esponer sus mercancías en el Pireo.

En estado habitual de guerra, temiendo los príncipes la disminucion de sus ejércitos y el aumento de los ejércitos enemigos, prohibían la emigracion al extranjero. Los Godos condenaban á muerte al que abandonase el país ó quisiera abandonarlo, y si el reo obtenía del soberano el perdon de la vida, era condenado á cárcel perpétua, ó azotado ó privado de la vista. Con esta y otras leyes semejantes se asociaba en la mente del pueblo la idea de extranjero con la idea de delito. La guerra acostumbra de tal modo los pueblos á la carnicería, que se miran como enemigos desde el momento en que no viven en el mismo territorio. Los africanos de la costa de Zanguebar, víctimas de la crueldad de los portugueses, asesinan á cuantos se acercan á su país. Los tártaros y los habitantes de la Taurida robaron y mataron durante largo tiempo á los que se metían en sus tierras.

Como los conquistadores están persuadidos del odio que dispiertan en los pueblos conquistados, los deprimen, ensalzando otro tanto á los nacionales que los ayudaron á sujetarlos. Despues de la conquista de Inglaterra por los daneses, cuando un inglés encontraba á uno de estos en un puente ó en otro sitio angosto, estaba obligado á detenerse, descubrirse, saludarle y no moverse de allí hasta que lo hubiese perdido de vista.

Las recíprocas asechanzas que en los pasados siglos se tendían los estados, los renacientes rompimientos de los tratados sin pública infamia, el recurrir á las arm as sin prévia declaracion de guerra, los enemigos int erio-

res, que por espíritu de partido se unian á los extranjeros, las prontas sublevaciones de la plebe cuando los tribunales eran malos, todo esto movia la desconfianza de los Soberanos contra cuantos venian del extranjero ó tenian la apariencia de serlo. De aquí provinieron los protectores de los extranjeros y los cónsules más tarde. Cuando los griegos, depuesta despues de muchos siglos la natural rudeza, comenzaron á gustar las ventajas del comercio, establecieron en sus ciudades personas encargadas de procurar á los extranjeros hospedaje cómodo y cuantos placeres dependiesen de ellos. Dieron el derecho de ciudadanía á los príncipes que recibian bien á sus comerciantes, y finalmente, pusieron á los forasteros bajo la proteccion de una divinidad particular.

Los romanos más bárbaros que los griegos porque eran conquistadores y no comerciantes, destinaron á los embajadores extranjeros un lugar distinguido en el circo y en el teatro, y admitian gratuitamente á los extranjeros á los baños públicos, al paso que los ciudadanos pagaban; concedieron el honorífico título de aliados á los pueblos de quienes habian recibido servicios, ó á los cuales no hubiesen podido sujetar, y crearon un juez para decidir las cuestiones de los extranjeros.

En la edad media la devocion logró que los peregrinos fuesen libres de los infinitos y gravosos peages que los señores feudales habian establecido en cada puente, canal, entrada de ciudad ó pueblo, lugar alto ó sitio plano. Los torneos atraian de todos los paises forasteros ilustres á quienes los príncipes regalaban trajes suntuosos, y los recibian de ellos. El comercio, que despues del siglo xi emprendieron los venecianos, pisanos y genoveses en todos los sitios del mundo conocido, les alcanzó el privilegio de crear tribunales y hacerse juzgar segun sus leyes en medio de las naciones estranje-



ras, fundadas por su industria y sus capitales (4).

En los Estados actuales los embajadores extranjeros son particularmente invitados á las fiestas nacionales y de la córte: los príncipes se regalan recíprocamente sus órdenes de caballería, y visten luto por la muerte de cada uno de ellos: hacen tratados de comercio, que, segun los casos, pueden ser aprobados por la economía, lo mismo que por la moral: se remiten unos á otros las requisitorias para la estradicion de los malhechores: á veces, en medio del furor de la guerra, se dejan ilesos los buques mercantes: antes de acudir á las armas, discuten en un congreso acerca de sus diferencias, muchas veces aceptan la mediacion de una potencia neutral, y rara vez comienzan la guerra sin haber hecho antes una declaracion formal de la misma: tratan á los prisioneros segun su graduacion, quizás con refinada barbarie velada con palabras humanas, para que los hospitales y las privaciones sieguen aquellas vidas que no pudo segar la espada en el campo de batalla, segun de los ingleses lo aseguran los franceses, y tal vez con verdadera y positiva humanidad, para que al volver á su patria los vencidos tributen elogios á los vencedores. No causan aquellas destrucciones ni aquellos estragos que eran comunes en la edad media, ni arrastran á la esclavitud á las poblaciones vencidas. Han abolido recíprocamente aquellas franquicias establecidas en lo antiguo por el derecho del más fuerte, y en virtud de las cuales los embajadores podian proteger á cualquiera malhechor y arrancarlo de manos de la justicia: franquicias por las cuales tanto se deshonoró Luis XIV en el conocido negocio del duque de Crequi en Roma. Y finalmente, despues de muchas y repetidas reclamaciones, han abolido la esclavitud de los negros.

---

(4) En caso muy parecido se encontraban los catalanes que no iban en zaga á los republicanos de Italia en sus atrevidas empresas y en sus viajes marítimos.

La cortesía entre los Gobiernos amigos impone á los respectivos súbditos el deber de no desacreditarlos; mas en el caso de que se falte á esta regla, las leyes y los usos autorizan satisfacciones por medios diferentes.

### RESPUESTA Á UNA OBJECION.

He dicho más arriba que la urbanidad entre las varias naciones es una virtud que han procurado estender la religion, la filosofía y el comercio, y contra la cual se reacciona la natural barbarie del hombre. La segunda parte de esta proposicion parece desmentida por usos que no pueden ponerse en duda, pues realmente entre algunos pueblos bárbaros y semibárbaros, encontramos muy encomendada y ejercida la hospitalidad, aun allí donde no puede atribuirse ni al influjo de la religion, ni al del comercio. La hospitalidad, la dulzura para con los extranjeros era una de las más notorias virtudes de los antiguos bretones y de todos los demás pueblos celtas, quienes, por cuantos medios les sujeria su situacion, celebraban la llegada á su casa de un forastero, le festejaban en ella y no le dejaban partir sin que se llevara alguna muestra de su cariño. Este y otros hechos semejantes no desmienten aquella proposicion, puesto que es muy cierto que algunos pueblos creen al mismo tiempo que es un deber la hospitalidad en la casa propia, y que está permitida la piratería en la casa ajena. Los árabes tratan al extranjero con hospitalidad y benevolencia bajo sus tiendas, mas apenas ha salido de ellas y pasado los confines de su territorio, cuando le roban. Los mismos antiguos bretones que consideraban como una accion infame cerrar la puerta de su casa al extranjero, reputaban por accion honrosa devastar los pueblos vecinos, y hacian de esto su ocupacion predilecta. Su hospitalidad, pues, no reconocia por base la identi-



dad de la naturaleza ni la compasion por las necesidades ajenas, por lo cual es preciso atribuirla á otras causas, que tal vez son las siguientes :

En el imperfecto estado de sociedad, cuando el gobierno no hace respetar el órden, la opinion pública procura hacer sus veces. En las poblaciones faltas de los estables recursos de la agricultura y de las artes, la necesidad de saquear á los vecinos se reproduce incessantemente: de aquí es que la opinion no puede hacer que se considere como infamante el saqueo de los Estados vecinos, porque es necesario á todos y no hay infamia de hecho en los sucesos en que todos toman parte. En tal estado de cosas, el valor, la fiereza, el desprecio de los peligros merecen elogios y alcanzan la reputacion, porque estimar el valor y la bravura es despreciar la vileza. Sería vileza atacar á un extranjero que sin apariencia hostil se presenta solo á una muchedumbre armada, que puede hacerlo pedazos en un momento. En medio de tales disposiciones generales y en el territorio nacional, el extranjero está seguro de ser respetado, porque se encuentra bajo la salvaguardia de la opinion que declara infame al hombre vil. Si se añade que la necesidad de hacerse querer por sus semejantes, constante en el hombre de todos los tiempos, y de todos los paises, no encuentra muchas ocasiones en que satisfacerse, dado el sobredicho estado de cosas : si añadís que la curiosidad de oír las aventuras ajenas y de referir las propias es muy grande en el caso supuesto, vereis que el nacional debe hacer consistir su honor en acojer con rostro alegre al forastero, en corresponder con generosidad á su confianza, en aprovechar la ocasion de hablar de sus hechos y de oír el relato de los ajenos. La moral del árabe y de otros pueblos semejantes, hospitalarios en su casa y ladrones en la agena, no es muy diferente de la del mercader que se avergonzaría de robaros el dinero en casa y no se averguenza de engañaros en la tienda.

---

---

## LIBRO TERCERO.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### ORÍGEN DE LAS REUNIONES Y CONVERSACIONES.

Quando en el siglo IX quedaron disueltos en Europa casi todos los vínculos gubernativos, cada hombre según sus fuerzas procuró robar ó destruir, levantar fortalezas para defenderse, ó reunir armas para el ataque. Entre los objetos robados ocupaban el primer lugar las mugeres notables por su belleza. Los caballeros, ó sea, los hombres montados á caballo, que en lo antiguo eran tenidos en mas para la guerra que los infantes, movidos por la ambicion y por el amor, por la vanidad y por la gloria, tomaron sobre sí el encargo de defender al bello sexo, como veremos muy luego. De aquí procedió que se reunieran en los castillos feudales y en las cortes de los príncipes los caballeros para hacer gala de sus empresas, las mugeres para honrar á sus defensores y envanecerse con ellos, los poetas para cantar el valor de los unos y la belleza de las otras. Como las damas y las princesas eran el objeto de la poesía, así fueron sus soberanos en juicio y *pro tribunali*. Tenían en sus córtes y castillos *Corte de amor* ó *parlamento*, en donde se discutían los problemas, las causas y los litigios amorosos y caballerescos, concurriendo á ellos gentiles hombres y señoras de cerca y de lejos, y sobre



todo poetas y cantores, cual abogados y principales jurisperitos de aquel foro. Si los litigantes no quedaban satisfechos con la sentencia de los parlamentos, entonces verían las *tenzones* ú desafíos poéticos, en los cuales los trovadores escribían unos contra otros defendiendo sus litigios ó los de las hermosas, de donde resultaba que de continuo fueran y vinieran mensajes y respuestas, quejas y desafíos, nuevas de amor y de poesía.

Crecidos en fuerza los gobiernos en los siguientes siglos y cesando el peligro de las hermosas, para ser admitido en esas reuniones ya no fué necesario haber roto una lanza en honor de una princesa ó de una dama, sino que bastó descender de ilustre y antigua cuna. Poco á poco quedaron y debieron quedar escluidos los poetas: pues si en el estado primitivo de las reuniones, mientras el poeta se mostraba rico de ideas, ponderaban los caballeros su destreza y las mugeres sus peligros, en el estado siguiente los poetas hubieran sido el objeto único de los reunidos, en lo cual hubiera sufrido la vanidad de los demás. Los nobles pertrechados con privilegios reales y honoríficos que los separaban de las otras clases, haciendo, principalmente en Francia, profesion de ignorantes, les cerraron las puertas de sus reuniones, y habrían creído degradarse admitiendo en su confianza á quien solo pudiera vanagloriarse de talento ó de habilidades personales.

Brillaron apenas las primeras chispas de las ciencias, cuando los escasos hombres que no estaban encenegados en las materiales sensaciones del vulgo, sintieron la necesidad de unirse para adquirir los conocimientos de los demás y facilitar en cambio los propios. Esta necesidad era mas apremiante, porque el valor de los libros antes de la invencion de la imprenta era altísimo, segun nadie ignora, y de aquí nacieron las reuniones literarias ó academias, las cuales fueron protegidas por príncipes ilustres, porque esos príncipes no temen las

ciencias y saben que ellas son el principal esplendor y la gloria principal de los Estados.

Por los mismos motivos tuvieron origen las reuniones de pintores y músicos, y aun con mayor concurrencia, porque la capacidad de apreciar las bellezas de esas dos sublimes artes es menos rara de la que se necesita para apreciar las ciencias.

Dispertado después del siglo undécimo el espíritu mercantil, y crecido luego en el siguiente fué origen de portentosas riquezas. Entonces se vió que era posible ser muy considerado sin ser noble ni poseedor de feudos. El deseo de hacer gala de riquezas, unido á la necesidad de conocerse á fin de aumentar las relaciones mercantiles, formó las reuniones de comerciantes. La riqueza de estos rivalizó con la de los propietarios, y en las ciudades libres obtuvo las consideraciones que en otras partes eran exclusivas de la nobleza. La clase directora de los trabajos mecánicos se dividió en tantas masas cuantas son las especies de sus trabajos. La analogía de estos, el deseo de imponer leyes á los trabajadores, y la necesidad de conocerse á fin de repartir las contribuciones que los príncipes exigian á la industria, reunieron á los directores de las diferentes artes ó sean fabricantes en otras tantas compañías, hermandades ó gremios que tuvieran sus reglas, y celebraron sus sesiones en días fijos.

Las riquezas que perdieron los nobles fueron recojidas por personas inteligentes y activas que sin pertenecer á la clase de comerciantes ni fabricantes supieron aprovecharlas. No contentos luego con las riquezas aspiraron á la consideracion y consiguieron obtenerla con la afluencia de los comensales; formaron de este modo nuevas reuniones compuestas de toda clase de personas: en las cuales apareció el arrendatario que frecuenta la ciudad para vender los frutos del campo, el especulador que propone negocios de cortos rendi-



mientos, el empleado de baja esfera de cuyo zelo necesita el rico en sus relaciones con el gobierno, el noble decaído de su antigua prepotencia, el militar que ha menester placeres ruidosos, y el parásito que siempre anda oliendo en donde se asan buenas piezas, y en cambio alimenta la chismografía contando al amo de la casa y á los comensales cuanto en la ciudad pasa.

El pueblo que ejecuta los trabajos materiales no parecía antiguamente sino en los espectáculos públicos y de la plaza, para las necesidades momentáneas en las hosterías y para sus actos religiosos en las iglesias. Ocupado mas bien en bromear que en discurrir, se encontraba separado de las otras clases por la miseria en que estaba envuelto.

Las causas por las cuales se establecieron comunicaciones entre las varias reuniones sociales, y los miembros de una emigraron á otra, son las siguientes:

La pasión del juego, vehementísima en todos tiempos y mas en los antiguos, rompió la valla que separaba la nobleza del comercio, porque algunos nobles no creyeron envilecer sus cuarteles acercándose á los comerciantes con el deseo poco noble de adquirir jugando alguna parte de su dinero. Muchas familias nobles arruinadas por los dados y por los naipes, conocieron por esperiencia que todos los diplomas nobiliarios no bastaban para comprar un palmo de paño ó una libra de carne; y la plebe que había sufrido sus insultos cesó de respetarlas desde el punto en que no los vió en coche, de donde vino el proverbio de que, nobleza sin dinero es humo sin asado.

Los celibatos á que estaban condenados los segundos de los nobles los arrojó no pocas veces tras las huellas de bellezas plebeyas, y saliendo del palacio patrio no se desdenaron de entrar en la casa del zapatero, del carpintero, del peluquero, en lo cual la nobleza se ensució con frecuencia y se dejó arrebatarse no pocas ri-

quezas, perdiendo en lo uno y en lo otro no poca consideracion y estima.

Los príncipes á quienes en los pasados siglos había causado espanto la potente nobleza, aprovecharon todas las ocasiones de mermar sus privilegios, manantial de copiosas riquezas y de mayores medros: así fué que el coche que antes era tirado por ocho caballos, no lo fué sino por seis, despues por cuatro y por dos, y quizás se quedó en la cochera llenándose de polvo, y todo eso trajo que se fuese desvaneciendo la niebla que cubria los árboles genealógicos, y los hacía grandes á los ojos del vulgo. Con el tiempo, avalorándose los derechos del mérito personal, repugnó dar algun precio á los antiguos pergaminos, y se dijo que un cojo no dejaba de serlo porque su abuelo hubiese tenido las piernas muy iguales, y por tanto que debía ser mas estimado un artista que con su honrada industria aumentaba su peculio, que un noble que con los vicios daba fin con su patrimonio.

La poesia se atrevió á suponer, no sin reirse, que no todas las matronas nobles habian sido Lucrecias, y que algunas veces tuvieron hijos menos patricios que el marido, de suerte que la pureza de la sangre se puso muchas veces en duda en la opinion del vulgo, que siempre da la razon á quien le hace reir.

El aumento de los teatros disminuyó la concurrencia á las reuniones particulares: y como el deseo de conversar era el mismo que antes, hubo necesidad de menos escrúpulos en la admision de nuevos miembros: al principio la etiqueta reclamó un diploma, y despues se contentó con un vestido de seda.

Los inventos teóricos y prácticos pusieron en contacto á los doctos con los artistas: cada una de estas dos clases comprendió la necesidad de consultar á la otra: la primera para conocer los hechos, la segunda para la obtener explicacion de los mismos, y el docto aprendió á



respetar al artista, y el artista se convenció de que los consejos del docto le podrian ser muy útiles. Creciendo los puntos de comunicacion y los contactos sociales, crecieron y se estendieron las necesidades del lujo, de donde resultó que los operarios alcanzaron mejor recompensa de su trabajo que en los tiempos anteriores, desapareciendo con esto en todo ó en parte la miseria de la plebe, que pudo hacerse un traje inferior en finura al del rico, pero igual en apariencia.

Las reuniones que son un medio de felicidad social tan pronto, tan inocente, tan fácil á todos los hombres, tan conveniente á todas las condiciones, tan necesario á todas las edades, no podían librarse de la censura, por que siendo susceptibles de varios aspectos, ofrecían campo á los poetas para presentarlas en caricatura. Como quien no exagera no logra causar sino impresiones pasajeras, por esto á los defectillos verdaderos de las reuniones se les añadieron otros ficticios, y segun suele suceder se crearon espectros para espantar á los niños y á las imajinaciones débiles: con la misma razon con que podría desacreditarse el sueño porque los sueños conturban nuestro espíritu.

La necesidad de sentir existe realmente cualquiera que sea su origen. Esta necesidad es apremiante en todos los hombres despues del trabajo, del estudio ó de los negocios: aun es mas viva en los ricos, que no han de trabajar, estudiar ni ocuparse de negocios, y es veheméntísima en las mugeres ya porque estan dotadas de mayor sensibilidad, ya porque su vida es mas monotona. Esta necesidad está aumentada por el instinto de la sociabilidad que impulsa á los hombres á reunirse á fin de comunicarse sus temores y sus esperanzas, sus penas y sus disgustos, y por esto vemos formarse reuniones sociales, lo mismo entre las salvajes hordas del desierto que entre las personas mas corteses de nuestras ciudades. Esta necesidad atrae como un iman y con-

sigue unir á las personas mas indiferentes y hasta á los cortesanos que simpatizan como perros y gatos.

Las conversaciones consideradas como medio de reanimar las gastadas fuerzas y de ensartar sensaciones agradables en el intervalo que separa las necesidades satisfechas de las que deben satisfacerse, son en sí mismas tan inocentes como un paseo en un ameno jardín. Los placeres que disfrutamos en la soledad esceptuando el caso de un particular afecto, decaen presto ó pierden parte de su atractivo, mientras que comunicándolos á los demás parece que toman incremento y se estienden, y si los gustamos en su compañía, duran mas, nos son mas gratos, y se difunden por toda el alma. En una reunion de personas, que se estimen y amen, crece el sentimiento de la fuerza que se necesita en medio de las vicisitudes sociales, porque conociendo cada uno las disposiciones comunes aplica en su entendimiento las fuerzas de todos á sus necesidades particulares. La reunion le asegura que en caso de una calumnia encontrará defensores, y en caso de una desgracia no le faltarán protectores; si es inesperto tendrá consejeros, y si sufre dolores habrá quien compartiéndolos se los disminuya. Esta habitual conviccion obra contra los vagos temores que nacen de la imaginacion ó provienen de la enemiga. Probablemente este es el motivo por el cual los pueblos que dedican mucho tiempo á las reuniones y conversaciones, no suelen tener mucha inquietud para el porvenir: de lo cual podrían encontrarse ejemplos en Venecia y en Paris.

Hay hombres que leen para esponer sus ideas en las conversaciones, y otros para no parecer ignorantes de las cosas mas triviales. La lectura que comienza por vanidad y continúa por costumbre, se transforma en passion y señorea otros gustos de menos provecho. El que lee para entretenerse inocentemente ó para instruirse, roba horas á la corrupcion, á la cual quizás le roba



tambien capitales para la compra de los libros que necesita. Los gabinetes de lectura son una consecuencia del espíritu social del pasado siglo: y en ellos se procura á todos un medio de instruccion sin dispendio. No todos pueden leer todos los libros, pues cada uno tiene que limitarse á su esfera; mas en la conversacion, los libros leidos por uno se convierten en medios de instruccion para los otros, y en caso de necesidad, en un cuarto de hora proporciona el fruto de la lectura de diez horas. Si en las disputas que de las conversaciones suelen originarse, los dos contendientes quedan cada uno con su opinion, la influencia de las disputas sobre las opiniones no deja por esto de ser real, porque los oyentes desinteresados forman su juicio acerca de las razones alegadas por cada uno de los disputantes. La voz, el gesto, el tono de los dos hacen mas agudos, si así puede decirse, los rasgos de su talento, y se imprimen mas profundamente en la memoria de los presentes. El disputador que no tiene razon y que en la cuestion ha cerrado los ojos á la verdad, no conserva su obstinacion cuando á sangre fria reflexiona, y muchas veces se arrima al modo de pensar de su adversario.

En una conversacion general, el que habla se ve rodeado de una especie de auditorio que le anima y sostiene, y esta circunstancia da al espíritu mayor actividad, á la memoria mas firmeza, mas penetracion al juicio, y señala á la fantasia límites que no le permiten ir divagando. La necesidad de hablar claramente le obliga á prestar alguna atencion al estilo y á esponer con orden las ideas, el deseo de ser benevolamente escuchado le sugiere todos los recursos de elocuencia de que es capaz la conversacion familiar: de suerte que por todo lo dicho, la conversacion es la primera y la mejor escuela para los hombres que se disponen á fin de hablar en público.

Al contrario, el hombre que vive solitario en su gabinete, sin estímulo para que sus ideas pasen al ánimo de otros, no viendo al adversario delante de sí, y no teniendo objeciones que combatir, quizás nunca aprenderá aquel delicado arte que sabe convencer sin agriar el amor propio, y que con gracia obliga á la pereza de los demás á dedicarse al exámen de una preocupación, hiriéndole con alguna ocurrencia viva. Por otra parte siempre consigo mismo y sin objetos de comparacion; dispuesto á considerar cual un descubrimiento cada idea que se le presenta, libre de las luchas de sociedad que tan prontamente dan á cada uno la medida de sus fuerzas, se inclinará á formarse una idea exagerada de su talento y á imponer sus ideas con aire imperioso y ofensivo. El estudio de los libros es un movimiento lánguido que no ejercita, no agita, no inflama el entendimiento como la conversacion.

El deseo de agradar á los demás dulcifica la natural rudeza del hombre, y este deseo se desenvuelve y anima en las conversaciones, y el hábito de espresarlo forma el hábito de sentirlo. Finalmente son muchos los que juzgan del mérito de una persona por su manera de conversar, y no se ocupan de avalorar sus buenas ó malas cualidades contentándose con juzgarle por las ideas que en la conversacion emite, por lo cual es preciso entrar en la sociedad, puesto que los hábitos del buen decir no pueden adquirirse en la soledad de un gabinete.

Cuando los hombres se reúnen para conversar, se forma entre ellos una opinion que condena las acciones nocivas á todos ó á alguno de los congregados, y todos se ven forzados á ocultar los afectos irregulares que quizás fermentan en su ánimo. Y como aquel que no tiene virtudes quiere mostrar al menos la apariencia de ellas, si alguno de los reunidos tiene fama de vicioso, la vanidad de los demás no tarda en reunirlos para



arrojarlo de su congregacion, á fin de que no se derrame la voz de que lo toleran ó lo aprueban. De donde resulta, que al paso que crece el deseo de participar de los placeres de la conversacion, se aumentan los motivos para despojarse de los vicios que la conversacion condena.

Desacreditando los vicios agenos cada uno se figura dar pruebas de tener la virtud contraria á ellos, y por esto en las conversaciones se zahiere la conducta de los estraños ó ausentes: todos se rien de las humillaciones á que está condenado un adulator: todos hablan con horror de la traicion; todos esplican las circunstancias que agravan un delito: de las reuniones sale la voz que llama las miradas del público hácia un magistrado corrompido, hácia un juez venal, hácia un administrador infiel, y así de los otros.

Quando no es bien conocida la conducta de una persona poderosa, cada uno de los circunstantes comunica á los demás lo que él ha visto. Se avaloran los hechos y las conjeturas, se confrontan las realidades con las apariencias, se convocan las noticias anteriores y las concomitantes, y finalmente se llega á quitar la máscara á la impostura. Las conversaciones son como los centinelas nocturnos, que de hora en hora se comunican el grito de vigilancia para reprimir el deseo de causar daño de los perturbadores públicos: y ofrecen un medio muy espedito para suscripciones á favor de los pobres. El interés que la señora de la casa sabe despertar en el corazon de sus amigos para favorecer á una familia ó á una clase desgraciada, el comun deseo de mostrarse generoso, el ejemplo que mueve hasta á los mas resistentes, todo concurre á que tenga buen éxito un proyecto generoso que sin la conversacion hubiera quedado desvanecido ó sido tardío.

En tiempos pasados las conversaciones y reuniones eran pocas y los borrachos muchos: y el capital que aho-

ra se gasta en vestidos, se gastaba entonces en vinos. En fuerza de las reuniones se han variado los hábitos de economía, y la elegancia ha sustituido á la borrachera. Aquella masa de licores que antiguamente consumía una persona sola con perjuicio de la salud y de la razon, ahora se distribuye inofensivamente entre diez, esto es, entre los artesanos que fabrican cosas cómodas y elegantes. Así, pues, en el aumento de las reuniones han ganado las artes y la moral. Quien quisiere huir del contacto de todos los réprobos, correria el riesgo de vivir solo. Si te quedas en casa no te ensucias el calzado, pero te privas de un paseo útil y delicioso: por lo mismo no pudiendo crearse para nosotros hombres perfectos, será mejor aumentar la fuerza de la virtud propia, que revelarnos contra los vicios ajenos. Decir que no debe sabernos mal ensuciar el calzado para dar un buen paseo, no es decir que nos hemos de meter en el barro hasta la cintura y con riesgo de rompernos una pierna: por analogía debe decirse lo mismo de las reuniones. Diré á los jóvenes que en la eleccion de conversaciones deben ser mas reservados que los viejos, por que faltándoles la esperiencia pueden quedar prendidos en los lazos que estos despreciarían. Además la reputacion de los varones y de los viejos está ya formada, sus buenas circunstancias son ya conocidas: y el hábito probado por muchos hechos responde á toda apariencia dudosa. El joven por el contrario, todavía ha de hacer que nazca esa buena reputacion en el ánimo de los otros, y pocas veces es equivocado el juicio que los demás forman de nosotros cuando nos juzgan personas con quienes estamos en frecuente contacto, y es preciso observar que la vanidad les impide variar facilmente la primera opinion que de nosotros han concebido, sea verdadera ó no lo sea. Por tanto, aunque el joven no sea muy instruido, alcanzará mucha estimacion si corre la voz de que se reune con personas de mérito y goza



de su confianza. La conversacion con las bailarinas, con personas de lealtad dudosa, ó conocidamente malas, mancha la reputacion de cualquiera, porque los perros sucios ensucian á aquellos á los cuales acarician.

Todos aconsejan á los jóvenes que no concurran á donde se jueguen juegos de azar, porque cualquiera que sea su resolucion, acaban por caer y arruinarse. Ceden á las sugestiones y al ejemplo, al temor de ser tenidos por miserables, meticulosos ó esclavos de la voluntad paterna; ceden al deseo de hacerse prontamente ricos, deseo que se enciende facilmente y arde á la vista del oro. La pasion del juego, principalmente si es de azar, produce los daños siguientes:

1.º Pérdida de la felicidad individual. Las vicisitudes del juego, aun cuando sean favorables, causan sacudimientos tan rápidos y fuertes que confinan con el dolor y estos sacudimientos son siniestros, porque la mayor parte de los jugadores pierden. Por otra parte, la sed de oro que lejos de quedar satisfecha crece con las pérdidas y se siente atormentada por ellas, es una gangrena que roe el ánimo del jugador, es una llama sutil que lo consume. Y no hablo de los suicidios producidos por el juego.

2.º Pérdida de la salud. Esta es una consecuencia del estado del ánimo que queda descrito. La repetida accion del juego desarrolla un carácter irascible y una viciosa enerjía de sensibilidad que es muy nociva á la máquina corpórea, y por esto la mayor parte de los jugadores son decrepitos á los cuarenta años.

3.º Pérdida de los bienes. Por cada jugador enriquecido en el juego encontrareis ciento que se han arruinado.

4.º Pérdida de la reputacion. Aunque no todos los jugadores son personas infames, la mayor parte no dejan de ser reprehensibles, porque se esponen al peligro de convertirse en tales. Nadie da su hija por esposa á

un jugador, nadie le admite por compañero en una empresa, nadie se gloria de ser amigo suyo, nadie le quisiera por amo, y todos los padres prohíben á sus hijos que se acompañen con él, considerándolo peor que la peste.

5.º Pérdida de la sensibilidad por los gustos morales é intelectuales. Así como las personas acostumbradas al uso del rapé mas fuerte, son insensibles á los suaves efluvios del clavel y de la rosa, así los que están acostumbrados á los violentos sacudimientos del juego se hacen insensibles á los placeres de la comedia, de la tragedia, de la pintura, y de las demás bellas artes, de donde resulta que los momentos que no ocupan en el juego los consumen en el mayor fastidio. El juego aumenta la necesidad de sentir, y disminuye el poder de satisfacerla. El jugador se espone al peligro de perder y quizás pierde el único dinero que necesita para atender á las necesidades de la muger y de los hijos, y entonces la infeliz suerte de estos causa menos impresion en él que la necesidad de jugar. ¿Qué sensibilidad le quedará en el alma para las caricias de esos seres? El joven aficionado al juego huye de la compañía de sus padres, desprecia los placeres inocentes, desprecia sus consejos, acibara su vida, se convierte en ladrón doméstico, y quizás se deshonorra con acciones que le conduzcan á la carcel y á un presidio.

6.º Pérdida del sentido comun. Todo jugador raciocina del mismo modo que lo hace el vulgo cuando de los sueños deduce los números que ganarán alguna suerte en la lotería. El hábito de tomar por norma de sus juicios las fantásticas relaciones de las cosas, destruye el hábito de consultar sus relaciones reales, constantes y arregladas á la razon. Así es que este no se correrá de atribuir sus pérdidas á su petaca, otro á la presencia de un enemigo: algunos no juegan sino dinero prestado como un preservativo contra la suerte, otros destinan



parte de las ganancias á obras piadosas, como un gaje de lucros etc.

La idea de la ganancia, cuando se fija por algun tiempo en un entendimiento debil, ardiente, subyugado por vanas combinaciones, convierte la duda en certidumbre y hace mirar como infalible lo que ardientemente desea. La ilusion es tan viva, que no la destruye la esperiencia de las pérdidas, y á despecho de estas, toma incremento. Después de las reflexiones antecedentes es casi inútil observar que en el juego se pierde todo sentimiento de decencia y de finos modales, el hombre se hace ordinario, grosero, villano, caústico y mordaz, no guarda consideracion á la calidad ni á los derechos de los otros, ofende su amor propio, y hace traicion á sus propios sentimientos. El jugador preferirá las reuniones en que sea la libertad mas lata. Así como el placer es de tal índole que no siempre obedece las órdenes del deseo, y huye rápidamente cuando ve algun lazo, aunque sea de rosas, ni observa reglas de tiempo, ni de lugar, ni se sonrie á todas las conversaciones, por lo mismo diré al jóven que se aleje de aquellas reuniones en que tenga que dar razon de por qué no llegó á tal hora, porqué se marchó antes de la de costumbre, en donde á la fuerza haya de sentarse en sitio que no le gusta, que haya de presentarse en un traje que le repugna y acomodarse irremisiblemente á los modales de los demás, y dejar en el umbral de la puerta su propio carácter para tomarlo otra vez á la salida.

El jóven no debe huir de la conversacion de las mujeres honestas, porque solamente en compañía de ellas aprenderá á templar la efervescencia de la edad, á dar finura y gracia á sus modales, á ejecutar sus movimientos con gallardía, á dar á su conversacion amabilidad sin bajeza, á ser modesto sin timidez, valiente sin ímpetu, á tener el brio que sabe respetar la decencia, la

alegría que no pasa de sus buenos límites, las finas atenciones que previenen los deseos sin manifestar ocuparse de ellos, y aquel hablar franco y cordial que no degenera en confianza temeraria y plebeya.

Cualquiera asunto frívolo ó grave, humilde ó sublime, serio ó jocoso, con tal que agrade á los presentes y no ofenda la moral puede ser objeto de conversacion, pues aquí mas que en otra parte puede ser tenido por razon y por ley lo que el consentimiento universal elige. Los poetas satíricos han querido encerrarnos dentro de mas angostos límites; y así es que ponen en ridículo las preguntas relativas á la salud, cual si la salud no fuese el asunto mas interesante para los hombres. Tampoco quieren que se hable del tiempo cual si las vicisitudes de la estacion no influyeran sobre el estado fisico y moral de la especie humana, sobre los productos del campo, sobre el curso del comercio, y muchas veces sobre los pensamientos de los hombres grandes y pequeños. Algunos poetas nos critican cuando en las reuniones hablamos de artes y de comercio, de paz y de guerra, de gobierno y de política, pero quieren que nos ocupemos de los satélites de Júpiter y del anillo de Saturno. En verdad que así Júpiter como Saturno pueden ser objeto de nuestras conversaciones, y aun es de desear que lo sean, tanto por que alimentan el alma con ideas sublimes, cuanto porque sirven de guía al marinero que va errando en la superficie de los mares; pero hay cosas que nos tocan tan de cerca, que es muy difícil no hablar de ellas; como es difícil no decir ay! cuando nos quemamos un dedo. Además, si se considera que el objeto principal de los que se reúnen para un rato de conversacion es entretenerse y reír, se comprenderá que es casi imposible desterrar los asuntos ridículos de cualquiera parte que vengan.

Se puede hablar sin conocimientos de la paz y de la guerra, como se habla de los rábanos y de las calabazas.



zas; así, pues, el límite que debe fijarse á las conversaciones respetando siempre la moral, no se debe ir á buscar en la calidad de los asuntos sino en la ignorancia del que habla y en el fastidio de quien oye. Escluidos de las conversaciones los mas interesantes discursos, se les ha echado frecuentemente en rostro que no versan sino sobre cosas frívolas, con cuya censura se da á entender que han olvidado ser el principal objeto de las conversaciones el deseo de divertirse. Si el campo en que se presenta el placer es ya tan limitado, ¿ como se trata de limitarlo mas todavía? Los hombres mas famosos del mundo han gustado de ocupar algun rato en fruslerías y en juegos de niños, como una distraccion de cosas importantes, ó como un medio de divertirse después de haberse ocupado de cosas graves.

Chesterfield dice que las frivolidades de las conversaciones son la ocupacion de las almas pequeñas que ni piensan, ni desean pensar. Es un error. Las frivolidades de las conversaciones, lo mismo que las fugitivas imágenes del sueño, sirven para hacernos reir un poco y nada mas. ¿ Que diriais de un hombre que para distraeros de la melancolía os aconsejase que leyeseis las Noches de Young? Son dignos de admiracion los que después de haberse ocupado en el estudio ó en negocios de gabinete pueden volver al estudio ó á los negocios en las conversaciones; mas no son merecedores de desprecio los que despues de cumplido su deber necesitan reposo. De la misma manera que una comida no es excelente sino cuando satisface todos los paladares; así no son excelentes las conversaciones sino presentan una variedad de asuntos que corresponda á las necesidades de cuantos toman parte en ellas. Generalmente hablando los asuntos serios no pueden agradar á la mayoría de los presentes, por que la mayoría va á las conversaciones á procurarse reposo para la reflexion y alimento á la fantasia.

Suelen ser asuntos enojosos y opuestos al objeto de las conversaciones, los siguientes: Los incesantes lamentos acerca de males á los que no se puede hallar remedio. A veces la conversacion, lejos de ser un tejido de agradables y amenos discursos, se convierte en una verdadera jeremiada. Si alguno consigue olvidar los males comunes, uno ú otro de los circunstantes se los recuerda con circunstancias nuevas, y agrava su afecto doloroso con la perspectiva de un porvenir mas lamentable. Es como si un esclavo proponiéndose divertirse hablase de sus cadenas. Este suele ser un defecto de los viejos que no saben abrir su alma á la esperanza, de los ignorantes incapaces de mirar las cosas bajo diferentes aspectos, y de los entendimientos débiles que sucumben en cualquiera lucha. Algunos disfrazan esta descortés costumbre con el sentimiento de compasion por los males ajenos, esto es, para mostrarse compasivos atormentan á los presentes. Pedro ha muerto de repente: Pablo se ha suicidado: el pan está por las nubes: el pedrisco ha destrozado las viñas: las contribuciones son insoportables: la guerra es inminente: la peste se acerca. Falta poco para que nos anuncien el fin del mundo, cual sucedía en los pasados siglos, idea que suele insinuarse en los discursos de la plebe, cuando alguna calamidad le aflige.

Sería una locura pretender que no se sintieran los males de la vida, pero es mayor locura no olvidarlos: sería imprudente caminar hácia el porvenir con la espalda vuelta, pero es mayor imprudencia mirar los males venideros como si estuvieran encima. La novedad de la cosa puede hacer algunas veces que no parezca descortés el anuncio de un suceso triste; pero reproducir á cada paso la idea de los males que todos conocen, es el exceso de la inurbanidad, porque este recuerdo además de ser doloroso en sí mismo, conturba y melancoliza los sentimientos de los que escuchan. En tal situa-



cion del ánimo la sonrisa no osa asomar á los labios, los dichos agudos dispuestos á dar vida á la conversacion vuelven atrás, de modo que es preciso renunciar á cien placeres á fin de procurarnos un dolor: lo cual es un verdadero cálculo de loco. Se pueden procurar al ánimo momentos de distraccion, fijándolo en objetos diferentes de los acostumbrados, y se puede rechazar la idea del dolor mirando las cosas por el lado ridículo (1).

Todos podemos hallar razones de consuelo comparándonos con aquellos que se encuentran en peor estado. Se puede levantar el ánimo á la esperanza mientras el vulgo se abandona al temor, considerando la estension de todas las eventualidades posibles. Una imaginacion risueña sabe crear rosas en medio del desierto. Aunque sea un don de la naturaleza, puede aumentarse con el hábito y mejorarlo con el arte.

Obligar al espíritu á que haga grandes esfuerzos sobre las palabras, sobre las cosas ó sobre las ideas sin sacar de ello ningun provecho, y mover en los presentes el sentimiento de la fatiga, es indisponer su amor propio con la idea de la presuncion y hacerse ridículo. El hombre que se propone saltar mas allá de su sombra, representa el defecto que censura. Las cuestiones metafísicas que muchas veces se agitaban acerca de cosas que la razon no comprendió nunca, por lo general

(1) Mientras en el sitio de Génova los soldados que se caían de hambre hacían la guardia sentados, uno de ellos dijo: Massena no querrá rendirse hasta que nos haya hecho comer sus botas. Esta chulada movió á los demás á decir otras, y entre tanto todos olvidaron el hambre.

Un general francés herido en la batalla estaba á punto de hacerse amputar una pierna, cuando vió que un criado lloraba en un ángulo de la estancia. Mejor para tí, le dijo el general, ¿no ves que cuando tenga una pierna menos no tendrás que limpiarme sino una bota? Esta ocurrencia le comunicó fuerza para sufrir la operacion.

Admiro á aquella muger espartana que dice al hijo que vuelve cojo de la guerra: á cada paso recordarás tu valor y tu gloria.

debían fastidiar á cuantos las oían si el amor propio no les hacia interesarse en ellas. Crece el motivo de censurar las insípidas sutilezas, cuando siendo del todo triviales se repiten con pretensiones de decir una cosa nueva, lo cual indica ignorancia, y se hacen ofensivas á uno ú otro de los oyentes. No por lo dicho debe condenarse el uso de proponer cuestiones ingeniosas las cuales por las ideas que cada uno emite se convierten en ejercicio agradable por las salidas prontas y agudas que sugieren.

El carácter de las personas que componen la reunion es un límite especialísimo, pues por mas generales que sean, por ejemplo, vuestras alabanzas á una virtud y vuestra censura de un vicio es posible que os atribuyan la intencion de vituperar á aquel de entre los circunstantes que carece de la primera ó que esté contaminado con el segundo.

Si una parte de la cortesía consiste en decir á cada uno lo que le conviene, está claro que á fin de que no falte asunto á la conversacion debes hablar á cada uno de las cosas que más le ocupan ó mas le agradan: de su arte ó profesion, de sus gustos ó de sus aventuras, de sus hijos, de su esposa, etc. Al anciano preguntarás acerca de los usos civiles, políticos ó religiosos que estaban en boga durante su juventud, con lo cual te proporcionarás el gusto de compararlos con los actuales. Prepárate no obstante á oír excesivos elogios del tiempo pasado: asi es que tendrás cuidado de separar los hechos del juicio que de ellos forma quien los espone.

Con las mugeres bien educadas que al mismo tiempo que finas son instruidas, hablarás de bellas artes, y segun su carácter propondrás alguna dificultad, á fin de que al placer de discurrir junten el gusto de satisfacer su curiosidad.

Al astrónomo le preguntarás que son aquellos puntos que brillan en la azul bóveda del cielo, por qué ra-



zon algunos han desaparecido y otros cambiado de color: de donde procede que algunos planetas se muevan en el mismo sentido de occidente á oriente: por qué verifican su revolucion en una zona angosta, mientras que los cometas van errantes libremente por todas las regiones del espacio. A donde van y de donde vienen esos astros que con su barba y su cola tienen espantado al vulgo.

Cuando estés en una reunion de necios, no muestres distraccion ni desprecio por mas que lo merezcan. Deja á la fatuidad campo libre para que haga gala de sus necedades, sin que nunca le des motivo de recelar que va á ser reprendida ni aun juzgada. Ciertamente dirás que tu objeto al ir á una reunion no es ejercitar la paciencia sino procurarte gustos inocentes, y que quisieras encontrarlos, ó bien entre las flores del discurso, ó en los modales de las personas, ó entre los amenos sentimientos de los circunstantes. Para esto te recordaré la máxima recomendada anteriormente, esto es, acostumbrarte á mirar las cosas por el lado ridículo. Así te presentarán un espectáculo agradable los cambios de las pasiones, en virtud de las cuales el mismo hombre es devoto y mundano por trimestres. Las repugnancias afectadas, pues cuanto mas un gusto ó un sentimiento son comunes, tanto mas suponen algunos que son extraños á ellos, porque se les figura que de este modo se separan de la masa vulgar, y que colocándose mas altos se hacen mas visibles. Los esfuerzos de la vanidad en cuya virtud cada uno procura asociar la idea de su persona á la idea de las cosas de estima ó de las personas ilustres. Si alguno pondera un buen libro, luego hallarás un literato que lo tiene aunque que quizás no lo ha visto ni aun por la cubierta: si se habla de un grande hombre, hay quien quiere ser pariente suyo, mientras otro lo vió en Paris ó en Londres, ó viajó con él en el mismo buque, y se jacta de ello como el asno

de la fábula que porque llevaba reliquias se le figuró que era adorado. Horacio se vanagloriaba de topar descortesmente con cuántos encontraba por las calles con tal de llegar pronto á casa de Mecenas: en lo cual podeis notar la astucia del amor propio; que por un lado prescinde de una parte de su reputacion, puesto que conviene en que era descortés, á fin de que le creais en intimas relaciones con el ministro de Augusto. A cada instante se echa de ver que los hombres son en sus pretensiones mas desrazonables que aquellos faquines que oyendo elogiar las hermosas tocatas de un organista se glorian de haber conducido los fuelles. Para que los jóvenes no se equivoquen les haré notar que el jactarse de ser amigo de alguna persona virtuosa, ó bajo otro aspecto estimable, no es una jactancia desrazonable como las anteriores, pues las personas virtuosas ó apreciables no conceden su amistad sino á los que ellas estiman.

Los esfuerzos para parecer rico son una ridiculez que vá en aumento en razon de la diferencia que hay entre la realidad y la apariencia, de suerte que la ridiculez máxima sería la de aquel que imitase á los cómicos de la legua, los cuales, despues de haber representado á César y á Pompeyo se mueren de hambre. Si te es lícito reírte de las necesidades de los hombres, como los otros se rien de las tuyas, la cortesía exige que sus ojos no sorprendan tu sonrisa.

## CAPÍTULO II.

### JUEGOS DE SOCIEDAD.

A mas de que no siempre es posible en las largas veladas de invierno alimentar la conversacion con asuntos nuevos é interesantes, la conversacion propende casi



siempre á la sátira. He aquí la razon porque es mejor jugar que fastidiarse, ó murmurar; mas á fin de que los juegos tengan regla y medida, pueden reducirse á cuatro clases.

La 1.<sup>a</sup> ejercita las fuerzas corpóreas, como la lucha, la carrera, los bolos, y todos los gimnásticos.

La 2.<sup>a</sup> ejercita las fuerzas intelectuales, como el ajedrez y muchos juegos de naipes.

La 3.<sup>a</sup> deja inertes las unas y las otras, como los dados y todos los juegos de azar.

La 4.<sup>a</sup> ejercita á un tiempo aquellas y estas en diversos grados y en parte depende tambien del azar, como los de pelota á caballo, el de billar, etc. Las cometas divierten durante el invierno todas las cortes de oriente: se les cuelgan fuegos que parecen astros en medio del espacio. La del rey de Siam está siempre en el aire, durante la noche, y los mandarines sostienen alternativamente el hilo. En Europa esta diversion es esclusiva de los muchachos, y reúne el placer de los ojos al ejercicio de los miembros.

Suponen algunos que los naipes eran desconocidos antes del siglo XV, y que los inventó Jacobo Gringonneur, pintor parisiense, hácia fin del siglo anterior; mas parecé que esta opinion resulta á todas luces errónea cuando se lee el manuscrito italiano del año 1295, citado por Tiraboschi y por el Diccionario de la Crusca; en el cual se habla del juego de naipes, como cosa ya comun en aquel tiempo. No sería estraño que los hubiesen inventado los asiáticos como inventaron el ajedrez; mas cualquiera que sea su origen, es cierto que los naipes, al igual que otro cualquiera placer inocente, que algunos censuran y que los gobiernos prohiben bajo penas muy severas, han resistido á tantos poderosos enemigos conjurados contra ellos. Despues que la esperiencia y los progresos de la economía política han enseñado á los gobiernos á sacar

partido de lo que antes prohibieron infructuosamente, los naipes tienen existencia legal, engordan el tesoro público, ocupan brazos en su fabricacion y el placer de los unos se convierte en fuente de trabajo para los otros. Los naipes son hoy una de las diversiones que están en uso en las cuatro partes del mundo (1). Los primeros naipes se diferenciaban de los actuales en la apariencia y en el precio. Estaban dorados y las figuras muy minuciosamente pintadas, de suerte que su fabricacion exigía talento y trabajo muy prolijo, y de aquí es que estaban muy caros y su uso era muy limitado. La invencion de los naipes introdujo cambios en la manera de divertirse, pues los diferentes juegos á que se prestaron costaban mas tiempo que dinero, de suerte que aun abusando de ellos fueron menos fatales que los dados.

En general los juegos pueden ser útiles, porque ponen en movimiento el espíritu de combinacion, así es que yo los recomendaría á los muchachos estúpidos por que la vanidad estimulada en las alternativas de la derrota y del triunfo despierta la atencion y da actividad al ánimo. Además una persona que no sabe jugar, obliga muchas veces á otras dos ó tres á estarse ociosas ó á fastidiarse, terminados que esten los recursos de la conversacion. Cuando indico las ventajas del juego como el alimento á la necesidad de entretenerse, no trato de

(1) En este y en otros puntos parece que el autor está dispuesto á transigir con muchas cosas, con tal que promuevan el trabajo y alimenten la industria. Bueno y sobre bueno es necesario que el trabajo y la industria sean vivamente protegidos; mas su promocion no hará nunca que sea buena una cosa si es esencialmente mala. Así convendría discutir si los naipes son útiles ó perjudiciales, haciendo caso omiso en esta discusion de los buenos resultados que de ellos puede sacar la industria. Si procediéramos tomando por criterio el trabajo y la industria, deberíamos hacer caso omiso de la moral y de las buenas costumbres que prohiben muchas cosas cuya tolerancia proporcionaría trabajo y daría nacimiento á muchas industrias. Yo creo que los naipes son buenos y son malos segun lo que en ellos se apuesta, y segun el tiempo que á los mismos se dedica.



ponderar la pasión por el mismo; como quien indica el mérito del vino no se propone hacer la apología de la embriaguez. Los juegos, mientras no traspasen los límites de la decencia, son tanto mas apreciables cuanto mayor ejercicio ofrecen á las fuerzas y principalmente á las intelectuales, por lo cual los mas nocivos y menos apreciables son los de azar.

Es una regla de cortesía en el juego no manifestar mal humor si os tocan malas cartas ó perdeis, pues obrando de otro modo dariais á entender que vuestra tranquilidad está dispuesta á turbarse por muy poca cosa, y que estimais en mucho una moneda. No debeis ser muy lentos en el jugar, ya para no dar pruebas de un entendimiento menguado, ya para no apurar la paciencia de los demás.

Si vuestro compañero incurre en algun renuncio, correjidle con dulzura y cortesía sin mostrar incomodaros, pues que esto sería faltar á la primera regla, y por otra parte no debeis olvidar los renuncios en que tambien vosotros habeis incurrido. Si jugais con personas pendencieras, defended vuestro derecho sin acaloraros, y sobre todo sin soltar palabras que ofendan, y despues de esponer vuestras razones, ceded sin emperraros en vuestro dictamen.

No manifesteis mucha alegría si la fortuna os favorece, ya porque una alegría mayor que la importancia de la cosa denota pequeñez de ánimo, ya porque vuestra alegría le causa al que pierde un disgusto mas sensible que la pérdida misma, y es considerada como el primer grado de un insulto. En efecto nadie gusta de perder en ningun juego, no tanto por interés como por amor propio, porque de la pérdida resultan ideas humillantes y contrarias á la opinion habitual que cada uno se había formado de su habilidad y de su fortuna.

Un hombre honrado no se permite la mas pequeña trampa en el juego, porque desea poder decir siempre

que nunca ha defraudado á nadie, sin que al decirlo le desmienta la conciencia: y teme además que el hábito de engañar en las cosas pequeñas disminuya su delicadeza en las grandes.

La cantidad que se juegue debe ser sumamente tenue, y siempre muy inferior á las posibilidades del menos rico de los presentes: de otro modo algunos no jugarán para no esponerse á grandes pérdidas, otros jugarán con gran perjuicio suyo á fin de no parecer miserables, y lo uno y lo otro echa abajo el gusto de la reunion y le da un mal carácter.

El producto de las ganancias debe ser empleado en provecho comun, lo cual disminuye el pesar de las pérdidas y neutraliza el afan de ganar.

El tiempo destinado al juego nunca debe ser mas que los dos tercios del que se consagra á la reunion, y esta no debe ser tan larga que perjudique el cumplimiento de los deberes ó robe el tiempo á negocios de mayor importancia.

A ninguno debe importunársele para que juegue, del mismo modo que no debe violentarse á nadie para que beba.

No deben reunirse para jugar personas enemigas y que reciprocamente se aborrezcan. Esto quizás es difícil para la señora ó el amo de la casa, y para resolver este problema necesita mucho tacto y conocimiento del mundo.

### CAPITULO III.

#### DEBERES EN REUNIONES Y CONVERSACIONES.

La atencion en las reuniones se divide en dos ramos muy diferentes: de los cuales el primero comprende aquella afectuosa sensibilidad que adivina las necesi-



dades de los demás y las previene, y el segundo comprende las actitudes exteriores que demuestran que el razonamiento de los demás ocupa nuestro ánimo por entero. Supongamos que una señora, que animada por la sensibilidad dicha dirige una conversacion, y observemos sus efectos. La prontitud con que contesta á las preguntas hace suponer que su atencion está ocupada esclusivamente en las respuestas : y sin embargo no es así, sino que se divide, se multiplica y está presente á todos los pensamientos de los reunidos; no se os escapa una mirada que ella no la vea, no decís una palabra que ella no oiga, no hay en la conversacion una persona á quien ella olvide. Observa en un ángulo á uno que no habla por timidez, y con la sonrisa de la confianza le hace una pregunta : nota que la locuacidad de otro comienza á fastidiar á los demás, y con el mayor tino cambia el asunto de la conversacion sin que él lo advierta. Un adversario vuestro os apura con argumentos tan apremiantes que estais á punto de quedar vencido y ella entonces acude á vuestro auxilio con una chanza. Si se os ha escapado de la boca una palabra á la cual se atribuye un sentido siniestro, ella esplica vuestra intencion con una facilidad admirable: y si cometisteis un error que puede ser nocivo, os saca del apuro con su presencia de espíritu: no os atreveis á leer una carta que os presentan, y ella pide por vos el permiso á los presentes manifestando que sabe su importancia: querriais partir y no os atreveis, y ella os echa en cara que olvidais vuestros deberes en gracia de los amigos, y os manda partir, so pena de caer en su desgracia. Es verdad que ha ganado en el juego; mas si la escuchais se debe á que la habilidad de su compañero ha corregido sus disparates, sin lo cual hubiera perdido. Esta noche está libre la jaqueca, y lo debe á las graciosas ocurrencias y á los chistes de la velada anterior. Observad con que gusto fija de

cuando en cuado sus miradas en alguno de los presentes y parece que su fisonomía se anima y embellece. ¿Quereis saber por qué? Porque éste le ofreció ocasion de ser útil á un desgraciado. Sin pretender dominar en la conversacion sabe dirigirla con habilidad, y casi puede decirse que sabe hacer que comparezcan los personajes en la escena, quedándose ella entre bastidores. Hace que cada uno luzca por lo que vale sin aire de protegerlo, porque sabe distribuir los papeles segun los alcances de cada cual, su genio ó su talento. Si habeis hecho una buena accion y no hablais de ello por modestia, ella que lo sabe y que no lo ha olvidado, aguarda á que toda la tertulia esté reunida, y entonces, por decirlo así, os toma de la mano y os presenta á las miradas de los reunidos en medio de los rayos de vuestra gloria.

Muchos escritores acostumbrados á frecuentar burdeles han satirizado al bello sexo y tenian razon, porque el primer deber de un viajero es ser veridico; mas el que ha tratado con mujeres que reunian la flor de la gentileza con las mas amables virtudes, tambien tiene obligacion de ser exacto.

Manifestar que no perdeis una palabra de cuanto los otros dicen y que experimentais los afectos que tratan de mover en vuestro ánimo, es un deber tan evidente que no necesita encarecerse. Por esto es una descortesía, mientras otro habla, entretenerse con el abanico, con el perro, con los guantes, con la caja, con el cabello, ó bien volver acá y acullá la cabeza, ó hacer gestos á uno, sonreirse con el otro, en una palabra, manifestar en el rostro cierto aire que no corresponda á la sensacion comun despertada por las palabras del que habla. En fuerza de esta distraccion, cuando el discurso se prolonga y se hace interesante, nos vemos obligados á confesar que perdimos el hilo, y fastidiando á los demás hemos de rogar al que habla que lo añude en nuestra mente. La distraccion de otros, á mas de ser un ultraje para el



que habla, llega hasta trastornar sus ideas, mientras que la atención ajena contribuye á recogerlas. La distracción además es nociva para nosotros mismos, porque nos hace repetir las preguntas, prueba fragilidad en nuestra memoria, nos hace incurrir en errores y disparates que nos ponen en ridículo, y nos hace descubrir á despecho nuestro los sentimientos del ánimo.

Suelen ser causa de distracción el fastidio nacido de un razonamiento poco interesante ó acerca de cosa ya sabida, y el triste concepto en que tenemos al que habla, de donde resulta que muchas veces nosotros mismos causamos la distracción de los demás. En segundo lugar la irreflexión habitual que deja correr sin freno la imaginación, no curando de la realidad de las cosas que nos rodean, y en tercero, el deseo de responder por vanidad ó por otro sentimiento reprobable. Hay hombres que cuando otro habla concentran su pensamiento acerca de lo que deben contestar, y temiendo que se les escape la idea que se les ha ocurrido se ocupan en conservarla y en impedir que otras vengán á usurpar su puesto. El hombre abstraído, al fin no es más que una cabeza débil que se deja dominar por las ideas que le ocurren, ó un hombre vanidoso que se finge ocupado en altos pensamientos. Pretender pasar por filósofo mostrándose abstraído y cerril, es creer que un hombre puede parecer rico llevando una capa raída. Quien á la cultura de las ciencias reúne modales finos, manifiesta fortaleza de ánimo como dos: quien á la cultura de las ciencias reúne modales rudos la manifiesta como uno, porque la rudeza es natural y la finura es hija de la educación, por lo cual rigurosamente hablando, el abstraído, lejos de encumbrarse se degrada, porque su comportamiento prueba ó puede probar que es bastante para cultivar las ciencias, mas no bastante para cultivar las ciencias y cultivarse á sí mismo. Pueden cultivarse las ciencias sin ser un hombre ordinario,

porque las ciencias quieren que de la soledad pasemos á la sociedad mas amable y gustan de tener secuaces, no estúpidos admiradores ó enemigos.

La severidad es una estrangera en el rostro del hombre bondadoso, mientras que es muy frecuente en sus labios una dignitosa y agradable sonrisa. El hombre bondadoso no se ofende por una descortesía, sino que disimula la falta de obsequio y de respeto que no pueda achacarse á intencion dañada. No se desdeña de ocuparse de frivolidades si son agradables á los demás, y en el juego, en las reuniones, en una conversacion consulta el gusto ageno mas que el propio. No huye de escuchar á los imbéciles que nada le dicen, y los tolera, lejos de burlarse de los defectos y disparates en que incurrén. Cuando oye atribuir un vicio á alguno se inclina á ponerlo en duda, y si el vicio es cierto, recuerda que el arrepentimiento puede borrarlo. Por esto suele tomar la defensa de los ausentes, y cuando puede concluye de una manera análoga á la que le ocurrió á Bolingroke, cuando al oír como atacaban la reputacion de Malbourougle dijo : tenia tantas virtudes, que he olvidado sus vicios.

Escusa los defectos agenos aun á costa de la verdad mientras que de ello no resulte daño á nadie : es el primero en suscribirse para un objeto de beneficencia, y casi no repara en importunar para conseguir un beneficio en pro de un necesitado. A los favores que dispensa procura darles la apariencia de una obligacion y el hacer bien es para él el placer mas grande. Es inútil añadir que se abstiene de los ofrecimientos que lo son únicamente de palabra, sin ánimo de que lleguen á cumplirse, y que en rigor pueden llamarse verdaderos engaños.

Aunque el hombre debe ser bondadoso, es menester que no degenera en imprudente, acordándose de que la bondad inclina á juzgar á los hombres, no cuales son,



sino cuales deberian ser : ilusion agradable que nos libra de las espinas de la desconfianza, pero que es origen de muchos y gravísimos errores.

Entiéndese por modestia aquella virtud que se abstiene de valerse del talento propio y de la propia habilidad de un modo desagradable para aquellos con quienes vivimos. Es verdaderamente una virtud, puesto que consigue reprimir la natural inclinacion que nos impulsa á exagerar los méritos propios y á hacerlos sentir á los otros. La inmodestia crece á medida de la ignorancia ó del falso saber. Un juicio de nosotros mismos demasiado favorable ofende á nuestros semejantes los cuales queriendo juzgar libremente nuestras acciones, ven con disgusto que nos coloquemos en un rango que ellos no nos hubieran señalado. El hombre modesto se parece á las flores que cualquier hoja oculta á nuestra vista, y que únicamente nos las da á conocer su perfume. La modestia da al talento, á las virtudes, á los conocimientos aquel encanto que el pudor añade á la hermosura.

Atendidos los principios espuestos, el uso ha introducido en la conversacion social ciertos modos de decir, que lejos de manifestar escesa confianza en nuestro juicio, deja traslucir dudas y desconfianza. Franklin nos dice que siempre tuvo la costumbre de no emplear jamás en las conversaciones y controversias las palabras ciertamente, seguramente, indudablemente, y otras que manifestasen estar aferrado en su opinion, sino que decia, yo creo, yo supongo. me parece, si no me engaño, y otras por el mismo estilo. Pues que el objeto de las conversaciones es instruirse ó instruir á los otros, persuadir ó agradar, de desear es que los hombres inteligentes y bien intencionados no disminuyan el poder que tienen de ser útiles afectando esplicarse de una manera presuntuosa que ofende los demás, y no sirve sino para suscitar oposicion y prevenir los efectos para

los cuales les fué concedido al hombre el don de la palabra. La razon nunca ejerce mayor imperio que cuando se presenta, no como ley que debe seguirse, sino cual opinion que debe ser examinada: por esto en las reuniones de Filadelfia se pagaba una multa cada vez que sesoltaba una proposicion decisiva y dogmática. Los hombres mas seguros de la certeza de lo que pensaban habían de emplear las fórmulas de la duda, y adquirir en su lenguaje el hábito de la modestia, el cual, por mas que se limitase á las palabras, tenia la ventaja de no ofender el amor propio ageno, y que por la influencia de las palabras en las ideas debe finalmente trascender á las opiniones. Las personas finas sabedoras de que la vanidad sufre cuando se ve convencida, suelen terminar las cuestiones con un chiste, para manifestar que la oposicion no las irritó, que no se propusieron ofender á su antagonista, y que no se vanaglorian de la victoria.

Por la razon de que la sombra no mas de presuncion ofende el amor propio, muchas veces se dan sin motivo los dictados de vano, soberbio, arrogante, y sin motivo se declaran ofensivas las justas razones con las cuales la inocencia y el mérito sostienen sus derechos. Obligado con frecuencia el hombre grande á imponer silencio al orgullo, hace conocer lo que es, se levanta con todo su poder, y se encumbra ante la impertinente medianía, que quisiera envilecerlo. La verdadera modestia es como el valor verdadero, que no ultraja nunca pero sabe rechazar los ultrajes, á no ser que quien los dirija sea tan vil que no merezca sino el desprecio. ¿Quien hubiera podido tachar de arrogante á Ciceron cuando vuelto del destierro se gloriaba de haber salvado los dioses del Capitolio, al senado de la venganza de Catalina, y al pueblo del yugo de la servidumbre? ¿No era justo que presentase á sus enemigos su nombre borrado, sus monumentos destruidos, su casa demolida,



y que los oprimiese con el peso de su gloria? Dejando á un lado el caso bastante raro de Ciceron, y consultando la cotidiana esperiencia, veremos que el manifestar justo desprecio de los demás es una justa estimacion de sí mismo y un justificativo de la agena inocencia.

¿Y qué diremos de los que escriben su propia vida? El severo Tácito no se ha atrevido á vituperar á muchos famosos ingenios de la antigüedad que publicaron hechos, no por ostentacion y orgullo, sino á impulsos de la confianza que la probidad inspira. Alfieri que escribió la suya, confiesa cándidamente que el hablar, y mas el escribir de sí mismo nace del mucho amor propio, y después de esta ingénuo confesion justifica su conducta diciendo, que habiendo escrito mucho y tal vez mas de lo que debía, es natural que algunos de los pocos á quienes no hayan desagradado sus obras tengan curiosidad de saber quien es.

Persuadido Alfieri de que su nombre sería grande mientras se conservase en el mundo una chispa de buen gusto, escribió su vida para que la necia adulacion no la presentase á los venideros bajo un aspecto falso. Esta defensa es modesta y sagaz al mismo tiempo, mas á ella debió haber añadido, que si bien el espíritu de partido escribe con frecuencia vidas y romances, suele ser pródigo de censuras y de alabanzas tan contrarias á la verdad estas como aquellas.

Y Esceptuados los casos de defensa como los antedichos, me parece que el juicio de Cesarotti es falso, porque quien encomia sus propios méritos; en vez de dar que hablar en favor suyo á los demás, los hace callar; en vez de grangearse admiradores, se crea enemigos: por lo cual siempre será preferible el dignitoso silencio de la modestia. Si fuese preciso confirmar con alguna autoridad la idea popular de que el mérito mas grande es el mas modesto, escogeria entre los antiguos á Caton, el cual, segun nos dice Salustio, hacía grandes cosas

sin meter ruido , y hubiera podido decir , cedo á todos en la palabra, mas á ninguno en los hechos. Entre los modernos indicaría á Despreaux , quien rogado por un grabador á fin de que compusiese algun verso para su retrato, contestó : no soy tan torpe que diga bien de mí mismo, ni tan necio que diga mal.

Como los jóvenes no conocen aun por esperiencia cuantas son las pasiones que procuran conservar los errores , é ignorando que entre estos errores hay un vínculo tan fuerte que sacudiendo uno los otros se resienten y acuden en su auxilio, creen que todas las verdades pueden decirse en presencia de cualquiera y se maravillan si se opone á ello algun obstáculo. Pretender que todas las inteligencias admitan desde luego las mismas verdades, es empeñarse en que todos los estómagos digieran igualmente los mismos manjares. La cortesía , pues , exige que se conozcan los caracteres particulares y las posiciones sociales de las personas que suelen concurrir á una reunion , para que vuestras ideas y afecciones no choquen con las de los demás y sean rechazadas con sentimiento de unos y otros.

El desprecio de que es digna la vil adulacion ha obligado á elogiar muy encarecidamente la franqueza y á recomendarla como virtud absoluta. La máxima de ocultar las antipatías propias, y la de respetar las preocupaciones ajenas , ha sido considerada por algunos escritores como un vínculo inventado por el capricho y por la moda. Se dice que es dar una prueba de integridad, cuando estando de acuerdo el corazon y la lengua, las palabras representan los afectos. Todos comprendemos además, ó á lo menos sentimos confusamente, que si merece desprecio un cortesano que nos hace protestas de estimacion, afecto y amistad, mientras en su interior se rie de nosotros, merece mas desprecio todavía el cínico que sin necesidad os dice : os abomino y desprecio.



Entre la embustera adulacion, pues, y la franqueza escesiva debe haber un medio, cuya necesidad se ve al considerar que el amor propio de cada uno, constantemente ávido de hacerse amigos y aduladores, se lisonjea á poca costa de encontrarlos en todas partes, y siente aumentar ó disminuir su complacencia en razon de las personas por las cuales se ve despreciado. El desagrado que resulta del desprecio es abundante origen de antipatías, animosidades, odios, y de gravísimos males sociales. Muchas veces nos equivocamos en la opinion que de los otros concebimos, y con frecuencia nos vemos obligados á rectificarla, sin que por esto consigamos siempre juzgar con mayor acierto. Por lo cual, cuando alguno segun un sentimiento interior dice á otro que le desprecia, está seguro de que le ocasiona un dolor, pero no lo está de haber dado en el blanco. Escluido, pues, el caso de necesidad, es preciso ser cruel ó loco para causar á otro un dolor que pueda ser injusto, y hacerse un enemigo que puede sernos funesto.

Algunos dicen que por un lado hay siempre un placer en espresar los sentimientos de la manera que nacen en nuestro ánimo, al paso que se experimenta pesar en reprimirlos. La primera parte siempre es verdadera, pero la segunda siempre es falsa, al menos mientras vivamos en la sociedad. Tú no necesitas de Pedro, y quizás sin daño presente ni futuro puedes decirle que le desprecias; pero no te sucede lo mismo con los demás. Entra en una conversacion con aquella franqueza encomiada por algunos escritores, y presentándote á todos diles uno á uno que pretende agradar á todos y que todos se rien de él, ó que es un necio y causa lástima á todos, ó que sientes aversion por él. Si obras de este modo creo que todos se levantarán para arrojarle de la reunion á bofetones, y te sucederá lo mismo en todas partes. La franqueza no consiste en ofender inútilmente el amor propio, sino en defender con

valor los derechos de la humanidad contra el orgullo que los huella , y en convenir en los defectos propios y corregirse. En lugar, pues, de decir al jóven : levanta el velo que cubre tu ánimo y muestra á todos el odio, el desprecio, el fastidio, el desagrado que te causan sus debilidades y defectos, le diré : sé pronto para compadecer sus debilidades y no te creas infalible en tus juicios. El hombre franco puede conservar sus sentimientos sin ofender el amor propio de los demás , á no mediar una ventaja mayor , del propio modo que no se amputa una pierna sino para salvar la vida.

El abate S. Real compara la conducta de los hombres en el mundo á la de los ciegos en una casa vasta é irregular : los mas alborotados caminan al acaso , los mas sensatos van á tientas. Esta irregularidad en la conducta no depende de falta de reglas directrices, sino de yerro en la aplicacion de ellas. No saliendo de los límites del asunto en que me ocupo , diré que en medio de tantos caractéres diferentes, entre las varias exigencias de las pasiones , en el continuo vaiven de gustos y pareceres , no se corre ningun peligro de equivocarse cuando ateniéndose al objeto de la conversacion, que es divertirse , se tiene consideracion á la vanidad de los demás, cuya vanidad es tal vez el obstáculo de mayor monta. En efecto , si en las tiendas domina el interés, en las reuniones prevalece la vanidad , y las necesidades de la vanidad son mas apremiantes que la necesidad de divertirse.

La vanidad es mas ó menos manejable segun la índole de las otras cualidades con que se halla mezclada, por lo cual es preciso tener presentes estas para hallar los medios de lisonjearla , ó al menos de no provocar su ira.

Cuando la vanidad va unida á la ignorancia presta oídos á las mas necias mentiras y se alimenta con las mas inverosímiles ilusiones. El hombre vano é igno-



rante experimenta grande placer en los elogios que tributais á su sombrero, á su levita, á su chaleco, mientras que á un hombre de talento le ofenderían tales alabanzas.

Si se reunen la vanidad y la reflexion, las alabanzas impudentes, aun deseándolas para otros fines, desagradan: los romanos no sabían como conducirse con Tiberio, el cual no quería la libertad y odiaba la esclavitud. A Trajano que tenía un espíritu elevado no le gustaban los modales bajos y serviles que usaba con él Hadriano.

Cuando la vanidad se reúne con la misantropía es tan quisquillosa y estravagante, que un elogio aunque verídico y rebozado con oportuna gracia la ofende, pues goza mas de ser contradecida que ensalzada. Es un medio casi infalible de congraciarse con el misántropo suministrarle ocasiones de exaltar su bilis contra cuanto sucede, y procurarle de este modo una especie de celebridad, puesto que nadie maltrata al género humano sino para que el género humano se ocupe de él.

Bien que los elogios á la hermosura no sean verdaderos elogios, no obstante suenan agradablemente á los oídos de las mugeres vulgares, y aun á los de los hombres.

La calidad mas constante de la vanidad en cualquiera combinacion de cosas, ó sea considerada en el hombre en general, es el placer que crece en razon de las personas que hablan de él ventajosamente. Notarás un principio de involuntaria alegría en el rostro de cualquiera apenas le digas que has hablado de él en una conversacion, ó que Pedro lo ha hecho en tal otra. En virtud de la fuerza expansiva de la vanidad, cada uno, y muchas veces de buena fé, presenta su opinion particular como opinion pública, de modo que al fin del discurso se atribuyen al público cinco ó seis opiniones quizás contradictorias acerca de lo mismo.

Conociendo las principales combinaciones de la va-

nidad y los productos sentimentales que de ellas resultan, sabrá el jóven lisonjearla con tacto sin comprometer la dignidad del hombre, encontrará el límite que separa el disimulo de la simulacion, y se hallará léjos de la vil falsedad, lo mismo que de la sinceridad grauitamente ofensiva.

Un hombre generoso y noble no cree envilecerse mostrándose indulgente con las debilidades humanas, cuando de ello no resulta perjuicio. No se desdena de dar á los otros mas de lo que tienen derecho á exigir, sabiendo que en el comercio de la vida, quien se empeñase en colocar á los hombres en el lugar que verdaderamente les corresponde, correría el peligro de disputar con todos. Solo las almas pequeñas, inquietas con respecto á sus pretensiones, suspicaces muchas veces, mirando como por hurto que se les hace todo lo que conceden á los demás, tienen siempre las balanzas en la mano á fin de pesar rigurosamente lo que han de dar ó rehusar, y muchas veces, so pretesto de no degradarse, se manifiestan impertinentes con sus iguales é inferiores. Finalmente, recomendaré á los jóvenes que no imiten el vil y pérfido comportamiento de los que elogian á unos con el objeto de denigrar á otros. En todas las carreras hay algunas personas distinguidas que llaman la atención del público, y entonces la envidia para manchar su reputacion les suscita rivales, colma de elogios á los imbéciles que apenas tienen sentido comun, y se esfuerza en repetir sus nombres para que el público acabe por ocuparse de ellos y olvidar á los otros. Durante el dia se reproducen mil circunstancias en las cuales se puede recurrir á la sola accion de inocentes alabanzas á fin de alcanzar el asentimiento de alguna voluntad y disminuir la resistencia de otras, por lo cual someto al buen juicio de los jóvenes los siguientes recursos para que por medio de la alabanza hallen infinitas soluciones en las diferentes circunstancias sociales.



Desarmar la cólera. Aureliano vituperaba á Zenobia porque no había reconocido á los emperadores romanos, mas la princesa lo calmó diciéndole : os reconozco á vos como emperador, porque sabeis vencer : Galiano y sus iguales no me parecían dignos de ese nombre.

Endulzar la amargura de una negativa. Cuando las señoras de Vezel rogaron al Gran Condé que les dejara salir de aquel pueblo en donde las tenía sitiadas, previendo que su salida retardaría la rendicion de la plaza, respondió que no podía acceder á una demanda que le privaría del mas hermoso fruto de su triunfo.

Aumentar el mérito de un favor. Cuando Luis XIV nombró para el obispado de Lavaur á Flechier, predicador de la córte, le dijo : Os he hecho aguardar por algun tiempo la mitra que merecíais desde muchos años antes, porque no quería privarme tan pronto del gusto de oiros.

Ocultar el lado ofensivo de una verdad. Interrogado Despreaux por el mismo Luis XIV acerca del mérito de unos versos que éste habia compuesto, respondió : Señor, nada es imposible para V. M. ; ha querido hacer versos malos y lo ha logrado.

La alabanza es razonable con tal que fundándose en la verdad ó en la verosimilitud, sirva de estímulo ó de recompensa al talento, á la virtud ó á la industria; pero es reprehensible cuando se funda en una falsedad ó va mucho mas allá del mérito ensalzado, en cuyo caso se llama adulacion. Hay elogiadores eternos que no os dirigen una alabanza fugaz y delicada, sino que os ahogan y os oprimen de elogios, por cualquiera tontería, á cada instante, en presencia de cualquiera persona, de modo que si no rechazais sus desmedidas alabanzas pasais plaza de vanidoso, y si las rechazais, las repiten con usura, y no os inciensan, sino que os dan con el incensario en las narices.

La adulacion se distingue de la alabanza racional y

merecida en que transforma los vicios en virtudes , en que pondera las cualidades que no se tienen , y en que ensalza escesivamente las que se poseen. El adulator, pues, es un hipócrita que finge afectos contrarios á los que su ánimo experimenta, es un vil que tiembla al ver el ceño del rico y se hace eco de cuanto dicen los que lo son. Es un defraudador que da mentiras para obtener ventajas positivas; es un ladrón que roba á la virtud los elogios que tributa al vicio, y es un infame, que indiferente al honor no teme el desprecio público.

Son poquísimos los hombres que se esfuerzan para adquirir las dotes que les faltan, cuando se les asegura que las poseen : y no se sienten estimulados á alcanzar gloria, si los que los rodean les dicen á cada paso que han llegado al pináculo. Puede darse por seguro que muchos personajes poderosos no se volvieron tiranos sino porque se les hizo creer que todo les era debido, y que su rango escusaba cualquiera error que cometiesen.

Siendo útil por un lado el caso racional de la alabanza, y no siendo por otro difícil que se nos tache de aduladores , recordaré la regla de Montaigne , quien al alabar las virtudes y los méritos verdaderos de sus amigos, se complacía en exagerar un poco , aunque en su concepto esta exageracion debe ser muy moderada. Antes de verter alabanzas hemos de examinar las circunstancias de las personas, y si hemos sido engañados , por bondad ó generosidad de ánimo , justo es que nos retractemos desde luego.

Llámase delicada una flor cuando se entristece al soplo de un aire un poco frío , ó se agosta si la hiere el sol de mediodía. Se llama ánimo delicado aquel que se resiente á las mas pequeñas sensaciones morales , y siempre en provecho de los demás. Puede haber bondad de ánimo sin delicadeza : un hombre bondadoso os hará al punto el favor que le pedís : un hombre delica-



do os ahorrará la molestia de pedirlo, y sabrá mantener secreto el beneficio.

Puede haber justicia sin delicadeza: un hombre justo defenderá con valor vuestros intereses, un hombre delicado defenderá hasta vuestras conveniencias, y se apresurará á daros noticia del buen exito que en el negocio habeis conseguido. La delicadeza de ánimo es una mezcla de dotes especiales y se manifiesta con los caractéres de estas. Los generales atenienses, movidos en Maraton por el ejemplo de Arístides, cedieron á Milcíades el mando que diaria y alternativamente tocaba á cada uno de ellos, pero Milcíades deseando que la victoria que esperaba alcanzar no pudiese ser ocasion de sufrimento para ninguno de sus compañeros, llevó la delicadeza al punto de no dar la batalla hasta el dia en que de derecho le correspondía al mando.

En las cosas de valor positivo y no necesarias, la diferencia entre la cosa ofrecida y la cosa aceptada da la medida de la delicadeza. Cuando los mitilenos ofrecieron á su conciudadano Pítaco como una recompensa el terreno que había conquistado para la república, no aceptó sino el espacio recorrido por una flecha que disparó él mismo. Entre la riqueza de los dones que el cónsul Postumio ofreció á Marzio en recompensa de su valor, este generoso romano no quiso sino un prisionero y un caballo para los dias de batalla.

El mas hermoso rasgo de noble orgullo (que es una de las cualidades que entran en la delicadeza de ánimo) que nos menciona la historia, es el siguiente. Encontrábase en Constantinopla, de camino para la tierra santa, Roberto duque de Normandía, hijo de Guillermo el Conquistador, el cual era célebre por la viveza de su espíritu, su afabilidad y otras prendas. Deseoso el emperador de poner á prueba sus virtudes, le invitó junto con sus nobles á un banquete en el palacio imperial, y luego dispuso que todos los asientos fuesen ocupados

por los demás convidados, antes que llegasen los normandos, de los cuales ordenó que nadie se cuidara. Entrado Robert con sus nobles, ricamente vestidos, y habiendo visto que todos los asientos estaban tomados y que nadie contestaba á sus cortesías, se dirigió sin manifestar sorpresa ni turbacion alguna, á un extremo de la sala que estaba vacío, se quitó la capa, la dobló con mucha tranquilidad, la puso en el suelo y se sentó sobre ella, visto lo cual, fué imitado por los caballeros que con él iban. En esta posicion comió los manjares que le llevaron, dando señales de la satisfaccion mas grande : terminada la comida se levantaron el duque y sus nobles, se despidieron de los comensales de la manera mas fina, y salieron del salon dejando en el suelo sus riquísimas capas. El emperador que había admirado el modo como se condujeron, admiró mas este último rasgo, y envió á uno de sus cortesanos á rogar al duque y á sus caballeros que tomasen las capas; más el duque contestó: decid á vuestro amo que los normandos no tienen la costumbre de llevarse los asientos que ocupan durante la comida. Esta negativa era noble, delicada, oportuna y al mismo tiempo orgullosa.

El czar Pedro que viajaba por Europa á fin de instruirse en varios ramos de construccion y manufacturas, se detuvo algunos dias en Paris y fue á ver la casa de moneda. Se acuñaron muchas monedas en su presencia, y como una de ellas cayera á sus piés, la recojió y vió en el anverso su retrato, y en el reverso una fama con el pié apoyado en una esfera, con la leyenda *vires acquirit eundo*, feliz alusion á los viajes y á la gloria de Pedro el Grande. Al verlo el czar no pudo menos de esclamar: los franceses son los únicos capaces de tales galanterías.

Vistos los cuatro principales elementos que constituyen la delicadeza de ánimo, observemos alguna de sus combinaciones.



El hombre de ánimo delicado sabe sugerir consejos sin mortificar la vanidad ajena: á imitacion de Livia la cual en sus conversaciones con Augusto soltaba cual si dijéramos al acaso, ideas útiles sin darle á entender que tenía mas talento que él.

No suele ofrecer ayuda para echar en cara que otro la necesita, sino que está satisfecho de manifestar su disposicion á quien guste aprovecharla: y además sabe paliar el auxilio con algun pretesto plausible. De esta manera á la mortificante idea de la limosna sustituye la de un crédito, de una compensación, de una indemnizacion ó de un honorario.

Hace beneficios y se guarda muy bien de recordarlos, tanto porque aspira al placer de los corazones hermosos, cuánto porque sabe que el recuerdo de los beneficios es doloroso para quien los recibe.

Custodio de la gloria ajena y olvidado de la propia, se halla á una distancia inmensa del mas vil de todos los afectos, que es la envidia. Olvidando que tiene talento, sabe hacer valer el ajeno, y dar valor al mérito naciente; tanto porque no cree que pueda quedar ofuscada su gloria, como porque toma por regla las ventajas públicas.

Abre el ánimo á todos los sentimientos que engrandecen la naturaleza humana, y quisiera cerrarlo á cuantos la degradan. Hubiera sido un buen creyente en Grecia, en donde se divinizaba á los héroes, y un descreido en Egipto, en donde divinizaban á los animales.

Recibe con gratitud las advertencias que se le hacen, aun cuando lastimen su amor propio, y se aprovecha de ellas, mientras que las almas pequeñas y groseras miran como enemigos á cuantos les enseñan el camino de ser mejores.

La accion que puede parecer dudosa la atribuye á virtud, con el objeto de avivar la imágen de esta y promover su ejercicio.

Léjos de procurar por bajo mano el destino que pretende un amigo, está dispuesto á renunciar otro á favor de quien lo merezca mas.

Ajusta el agradecimiento, no al beneficio sino á la intencion de quien lo dispensa, y no se cree desobligado si el bienhechor es víctima de la desgracia.

Cree que el rompimiento de la amistad no le autoriza para publicar los secretos que fueron confiados á su honradez, y no quiere desacreditar su causa con una traicion, como ya en otro lugar he dicho.

Cuando se vé en la necesidad de corregir á alguno, no lo hace en presencia de otros sino á solas, y aun sabe endulzar la reprension con elogios que dan valor, en vez de echar mano de villanías que envilecen. Procura amenguar la culpa atribuyendo una parte de ella á las circunstancias; y para despertar el deseo de la enmienda deja entrever su esperanza.

El hombre delicado, cuando cuestiona con su enemigo, se desdena de acudir á medios secretos, que son preferidos por las almas viles, porque favorecen la calumnia y el engaño. No abusa de la victoria porque no hay mérito en abusar del poder, y es una vileza insultar á los caidos.

Como el sentimiento de la venganza nos confunde con los brutos, se esfuerza siempre en reprimirlo: porque quiere distinguirse de estos cuantas veces puede. Por lo mismo procura subyugar al enemigo con la generosidad mas bien que con la fuerza, mas con sentimientos nobles que con actos friamente feroces; y no sabe contener la sonrisa del desprecio á la vista del que aspira á la gloria de sacrificador.



## CAPÍTULO IV.

### DEFECTOS EN LAS REUNIONES Y CONVERSACIONES.

Invitar mas personas de las que puede contener el local, es convidarlas á que se sofoquen de calor, á que se queden en pié y á que nadie pueda servir las. En Inglaterra no hace muchos años que reinaba esta costumbre en las reuniones llamadas *roul*, cuya esencia parecia ser la confusión que necesariamente resultaba de haber convidado á infinito número de personas cuando el local era capaz de pocas. Los criados no podian servir á nadie, todos los concurrentes se morían de calor: acá se perdía una joya: allí disputaban algunos concurrentes porque no se dejaba estar tranquila á una señora: todo era ruido, los que jugaban á los naipes no se entendían: los que querían beber no hallaban manera de llegar hasta los criados: en una palabra, aquello era un infierno, en el cual todos sufrían, menos la señora de la casa que habia logrado presentar en la suya un verdadero *roul*. A esto se añadían las disputas y las puñadas de los cocheros en la calle, y todo junto daba lugar á que al dia siguiente se hablase del asunto y corriesen de boca en boca el nombre de la señora y las noticias de los acontecimientos á que habia dado lugar su convite. El juego era el único placer verdadero para los aficionados, las pérdidas de consideracion daban fama á un *roul*: y si un jóven de tono quedaba arruinado, la celebridad de la casa estaba asegurada.

El local destinado á una reunion es siempre defectuoso, cuando los concurrentes, atendida la situacion de los canapés, no pueden reunirse en círculo, ó estar unos enfrente de los otros. Cuando están sentados en linea recta y en un solo lado, la conversacion se trunca,

y de general se convierte en particular, lo cual está sujeto á muchos inconvenientes, segun veremos.

La conversacion es general cuando cada uno de los presentes contribuye á ella como actor ó como espectador ; y es particular cuando los concurrentes se dividen en grupos , estraños uno al otro , aunque congregados en una misma estancia. Si suponemos una reunion de doce personas , es fácil comprender que si forman un solo corro , producirán mas efecto con menos esfuerzo que si se dividiesen en cuatro. En el primer caso, para entretener á doce personas basta una : en el segundo se necesitan tres. En el primer caso una chanza provoca la risa de doce circunstantes, en el segundo no pasa del círculo de cuatro.

• Cuando la conversacion es general , una idea verdadera pero inexacta anunciada por una persona , es rectificada por otra , comentada por la tercera , y demostrada por la cuarta, de modo que al fin de la conversacion el producto es una verdad indudable. Por el contrario, si separais en cuatro corros á esas personas, vereis que en lugar de aquella verdad que se ha hecho comun á doce cabezas, quedan en cada una semi-ideas, nociones vagas , noticias inexactas ó falsas , de todo lo cual nada puede deducirse. En la produccion del placer en las conversaciones, sucede lo mismo que en la produccion de las riquezas , en la agricultura ó en las artes. Pedro posee el arado , Pablo los bueyes, Juan la habilidad de arar ; si estas personas se reunen se verifica el arado, y no se verifica si continuan separadas. Por esta razon, cuando uno de los presentes atrae hácia sí dos ó tres mas , comete una especie de hurto para con los otros, porque los priva del placer que producirían en ellos las personas de talento y joviales que les ha arrebatado : y aun el mismo debe ser tenido como un desertor ó un contribuyente moroso. La esperiencia demuestra que los sacudimientos sensibles se aumentan comu-



nicándose , atendida la fuerza subsidiaria que les da la imaginacion de los presentes : por esto una chanza que hace reir á cuatro personas en un grado como cuatro, hace reir á doce en un grado como cinco ó seis. A mas de esto , si doce personas oyen al que habla , éste desenvolverá sus ideas con mas atencion y mas esmero que si le escuchan cuatro.

Cuando la conversacion es general , un hecho cualquiera, espuesto por el que habla, pone en movimiento doce imaginaciones, en las cuales se encuentran asociados otros hechos y diversos en cada una : de donde se debe esperar mayor movimiento en las ideas que alimentan la conversacion y una variedad mas notoria. Si en vez de doce personas, los presentes fuesen mas , los corros aparte serían menos reprehensibles , pues admitiendo las dichas ventajas de la conversacion general, es preciso añadir que en muchas personas el deseo de hablar es muy vehemente, y que este deseo queda menos satisfecho en la conversacion general que en los corros particulares. Por otra parte cuando la reunion es muy numerosa, disminuye en algunos la alegria, porque amengua la confianza. Es muy raro que la conversacion continúe siendo general cuando entre los doce concurrentes hay mas de una hembra, porque cada una de ellas se transforma en centro particular, en torno del cual naturalmente se agrupan parte de los congregados. Y he dicho que es cosa rara, porque tampoco es imposible que la esquisita galantería de las mugeres se esfuerce en prevenir la division que se verifica casi siempre.

Cuando muchos hablan á un tiempo, parece que oye uno á las ranas que se empeñan á porfia en sobrepujarse unas á otras y procurarse la gloria de ensordecer á cuantos las oyen. En algunos se reunen tres defectos: el empeño de interrumpir á los demás , la impaciencia al verse interrumpir ellos, y la pretension de que los

otros no se distraigan en tanto que ellos los fastidian.

Cuando muchas personas hablan á un tiempo, se cansan los pulmones y los esófagos de todos ellos: hay necesidad de repetir muchas veces una cosa misma, se comprenden mal las ideas y se gasta tiempo y trabajo en combatir cosas de poca monta. Como el hablar tiene por objeto agradar ó instruir, y no hacer gala de conocimientos, cuando la impaciencia de otro nos interrumpe, es mejor dejar el campo libre callando, que machacar eternamente el oído de quien no quiere escucharnos.

Un regular grado de sal hace los manjares agradables á todos los paladares; pero mas grados de sal que son gratos á poquísimos matan el apetito de los otros. La alegría moderada en las conversaciones pasa facilmente de uno á otro ánimo y es acogida con favor por todos; pero la alegría bulliciosa se comunica á pocos, y con frecuencia muere en los labios de quien ha querido provocarla. Las causas de este fenómeno son tres. Los caracteres frios no son susceptibles de alegría bulliciosa, y se arman contra ella y le oponen la reaccion de la resistencia. Como la alegría bulliciosa depende de un modo particular y algo extraño de ver las cosas, y muchas veces de pequeñez de espíritu, los caracteres racionales y sensatos no pueden aprobarla. La alegría moderada se comunica á los presentes con mas facilidad que la bulliciosa, porque dista menos del estado habitual de los ánimos. Cualesquiera que sean las causas del fenómeno indicado, está fuera de duda que si la alegría moderada fomenta la conversacion, la bulliciosa tiende á extinguirla, y no puede ser de otro modo, porque durante el estallido de las risas inmoderadas, no pudiendo comunicarse á los ánimos los movimientos de una alegría mas suave, todos los que no participan de las primeras se ven defraudados por las segundas. De donde resulta, que mientras los unos se



rien á carcajada tendida, los otros se quedan bostezando ó muy tentados á manifestar desprecio: y experimentan la ingrata sensacion de quien atento al dulce sonar de una arpa es de repente ensordecido por el clamoreo de las campanas.

A la risa immoderada sucede siempre una seriedad glacial, como despues de los fuegos artificiales la oscuridad parece mas profunda. La alegría bulliciosa nos saca improvisamente de nuestros quicios, y nos lanza, si cabe decirlo así, á una eminencia á la cual ignoramos como hemos subido, ni á donde hemos de ir desde ella: y de aquí provienen la seriedad, el silencio, alguna exclamacion y la dificultad de coger de nuevo el hilo de una conversacion amena. Como la alegría bulliciosa no se comunica á los otros, y como son muy pocos los capaces de reanimarla, aquel que la provoca se encuentra en la necesidad de hacer toda la costa de ella, y si quiere continuar en la escena, se ve obligado á desempeñar el papel de bufon. La alegría moderada, hija de una buena conciencia, animada por una imaginacion risueña, encuentra con facilidad motivos de diversion inocente y de dignitosa sonrisa. La alegría bulliciosa, hija de una imaginacion irregular, y muchas veces de sensibilidad obtusa y pequenez de ánimo, y casi siempre acompañada de poca gracia, encuentra alimento en la derision de los presentes ó ausentes, y en la representacion de actos plebeyos, villanos ó de mal género en cualquier otro sentido.

La conversacion es como un negocio mercantil: cada uno debe llevar á ella su capital y participar de sus beneficios. El hombre que en una conversacion calla siempre, quiere tener parte en los beneficios sin traer capital alguno, y el que habla siempre quiere llevarse todos los productos de la sociedad. Por lo general en las conversaciones cada uno mas bien desea despachar su propia mercadería que adquirir la ajena, y en vez

de formarse una justa idea de los demás, aspira á darla buena de sí mismo. Estimulados los habladores por la manía de hablar desean siempre ocupar la tribuna sin nunca querer bajar de ella, y por esto hablan de todo, de un libro nuevo después de haber leído tres ó cuatro páginas salteadas, de una máquina de que solo han visto alguna pieza, de un cuadro del cual solo han admirado la guarnicion, y deciden y fallan sin cesar como el juez de Aristófanés, que encerrado en la casa de los padres quiere por lo menos sentenciar entre dos perros.

Los inconvenientes que encuentra quien habla demasiado son, que fatiga sus pulmones, que muchas veces ha de repetir las cosas mismas, lo cual fastidia, y señala sus cortos alcances, se espone á decir disparates queriendo hablar de cosas que no le son familiares, y demuestra que no conoce ninguna, porque quien sabe bien una cosa, se abstiene de hablar de lo que ignora. Ofende á los que quisieran hablar cuando él habla: hace que los demás lo juzguen muy severamente: impide la difusion de ideas mejores que las suyas: quizás para dar pávulo al discurso descubre secretos ajenos, con lo cual se muestra indigno de confianza, y la pierde: olvida frecuentemente la conveniencia, no tiene consideracion al carácter de las personas con quienes habla, ni al lugar donde se encuentra, ni á la situacion de los ánimos. Para concentrar en sí las miradas de los demás se pone en pié, hace gestos con las manos y con la cabeza, y si alguno se atreve, no á poner en duda su infalibilidad, lo cual sería una impertinencia sin igual, sino tan solo á presentarle alguna objecion, le vuelve repentinamente la espalda, sonriéndose de la sencillez del otro, ó le contesta como la Pitia que se mostraba furiosa cuando no sabia sustraerse á una pregunta inoportuna.

Estos habladores eternos, que por lo comun son gen-



te superficial, y no pocas veces de sentido comun muy menguado, afectan saber lo que ignoran, entender lo que es superior á sus conocimientos, y poseer lo que en realidad les falta. Así, si se trata de una noticia, ya la sabian; si de una ciencia, la han estudiado; si de un hecho extraordinario, lo han visto; si de un juego, ellos lo enseñaron, y á puro de presentarse como instruidos, alejan de ellos la instruccion.

La locuacidad presuntuosa de los jóvenes es una consecuencia necesaria de la vanidad, comun á todos los hombres, y de la educacion particular que ellos creen completa. De la misma manera que cada uno procura mostrar riqueza haciendo alarde de vestidos, así muchos procuran demostrar talento con el alarde de los conocimientos. Creerian haber perdido tiempo si abriesen la boca sin haber soltado alguna gracia ó rasgo de talento. Con el empeño de presentar ocurrencias ingeniosas y pasmar á los demás, hacen esfuerzos que atormentan á los presentes y los ponen á ellos en ridículo. Deseoso Pitágoras de reprimir la excesiva locuacidad de los jóvenes exigía de los discípulos un silencio absoluto en los cinco primeros años de sus lecciones, lo cual era llevar las cosas á un extremo, y romper la rama en lugar de enderezarla. La antigua caballería más sabia decía á sus secuaces. Sed siempre el último en hablar en medio de los hombres que os esceden en edad, y los primeros en batiros en la guerra. No te arrogues nunca el derecho de hablador sempiterno, y no olvides que quien se finge dotado de conocimientos que no tiene, pierde el derecho de ser creído en los negocios sociales.

El que quiere dar pruebas de mucho talento se encarga de todo el peso de la conversacion y pierde en efecto todo lo que gana en admiracion, porque generalmente hablando, los hombres no estiman á aquellos que los ofuscan. Cuando no tengas asunto interesante

que proponer, la finura exige que te abstengas de hablar, en vez de poner en tortura la paciencia de los demás con tonterías pueriles y desagradables. Los charlatanes que tienen prurito de hablar de cuanto ignoran, merecerían la contestación que un artista griego dió en su laboratorio á las ridículas tonterías de un aficionado. Guardaos de que mis discípulos os oigan. En efecto : hablan esta gente con ligereza tal, que muchas veces el hombre fino se abstiene de hacerles objeciones por temor de enmudecerlos. Los charlatanes se hacen callar no dando pábulo á sus palabras, del mismo modo que un tocador de violín para á los bailarines cesando de tocar.

La locuacidad es uno de los defectos que los moralistas suelen vituperar al bello sexo. Algunos suponen que por esta razón el mejor medio de conciliarse el afecto de las mugeres, no es por cierto mostrar con ellas mucho talento (1). Una señora de alto tono que habia elegido por amigo un jóven de bello aspecto y de mucho talento le dijo un día que podia retirarse, porque ella no amaba á las personas que no hablan mucho. Desde el púlpito se ha vituperado á las mugeres el indicado defecto, de suerte que un fraile predicando en un convento de monjas en el día de Pascua, tuvo la donosa ocurrencia de darles á entender que Jesucristo cuando hubo resucitado se presentó á las mugeres ántes que á sus discípulos, para que la nueva de su resurrección se derramase mas pronto.

Ese defecto puede ser confirmado por las mugeres negras de las riberas del Gambia, las cuales, como muy aplicadas al trabajo, suelen, á fin de evitar la maledicencia y los discursos inútiles, llenarse la boca de agua mientras trabajan. La locuacidad de las mugeres, segun

---

(1) No estoy con el autor : un hombre de talento gusta á las mugeres de todas las clases, incluidas las mas tontas.



yo la juzgo, corresponde á dos fines de grande importancia. El uno es, que siendo ellas las primeras instituidoras de los niños, deben ejercitar sus tiernos oídos con una palabrería continua, é imprimir en aquellos débiles cerebros muchos rudimentos ideales, que sin este socorro difícilmente se imprimirían en ellos. El segundo es, que estando destinadas á hacer agradable la vida del hombre, deberán estar dotadas de una sensibilidad exquisita, que se resintiese prontamente á cualquiera de los afectos del mismo, y de la facultad de insinuarse con gracia en su ánimo, entretenerlo con coloquios sentimentales y aligerar sus penas. No sé decir si este es el verdadero motivo por el cual las mugeres generalmente superan á los hombres en la gracia de su voz y del canto. Juvenal, como muchos otros poetas después de él, ha censurado la locuacidad de las mugeres literatas. La garrulidad es condenable en las mugeres igualmente que en los hombres, y el fastidio que causa no se disminuye en razon de la barba del que habla, al paso que una gracia ó un chiste sube de precio si sale de unos labios hermosos.

La historia de Atenas y de Esparta nos presenta en el modo de hablar dos extremos. Los atenienses estaban tan atacados de la manía parlera, que hacían largas disertaciones acerca de tonterías, esplicaban una cabriola doctamente y de cuantas maneras pueden exigirse, hablaban en público en alta voz, disputaban por la calle, se detenían en la plaza, y buscaban el refugio de un pórtico para resolver un problema con cuantos mas gritos podían. Desaprobando la verbosidad de los atenienses y la taciturnidad de los espartanos, condenaré con mas razon el laconismo de los últimos, los cuales no contentando sino con monosílabos, dejaban traslucir un orgullo ofensivo.

La tacha de inurbana dada á la taciturnidad data de muy antiguo y con razon, principalmente cuando los

adultos son los que callan, pues si es necesaria la reserva para no esponer pensamientos que después sería imposible recoger, no es preciso llevarla hasta el punto de convertirse en mudo. Una persona taciturna es en una reunion como quien entrando en el teatro sin billete de entrada, quiere disfrutar sin contribuir. La persona de esa clase se hace incómoda porque detiene la comunicacion de sentimientos que saben adquirir fuerza difundíendose, porque ofrece la idea de un censor severo que parece acusar de frívolos á los presentes, y dispierta una desconfianza contraria á la jovialidad.

La persona que habla podemos decir que nos da la medida de sus fuerzas: sus ideas, sus afectos, sus gustos, los movimientos de su fisonomía, la clase de sus gestos, nos la ponen de manifiesto, de modo que sabemos como es regular conducirnos con ella. Una persona que calla, inspira desconfianza, porque se desconfía de todo lo que no se conoce. Por otra parte no se sabe qué puede agradaarle ó desagradarle: esta incertidumbre se convierte en límite ilegítimo á la facultad de hablar y obrar, y por lo mismo es penosa. Finalmente, así como en el comercio el amor propio de un negociante se ofende cuando se protestan sus letras, así en la conversacion desagrada al amor propio de los presentes la vista de una persona que no corresponde á su alegría y rehusa mezclarse con ellos: y por esto mas fácilmente se perdona á un hombre frívolo que á un taciturno. La taciturnidad puede proceder de cinco causas.

1.<sup>a</sup> Falta de ideas ó estupidez. En este caso es mejor callar que hablar, puesto que hablando el estúpido fastidiaría á los demás y se haría despreciable. Los taciturnos que pertenecen á esta clase son tolerados en las reuniones, como se toieran en la sociedad los necesitados impotentes, á quienes alimenta la caridad pública. No pudiendo contribuir á la conversacion debe repre-



sentar el papel de mono, esto es, acomodarse á los sentimientos que los otros manifiestan.

2.<sup>a</sup> Escesiva desconfianza de sí mismo. Esta calidad se encuentra á veces en las personas de carácter amable, y proviene de falta de educacion y de práctica: es una debilidad que merece indulgencia al menos al principio, aun que perjudique á la sociedad privándola de ideas útiles; y digo que al menos al principio, porque como la esperiencia nos da la medida de las fuerzas propias y de las ajenas, esta desconfianza debe desaparecer, si ya no es que vaya unida á la estupidez.

3.<sup>a</sup> Escasa ciencia y mucha vanidad. Algunos no se atreven á contradecir porque no sufren ser contradecidos: su paciencia no es sino un orgullo tímido: su silencio un medio de seguridad: callan para no esponerse á la censura.

4.<sup>a</sup> Orgullo necio. El amor propio refinado se desdeña de tomar parte en las frivolidades de una conversacion y de comunicar á los demás sus sublimes pensamientos. Hay tambien oyentes desdeñosos que para no conceder de ligero su admiracion, rehusan la aprobacion mas bien merecida.

5.<sup>a</sup> Malicia. El orgullo va muchas veces unido á un carácter malo y por esto el silencio es con frecuencia efecto de la malicia. Volviendo de la reunion en que no dijeron una palabra, algunos pasan revista de todo lo que oyeron, con ánimo de censurar los discursos mas indiferentes: son observadores malévolos cuyo silencio es un espionage pronto siempre á abusar de las ventajas que las almas frias ó falsas obtienen fácilmente sobre la veracidad y la franqueza. Se le preguntó á Mr. Fontanes, célebre matemático, que hacía en las reuniones en donde solía permanecer taciturno. Observo, contestó, la vanidad de los hombres á fin de herirla cuando se ofrezca oportunidad para ello. ¡Qué hermosa ocupacion para un filósofo!

Algunos finalmente no son taciturnos, sino misteriosos: dicen alguna cosa y después truncan el discurso con aire de importancia y misterio. Esta conducta es doblemente censurable, porque escita una curiosidad que no puede ser satisfecha, y hace suponer que cree á los demás incapaces de silencio ó capaces de ser traidores.

Si á la locuacidad se une el egoismo, esto es, si siempre hablamos de nosotros mismos, de nuestros gustos, de nuestras cosas, y de cuanto nos pertenece, es positivo que fastidiaremos de una manera insoportable á cuantos nos oigan. Es difícil encontrar un viajero sóbrio en el relato de sus viajes, un cliente en el de sus litigios, un galante en el de sus aventuras. Sin aguardar que la analogía de las ideas lleve el discurso á donde ellos desean, hablan algunos de su muger que es una criatura angelical; de sus hijos, que tienen una índole divina; de sus maestros, que son otros tantos Socrates, de sus negocios, que van todos á pedir de boca; de sus enemigos, que son unos bribones rematados. De esta manera se muestran invadidos los poetas jóvenes, porque lisonjeándose de haber compuesto versos sublimes los quieren recitar hasta á los sordos. La tontería y la vanidad llegan á veces á tal punto, que no pudiendo convertir nuestras bellas circunstancias en objeto de la atención ajena, presentamos nuestras incomodidades, nuestra pusilanimidad, nuestra debilidad y quizás aun aquellos males que á fuer de comunes no merecen que se hable de ellos.

Crece la impertinencia si al deseo de hablar siempre de sí se une la pretension de superar en todo á los demás. Hay necio cuyos caballos son mas ligeros que los de Aquiles, sus criados mas advertidos que los de Ulises, su cocinero mas perito que Apicio: el sol en sus primeros y sus últimos rayos saluda su palacio: el aire no es puro sino en sus haciendas, en ningun jardin hue-



len las flores como en el suyo : nadie en el baile se mueve con su gracia, y en cuanto á belleza podría disputar la manzana á las tres diosas.

De la misma suerte que los hombres prefieren los aplausos á la instruccion, se inclinan á censurar mas bien que á aplaudir, por esto es un medio seguro de hacerse despreciable parecer uno en las reuniones mas ocupado de sí que de los demás, querer elevarse sobre todos y singularizarse á su costa. La manía de representar un personaje distinguido en las reuniones y hacerse el blanco de todas las miradas es el principal defecto de los hombres de talento, los cuales por esto muchas veces gustan mas de conversar con personas de pocos quilates á quienes pueden deslumbrar con sus discursos, que de encontrarse reunidos con iguales suyos de quienes temen recibir lecciones. De aquí es que prefieren ser reyes en una miserable cabaña, que súbditos en un palacio; pero solamente la vanidad pueril puede complacerse en los homenajes de las personas á quienes desprecia. El desordenado amor de nosotros mismos nos tiene fija delante la idea de nuestras prendas y la engrandece desmesuradamente como el sol poniente alarga la sombra de nuestro cuerpo y la presenta gigantesca. Aquí pertenece el defecto de aquellos que ensalzan su arte ó profesion sobre las otras, y os muestran los infinitos bienes de que es origen, y con mil argumentos os pruebran que si desapareciesen todas, ella sola sostendría la sociedad y le daría brillo.

El espíritu quisquilloso es el azote de la sociedad como el dulce es su bálsamo. La irritabilidad centuplica el dolor de la ofensa, y muchas veces proviene de la íntima conviccion de no merecer consideraciones de ninguna clase. Por esto las personas mas irritables son las de cabeza mas pequeña, mas vacía, mas privadas de cualidades buenas. Convencidas de su nulidad se inclinan á creerse objeto del desprecio y se confirman en esta

idea á la mas mínima ceremonia de que con ellos se precinda. Una palabra escapada en un momento de calor, ó de alegría, es examinada por ellas con todo rigorismo y separada de aquellas circunstancias que si no la justifican del todo, demuestran que es hija de la irreflexion mas bien que de la malicia.

La natural rudeza del hombre, la falta de educacion, una ruindad necia, la poquedad de talento, ya resentimientos amargos, ya la imposibilidad de participar de los placeres sociales, bastan para explicar en general todos los defectos que dejo indicados. Era en lo antiguo una causa especial de irritabilidad y de rudeza el necio orgullo de familia, en virtud del cual algunos, estando persuadidos de ser vasos de oro y creyendo á todos los demás vasos de barro, huian de todo contacto con ellos, se mostraban ajenos á toda confianza, y se acostumbraban á un habitual desprecio. Tambien hay una irritabilidad y rudeza hija de temores imaginarios. Cuando un asno está comiendo el pienso y pasas por su lado sin pensar en él, él se vuelve y muestra los dientes temiendo que vas á quitarle la comida. En semejante estado de alarma se muestran algunos y creen tener siempre enemigos delante, y asi es que están continuamente á la defensiva, y prontos para atacar á quien nunca ha pensado en ellos. Una mirada incierta, una palabra dudosa, una accion que no saben explicar dispiertan al punto su mal humor y de aquí provienen disgustos, se rompen amistades, nacen enemigos, y desaparece la alegría de las reuniones. Contra tales defectos valen las siguientes reflexiones.

4.<sup>a</sup> La sociedad es una plaza de comercio en donde se da amor por amor, estimacion por estimacion, odio por odio, por desprecio, desprecio. En este cambio de afectos cada uno procura no ser engañado y se niega á dar mas de lo que recibe. El orgulloso quisiera quebrantar estas dos reglas: da desprecios y quisiera admiracion, da poco ó nada y querria mucho, y por esto se ir-



rita no recibiendo en proporcion de sus pretenciones : es desrazonable como quien con poco dinero quisiera comprar muchas joyas.

El tiempo que perdeis en quejaros inútilmente, en prepararos para la defensa, en pensar contra quien no se ocupa de vosotros, ocupadlo en haceros estimables en alguna cosa y alcanzareis respeto y contento, mientras ahora recogeis desprecio y desazones.

2.<sup>a</sup> Muy buena es la sensibilidad á la opinion pública, porque es un estímulo para la virtud y un freno para el vicio; pero es una locura hacer que la felicidad propia dependa de la opinion eventual de este y de esto-tro. Querer que nuestra conducta merezca la aprobacion de todos, es pretender que los mismos manjares agraden tambien á todos. Los falsos juicios del vulgo no quitan mérito á nuestras acciones, como las nubes no quitan valor á la luz del sol. Hay personas cuya alabanza sería una infamia, y cuyo desprecio es una señal de mérito. Sed, pues, sensibles á la opinion pública, y sordos á las voces particulares que están con ella en desacuerdo ; buscad la aprobacion de las personas sesudas y virtuosas y reíos de las chanzas de los tontos y viciosos.

Un viajero cansado del canto de las cigarras quiso matarlas y para ello se alejó del camino, cuando lo mas sencillo era continuar tranquilamente su viaje; y dentro de poco las cigarras no le habrían molestado.

Si teneis algun defecto físico, comenzad por reiros de él vos mismo, y de este modo evitareis que los demás os motejen, pues haciendo otra cosa, y mostrándoos sensible por este lado, todos disfrutarán en mortificaros. Un mal poeta habia impreso una sátira contra Benedicto XIV, y cuando este lo supo, examinó la poesia, la corrigió y devolvióla al autor asegurándole que de aquel modo la vendería mejor. Mientras se trata, pues, de injurias leves, la mejor contestacion es la sonrisa del desprecio, más cuando son graves y ofenden el honor, quien

las sufre las merece, pues en estos casos el resentimiento es justo, como es justa la ley que lo castiga.

No puede censurarse bastante, como contrario á la confianza y por consecuencia á la alegría, el empeño de aquellos que quieren averiguar todos los negocios ajenos, saber sus mas pequeñas circunstancias, y preguntan noticias de los nombres y de los lugares; y para sacaros del pico alguna cosa mas, primero fingen no haberos entendido bien y despues os piden aclaracion de una duda, y os presentan una sospecha como infalible, si la rechazais pasan á la sospecha contraria, y os estimulan á que les abrais el corazon, y os sorprenden con súbitas y aisladas preguntas, y con los ojos fijos en vuestro rostro procuran leer en él la impresion que os causan sus palabras, cuya impresion unida á vuestras respuestas les sirven de guia á fin de llegar á la verdad. Esta curiosidad es la que lleva á los parlanchines y á los envidiosos á todas las casas, á los palcos, á los cafés para recoger noticias, y derramarlas por todas partes. Este prurito de indagar los negocios ajenos es tanto mas activo cuanto mayor es la escasez de ideas y de sentimientos propios, porque deseando nuestro ánimo alimento continuo, si no lo encuentra en sí mismo, va á buscarlo á otra parte. La vanidad contribuye á hacer mas activo el estímulo de la curiosidad, porque hay una satisfaccion en poder decir; yo lo sé, yo lo he visto. Los tontos y los desocupados admiran estas noticias, y creen hombre agudo y de ingenio al que las da, no obstante de que todo su ingenio se reduce á escuchar lo que dicen sus criados ó mozos de cuadra.

Como en todas las clases sociales la realidad es á la apariencia como el tamaño de la rana al tamaño del buey; como todos se esfuerzan en cubrir con colores lisonjeros las propias debilidades, de aquí resulta que el curioso que quiere introducir sus miradas debajo del velo de las cosas, ofende sensiblemente el amor propio ajeno, tan-



to mas cuanto por un lado se temen comentarios malignos, y por otro se ven amenazadas de publicidad las propias miserias, puesto que nadie ignora que el que es curioso es hablador é indiscreto. Seria de desear que los curiosos quisiesen descubrir con sus descortesces averiguaciones, ya una accion virtuosa que la modestia queria ocultar á los ojos del público, ya algun accidente que ofendiera su amor propio, como le sucedió á Caton, quien estimulando á César á manifestar una carta que este recibió en pleno senado y de la cual hacia misterio, vió no sin sorpresa que era una carta galante escrita de puño propio de su hermana.

Franklin nos da un método, sino para librarnos de los curiosos, á lo menos para truncar su inoportunidad, y consiste en precisar el discurso y limitar el asunto de modo, que escluya cualquiera pregunta eventual. Cuando él viajaba en su país, y dudaba acerca del camino que debia tomar, sabiendo cuan curiosos y preguntones eran los americanos, decia á aquellos á quienes preguntaba: Me llamo Franklin, mi oficio es impresor, vengo de tal punto y quiero ir á tal otro, ¿qué camino he de seguir?

Al declarar descortés la curiosidad escesiva, debo advertir á los jóvenes que muchas veces la curiosidad es virtud, porque la indiferencia, el olvido y la insensibilidad son la mayor ofensa para el amor propio que desea ocupar de sí mismo á los demás, y conservar la aparien-  
cia de la modestia. La urbanidad, pues, exige preguntar con frecuencia noticias, manifestarse inquieto por la suerte de los otros, y dar pruebas de dolor ó de alegría por su fortuna ó su desgracia. El infeliz, segun ya lo hemos dicho, siente aligerarse el peso de sus males cuando se descubre á sus semejantes: pero muchas veces por temor de importunarle sufre sus dolores en secreto, y entonces es preciso que una sensibilidad tierna le haga una violencia dulce y derrame el bálsamo del

consuelo en las heridas de su alma. En este caso, la curiosidad de los amigos y de los superiores es un rocío celestial. Del mismo modo, así como el temor de grangearnos la tacha de vanos aconseja á no pocos ocultar sus fortunas y sus honores, la cortesía exige que nos dirijamos hácia ese lado, pero con tacto y con tal oportunidad en las palabras, que la congratulacion y el elogio no aparezcan mentirosos ó aduladores. En suma, la curiosidad es reprehensible cuando amenaza publicar las debilidades é imperfecciones ajenas, y es laudable cuando tiende á dar relieve al mérito y á facilitar ayuda al que la necesita.

## CAPÍTULO V.

### DISPUTAS.

Los jardines de los filósofos de Atenas estaban cerca unos de otros: y nunca hubo en el mundo vecinos menos turbulentos ni menos celosos: un camino de olivos, un bosque de mirtos ó una línea de rosales separaba sistemas filosóficos y servía de límite al reino de la opinion. Las conversaciones no siempre son igualmente pacíficas, porque la diversidad de las ideas abre el campo á ruidosas luchas acompañadas y seguidas de muchos inconvenientes.

Discutir es alegar las razones y los argumentos en que se apoyan dos opiniones opuestas sin consideracion á las personas que las proponen; mas la discusion degenera en disputa, cuando se mezcla en ella alguna personalidad. Entendemos por esta, no aquellas injurias manifiestas que la buena sociedad prohíbe, sino las otras, que si bien menos graves, no dejan de ser punzantes para el amor propio y estrañas al asunto. Por lo comun suelen introducirse en la conversacion dos especies de personalidades que la hacen degenerar



en disputa. Con la primera se echa en cara al adversario que habla por motivos particulares de interés á favor propio, de afecto por sus amigos ó por su clase, ó por odio contra sus enemigos.

Con la segunda se dice al adversario que no conoce la materia de que se habla, que esta supone conocimientos superiores á los suyos, que es estraña á su profesion. Este modo de argumentar se dirige á despreciar la persona del adversario, pero no es ninguna razon, ni disuelve ninguna duda; á mas de que en el segundo caso tiene mucha inoportunidad, porque sin ser jurisconsulto es posible tener ideas justas y nuevas acerca de jurisprudencia.

No parece sino que los hombres civilizados son tan amantes de las disputas, como los salvajes de los combates. Las causas de las disputas son diferentes, y es una de ellas el deseo de conservar la libertad propia. En igualdad de circunstancias cada uno prefiere su opinion á la agena, precisamente porque es suya, y por esto somos más reacios en admiir las opiniones de los otros cuanto es mayor el aire de precepto con que se nos propone. Quien sujeta á nuestro juicio una idea en forma de duda, logra mas fácilmente convencernos que otro, quien sin presentar argumentos de gran peso, manifiesta querer dogmatizar y prohibirnos toda objecion. El hombre es tan celoso de su libertad intelectual como de la civil y política.

Tambien es causa de disputa la vanidad que ve una especie de envilecimiento en el hecho de someter su propia opinion en la agena, porque esto lo cree inferioridad intelectual. Esta supuesta inferioridad, sensible en todos, crece en razon de la alta idea que nos formamos de nosotros mismos, y la debilidad humana es tanta que puede llegar al punto de ocasionar la muerte, como le sucedió al antiguo filósofo Diodoro. Habiéndosele hecho algunas objeciones á las cuales no supo que

contestar, esto le causó tal disgusto y enojo, que espiró al momento. Es tan cierto que la vanidad es causa de disputas, que el silencio del disputante que se mantiene en su opinion se hace ofensivo para el otro, porque en este caso el silencio parece probar que tiene un bajo concepto del antagonista á quien no bastaría á convencer razon alguna: por lo cual se ahorra la molestia de hablar. Entonces ve este que mientras él fatiga sus pulmones, el otro se sonrie y lo deja que ladre como los perros á la luna, y no alcanza el objeto que se había propuesto, esto es, la superioridad sobre su adversario.

Tambien ocasiona disputas el espíritu de contradiccion. Hay hombres que parece no gozan sino siendo molestos y fastidiosos como moscas, y hacen profesion de contradecir á todo el mundo sin consideracion á nadie. Y como muchos se muestran terribles en las disputas, merced á la robustez y capacidad de sus pulmones, parece que el espíritu de contradiccion se debe al orgullo necio y á una especie de necesidad de dominar. Quizás lo fomenta una causa física mal conocida, llamada temperamento.

Las enemistades suelen ser una de las primeras razones por la cual se rechazan las ideas de otros porque al odio le parecen verdaderas y reales victorias las mortificaciones á la vanidad del odiado. Encontrándose dos enemigos en el Consejo de Florencia, el uno, que era de la casa de Altoviti dormía, y el otro que estaba sentado muy cerca y que era de la casa de Alamanni, en broma tocándole con el codo lo despertó y le dijo: ¿No oyes lo que te dice fulano? Contesta, porque los señores desean saber tu opinion. Entonces Altoviti soñoliento todavia y sin pensar siquiera, se puso en pie y dijo: señores, yo digo todo lo contrario de lo que ha dicho Alamanni. Yo nada he dicho, exclamó este. Pues bien, replicó el otro; lo contrario de lo que dirás.



La imperfeccion inherente á cualquiera cosa humana abre la puerta á disputas, y esta imperfeccion resulta de que los objetos tienen muchos lados y cada uno considera aquel que mas le agrada; de las personas, que no todas tienen los mismos ojos, los mismos intereses, los mismos principios, los mismos conocimientos ni los gustos mismos: de las palabras que no son bastantes ni bastante especiales para ser bien exactas y responder á las diferentes modificaciones de los sentimientos, por lo cual, como cuanto se dice y se escribe es susceptible de variedad infinita, no debe estrañarse que esté sujeto á toda clase de oposiciones.

Entre las causas de las disputas es preciso indicar la manía de explicar los hechos antes de tener seguridad de su existencia: lo que da lugar á que se dispute con mas calor y que todos hablen como suele decirse en el aire.

Las personalidades suelen agriar los ánimos en las disputas, y por lo comun apelan á ellas los que mas desprovistos están de razones. En el calor de la disputa suele perderse de vista el asunto primitivo y van divagando entre incidentes, uno á levante y otro á poniente, este hácia arriba, otro hácia abajo, de manera que despues de altercar con si y no, despues de una hora de tempestad, despues de quedarse sin voz y sin pulmones, los disputantes se encuentran mas lejos de la meta que al comenzar la disputa. Se aprovechan de esta disposicion de los ánimos aquellos que temen que la decision de la disputa será contraria á su objeto, y se detienen en una palabra, hacen hincapié en una semejanza, cuestionan sobre una idea accesoria. Del calor contra las razones se pasa el acaloramiento contra las personas, y los disputantes acaban por enfurecerse, de la disputa se pasa á las injurias, que son las galantes razones de los héroes de Homero. En virtud de este acaloramiento y en medio de esa lucha de vecindad,

cada uno se obstina en su dictámen primero, aunque al oírle parezca persuadido de lo contrario.

Entre las reglas que impiden ó disminuyen los inconvenientes de las disputas ocupan el primer lugar la de abstenerse en las asambleas numerosas de indicar por el nombre á la persona á quien se responde: así en la Cámara de los Comunes los ingleses en sus discusiones, en vez de decir el nombre de su adversario, dicen el noble lord, el honorable miembro de mi derecha, mi docto amigo, ó sencillamente mi preopinante. La razon de esta regla es, que la especificacion del nombre es un llamamiento mas vivo al amor propio que cualquiera otra manera de indicar la persona. En el primer modo de hablar se olvida la persona individual y no se considera mas que su carácter político. Se conoce la utilidad de esta regla si se reflexiona que en el calor de la disputa, los contendientes sufren mucho para sujetarse y la pasion se inclina á violarla.

Es tambien un medio de evitar esos inconvenientes, no atribuir á motivos irregulares ni á intencion perversa las opiniones ajenas. Tambien esto lo observan religiosamente los ingleses. Con toda libertad se puede echar en cara al preopinante su ignorancia, sus errores ó sus falsas interpretaciones de un hecho, pero es menester abstenerse de increpar los motivos que le inducen á proponer ó á contestar. Estendeos acerca de todas las consecuencias perjudiciales de la medida propuesta ó de la opinion que defiende, demostrad que serán funestas al Estado, que favorecerán la tiranía ó la anarquía, mas no supongais que vuestro adversario haya previsto ó deseado tales consecuencias. Rigurosamente hablando esta regla está fundada en la justicia, porque si es difícil conocer los verdaderos y secretos motivos que obran en vuestro ánimo, es una temeridad descubrir los que mueven el ánimo de los demás, y cada uno sabe por esperiencia propia cuantas sospechas han re-



sultado falsas en esta clase de averiguaciones. La reserva que esta regla impone, es útil á todos, por que sostiene la libertad de opinion y echa por tierra las acusaciones injustas. En los debates políticos y en la guerra cada hombre debe renunciar á los medios que no quisiera ver empleados en su contra.

Dicha regla es particularmente conforme con la prudencia, pues si creéis que vuestro antagonista está equivocado, quizás no se mostrará reacio en abrazar vuestra causa si se la presentais en su desnudez, sin mas escolta que los argumentos que la demuestran; mas si comenzais haciendo sospechosas sus intenciones, le ofendeis, le provocais, y no le dejais la calma necesaria para escucharos atentamente. Entonces se declara vuestro contrario, el calor se comunica de uno á otro, sus amigos se interesan á favor suyo, y de aquí se originan muchas veces resentimientos, que saliendo fuera de la discusion, asocian á la oposicion política toda la aspereza de los oidos nacionales.

Un hombre de carácter benévolo, modesto en medio de su superioridad, generoso á pesar de su fuerza, fía solo en sus argumentos y se desdeñaría de deber el triunfo á las intenciones supuestas malvadas de su contrincante.

Conduce á lo mismo no perder el tiempo ni las palabras refutando cosas notoriamente falsas. En estos casos es mejor truncar el discurso ó atenerse al dictámen de los presentes, pues los discursos los enojarían sin por esto persuadir al contrario. El orgullo sin embargo podrá engañaros y haceros reputar por palpablemente falsas las ideas de otro ó palpablemente verdaderas las propias; mas el fastidio ó la aprobacion que notareéis en el rostro de los presentes os servirá de norma para terminar la discusion ó seguirla.

Tiene el propio objeto no responder á las injurias que en el calor de la disputa se deslizan de los labios del

adversario. Pega pero escucha, decía Temistocles á Euríades, que levantaba el baston para probar su tesis. Esta firmeza de ánimo en el hombre que era un valiente, nos dice que deben despreciarse las injurias cual si no fuesen oidas ni dichas, y defender las propias ideas con toda la sangre fria de la razon. En efecto, por una parte en el calor de la disputa se escapan de la boca palabras que se retractan cuando ese calor ha cesado, y por otra parte la caída de los demás no justifica la nuestra. En estos casos, una contestacion urbana que demuestra serenidad de ánimo causa mas impresion que un torrente de villanías. ¿Por qué me dirigís injurias en lugar de razones? Habeis tomado acaso por injurias las razones mías? decía el amable Fenelon al impetuoso Bossuet. Asaltado el padre Bonhours por una batería de injurias por Mr. Menage, recogió un centenar de las mas villanas, y después escribió debajo de ellas estas palabras: Es preciso convenir en que Mr. Menage es un hombre muy cortés.

Sirve para idéntico fin salir de improviso con algun grande absurdo que escitando la risa haga cesar la disputa. La cotidiana esperiencia demuestra la eficacia de este medio. Quien en el calor de la disputa se descuelga con algun chiste agudo, parece decirnos que renuncia á ella espontáneamente y que quiere continuar siendo vuestro amigo, cuando vuestra vanidad fingía en él un enemigo. Este generoso rasgo nos sorprende agradablemente, y aquella vanidad que quería vencer en la disputa no quiere quedar vencida en generosidad, y los ánimos se tranquilizan. Voiture había picado y agriado á un cortesano, el cual quería obligarlo á batirse. La partida no es igual, dijo el poeta: vos sois grande y yo soy pequeño, vos sois valiente y yo soy cobarde, vos quereis matarme, entonces aquí me teneis muerto. Con esto hizo reir al cortesano y por lo mismo quedó desarmado.



## CAPÍTULO VI.

## SÁTIRA CORTÉS.

Al condenar como inurbanas las villanías y las injurias, no entiendo prohibir el oportuno y prudente uso de la ironía y de la sátira, que ejercitándose en las preocupaciones y en las locuras de los hombres, logra muchas veces entronizar la verdad riendo. El amor propio que no abandona á los hombres hasta que los abandona la vida, les hace temer mas que todo la burla, y sacude su indolencia y los despoja de sus mas queridas locuras para no quedar espuestos á los tiros de la ridiculez, lo cual no siempre lo consiguen la más paladina verdad ni la razon mas manifiesta. Si Aristófanes hubiera dado á los atenienses en una arenga las lecciones que les dió en las comedias. lo hubieran hecho pedazos, y no obstante en el teatro se reían á carcajadas diciendo que tenía razon. Bien que los gentiles habían visto como Ciceron asaltaba el edificio de la idolatría con las armas que le daba la filosofía, no obstante no sabían resolverse á abandonar los templos; pero se presentó en medio de ellos Luciano, el cual hizo la guerra al gentilismo motejándolo, y si no echó abajo sus altares, dispersó á muchos de sus adoradores.

Así, pues, la sátira debe ser considerada como una multa censoria que sirve para corregir aquellos defectos que sin dejar de ser molestos y aun nocivos á la sociedad, no se encuentran en los códigos criminales, y quedarían impunes y tal vez inobservados del mismo culpable, sin la punzante amonestacion de la sátira y de los chistes. Su vivo y ligero acicate clavado á tiempo puede suplir á la legislacion, mas eficaz que los sermones graves, mas agudo que una pena afflictiva, es el específico contra los males no ulcerosos del ánimo y

cual si dijéramos cutáneos. La ironía y la sátira son no obstante armas muy peligrosas, de las cuales es estrechamente fácil abusar, sea porque este género de discurso no es el mas difícil, sea porque la sátira presenta una falsa apariencia de libertad, sea porque deprimiendo á los demás le parece el amor propio ensalzarse á sí mismo: y esta es la razon por que el elogio es insípido y la crítica agradable. Ennio dice que á un hombre de talento le es mas fácil apagar en la boca un carbon bien encendido, que retener un dicho satírico si le ocurre. A esta natural disposicion del ánimo se asocia muchas veces la envidia, la cual inquiere las mas pequeñas acciones de los demás á fin de encontrar en ellas alguna mancha para hacerla mas oscura con malignos colores. He aquí la razon porque la sátira debe recaer sobre las cosas, las locuras, las preocupaciones, las pretensiones del amor propio, y sobre los vicios en general mas bien que contra el hombre particular, para huir, de que queriendo escitar la risa abra una herida en el ánimo ageno y se esponga al ódio de las personas honestas, si la sátira da en falso.

No quiero pasar en silencio, que si el inventor de una falsa maledicencia ó de una sátira injusta es reprehensible, lo es tambien el que la defiende, pues quien pegando fuego á la casa del vecino se escusara diciendo que otro le ha dado el fuego, no sería perdonado, y por la misma razon no lo merece tampoco el que derramando esas sátiras ó maledicencias dice que lo ha oido á Pedro ó á Juan, en un café ó en el teatro, y que él no lo ha inventado.

Establecida la regla general es indispensable añadir las escepciones, las cuales resultan en su mayor parte del exámen de las razones en que la regla está fundada. La urbanidad no condena ni en las conversaciones sociales ni en la república literaria la sátira mas ó menos picante pero verdadera, contra las personas en los ca-



sos siguientes y por los siguientes motivos : Rechazar un agresor importuno. Dacier que era entusiasta del saber de los antiguos, como un dia oyese que una señora no hablaba con bastante respeto del divino Platon, le dijo : Seguramente la señora no se digna leer otro escritor antiguo que Petronio. (Petronio es el escritor predilecto de los disolutos.) Perdonad, respondió la señora: espero, para leerlo, que vos le hayais hecho un santo. ¿Quién calificaría de inurbana la salida de aquella señora?

Vengar la razon de los atentados de un necio ó de un impostor. Sócrates usaba de la ironía contra las personas presuntuosas, y contra los pretendidos doctos universales, que no sabiendo cosa alguna, daban á entender al pueblo que sabian de todo y se manifestaban prontos á contestar á cualquiera argumento. Luciano quitó la máscara al célebre Peregrino, que aprovechándose de la sencillez del pueblo y haciendo falsos vaticinios tenia en Grecia tienda de imposturas y se habia enriquecido á costa del sentido comun y de las buenas costumbres.

Vengar los derechos de lo justo, de lo honesto, de la patria contra los atentados de los pícaros. ¿Quién hubiera podido condenar á Ciceron cuando ponía de manifiesto los vicios de Catilina y sus atentados contra la república? El juez que espone un delincuente en público con un cartel en el pecho en que se lean sus delitos, es indudablemente un maldiciente, pero esta maledicencia es necesaria para castigar el delito y prevenir su repetition.

El amo que interrogado acerca de las circunstancias de un criado á quien ha despedido, dice que es un ladron porque así lo ha experimentado, es tambien un maldiciente, mas esta maledicencia ó difamacion es útil, porque vale mas que un ladron se quede sin amo, que sean robadas personas inocentes.

Es menester distinguir la maledicencia que descubre las inofensivas debilidades por el solo gusto de denigrar, de la otra que descubre delitos verdaderos que pueden ser dañosos al prójimo. La primera es injusta y reprehensible, y la otra útil y necesaria. Supongamos que el hombre á quien tratáis de confiar vuestros intereses es un jugador, un disoluto, un bribon; ¿podrá vituperárseme que yo os lo advierta? Si alguno os imputa vicios ó delitos falsos, ¿os quejareis de mí si le arranco la máscara y pruebo que es un embustero y un impostor? Llega á una ciudad un caballero de industria que con sus estratagemas arranca dinero de cuantos puede: ¿quereis que no se lo avise á mis amigos para que su buena fé caiga en el lazo? En suma: si teneis cariño al rebaño, procurareis cazar al lobo; si á los hombres, les dareis á conocer los perros rabiosos.

Las reglas que deben observarse en la sátira á fin de que esta sea honesta y ligítima, esto es, que no ofenda la justicia, ni la humanidad, ni la conveniencia, son tres. La Sátira es injusta cuando va dirigida á personas que no tienen los vicios que se les imputan, y cuando recae sobre defectos no imputables, como son las imperfecciones físicas, ó las desgracias accidentales. La humanidad queda ofendida cuando la sátira es maligna ó acerba. Da indicios de malignidad quien se manifiesta deseoso del mal ageno, goza en él y se complace en insultar y causar daño. Y se prueba la acerbidad cuando la sátira es desproporcionada á la culpa, y azota hasta sacar sangre al que no merece mas que un sencillo golpe.

Se quebranta la conciencia cuando la sátira no es acomodada al satirizado ó al satirizador ó á las circunstancias de lugar ó de tiempo, cuando es villana, y cuando se vierte sin medida. La injusticia del que satiriza, ó es maliciosa, ó irreflexiva: la primera es hija de la necesidad de humillar el mérito ageno para encumbrarse



sobre las ruinas del rival abatido : la segunda proviene de error de entendimiento, nacido de poquedad de ideas, sistemas exclusivos, rigidez de carácter ó tenacidad de oposiciones. De esta causa procede la acrimonia , hija con mas frecuencia de humor cáustico y atrabiliario. La causticidad es muchas veces hija de un corazon depravado, ebrio de orgullo, maléfico y alimentado con la hiel de la envidia, ó quizás de una mala organizacion , de obstinadas persecuciones de la fortuna que logran malograr una buena índole, y envenenar el talento.

La inconveniencia por fin nace de una naturaleza grosera, ó de falta de educacion, ó de vida aislada y léjos de la sociedad, ó de poco estudio del hombre, ó de compañías vulgares, ó finalmente del hábito de hablar inconsideradamente.

Cuando en la conversacion la sátira, apoyada en la falsedad, va mordiendo ligeramente las costumbres de los presentes, no te erijas en censor severo para arrugar al punto las cejas, ni con atrevida mano le quitarás este tenue placer á la mediocridad que se consuela de la propia bajeza esforzándose en deprimir el mérito ajeno, sino que mostrándote mas dispuesto á la condescendencia que á la reprobacion, admirarás el talento del que censura, manifestando dudas acerca de su aplicacion. Si el deseo de satirizar va ganando terreno entre los presentes, podrás truncar con dignidad el discurso y tomar la defensa de los ausentes ; mas para no disminuir el valor de tus palabras no te muestres alterado; obrando de otro modo, al placer de satirizar se renirá en el ánimo del satírico el gusto de turbarte , y los ausentes vendrán á salir perjudicados por tu misma apología. En efecto, la esperiencia enseña que el calor de la defensa muchas veces enfurece mas á los adversarios, y entonces la conversacion se parece á aquellos sacrificios bárbaros en que se inmolaban víctimas humanas. Si quieres, pues, que la malignidad te permita

algun elogio, fuerza es que le dejes algun alimento. A fin de probar la sinceridad de tu zelo, cuando tú mismo saques á colacion las acciones de alguno, cuyos defectos anden mezclados con virtudes, haz como aquel pintor, que debiendo retratar á Antígono, que era tuerto, lo retrató de perfil.

## CAPITULO VII.

### CHISTES.

El discurso ó la ocurrencia que de improvisó y contra la apariencia cambia el vituperio en alabanza, el mal en bien, el temor en esperanza, el desprecio en estimacion ó quizás al contrario, se llama chiste. Se divide en dos especies. La 1.<sup>a</sup> es un breve relato que hace pasar el ánimo por algunas aventuras, y despues de haber alimentado la curiosidad termina con un sentimiento imprevisto, y la 2.<sup>a</sup> es un simple dicho, pronto, inesperado, oportuno, que agrada y muerde al mismo tiempo.

La risa parece el producto de las dos sensaciones unidas, sorpresa y placer, movidas por un ligero contraste ó por una finísima analogía. La impresion causada en nuestro ánimo por un objeto nuevo é inesperado se llama sorpresa; la cual es mayor cuando el objeto que se presenta ó la cosa sucedida son contrarios á lo que comunmente acontece: por esto la sorpresa es máxima cuando es máximo el contraste entre el hecho acontecido y lo que nosotros esperábamos. De aquí resulta que en la risa tiene lugar la sorpresa, como lo demuestra que se rien mas los ignorantes que los hombres cultos porque los primeros no conocen las relaciones que unen las cosas y tienen mas y mayores sorpresas. El sabio apenas se rie, mientras el tonto lo hace á carcajada tendida, porque el primero encuentra muy luego las ideas intermedias que unen el órden habitual de las cosas con



el hecho inesperadamente acontecido y que parece desmentirlo. El sabio por otra parte se rie de muchas cosas que no promueven la risa del necio: lo cual sucede cuando el contraste no está inmediatamente espresado, sino que se oculta tras finísimas relaciones de ideas y exige algunos momentos de reflexion para ser comprendido.

Los hombres graciosos saben encontrar cosas que hacen reir á los demás sin que ellos se rian, y la razon de no reirse ellos es porque ven el nudo que une las ideas que aparentemente contrastan, y hacen reir á los otros porque tienen la habilidad de ocultarlo á los demás. La risa despertada por el chiste oido la primera vez, es mucho menor en la segunda, y al fin es nula, porque las cosas sabidas no sorprenden.

Los siguientes hechos manifiestan que no le basta á la risa una sorpresa cualquiera, sino que reclama el concurso de una sensacion agradable. Nos reimos al recordar nuestras pasadas locuras, mientras no vaya unida á ellas la idea del deshonor, porque este recuerdo da realce al sentimiento de nuestra actual prudencia, y aumenta su valor. Nos reimos al oir las tonterías de otro, lo cual proviene del amor propio que goza al descubrir en otros, defectos de los cuales se juzga libre. Nos reimos con las desgracias de nuestros enemigos cuando no son tan grandes que muevan nuestra compasion, porque esas desgracias lisonjean el sentimiento de la enemistad y de la venganza. Nos reimos al encontrar semejanza entre los objetos que creíamos no tener ninguna como en general nos reimos al oir ingeniosos rasgos de talento, porque el fácil ejercicio de nuestra inteligencia en el rápido paso de una idea á otra, cuyas lejanas relaciones no eran bien conocidas, es por sí mismo una cosa agradable, como lo son un paseo moderado, el respirar aire nuevo, la aparicion de una luz en la oscuridad, y otras cosas semejantes. Y tambien porque aquel

conocimiento es una prueba de nuestra sagacidad, la cual ha sabido coger un elemento que rebelde al análisis se ocultaba á la comprension de la generalidad.

Para que la sorpresa y el placer ocasionen la risa, es preciso que sean hijos de contrastes ligeros, ó de analogías delicadas, segun lo demuestran los hechos siguientes:

A la vista de un hermoso cuadro y al oír una hermosa música experimentamos sorpresa y placer, pero no nos reímos, y lo mismo sucede cuando se nos presenta el arco iris ú otro semejante y grandioso fenómeno inocente. Causa sorpresa y placer sin promover la risa la vista de un animal salvaje que no habíamos visto nunca, como por ejemplo, un orangutang; mas si ese mismo animal se nos presenta llevando en la cabeza un capelo de cardenal, es imposible contener la risa: aquí hay un contraste. No todos los contrastes provocan la risa, sino únicamente los ligeros, que son los que escluyen la compasion y el horror. Si un hombre jactándose de saltar una zanja se cae en medio de ella como un animal, se rie uno de gana, mas si en esa caida se rompe una pierna ya no nos reímos, porque la risa está contenida por la compasion.

Provocan los chistes las deformidades lógicas, las deformidades morales, las deformidades físicas: la oposicion artificial entre el asunto y el estilo, y las semejanzas ó contrariedades lejanas ó latentes y manifestadas de improviso. Son deformidades lógicas las desviaciones del recto raciocinio, y sus grados serán mayores cuanto mas pecarán contra las reglas del justo raciocinio. Asi, pues, la ignorancia de las combinaciones mas sencillas, la escesiva credulidad y la tontería son segurísimas fuentes de las cuales nace aquella deformidad lógica que provoca la risa sin mover á odio ni á compasion. Las palabras vacías de sentido ó tergiversadas, las interrogaciones, las respuestas fuera de propósito, las



incoherencias, la pertinencia en los errores evidentes, y la costumbre que tienen los hombres torpes de decir siempre y creer las cosas al revés de lo que la lógica aconseja, son otros tantos motivos de risa.

Son también materia de risa las malas inteligencias, como por ejemplo, cuando un discurso es tomado en sentido opuesto al que le da quien lo pronuncia, de donde nace una contrariedad entre la pregunta y la contestación y una divergencia muy sensible. Pedro pregunta á Pablo á donde va y este le contesta, traigo pescado. A esta clase pertenecen las burlas que contienen cierto engaño inesperado, que causa molestia á alguno sin ocasionarle dolor ni pena grave.

Se entiende por deformidad moral la que no está arreglada al modo usual como hablan los hombres, mientras no turbe el orden social, pues entonces degeneraría en maldad, la cual no engendra risa sino odio. Por esto hace reír la incongruencia de carácter y parecen agradablemente absurdas las jactancias en boca de un cobarde y las sentencias graves en los labios de una meretriz ó de otras personas de la misma calaña. Lo son igualmente todos los caracteres y las acciones todas que tienen aire de singularidad, esto es, que se separan de las costumbres admitidas.

Las pasiones violentas despertadas por causas leves, por ejemplo, cuando se desvanece un proyecto de matrimonio, de comercio ó de otra sociedad cualquiera porque contienden los contrayentes acerca de los títulos que deben ponerse en la escritura de contrato; y las recíprocas vanidades se chocan como dos balas que moviéndose en direcciones opuestas vienen á dar una con otra en medio de una mesa de billar.

En cuanto á las deformidades físicas siempre será gran descortesía convertirlas en objeto de burla y de chiste, porque no son imputables al que las tiene.

A veces nace la idea de lo ridículo al ver tratar en es-

tilo ligero y burlesco asuntos graves y severos, lo cual mueve agradablemente la malignidad del corazón humano que siempre goza al ver puestos en el mismo nivel los objetos eminentes y los mas comunes, y esta es la copiosa fuente de las parodias: otras veces por el contrario, se provoca la risa hablando de objetos bajos y plebeyos en tono grandioso y elevado con el cual reciben aquellos un aire cómico y gracioso, mientras bajo la apariencia de alabanza son hechos ridículos, y la crítica resulta tanto mas picante cuanto es mas disimulada.

Sin discurso de ninguna clase se puede poner en ridículo con una sola alabanza que está desmentida por los hechos. Batru que tenía motivos de queja contra el duque de Epernon, publicó un libro titulado *Las grandes empresas del duque de Epernon*, pero todas las hojas del libro estaban en blanco.

La ridiculez que resulta del improviso descubrimiento de semejanzas ó contariedades no comunes no puede atribuirse absolutamente á la malignidad humana, como se deduce del hecho siguiente: Un labrador fué á quejarse al alcalde de que le habían robado un jumento, y despues de hablar de su pobreza y de la picardía que le hizo el ladron, para presentar mas sensible su pérdida le dijo: Si hubieseis visto mi asno, aun comprenderiais mejor con cuanta razon me quejo, pues cuando tenia la albarda encima parecía un señor. La risa que nos causa este discurso, no previene de ver al señor rebajado al nivel del asno, sino al ver que la afición del labrador al esforzarse para engrandecer la idea, sale de improviso con un parangon nuevo y cree hallar semejanza entre el asno y el señor.

En todas las cosas hay ciertos límites que no deben traspasarse y condiciones á las cuales es indispensable someterse, pues si se obra de otro modo se va lejos de la meta á donde se proponía uno llegar, y no se consi-



que el objeto que se proponía. El fin á que aspiramos y los medios que podemos poner por obra sirven para hacernos conocer aquellas condiciones y aquellos límites. Los chistes y las bromas que tienden á divertir la reunion se pueden considerar en la persona que las dice, en la persona que es su objeto, en los presentes que los oyen y en la índole de estos. El hombre gentil no se rie ni hace reir á la manera de los locos, de los necios, de los borrachos, de los estúpidos y de los bufones. Fenelon no bromea como el arlequin, ni el hombre de gusto confunde el delicado sonido del arpa con el atronador ruido de las campanas. El hombre se convierte en bufon cuando induce á los otros á reirse de sus propias necesidades, cuando á los dichos agudos sustituye bufonadas y cuando se transforma en actor en lugar de seguir siendo narrador. El hombre que con sus agudos dichos aspira á escitar la risa en los demás no debe ser el primero en reirse, pues un chiste soltado con seriedad es de más efecto. Se haria ridículo si por cosa de tan poco momento pretendiese ser aplaudido, y recordara que divirtió á esta ó á la otra comitiva con tal ó cual broma y la repitiera con apariencia de ufaneza.

No conviene convertir en objeto de broma mordaz á los hombres estimados, ni imitar á Aristófanes, á quien después de tantos siglos aun se le vitupera haber puesto en ridículo á Sócrates. Tampoco á las personas muy estúpidas, porque no hay gloria en ponerse en pugna con ellas: tampoco á los desgraciados é infelices, porque seria una crueldad, escepto el caso en que fuesen jactanciosos: á los hombres muy sensibles, porque una broma de este género los envilece: tampoco á los vengativos, porque nos arriesgamos á pagar la pena de nuestro atrevimiento, y tampoco á los ignorantes poderosos, para quienes una broma es un puñal agudísimo que se les clava en el pecho.

Tal vez es mejor dejar pasar una broma sin contestación que empeñarse en una lucha con la persona que no tuvo intención de zaherirnos, lo cual evita aclaraciones que en vez de aproximar los ánimos, los alejan. Cuando es imposible disimular y los demás están dispuestos á reirse á costa vuestra, reiros también vosotros, sobre todo, no os mostreis resentidos ó disgustados. Diariamente se ven personas descorteses que no saben responder á una broma inocente sino con injurias y villanías, y por esto toda persona prudente que no gusta de comprometerse, evita su contacto. Si no es lícito responder con aspereza, es preciso redargüir y volver la pelota á quien la arroja, lo cual es un derecho del juego, derecho que debe respetar todo hombre razonable.

Las bromas que gustan al vulgo, suelen ser por lo menos insípidas para las personas sensatas. Poco honestas pueden parecer á las matronas graves aquellas bromas que dichas en una reunion de hombres no pasarían por tales. Y he aquí una de las razones por que deben conocerse íntimamente el carácter y el gusto de las personas con quienes se habla, á fin de evitar que nuestras palabras produzcan en su ánimo el fastidio cuando aspirábamos á darles un buen rato.

Es necesario un gusto fino y delicado para distinguir lo que agrada de lo que mortifica, lo que mortifica de lo que es insípido, lo que es insípido de lo que es trivial. Basta el sentido comun para discernir lo que es trivial de lo que es repugnante, y esto sirve de gradación para apreciar las bromas.

La finura del gusto es el resultado de cierta facilidad de imaginacion, volubilidad de espíritu, fecundidad de ideas, rapidez de comparaciones, agudeza de juicio y delicadeza de sentimientos. Con estas facultades se logra componer una feliz mezcla de serio y de jovial, vestir de formas graciosas las mas abstractas ideas, y encontrar una máxima que corrija agradando, un látigo



que sacuda sin irritar, una censura que no ofenda la amistad ni el respeto. Cuando, pues, pertrechados con esas facultades notais que los presentes están dispuestos á escucharos, que el asunto vale la pena de que habléis, que todas las circunstancias os son favorables; si entonces se presenta á vuestro espíritu alguna idea agradable, festiva y capaz de alegrar una reunion de personas amables, cometeréis una especie de injusticia privándolas de ella, cualquiera que sea vuestro carácter y cualquiera el papel que representeis en el mundo. Las bromas y los chistes que pueden llamarse las flores del talento han de ser delicados. D' Alambert refiriendo el dicho del P. Bourdaloue relativo á Despreaux : Si Despreaux me pone en ridículo en sus sátiras le volveré la pelota en mis sermones, añade con toda la delicadeza ática: Es probable que esto hubiera sucedido en el sermón acerca del perdón de las injurias.

A fin de no repetir lo dicho anteriormente, me limitaré á indicar algunos defectos que deben evitarse en el manejo de las bromas y de los chistes. Las bromas no deben ser insípidas, y lo son las que se convierten en un equivoco ó hipérbole exagerada, ó en un juego de palabras, ó en verbos de doble sentido, cuya verdadera significacion se sustituye con otra cosa que no lo es. Siendo, como es, mas fácil repetir palabras, sonidos y sílabas que aproximar las cualidades lejanas de las cosas ó descubrir las latentes, esas bromas agradan al público, pero dan asco á las personas sensatas. A este género pertenecen esas tonterías que los franceses llaman calambourgs, que piensan decir alguna cosa y no dicen nada, y son el martirio de cualquier hombre de talento.

Las bromas no deben ser de tal especie que versen sobre cosas cuya imagen ofende el gusto, como su realidad ofende los sentidos : y en particular todo hombre debe abstenerse de las que hacen correrse al pudor.

No deben pecar en malignidad escesiva, ni en sobrada acrimonia, pues si es del caso hacer uso de la sal, ha de ser con moderacion. Cuando el asunto lo permite deben llevar el espíritu hácia la moral.

No debe cambiarse el medio en fin, esto es, no debe consagrarse á las bromas el tiempo que se debe á cosas graves. Esta pasion por las luchas de espíritu y por los desafíos, chistes y bromas dominaba á los antiguos normandos, pues hasta en el ardor de un sitio los enemigos tal vez suspendian las hostilidades para abandonarse á una guerra menos ofensiva de bromas y bufonadas. Cuando uno de los partidos adolecía de esta aficion se presentaba al otro en traje blanco, lo cual era reputado y admitido como un desafío de bromas. Esto por otra parte no era reprehensible en tiempo de guerra, porque la lucha de las lenguas no arruina ciudades, y es mejor esto que matarse.

Aunque las bromas se reducen á momentáneos rasgos de talento, que semejantes á las chispas se presentan y se desvanecen en un instante, no se sigue de aquí que no puedan ser causa de acontecimientos importantes. Cuando se trata de cosas morales, los afectos dependen de la determinacion de la voluntad, y para determinar la voluntad bastan los motivos mas frívolos, cuando faltan otros mas graves ó cuando éstos se encuentran en oposicion, como un grano basta para inclinar la balanza cuando la mantiene en el fiel pesos de mas importancia. Los que en el cálculo de los afectos consideran no mas que las causas aparentes, fruncirán las cejas si les digo que una broma puede tener tanta fuerza como un ejército, y no obstante es preciso admitir esta ecuacion, cuando se observa que un ejército atemorizado por un número mayor de adversarios puede, merced á una bróma, recibir tanta cantidad de valor, que consiga vencerlos como la esperiencia lo ha demostrado.



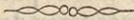
Es sabido que el orgullo de los tiranos no sufre dilaciones, que su voluntad se ejecuta en razon del poder, que sordos á la clemencia, á la justicia y á la razon, envian al patíbulo á quien les hace observaciones, de suerte que para equilibrar su poder se necesitaría un poder igual al suyo. Este poder se encuentra en un chiste, puesto que un chiste puede cambiar los mas decididos deseos del más feroz de los tiranos. Nadie ignora que Enrique VIII de Inglaterra era despótico y feroz. Teniendo motivo para estar agriado con Francisco I de Francia, le envió de embajador un obispo inglés á quien encargó que le dirigiese un discurso lleno de hiel, de orgullo y de amenazas; más el prelado, conociendo todo el peligro de mision semejante, trató de que el rey le relevase de ella. Nada temais, le dijo Enrique, pues si el rey de Francia os hiciese dar muerte, yo mandaré cortar la cabeza á muchos franceses que tengo en poder mio. Esto está muy bien, replicó el obispo, mas de todas esas cabezas, ninguna se ajustará á mi busto tan exactamente como la que hay ahora. Este chiste que hizo reir á Enrique fué bastante para que cambiara de resolucion, y quizás evitó una guerra entre Francia y la Gran Bretaña.

Partiendo de la imponente idea de los deberes de un ministro, de la gravedad de los motivos que deben determinarle, del daño que trae consigo la elevación de un hombre sin mérito á un destino de importancia, es difícil comprender que un chiste pueda conseguir esa elevacion que se había negado por falta de mérito, y no obstante se ha realizado muchas veces. Un chiste puede alcanzar el premio que no consiguen la razon, ni aun la importunidad, que muchas veces vale más que aquella.

---

---

## LIBRO CUARTO.



### CAPÍTULO I.

#### OJEADA HISTÓRICA

En el decurso de este escrito muchas veces he aludido á los usos de los antiguos bárbaros y semibárbaros, con el objeto de resaltar la civilizacion actual. La civilizacion considerada en su verdadero punto de vista es el triunfo de la limpieza sobre la suciedad, de la ciencia sobre la ignorancia, de la industria sobre la indolencia, de la paz sobre la guerra, del sólido y permanente interés del público sobre los frívolos y transitorios intereses de los particulares. El conjunto de estímulos, de instintos, de efectos desenfrenados, impetuosos, discordes con la ley de la razon, que se observa en el hombre salido apenas al mundo, se llama barbarie y corrupcion. En este estado todas las pasiones suelen encontrarse en el grado máximo, y de tal manera que la existencia de un hombre apasionado, reclama la extincion suya ó de su adversario. La historia hebráica nos enseña que Cain mató á Abel por el simple impulso de la envidia. La historia romana nos cuenta que Rómulo mató á Remo por la ambicion de reinar solo.

Las naciones mas bárbaras matan á los prisioneros, y otras se los comen. Recordad lo que hizo Aquiles



con el cadaver de Hector. En los tiempos bárbaros los odios se transmiten de padres á hijos por muchas generaciones, y no se estinguen sino con sangre. Amnon hijo de David, viola á su hermano Tamar, y Absalon, hijo tambien del mismo rey, mata á Amnon para borrar la afrenta de su hermana.

El último de los Horacios, despues de haber vencido á los Curiacios con peligro de su vida y para salvar la patria, vuelve vencedor á Roma, y viendo que su hermana lloraba por la muerte de su amante que era uno de los Curacios, la mata.

Todas las religiones antiguas, esceptuando la verdadera, sacrificaron víctimas humanas. Los ejiptios todos los años arrojaban una virgen al Nilo en la época de su crecimiento....Hasta en los tiempos de César los pontífices romanos mataron dos hombres para aplacar la ira del cielo.

Se arrebatan las mugeres como se roban las reses, quizás el atentado no sale bien y el raptor es muerto, y cuando tiene buen éxito es seguido de una guerra nacional como nos lo prueban las historias griega y romana.

Fabio Ambustio pone en combustion la república romana y arma en Roma una anarquía de cinco años, para satisfacer la vanidad de una mujerzuela, hija suya, que casada con un plebeyo se veía con disgusto confundida con la multitud, mientras que su hermana, esposa de un patricio, obtenía los honores de esa clase.

Todos los salvages se entregan al reposo cuando han recojido lo que basta á sus momentáneas necesidades, y se dejarían desollar antes que dedicarse á un continuo y regular trabajo. Por esto, preferir al trabajo el robo es un carácter distintivo de los salvajes, y de esto proceden sus incesantes guerras.

La paciencia con que inmenso número de tribus salvajes se imprimen líneas y figuras en la piel del

rostro, de los brazos ó de todo el cuerpo, sorprende con razon á los pueblos civilizados, porque esa operacion dolorisísima dura meses y años, y de cuando en cuando se renueva hasta el último momento de la vejez, al paso que las huellas de aquel extraño adorno se hacen menos visibles. Tambien es notoria la aridez con que los salvajes buscan y ambicionan las sortijas de cobre ó de otro metal, pedazos de vidrio ó de otra materia brillante para adornar con eso la frente, los carrillos, las orejas, la nariz y hasta los labios. La pasion por los adornos no es un efecto de la civilizacion.

En la indolencia y en las necesidades tiene su origen la esclavitud de la muger, general en todos los pueblos salvajes: la piratería proclamada con honra en las naciones bárbaras y semibárbaras: la antropofagia que era general en las naciones antiguas y la esclavitud de los dos sexos admitida hasta por los griegos y romanos, que subsistió por tantos siglos á despecho de los esfuerzos del cristianismo, y que no ha cesado todavía en nuestro siglo.

La civilizacion reprime y dirige los irregulares movimientos de la natural barbarie y abre el campo á la virtud. Por esto los misioneros que á impulsos de su ardiente caridad buscan al salvaje para convertirlo á la religion verdadera, lo civilizan al mismo tiempo, porque sin la religion verdadera no puede haber verdadera civilizacion, y esta acompaña indefectiblemente á la otra. Donde penetra el misionero entra la civilizacion; y aun antes de haber instruido suficientemente al salvaje en la religion que le predica, ya le enseña los principios de la civilizacion, le viste, le pondera la excelencia del trabajo, le hace amar la cabaña y la familia, le hace renunciar al robo, y puede decirse que antes de convertirlo ya lo ha civilizado. Así pues, la civilizacion y la religion verdadera caminan á la par, y cuando se separa de esta, degenera en la barbarie, que lo



mismo puede ser por falta absoluta de civilizacion, que por mala inteligencia de lo que esta significa. Por esto encontramos bárbaros en los mas poblados centros de la civilizacion, y los ha habido siempre. En esto es menester no equivocarse, como es indispensable hablar con mucho tino y con cuidado extremo de la civilizacion en las diferentes épocas de la historia.

Suponer que el actual estado de civilizacion está exento de vicios, sería suponer que ha desaparecido de la tierra la especie humana; mas decir que los vicios actuales son peores que los de siglos pasados, es sostener que los frutos domésticos son mas amargos que los frutos silvestres. La historia de los pasados siglos nos prueba que en ellos había escasez de placeres civiles, y exceso de placeres sensuales, de ejercicios corporales, de juegos de azar, de corrupcion de costumbres, de infelicidad social, y que mas á menudo era insultada la decencia pública.

## CAPÍTULO II.

### ESCASÉZ DE PLACERES CIVILES EN LOS PASADOS SIGLOS.

Disminuyendo la suma de placeres inocentes queda, en igualdad de circunstancias, mas tiempo y mas capital para los placeres ilejítimos. La historia de las artes puede sugerirnos alguna idea acerca del estado de las costumbres; mientras que los jóvenes no se dejan engañar por una falsa analogía suponiendo, cual muchos escritores, que las artes necesarias han sido inventadas las primeras, despues las de comodidad y finalmente las de lujo, y de la existencia de algunas de estas no deduzcan que tambien existieron las otras, pues esta conclusion es absolutamente falsa, y se ve desmentida por la historia.

En el primer siglo de la era cristiana Carattaco, rey

de los bretones, se presentó en Roma con cadenas de oro que se fabricaban en su país, y no obstante los bretones de aquella época no conocían los primeros elementos de agricultura.

En el año 1077 habiendo sabido Bonifacio, marqués de Toscana, que el emperador Enrique deseaba tener buen vinagre, mandó fabricar en su ciudad y tierra de Canossa un carro todo de plata hasta las ruedas, y habiéndolo cargado de grandes jarros de plata llenos de aquel líquido, lo envió á Plasencia al emperador, y á los animales vivos se unió igual número de animales de plata, hechos de modo que tirasen del carro como los otros. Sería un error deducir de este hecho que entonces se supiesen construir casas con buenos ladrillos.

Antes del siglo X todas las catedrales estaban construidas de madera y con cubierta de paja, y si se construía alguna de ladrillo se reputaba como un portento digno de figurar en la historia. Si eran de madera las catedrales, con mayoría de razón debemos creer que lo eran las iglesias secundarias, y mucho más las casas, lo cual también está justificado por los hechos. En 1246, según nos dice Aderfont, la mayor parte de las casas de Londres estaban cubiertas de paja. Antes del año 1300 no había en aquel frío país chimeneas, y los habitantes se calentaban en los hogares puestos en la mitad de la casa y envueltos en humo. El empedrado de las calles es en Europa una cosa moderna. En el año 1484 no había en París ninguna calle empedrada, en ellas había constantemente barro é inmundicias, que muchas veces eran causa de enfermedades contagiosas. El primer reglamento referente á este ramo de policía es del año 1348.

Las letrinas no datan más allá de Francisco I en 1539, antes de cuya época todas las inmundicias del día y de la noche quedaban al descubierto, ó en un montón



en el patio de las casas, ó al lado de la puerta. Hasta despues de la mitad del siglo XVIII fué uso constante en Europa sepultar los muertos en las iglesias, y en nuestros días han sido necesarias muchas leyes para estirparlo.

El historiador del famoso Tomás Becket, que despues fué arzobispo de Cantorbery y que era canciller de Inglaterra en el siglo XII, nos hace notar como un modelo de esquisidad y de elegancia la costumbre que tenía de mandar á sus criados que cubriesen el pavimento de la sala donde comia con paja limpia ó heno, todos los días durante el invierno, y con juncos frescos ó ramitas de árboles verdes en todos los días de verano, á fin de que los caballeros que iban á comer en su casa y no cabian en los bancos pudiesen sentarse comodamente en el suelo sin ensuciarse el vestido. Si, pues, el hombre mas elegante de Inglaterra no tenía asientos, puede calcularse hasta que punto les escaseaban á los ciudadanos.

En el año 1234 se puso por primera vez paja en la cama del rey de Inglaterra, quien hasta entonces dormía sobre las tablas duras.

Cuando el matrimonio de Jacobo IV, rey de Escocia, que vivia en el siglo XV, la princesa Margarita hizo su solemne entrada en Edimburgo sentada en grupa en el mismo caballo del rey. Los cuartos del palacio fueron adornados con un gran candelabro de plata y una taza del mismo metal.

Todos los adornos de la estancia de Enrique VIII rey de Inglaterra que vivia en el mismo siglo consistian, prescindiendo de la cama y de un armario, en un taburete, dos rinconeras y un pequeño espejo. Las salas de los ricos estaban guarnecidas de tapices de Arras; de largas y toscas mesas colocadas sobre caballetes; y de algunos bancos y taburetes. Las camas tenían alguna apariencia y tal vez adornos, pero los demás ciudada-

nos dormían sobre una estera ó un jergon, descansando la cabeza en un travesaño de madera. No había vidrios sino en las ventanas de las iglesias y de los palacios, y en las demás había una tela ó rejilla de madera. Los suelos de las estancias no eran sino un macizo de tierra cubierto de arena ó de juncos, y se absorbían todas las inmundicias y escrementos de los perros y de los gatos: de todo lo cual resultaban las frecuentes pestes de que son testimonios el crecidísimo número de hospitales para apestados y leprosos que se levantaron en los pasados siglos.

Quando se principió á abrir escuelas en Italia en el siglo undécimo fueron muchos los que concurrieron á ellas, y no se usaban bancos ni sillas, sino que los estudiantes se sentaban encima de la paja. En la iglesia, como tampoco había asientos, se estendía un poco de paja, principalmente en las funciones largas, como en la de noche buena.

En el siglo XIV los milaneses aun no usaban camisas de lino, y no obstante era Milan la ciudad mas rica de Italia. A pesar de tantas riquezas, el pueblo, que era muy numeroso, tenía viviendas tan malas, que el alcalde hubo de prohibir que habitasen en una estancia mas de diez personas.

Al considerar cuanta era la suciedad doméstica, se ve la razon porque los pueblos en lo antiguo, en vez de disfrutar los placeres de la conversacion en sus casas, se reunian con grande afan en las plazas para presenciar espectáculos ordinarios, ó bien se invitaban para apedrearse en los campos.

Hasta el año 1343 las mujeres en Inglaterra no usaron para los moños otras agujas que de palo. Las primeras calcetas de seda las llevaron en Francia Enrique II en el dia de su casamiento con la duquesa de Saboya en el año 1549, y en Inglaterra la reina Isabel en 1561.

Los primeros relojes portátiles salieron de Alemania



en 1577, y fueron rarísimos en todo el siglo siguiente.

Al principio del siglo XVII los ingleses consideraban como una manía del viajero Tomás Coryate, el haber llevado de Italia á Inglaterra el tenedor que ellos reputaron por mueble inútil.

Si de los placeres civiles pasamos á los intelectuales, nos encontraremos con la gran masa de libros que salen á luz en nuestros tiempos, entre los cuales hay libros curiosos como las historias y los viajes, agradables como las tragedias y comedias, instructivos como los de artes y comercio, doctos como son los referentes á los varios ramos de las ciencias, otros escritos á propósito para las mugeres, otros adaptados á la capacidad de los niños, poco costosos y al alcance de todas las personas, y además son en gran número las bibliotecas en donde cualquiera puede instruirse sin gastar un real. Mientras estan dilatado el pasto ofrecido á la curiosidad y á la instruccion de todos, la facultad de leer está mas estendida, y gran número de personas participan de este beneficio.

En tiempos pasados, sobre que los libros eran rarísimos y asombrosamente caros, no sabian leer ni escribir las personas notables encargadas de las mas graves incumbencias y revestidas de las dignidades mas honoríficas: lo cual no debe admirarnos, porque quien daba indicios de saber alguna cosa, era tenido por mágico ó hereje. Petrarca hubo de sincerarse de una acusacion de esta especie fundada en que leía el Virgilio de corrida.

De lo dicho se sigue que las comodidades y la lectura ocupan actualmente capitales y tiempo que antes se dedicaban tal vez á la corrupcion. Será mas poderoso el argumento si á estos dos orígenes de placeres inocentes añadimos el espectáculo de las bellas artes que en tantas formas y modos interesan al hombre, y que tan poco conocidas eran entre los siglos VI y XIII.

Suponed dos rios, y que las aguas de uno de ellos corren unidas sobre un terreno inclinado, y las del segundo discurren por un terreno llano en que hay muchos estorbos y que en parte se pierden en canales laterales. ¿ En cual de esos dos rios será mas impetuosa la corriente? Sin duda que en el primero. Este representa el curso de la corrupcion en los siglos de rudeza ó ignorancia, el otro el curso de la corrupcion en los siglos dados á la instruccion y á las artes. Insisto, pues, en que si durante los pasados siglos era menor la suma de las sensaciones inocentes, debia ser mayor el esfuerzo hácia las ilícitas, allí en donde el sentimiento religioso no era bastante poderoso para contenerlas, lo cual era harto frecuente segun la historia nos demuestra.

### CAPITULO III.

#### ESCESOS EN EL COMER Y EN EL BEBER DURANTE LOS PASADOS SIGLOS.

La sensualidad no nace pasion ya formada como la venganza, la ambicion y el amor, sino que se va convirtiendo en tal con el ausilio del hábito y á falta de otras mas fuertes. Por esto vemos mas personas sensuales entre los viejos y entre los hombres ya maduros, que entre los jóvenes. Si los niños son sensuales, lo son por la misma razon que los viejos, más si no tienen una complexion debil ó flemática, no se muestran tales sino por intervalos. Las diversiones, los juegos en los cuales ocupan su fuerza ó su destreza prevalecen sobre la glotonería. En la vejez el hombre se hace constantemente sensual, porque es menos susceptible de otras sensaciones, y por esto los viejos que con frecuencia olvidan las mugeres, no siempre olvidan el vino. Si los gustos sensuales cautivan de un modo aislado, si adquieren la fuerza de una verdadera



necesidad, entonces sufocan todos los otros sentimientos y rebajan al hombre al nivel de los animales. La esperiencia enseña que los hombres dotados de la mejor disposicion, y de distinto talento y de apreciables virtudes, se embrutecen del todo si se abandonan al impetu de sus pasiones sensuales, y otros nunca llegan al grado de perfeccion intelectual á que parecían destinados segun la superioridad de las dotes que naturalmente tenian. Antonio que era gran guerrero, gran orador y gran político, terminó de una manera desgraciada y vergonzosa porque se dejó dominar por el ímpetu de su sensualidad, y no obstante podia haber sido igual á César, hubiera podido vencer á Octavio y quedar señor del mundo romano.

Entre todas las sensualidades ninguna entorpece tanto como la embriaguez y la gula. Combinando las antecedentes reflexiones con las ideas que antes dejamos espuestas, no nos sorprenderá si al recorrer los pasados siglos encontramos la embriaguez y la gula dominantes en todos los pueblos bárbaros y semibárbaros, principalmente en los climas frios, unidas á los sucios y feroces vicios que las acompañaban.

En el siglo XVIII se consideraba como un acto de valor en las islas occidentales de Escocia beber hasta emborracharse, y era esto tan comun, que en la puerta de las casas donde se reunian para este objeto habia varias camillas á fin de trasladar á su domicilio á los que se iban quedando borrachos.

En Edimburgo hasta el año 1772 se daba todos los años por suscripcion un concierto en el dia de Sta. Cecilia y eran convidados al mismo las señoras principales. Allí se hacía gala de beber y de emborracharse, y las señoras honraban mucho al que habia perdido la razon para obsequiarlas. Pasada la mitad del mismo siglo los franceses cantaban en la mesa una cancion, cuyo estrivillo en cada estrofa era, que el hombre debia á lo menos emborracharse una vez al mes.

Nadie ignora que en otro tiempo muchos pueblos y particularmente los germanos se servían de cuernos para beber, de modo que en muchos museos se conservan algunos con guarnicion y adornos de plata. En los almanaques de esos pueblos del norte correspondientes al siglo XVII y al anterior, los dias festivos estaban señalados con un cuerno en lugar de la cruz que se pone en nuestros dias: lo cual nos dice de un modo muy claro que en la opinion popular la idea de la fiesta dispartaba principalmente la idea de la borrachera.

A causa de algunos desórdenes cometidos en la Bretaña por varios borrachos, Francisco I de Francia publicó en el año 1536 el siguiente edicto que se hizo estensivo á todo el reino. Cualquiera hombre convencido de haberse embriagado por la primera vez, será condenado á prision y á pan y agua: en la segunda llevará azotes, en la tercera será azotado públicamente, y si aun reincide será desterrado despues de cortársele las orejas.

La dieta de Colonia en 1512 y la de Worms en 1495 promulgaron varias leyes para contener la borrachera. En París, cuando se condenaba á muerte á un reo era costumbre que el verdugo sirviese vino á los jueces que habian de presenciar la ejecucion: lo cual segun documentos auténticos se verificó en 1477 cuando fué ejecutado el duque de Nemour.

Cuando las aguas cubren las cordilleras, debe creerse que los valles ya están sumergidos. Podemos, pues, comprender cuales estarian en esta parte las costumbres del pueblo cuando nos encontramos con ministros, reyes y emperadores dados á la borrachera. Habiendo Wenceslao, rey de romanos ido á Reims en 1397 para negociar con Carlos VI de Francia, se emborrachó allí varias veces, tanto, que no pudiendo en cierto dia acudir á la sesion, prefirió conceder lo que se le pedía que cesar de beber vino de Reims.



En un concilio celebrado en Winchester en 1308 se condenan las proposiciones de matrimonio ajustadas en las tabernas, y se prohíbe á los hombres y mujeres dar palabra de contraerlo cuando no estén en ayunas. Los cánones de los concilios acreditan la existencia de los vicios que condenan. Nos encontramos, pues, con que muchos de los antiguos concilios de Francia conminan con diferentes penas á los eclesiásticos que se embriagan. Algunos de ellos, y entre estos el de Tours de 1282 prohíbe á los sacerdotes entrar en las tabernas y hosterías, á no ser que vayan de viaje. S. Luis estendió la misma prohibición á los seglares.

En el siglo XII los mismos emperadores en el acto de su coronacion estaban obligados á prometer bajo juramento al Sumo Pontífice que no se embriagarian.

Se supone que los vendedores ambulantes de vino en Paris se remontan al siglo XII, pero yo sospecho que fueron mas antiguos. Cuando moria un individuo de ese gremio se le hacia un entierro solemne, no sin que los cofrades bebieran un vaso de vino en cada esquina de las que encontraban desde la casa del difunto hasta la iglesia, y se lo ofrecieran á cuantos espectadores ó viandantes encontraban.

En aquel mismo siglo Pedro de Blois decia: Si observarais á nuestros caballeros y barones cuando salen para una expedicion militar, veríais los caballos destinados al transporte de los bagajes, cargados, no de hierro sino de vino, no de lanzas, sino de quesos, no de espadas sino de botellas, no de picas sino de asadores, de suerte que parecen marchar á una gran comida y no á la guerra. Algunos hay que se disputan la gloria de ser los primeros tragones y bebedores, porque la fama de tales los enorgullece.

Todos los escritores convienen en que si durante los siglos X y XI llegó á su colmo la ignorancia, no se quedaron en zaga la corrupcion, la perfidia, la embriaguez

y toda clase de vicios. Guillermo de Malnefburg decia de los Daneses. La nobleza era incontinente y glotona, pero la embriaguez era el vicio comun á los habitantes que pasaban el dia y la noche bebiendo cuanto podian. Todas las reuniones terminaban bebiendo hasta la saciedad, y esto mismo sucedia con motivo de las festividades religiosas. La embriaguez de los cortesanos ingleses fué tan absoluta en las fiestas que el rey celebró en 946 en honor de S. Agustin, que no pudieron ausiliar al rey en la lucha en que estaba empeñado con un ladron que se introdujo en la sala del banquete.

Edgardo que subió al trono pocos años despues, deseoso de prevenir aquel vergonzoso abuso, origen de tantos delitos, hizo un reglamento que merece ser citado en la historia. El uso exigia que todos los comensales bebiesen en un gran vaso que pasaba de mano en mano, y del cual cada uno bebia lo que le acomodaba. Este uso ofrecia ocasion á muchas disputas, porque los unos se quejaban á veces de que los otros habian bebido mas que ellos, y otras los obligaban á beber mas de lo que querian. A fin de evitar estas cuestiones Edgardo ordenó que en dichos vasos se clavasen puntas de cobre ó de otro metal puestas á cierta distancia unas de otras, y prohibió con determinadas penas que ninguno bebiese ú obligara á beber á otro de una sola vez mas vino del contenido entre dos de esas señales.

En el mismo siglo el emperador griego Nicéforo Focas dijo públicamente al obispo de Cremona, enviado por el emperador Oton 4.º Los soldados de vuestro emperador no tienen mas Dios que su vientre, y no son valientes sino cuando se trata de beber.

En ese siglo encontramos el uso de mezclar la cerveza con el vino y beber grandes dosis; en términos que se introdujo en los monasterios y vino á ser en ellos un precepto. El concilio de Aquisgran, deseando prevenir los abusos á que podria dar lugar con el tiempo, fijó



en 817 la cantidad de uno y otro licor que diariamente podria darse á las personas de uno y otro sexo. Dice así el concilio. En un monasterio rico y situado en pais abundante en vino, á cada canónigo regular se le darán cada dia cinco libras de vino y á cada canóniga tres. Si el vino no abunda, se darán á cada canónigo tres libras de vino y tres de cerveza, y á cada canóniga dos libras de vino y dos de cerveza. Si no hay viñas, el canónigo tendrá una libra de vino y cinco de cerveza, y la canóniga una de vino y tres de cerveza. El concilio fijó luego otra proporcion para los monasterios de mediocres riquezas, y finalmente descende á los monasterios pobres, fijando tambien el vino y la cerveza que corresponde á cada uno de los canónigos.

En los siglos VI, VII y VIII, la embriaguez llegó en algunos puntos á tal altura, que una ley lombarda ordenó que los jueces no fuesen al tribunal sino en ayunas. Podriamos citar otras leyes que acreditan cuan general éra ese vicio asqueroso y por todos términos aborrecible.

Parece que los banquetes fueron el principal placer de los germanos, galos, bretones y demás pueblos celtas, los cuales se entregaban á los mayores escesos cuantas veces se les presentaba oportunidad para ello. No celebraban esas naciones, dice Pelloutier, ninguna asamblea regular, ya para asuntos civiles, ya para motivos religiosos, no se verificaba matrimonio, ni funcion fúnebre, ni nacimiento, ni tratado de paz ó de guerra sin que hubiese una ruidosa comilona. La embriaguez estaba hasta tal punto inoculada en el ánimo de esos pueblos, que en la descripcion de los bienes que su religion prometia á los guerreros, nunca quedaba olvidada la abundancia de cerveza y de otros licores.

En la actual civilizacion quedan ciertamente borrachos, pero este vicio está reservado á miserables individuos de la hez del pueblo, ó á lo menos si se exceptua

los países frios, en donde el escesivo frío parece que se resiste á la civilizaci6n. No falta quien echa en cara á la actual cultura el haber aumentado el número de los manjares y de las bebidas; mas los que tal dicen no comprenden que la multiplicidad de los gustos ha debilitado la sensibilidad y disminuido el poder de satisfacerla. Lo que se gasta en legumbres no se puede gastar en carne, y el café mas inocente que el vino absorve parte del dinero que se destinaba á este. Nuestros mayores se comian y bebian aquella riqueza que nosotros conservamos en forma de vajilla y mantelería. A medida que se aumentan los adornos de la mesa, disminuye en igualdad de circunstancias el capital que se sepulta en el estómago. El artesano que va á la tienda una vez sola para adquirir dos manteles, debe abstenerse de ir muchas veces á la hostería ó á la taberna.

La decantada sencillez de nuestros mayores les aconsejaba beber en un solo vaso que iba de mano en mano: la pulidez moderna exige que encima de la mesa haya muchas botellas y que cada comensal tenga su copa. Hoy, pues, se bebe menos, precisamente porque hay mas botellas y mas copas, y los modernos son menos borrachos que los antiguos porque se sientan en ricos sillones, y estos se sentaban en el suelo.

#### CAPÍTULO IV.

##### ESCESOS EN LAS DIVERSIONES CORPORALES.

En el intervalo de una á otra comida, las personas desocupadas se dedican en los países civilizados á cultivar el talento con la lectura, ó se entretienen en amenas é instructivas conversaciones, mientras que en los tiempos rudos ó bárbaros, la necesidad de sentir se alimenta principalmente de nadar, correr, saltar, tirar



piedras ó dardos, regir caballos, guiar coches ú otros ejercicios corpóreos que adiestran al hombre para la guerra y para la caza. Todo se reduce á los movimientos del cuerpo, en los cuales el espíritu no toma parte.

La guerra, como cosa por un lado fecunda en bravas sensaciones físicas, y por otro en lucros eventuales adquiridos en poco tiempo, es la pasión principal de los pueblos bárbaros que se encuentran en contacto ó cerca de otros. De aquí es que sus diversiones suelen ser simulacros de batallas, hasta que se presentan batallas positivas, que son mas deseadas que los simulacros, porque proporcionan botín. Los gefes guerreros, á imitación de los jugadores, consideran como perdido el tiempo durante el cual han de vivir en paz, y se encuentran muy alegres á la noticia de que se acerca el enemigo ó de que deben correr tras sus huellas. En tal situación de cosas los pueblos, lejos de ocuparse de la justicia de la causa por que se arman, no quieren mas que combatir y conquistar: y viendo que el valor y la victoria les proporcionan botín y aplauso, se acostumbran á creer que sus derechos están en la punta de la espada, y que todo pertenece al valiente que tiene la fuerza y la audacia de apoderarse de ello.

De aquí nació la idea de decidir las cuestiones en desafíos y de sustituir la destreza y el valor al fallo de los tribunales. Ofuscada toda idea de justicia en un pueblo valiente, feroz, vengativo, y siempre armado, debían ser frecuentes los homicidios y la efusion de sangre, y por esto las leyes de los pueblos bárbaros que invadieron el imperio romano establecieron un precio por las heridas de cada miembro, ó por la vida de cada hombre, desde el rey hasta el plebeyo.

Durante muchos siglos reinó en Europa este espíritu guerrero, y encontró alimento en los torneos, en donde los caballeros jóvenes se batian mas bien por el honor de sus hermosas que por la gloria de su país, y en los

cuales las hermosas que eran las espectadoras, de bieron perder su natural sensibilidad en medio de los estragos y de la sangre: pues muchas veces se pasaba del valor al furor, y se derramaba sangre cuando se habia comenzado por juegos y diversiones.

La imágen de la guerra se introdujo en los juegos populares, pues el pueblo se ejercitó por muchos siglos en el duelo á puñadas, á garrotazos y á pedradas. Muchas veces el dolor de los golpes y la risa de los espectadores encendian los ánimos, y del juego se pasaba á la batalla, por lo cual se hicieron reglamentos y se prohibieron las armas, y se permitió tan solo el baston ó el combate con armas bien aferradas llamadas cortesés y con escudo. Y aun fué preciso prohibir el baston, las piedras y las puñadas, atendida la frecuencia con que de tales riñas resultaban muertos. Además de los varios partidos en una ciudad misma, las ciudades en masa salian á batallar y á celebrar justas y torneos unas contra otras. Los sagrados cánones prohibieron tales riñas, pero todo fué infructuoso, porque en la mañana de los dias festivos salian de las ciudades cuadrillas de muchachos con hondas y se lanzaban á las pedreas hasta mas acá de la mitad del siglo XVIII. Por desgracia aun en nuestros dias se ven con frecuencia estas batallas, que acreditan tan poco á los muchachos que son sus actores, como á los espectadores, y á los padres que no impiden que sus hijos se entreguen á ellas.

Las mismas leyes fomentaban en algunos paises las ideas guerreras, prohibiendo al pueblo algunos juegos y ordenando otros que lo iniciaban en las bravuras guerreras.

En el siglo XVI se formó en Francia una reunion de jóvenes nobles adictos á la corte del duque de Orleans hijo de Francisco I, los cuales impetuosos y arrebatados como él mismo, se distinguian por sus escesos y locuras. Esos jóvenes tomaban á juego arrojar se á piés



juntillas á los pozos, pasar muchas veces montados al través de las llamas de una hoguera; inventaron un nuevo sistema de pasear la ciudad caminando por los tejados y saltando del uno al otro lado de la calle, iban durante la noche por la ciudad en busca de aventuras, y si encontraban hombres armados, entablaban disputas y los obligaban á echar mano á las espadas y á batirse.

En todos los juegos dichos las ideas guerreras y destructoras se presentaban bajo formas diferentes y ahuyentaban del ánimo los sentimientos pacíficos y sociales. El hábito de ver heridas y homicidios en medio de los juegos disminuyó el horror á esos delitos, y los ánimos feroces osaron despues cometerlos en cualquiera otra coyuntura, esperando que la opinion pública seria indulgente con ellos.

Á esas ideas guerreras debe atribuirse el uso de llevar espada en tiempo de paz, uso que subsistió hasta el fin del siglo XVIII; uso, que si es racional en el hombre que rige la fuerza armada conservadora de la paz pública, es por lo ménos altamente ridiculo en las personas estrañas á la milicia, y una verdadera afrenta para esta. Esta costumbre contribuiria mucho á que menudeasen los desafíos.

Ora la guerra cesára momentáneamente, óra continuase con calor, su imágen se reproduciria en la caza á que tan aficionados fueron nuestros mayores. Los placeres que pueden disfrutarse en los bosques, parece que fueron desde el siglo V al XV las diversiones predilectas de las personas de elevado rango y de muchas riquezas, ya tuviesen particular talento para la guerra, ya que no tuvieran valor suficiente para arriesgarse en ella. Antes de conocerse el fusil, se tiraba á los pájaros con arco, cuyo ejercicio reclamaba mucha destreza.

La caza con azor y perros fué el objeto primario de la educacion, el talento más admirado, la ocupacion más

honrosa de los nobles, y casi puede decirse el negocio único de su vida. Alfredo el Grande de Inglaterra, aprendió á cazar antes que á leer, y su historiador nos dice que al llegar á la edad de doce años, era el más diestro y más activo cazador de su reino.

La intensidad de la pasión por la caza en los siglos susodichos, puede deducirse de los síntomas siguientes: Como el derecho de cazar estaba reservado á la nobleza, y la caza se hacía con azores y perros, pocas veces salían los nobles de su casa sin llevar un azor en la mano é ir seguidos de perros; pues estos animales, en la común opinión, eran símbolo de nobleza, por lo cual se prohibió á las personas que no pertenecían á esa clase, el honor de tener perros, como se les prohíbe en el día usar escudo de armas. Por esto el rey y los grandes llevaban siempre el azor en sus viajes y hasta en las iglesias, y era deshonesto abandonarlo.

Como los perros por una parte eran símbolo de nobleza y por otra proporcionaban el placer más apetecido en esos tiempos, se comprende cómo se convirtieron en favoritos y compañeros de los grandes y sirvieron de estorbo á la introducción de usos civiles y cortesés. En efecto, entonces era imposible separar grandes y perros.

Caballeros, perros y azores, eran el texto favorito de las conversaciones entre los nobles. Algunos príncipes y barones de Inglaterra mantenían hasta 4,600 perros: de suerte, que las cacerías reales costaban tanto como los torneos. Hacia los tiempos de Enrique VIII de Inglaterra se escribieron muchos tratados acerca de la manera de alimentar y enseñar á los azores, se distinguieron con mucho cuidado sus variedades, y los nobles estaban ménos celosos de sus escudos de armas, que de la clase del azor que les servía de distintivo. Se promulgaron leyes feroces para impedir la muerte de los perros y la caza. Al principio no se permitió esta sino á los militares, después se prohibió matar animales sil-



vestres sin permiso del rey : se mandó á los jueces que conservasen la caza y los bosques y que alimentaran á los perros que se les recomendaban. La libertad y la vida del hombre eran ménos estimadas que la vida de un faisán ó de un ciervo. Los mismos eclesiásticos, seculares y regulares, sacerdotes y obispos, olvidando la gravedad de su ministerio, pasaban el tiempo entre perros y milanos en mitad de los bosques.

Las mismas hembras, á despecho de su timidez y delicadeza naturales, se dejaron dominar de la pasión por la caza. En el siglo XII las señoras inglesas se entregaron tan apasionadamente á ella con aves de rapiña, que llegaron á ser más entendidas que los hombres, y por esto se encuentran sepulcros de mugeres adornados con el azor.

Como no hay pasión que no haya tratado de justificar sus excesos, aunque sea vistiéndolos para hacerlos respetables, con apariencias religiosas, no parecerá extraño que Gaston Febo, conde de Foix, en el siglo XIV presentara la caza, no solo como medio de felicidad en esta vida, sino tambien de salvacion en la otra. No obstante, en el decurso de su obra acerca de la caza, en la cual habia dicho eso, parece que tuvo algun escrúpulo, pues modifica un poco su bello razonamiento, y conviene en que los cazadores podrán no ser colocados por este medio dentro de él, pero que á lo ménos estarán alojados en los arrabales, en los patios. y de aquí es que aconseja á toda clase de personas que estimen á los perros.

Tan desatentada\*afición á la caza produjo los males que son su ordinario resultado, á saber, una indolencia activa que miró con desprecio todas las profesiones ; espíritu de opresion contra los labriegos y obstáculos á las mejoras agrarias.

En efecto : cortar algunos bosques, desecar pantanos, destruir los animales dañinos que habitan en esos lugares, son los primeros trabajos que debe ejecutar el hom-

bre que quiere arrancar á la naturaleza lo que há menester para sus necesidades. Todos esos trabajos estaban prohibidos por la aristocracia territorial que contenía, segun su capricho, los progresos de la agricultura, y aun no habia aprendido á sacrificar sus antojos á su avaricia. De aquí resultó que los más hermosos territorios de Europa se quedaron estériles y desiertos desde el siglo V al XIV, en unas partes más y en otras ménos. Los animales silvestres lo mismo que los bosques, bajo las garantías de leyes feroces, hicieron prevalecer el principio de que para la conservacion de las selvas, el rey no estaba obligado á respetar las reglas de la justicia. De este modo las diversiones de los magnates tendian á destruir el Estado y sustituian los ciervos á los agricultores.

Esas costumbres salvajes se introdujeron en las festividades. Cuando Enrique II de Francia entró solemnemente en S. Juan de Maurienne, fué recibido por cien hombres vestidos de pieles de oso, los cuales tenian exactamente la apariencia de osos naturales, con la sola añadidura de la espada. Desde luego acompañaron al rey haciendo mil cabriolas y dando saltos, y para imitar mejor á los osos, se encaramaban por las paredes de las casas y por las columnas de los mercados, y daban gritos parecidos á los que resuenan en los bosques. Para fin de fiesta dirigieron al rey una salva seguida de bramidos tan horribles, que, espantados los caballos de la comitiva, rompieron los frenos y las cinchas, y echaron á correr como locos.

Las diversiones corpóreas que prevalecieron en los pasados siglos nos dan por resultado conquistas, agresiones, saqueos y supercherías proclamadas como acciones honoríficas: los animales silvestres más estimados que los hombres: los grandes amistados íntimamente con los perros, los azores, los caballos y los osos: las destrucciones de los trabajos agrarios y los obstáculos á



sus progresos, y aun podría decirse la destruccion de toda cultura, pues si hemos de dar crédito al historiador Mathieu, Cárlos IX de Francia, escesivamente apasionado por la caza, hubiera querido pasar la vida en los bosques, y daba á la ciudad el nombre de sepulcro de los vivos.

La gimnástica, que muchos escritores respetables han recomendado con tanto empeño, era escelente cuando por un lado los pueblos se encontraban en continuo estado de guerra, y por otro prevalecian en esta las fuerzas físicas; pero desde que la masa general de las naciones es estraña á la guerra; desde que las armas de fuego disminuyeron la necesidad de estraordinarias fuerzas corporales; desde que el genio de un capitan puede hacer las veces de muchos millares de brazos y de piernas, la gimnástica, ejercicio útil para los pueblos bárbaros, pero casi inútil para los civilizados, ha perdido como debia perder la mayor parte de su valor, al igual que perdieron su valor las clepsidras cuando fueron inventados los relojes.

Querer que todos los varones se adiestren en los ejercicios guerreros, es una locura en la actual division de trabajos, y equivale á querer que todos sean agricultores, ó carpinteros, ó cerrajeros, ó médicos, supuesto que estas profesiones son necesarias en cualquier estado social. Los conocimientos científicos y los grandes capitales que exige hoy la milicia, hacen imposibles las invasiones que tenian lugar en los pasados siglos, y hacen desrazonables los temores en virtud de los cuales se quieren generalizar los ejercicios guerreros. Si se observa que un ejercicio moderado como un paseo, procura aquella salud de que se quiere ser deudor á la gimnástica, se comprenderá que el tiempo ocupado en sus ejercicios lo puede ser con más provecho en la adquisicion de conocimientos útiles y de artes agradables, lo cual reclama métodos y da resultados suficientemente

diversos, en vez de que el llevar los jóvenes á los bosques y ejercitarlos en correr, saltar, encaramarse por los árboles, cual querian hacerlo algunos doctos alemanes no há muchos años, no puede dar otros resultados que el de formar hombres físicamente poseedores de una fuerza y robustez, que de nada les servirán en lo sucesivo.

El hombre es un compuesto de cuerpo y de espíritu, y conviene ejercitar la fuerza de este y de aquel en razon de las necesidades. Los tiempos bárbaros reclaman más fuerza física, los tiempos civilizados más fuerzas intelectuales, y estas son manantial de mayores ventajas para la sociedad y de más satisfacciones para el individuo.

## CAPÍTULO V.

### ESCESO EN LOS JUEGOS DE AZAR DURANTE LOS PASADOS SIGLOS.

La caza no es posible sino de dia, en las estaciones á propósito y en estado de salud: todo el tiempo que se encuentra fuera de estas tres circunstancias reclamaba otras sensaciones, y en los siglos pasados eran más necesarios otros pasatiempos en cuanto era reducidísimo el número de los que podian entretenerse leyendo, meditando ó escribiendo. Tambien eran poco frecuentes los espectáculos teatrales y los otros medios inventados despues para divertirnos, y hé aquí por qué entre las naciones salvajes se encuentran los juegos de azar como medio de ocupar las horas de ocio.

Tambien nosotros los tenemos por desgracia, pero la pasion por ellos está muy distante de la que les tenian los pueblos bárbaros y los pasados siglos.

Segun nos dice Tácito, los germanos se entregaban á los juegos de azar con tanto empeño y ardor, que cuando



habian perdido el dinero se jugaban su misma persona, ó sea su libertad.

S. Ambrosio nos asegura lo mismo de los hunos. Todo lo que Tácito cuenta de los germanos relativamente al vicio del juego y á las consecuencias á que quedaban espuestos los vencidos, se ve confirmado por la historia de los salvajes modernos. Los viajeros convienen en que en África y en América las hordas vagabundas y las poblaciones enteras se entregan al juego con mucho más furor que los pueblos civilizados. Los indios han llegado á jugarse los dedos de las manos y á cortárselos para pagar la deuda. Los negros de Fuida se jugaban sus mugeres y sus hijos.

El vicio del juego sofocó en otra época los sentimientos de la gravedad y la decencia que deben brillar en todos los actos de la vida de un eclesiástico. Justiniano nos dice que los mismos obispos perdian el tiempo jugando á los dados. Le Beau habla de un obispo de Sillea, contemporáneo del emperador Leon V, que no sólo era el más astuto cortesano, sino tambien el jugador más intrépido. El cardenal S. Pier Damiano, en el siglo XI, condenó á un obispo de Florencia por haber jugado en un meson, á rezar tres veces el salterio, á lavar los piés á doce pobres, y á dar un escudo á cada uno de ellos.

Los señores feudales altaneros y viciosos, ambicionando dinero, y buenos tan sólo para esquilmar á sus vasallos, despues de haberse batido y emborrachado, jugaban furiosamente sin que ni las leyes ni la decencia les impusieran ningun freno. El hermano de S. Luis jugaba apasionadamente á los dados, sin consideracion á las órdenes de aquel virtuoso monarca. El sistema feudal aumentó en los pueblos la necesidad de jugar, porque muchas veces retenia á los hombres ociosos en los ejércitos.

Duguesclin, condestable de Francia y el más famoso

guerrero del siglo XIV, hombre no ménos grande en el consejo, perdió jugando cuanto poseia. Muchos generales, despues de haber perdido su fortuna, comprometeron en el juego la independendencia de su patria. Filiberto de Chalon, príncipe de Orange, que mandaba el sitio de Florencia por el emperador Cárlos V, perdió en el juego el dinero que habia recibido para pagar á sus soldados, y despues de once meses de fatigas, se vió precisado á capitular con los mismos á quienes hubiera podido forzar á rendirse.

El juego encontró asilo, proteccion y seguridad en las córtes, y fué estimulado por el ejemplo de los mismos reyes. Enrique III de Francia estableció en el Louvre una tertulia en donde se jugaba con naipes y dados, y en donde perdió en una noche treinta mil escudos. Enrique IV estendió con su ejemplo la pasion del juego; de modo que toda la severidad de Luis XIII no consiguió enfrenarla. La pasion de Enrique fué tanta, que un día se retuvo setenta mil libras de una confiscacion de bienes, en la cual no le correspondia percibir ni un escudo. Muchas personas ilustres se arruinaban, y cuando era preciso pagar, los que perdian se desquitaban con la espada y ensordecian á los tribunales.

En nuestros dias esta pasion se ha calmado mucho, porque la han sustituido otros gustos, y el tiempo y el dinero que se gastan en el teatro, no se pueden gastar en el juego: lo que se gasta en cerveza y en sorbetes, se economiza en las cartas: y así se puede decir de muchas otras cosas calificadas tal vez de molicie. En el ánimo del vulgo no ha menguado el deseo de ganar, pero se ha disminuido el poder de jugar.



## CAPÍTULO VI.

### ESCESO EN LA CORRUPCION DE COSTUMBRES EN LOS PASADOS SIGLOS.

Hemos visto que el primer resultado de la ignorancia es el esceso en el comer y en el beber, y ahora veremos que el segundo es el esceso en el uso y en el abuso de las mujeres; cosas ambas que destruyen la economía y atacan la moral: por tanto es evidente el deber de gratitud hácia los gobiernos que alientan la instruccion y procuran moralizar al pueblo. Los hechos nos demostrarán esta verdad cual nos han demostrado otras; mas antes de exponerlos debemos deducir de todo lo dicho una consecuencia.

Dejamos sentado que antiguamente era grande el esceso en el comer y en el beber, lo cual está probado con buenos y numerosos documentos. Consultando la experiencia vemos que la gula estimula en vez de calmar otros deseos físicos, y que la embriaguez acaba con todo sentimiento de decencia. Los viajeros observan que los ingleses, aunque no muy adoradores del bello sexo, se hacen galantes de un modo bien poco gentil cuando están borrachos.

La poligamia proscrita de las costumbres de todos los pueblos civilizados se encuentra en todos los bárbaros ó semibárbaros.

Las mujeres de los bretones, pueblo que se alejaba poco de los bárbaros, segun nos refiere César, eran comunes á diez ó doce hombres, y particularmente las de un hermano eran comunes á los otros, y las del padre lo eran á los hijos. A las reconvenciones dirigidas por la emperatriz Julia acerca de este vergonzoso comercio á la mujer de Argatocoxus, príncipe Breton, esta no ne-

gó el hecho, pero dirigió la acusacion contra las señoras romanas.

Los códigos de los pueblos bárbaros que invadieron el imperio de occidente hablan muchas veces de las violencias hechas al pudor y del rapto de mujeres : lo cual hace probable el rapto de las sabinas atribuido á los romanos en su primitiva rudeza.

Parece que después de la invasion de los bárbaros en el siglo V era comun á los maridos el uso de hacer de sus mujeres un tráfico infame, por mas que se hubiesen publicado leyes severas para impedirlo. En aquel estado social no podia suceder otra cosa, pues por un lado vemos excesos en el comer y beber, y por otro la escasez de las artes antes del siglo XII no ofrecia muchos recursos. La nobleza tenia medios para comprar y la plebe tenia necesidad de vender : hoy el pueblo adquiere á título de trabajo lo que entonces obtenia á título de corrupcion.

Carlomagno cambia de mujer nueve veces sin grandes formalidades y sin causar escándalo : lo que prueba que el sistema de la monogamia cual fué predicado por Jesucristo aun no se habia inoculado en la opinion pública.

En la Galia algunos monasterios eran centro de corrupcion en que se cometían no pocos infanticidios.

S. Bonifacio nos dice que las señoras y las monjas inglesas en sus frecuentes peregrinaciones á Roma perdian la castidad, de suerte que en las Galias y en Lombardía eran muy pocas las ciudades en donde no hubiese prostitutas inglesas.

Botinelli, hablando de lo que la ignorancia influye en las costumbres, dice refiriéndose al año 900 : Por causa de ella perdidos los estudios, los libros y las lenguas, ignoraron la ley cristiana y la civil. Los dogmas y la moral se depravaron aun entre los sagrados pastores y ministros: el vicio y la virtud se distinguieron muy po-



co, y los mas graves escesos de los adulterios, de los homicidios, de los incestos se tomaron como hechos naturales en el rico y que debian perdonarse al fuerte. El saber era objeto de irrision y de vituperio, y las mismas leyes y los magistrados justificaban tales desórdenes.

Si damos crédito á Platina, á Genebrardo, Stella y Baronio, las meretrices eran tantas y estaban tan acreditadas, que ellas distribuían los mas elevados cargos de la república.

Edgardo, rey de Inglaterra, atribuye los mas escandalosos vicios á los eclesiásticos en un discurso pronunciado ante un concilio general de su reino: Les echa en cara la embriaguez, el juego y la disolucion.

Al oír tales cargos, el arzobispo Dunstan, con el asentimiento del concilio, ordenó á los eclesiásticos que conservasen la castidad, ó que abandonasen sus iglesias.

Desde el año 1003 al 1099, mas de veinte concilios recuerdan la desarreglada conducta de los eclesiásticos, tanto seglares como regulares, su cohabitacion con muchas mujeres, y sus hijos ilegítimos. Fleury, hablando de los cánones del concilio de Pavía del año 1020, dice: Las actas que de él nos quedan comienzan por un largo discurso en el cual el papa se lamenta de que la licenciosa vida del clero deshonra á la iglesia, y que ellos disipan los bienes que la misma ha recibido de la liberalidad de los príncipes, gastándolos en mantener públicamente mujeres y enriquecer á sus hijos.

La disolucion y la impudencia de los poderosos llegó en aquel siglo al punto de que en Inglaterra muchas mujeres se encerraron en monasterios para sustraerse á la liviandad, tomando el velo á fin de salvar el honor. La corrupcion universal hizo creer que estaba próximo el fin del mundo.

Cuando un naufragio es inminente parten de la orilla buques de auxilio, á los gritos de los asaltados corre el ejército á la defensa. Así mismo en la edad media se eri-

gió la órden de caballeros, cuyo objeto fué defender de los raptos al sexo débil, como la guardia civil se propone librarnos de los ladrones. Tantos caballeros deramados por todas las naciones suponen una agresion general y frecuente. Lo peor es que los defensores se transformaron en corruptores : y las mujeres, ó defendidas, ó robadas, ó seducidas, fueron reunidas como en celdas monásticas, gobernadas por otras, ó sea en verdaderos serrallos.

Quando en el término de cada siglo desde el XI al XV los predicadores anunciaban el próximo fin del mundo, la historia nos dice que los hombres restituían los bienes y las mujeres agenas.

En el siglo XIII el número de dias festivos era casi triple que el actual, de lo que resultaban mas dias de huelga, y por otra parte el sentimiento religioso manchado por la ignorancia, por las leyes, y por los usos, no podia reprimir el desenfreno de las costumbres. El tiempo en que tantos ejércitos ardiendo en zelo religioso fueron á combatir á fin de recobrar y conservar el Santo Sepulcro, presentó el espectáculo de la depravacion mas universal y abominable. Los peregrinos y cruzados introdujeron en Europa los vicios de Asia, y llegaron al Asia los vicios de Europa. S. Luis durante su piadosa y memorable espedicion no pudo con sus virtudes, con su ejemplo, ni con sus amonestaciones impedir la disolucion y los desórdenes que lo rodeaban, tanto, que delante de su misma tienda de campaña se establecieron burdeles.

Muchos escritores atestiguan el tirano é infame uso que daba á los señores feudales el derecho de dormir la primera noche con las nuevas esposas de sus vasallos, y esta costumbre subsistió en algunos puntos de Europa hasta el siglo XVII.

La historia de Gascuña nos habla en tiempo de Carlos el Hermoso de la insurreccion de los bastardos, hi-



jos naturales de los nobles. El saqueo, los robos, los estupro, los raptos, los fraudes y un valor desesperado fueron las armas con que los bastardos trataron de arrebatarse á sus hermanos legítimos los castillos de los padres: y esa sangrienta guerra fué tan obstinada, que acabó con el primer ejército enviado por Cárlos para combatir á los sublevados.

En los romances y cuentos que parece fueron la principal lectura de cuantos sabían leer y de cuantos tenían tiempo para escuchar, reina un espíritu licencioso que demuestra la mayor disolucion en el comercio entre los dos sexos. Esta observacion que se ha hecho muchas veces á propósito de Boccacio, y de los demás antiguos romanceros italianos, es igualmente aplicable á los sonetos y romances franceses, tanto en prosa como en verso, y á las poesías de los trovadores. La violacion de las promesas y de los derechos maridales es en ellos considerada como un privilegio del valor y de la belleza: y parece que un caballero perfecto gozaba sin obstáculo ninguno y en virtud de general consentimiento de los privilegios mismos á que aspiraban en la época de la mas desatinada corrupcion francesa los cortesanos de Luis XV.

Felipe el Bueno, Duque de los Países Bajos, quien en 1430 creó la orden del Toison de Oro y tomó por patronos á la Sta. Virgen y á S. Andrés, quiso que los caballeros de su orden fuesen veinticuatro en honor de sus veinticuatro queridas.

En los siglos XV y XVI estaba la corrupcion tan entendida, que se le propuso á Enrique VIII de Inglaterra que señalara al adulterio la pena de muerte, como único medio capaz de contenerlo.

Cuando en el clero que sirve de ejemplo á los demás se notan señales de corrupcion, bien puede creerse que es mucho mayor en la masa popular. Y si damos fé á los historiadores eclesiásticos que estimando la honra

del clero hubieran querido verlo libre de aquellos vicios que le desacreditaban, hemos de decir que en los siglos XV y XVI habia en el clero secular y en el regular muchos individuos ignorantes y corrompidos, quienes descuidando los deberes de su ministerio disipaban las rentas de sus beneficios en banquetes.

Nos dicen los historiadores que el concubinato y la simonía eran delitos comunes, y por esto se hicieron oír tan reciamente las demandas de reforma en los mismos concilios de Constanza y Basilea. Y de los conventos de monjas se dicen tales cosas, que las tendríamos por increíbles, á no verlas atestiguadas por escritores de la misma época que lamentan esos desórdenes y claman por su remedio. ¡Cuanto distamos hoy de semejante estado!

En la vida de S. Carlos Borromeo se conoce á quanto desarreglo de costumbres habia llegado el clero en Lombardia, pues el mismo santo arzobispo se vió obligado á suprimir muchos conventos de monjas y lo propio sucedía en otros puntos de Europa.

En el año 1659 se observó en Roma que habian quedado viudas muchas jóvenes, y que muchos maridos morían al poco tiempo de no agradar á sus esposas. De lo cual resultaron grandes sospechas acerca de una sociedad formada por las mujeres jóvenes.

Garelli, médico de Carlos VI, Rey de las dos Sicilias, escribió hácia aquel tiempo al famoso Hoffman lo que sigue: Vuestra elegante disertacion acerca de los horrores relativos á los venenos, ha traído á mi memoria cierto veneno lento que un infame envenenador que aun está en la carcel de Nápoles, ha puesto en uso para acabar con 600 personas.

No puede dudarse que el infame arte de preparar y administrar secretamente diferentes clases de venenos se difundió espantosamente en Roma y en Nápoles hácia la mitad del siglo XVII. En Francia y particularmente



en Paris llegó al mas alto grado hácia el año 1670. En 1679, para castigar estos delitos, se creó un tribunal especial con el título de tribunal de venenos.

Segun el testimonio de Flechir, obispo de Nimes, en los hermosos tiempos de Luis XIV, esto es en 1665, los delitos eran tan horribos y comunes, que su lectura estremece; y de la propia manera habla el abate Dureux refiriéndose á la época misma.

La venta de la justicia y el abuso del juramento que llegaron en tiempos pasados á un punto increíble, no justifican por cierto las buenas costumbres de entonces.

Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, condenó en el siglo VIII á la pena capital á 42 jueces convencidos de corrupcion.

El conde Verri hablando de las costumbres de los siglos X y XI, dice: No hay en estos tiempos juez alguno, por corrompido y miserable que sea, que se atreva á decir descaradamente que ha vendido la sentencia: Y no obstante entonces el emperador Oton III no tuvo dificultad en asegurar en un diploma del año 1004 que recibió del obispo de Tortona la mitad de los bienes que se litigaban: de donde puede deducirse cual era el estado de las leyes, de la disciplina y de las ciencias.

En dicho siglo XI, Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra, á despecho de las excelentes cualidades que se le atribuyen, no se avergonzó de hablar en uno de sus fallos que aun se conserva, de un hermoso regalo que había recibido de una de las partes como motivo de la sentencia pronunciada.

Los jueces reales llegaban á tal exceso de venalidad en Inglaterra, que en 1229 fueron acusados criminalmente y declarados culpables y condenados á multas proporcionadas á sus delitos. El canciller Adan Stratton, primer baron del echequier, pagó por su parte treinta y cuatro mil marcos, equivalentes á trescientas cuarenta mil libras esterlinas, y las multas impuestas á

los demás jueces, ascendieron á la suma de cerca de un millon de libras esterlinas.

Esta severidad no hizo á los jueces mas circunspectos, ya que después de aquella época se encuentran quejas y reclamaciones muy violentas contra su corrupcion. El monge de Matensbur asegura que en el año 1219 todos los ministros y jueces reales sin excepcion vendian la justicia al mejor postor. Estos hechos no causan maravilla cuando se reflexiona que los mismos reyes daban ejemplo de corrupcion.

La historia dice que en los siglos XV y XVI los jurados se dejaban comunmente corromper, y que su impudencia conocida de público fué atizada por Enrique VII en los iníquos procesos que intentaba contra sus súbditos.

En los paises en donde el poder judicial, arrebatado de manos de los reyes pasó á la de los señores feudales, estos lo consideraron, no como una carga que les imponía obligaciones para con la sociedad, sino cual un medio de poder y de riqueza, por lo cual usaron de él segun los consejos de su ambicion, de su orgullo y de su sed de oro. El derecho de juzgar sirvió para violar la propiedad con exacciones, atentar á la seguridad individual con encarcelamientos, quitar la buena fama por motivos viles, y vender á las pasiones que la compraban la opresion de cualquiera inocente.

Esta corrupcion general produjo dos efectos extraordinarios. En Inglaterra se erigieron y duraron mas de un siglo sociedades de personas que se favorecian recíprocamente en sus procesos, á fin de burlar las sentencias de los tribunales ó impedir que se ejecutaran.

En Francia muchos hombres libres, movidos á desesperacion por tantas iniquidades, renunciaron á la libertad, descendiendo á la clase de esclavos para encontrar en el amo un protector interesado en defenderlos.

Los muchos juramentos falsos que menciona la histo-



ria nos hace creer que la religion de nuestros antepasados, en vez de penetrar en el ánimo y dirigir sus afectos, se limitaba á las apariencias. Algunos hechos lo confirman.

Roberto, rey de Francia en el siglo X, habiendo visto cuan comun era jurar falsamente sobre las reliquias de los santos, y al parecer menos escandalizado por el delito que por el sacrilegio, mandó que se hiciese uso de un relicario de cristal, en el cual no hubiese reliquias, á fin de que aquellos que lo tocasen fuesen menos culpables, si no por la intencion, al menos por el hecho. El conde Verri, hablando de los siglos X y XI, dice: la sola religion era el móvil de todas las acciones en aquel tiempo si bien esta mi proposicion no es justa. La apariencia de religion lo movia todo, y la religion verdadera estaba muy descuidada. El faltar á la palabra, el asesinar, destruir, usurpar, calumniar, oprimir, eran acciones comunmente practicadas casi sin repugnancia. Y en medio de esto todas las prácticas del culto religioso eran escrupulosamente observadas y servian de pretexto al desahogo de la feroz inquietud de los nuevos republicanos, poco dignos en verdad de ser libres por el abuso que hicieron en daño propio y de los vecinos.

A los numerosos juramentos falsos abrió mucho campo la ignorancia, porque como casi nadie sabia escribir y no pudiendo consignarse los actos y documentos escritos, fué preciso confiar enteramente en la prueba testimonial y abusaron de ella. Aquel contra quien se entablaba una acusacion ó una demanda se desprendía del compromiso jurando junto con los testigos que él mismo presentaba, que no habia hecho lo que se le imputaba. El número de testigos que debían de jurar crecía segun la importancia del negocio, y en las causas criminales á veces llegaba á setenta.

En las causas civiles podía llegar á ser mucho mayor: é iban al tribunal arreglados como dos pequeños

ejércitos en cada uno de los cuales iban á veces hasta mil personas. Estos testigos llevaban una arma en la mano derecha, cual si tratasen de enmudecer á la ley, la cual en los pueblos civilizados no consulta la fuerza si no el derecho.

Atendido este insensato sistema de procedimiento que fué introducido en occidente por los bárbaros en el siglo V, y ha continuado hasta el XVI en algunos países, muchos ejercían el oficio de jurar en los tribunales de justicia mediante un salario. En Inglaterra aun quedan huellas de este delito.

La historia rebosa en juramentos hechos y violados hasta por los mismos reyes y corporaciones, sin que la opinion pública los vituperase: lo cual era un grande estímulo de la general y profunda corrupcion. En 1398 todos los lores espirituales y temporales de Inglaterra en la famosa asamblea de Shrawburg, llamada el gran parlamento, juraron solemnemente sobre la cruz de Cantorbery no tolerar jamás que ninguna de las leyes hechas en aquel parlamento se variase, y no obstante esos mismos lores en menos de dos años anularon todas esas leyes.

Inventáronse diferentes ceremonias para aumentar la solemnidad de los juramentos y garantizar su observancia, pero todo fué en vano. Entre esas ceremonias y entre personas que tenian en tanta estimacion la caza, es notable la intervencion de un faisán. Felipe el Bueno, duque de Borgoña en 1453, en medio de un gran banquete y ante toda su corte hizo traer con mucha pompa un faisán asado y habiendo estendido sobre él la mano, juró pronunciando contra sí mismo las mas horribles imprecaciones si faltaba al juramento, juró, he dicho, ir armado contra los turcos. Toda la corte repitiendo la misma fórmula juró acompañarlo, y no fué ninguno.

Querer que un faisán asado aumentase la solemnidad de un juramento, era un rasgo de sencillez especial, pero



desgraciadamente la historia suministra muchos hechos que desmienten aquella sencillez y manifiestan un exceso de impunidad de que no ofrecen ejemplo los tiempos modernos. Nadie ignora el hecho de Chilperico rey de Francia en el siglo VI. Habia jurado no entrar en Paris sin consentimiento de los otros dos reyes sus hermanos, bajo pena de la maldicion de S. Polideto, de S. Martin y de S. Hilario, invocados como garantes del tratado. Apesar del juramento, ese rey, impío con escándalo, y supersticioso con demencia, habiendo querido entrar en aquella ciudad se hizo preceder por las reliquias de otro santos, creyendo ó fingiendo creer, que estos lo defenderian contra la venganza de los invocados.

### **Exceso de la infelicidad social durante los pasados siglos.**

Los ejercicios guerreros de que he hablado en otro lugar, además de ser una ocupacion en los ratos de ocio y un medio de rapiña, eran una cosa exigida por la necesidad, por que en efecto, en estado de barbarie, cuando el gobierno no está organizado, el individuo no puede esperar proteccion mas que de sí mismo. No hay tribunal á donde pueda acudir para alcanzar reparacion de los agravios que se le hacen, ni fuerza pública que le defienda de los ataques de otros. Forzado á contar con sus propios recursos para rechazar ó castigar, debe ejercitar constantemente sus brazos á fin de no ser abatido. Mas como la agresion á que está sujeto es casi siempre mayor que la resistencia que puede oponer, como siempre es posible que sea sorprendido de improviso cuando vela y cuando duerme, se encuentra y ha de encontrarse en estado habitual de temor, y este temor habitual basta para desmentir la felicidad que Rousseau y Rainal envidian al salvaje.

Quando nacen las sociedades sin que aun haya nacido

el gobierno, el individuo que no puede alcanzar por sí mismo una venganza cumplida, empeña á sus amigos á que se le unan, y de ahí proceden las confederaciones particulares para el ataque y para la defensa, y los miembros que las componen se encuentran animados por las mismas pasiones. En tal estado de cosas el castigo nunca es proporcionado al delito. Los hombres enfurecidos por la ira y jueces en causa propia, no conocen ni la compasion ni la justicia. El resentimiento que confunde las personas y las cosas venga en el hijo el delito del padre, insulta á la esposa cuando no puede ofender al marido, mata al hermano porque el otro hermano se le ha escapado de las manos. Así se van formando ódios atroces que dividen á las familias, que se transmiten de padres á hijos y no se extinguen sino con lo sangre.

Tal fué poco mas ó menos con mayor ó menor exactitud el estado de Europa desde el siglo V al XI. Es preciso figurarse á todos los hombres armados siempre para la ofensa ó para la defensa, yendo de acá para allá, quien á conquistar lo suyo ó lo ageno, quien á proveerse de lo que necesitaba, quien á buscar servicio en las guerras, quien para asaltar castillos, quien para defenderlos procurando siempre todos edificarlos ó poseerlos á fin de ser mas fuertes ó de estar mas seguros. Así vemos todavía en las cumbres de todos los montes las ruinas de los mismos, ruinas que han ido aumentando las posteriores guerras civiles. Las cosas debían ser así forzosamente desde que los bárbaros del norte vinieron en el siglo V para destruir el imperio de occidente.

En unas partes los propietarios debieron ceder á sus nuevos hospédes el tercio de sus bienes, en otras dos tercios y en algunas el todo. Los incendios destruyeron los archivos que conservaban los títulos de los particulares; la ignorancia no supo conservar los registros administrativos, el desórden general era un invencible



obstáculo para todo: y de aquí fué que en esos tiempos en que nadie sabía leer y escribir vacilaron todos los derechos personales y reales, y en consecuencia las disputas dividieron las familias. Estas disputas, en fuerza de los usos introducidos por los bárbaros, se decidían por la espada, y los ciudadanos, si así puede decirse hablando de aquellos tiempos, se encontraban en la alternativa de perder todos sus derechos civiles ó de perder la vida. Por un lado los delitos eran castigados con penas pecuniarias, de donde resultaba que el rico nunca era delincuente, y por otro las iglesias ofrecían un asilo á todos los malvados, de suerte que ninguno podía ser castigado. La propiedad, la vida y el honor, no encontrando salvacion en los tribunales, apelaron á las venganzas particulares que se hicieron feroces é inestinguibles.

A semejante situacion deben añadirse las guerras que en la primera época se hicieron los bárbaros para arrebatarse á porfía sus conquistas; el orgullo de los conquistadores contra los vencidos; las mayores penas contra los delitos de los conquistados; los hábitos de la civilizacion anterior transformados en los hábitos de la barbarie; la preferencia dada á los conquistadores para los cargos públicos, y toda la administracion civil sujeta á formas militares. En suma, de la anarquía y de la violencia no podia resultar sino un estado de confusion y de miseria. Los obispos congregados en el concilio de Maguncia en 888, dicen: Por todas partes estamos rodeados de ladrones y de pícaros que asesinan á los pobres, roban á los ricos y no temen ni á Dios ni á los hombres.

En esta situacion se encendió en el siglo XI la terrible guerra de las investiduras entre los papas y los emperadores de Alemania. y durante medio siglo llenó la Italia de estragos, las conciencias de terror y las familias de ódios, pues unos seguían el partido del papa

y otros el del emperador, y eran escomulgados si cedían á la fuerza y oprimidos si cedían á la escomunión. Hordas de bárbaros penetraron en el capitolio, las poblaciones huían á su aproximación, todo se cerraba para librarlo de su latrocinio. En medio de estas discordias se animan los partidos de las repúblicas italianas desde el siglo XI al XV, y una porción de ciudadanos arroja de las ciudades á los demás á fin de dominar en el gobierno. Se confiscan los bienes de los espatriados, las relaciones de familia se convierten en delito, la venganza se ceba en el culpado y en el inocente, y continúan los ódios citados mas arriba. Los espatriados van errantes por Italia mendigando ayuda y fuerzas para entrar en su país; se vende la patria á los príncipes estrangeros con pretesto de hacerla libre; las magistraturas se cambian tres ó cuatro veces en cada un año, y el pueblo se subleva en la plaza en vez de trabajar en los talleres.

Aquellas repúblicas, no contentas con ser libres, quieren dominar y buscar pretestos para recíprocamente subyugarse. Las ciudades se abandonan á un ódio mútuo, tanto mas violento cuanto son mas vecinas y mas ricas, y de aquí nacen continuas guerras. Su historia política se reduce á riñas en la plaza entre los ciudadanos y á riñas en el campo con los vecinos.

Los partidos políticos se enconaron con los partidos religiosos que comienzan en el siglo XII. Dejando á un lado lo mucho que acerca de esto podría decirse, bastará recordar que en el siglo XIV y en el principio del siguiente el gran cisma dividió á toda Europa en facciones horrendas que duraron cerca de cincuenta años. Los papas aspirantes á la tiara se escomulgaban unos á otros, los estados se arman para defender á este y al otro, y los cristianos se matan con un furor inesplicable. Las costumbres del clero se van corrompiendo aprisa, dudas mortales atormentan á las conciencias, inciertas acerca de á cual de los dos papas deben obediencia.



Exacerbados los ánimos con tales partidos civiles y religiosos, se desplegó una ferocidad sanguinaria tanto en las cuestiones privadas como en las guerras.

Basta decir que en los siglos XIV y XV aquella ferocidad se comunicó hasta el bello sexo, y muchas mujeres se convirtieron en soldados y tomaron parte en los asaltos de ciudades. Desde el siglo V al XIV la campiña en particular y los pueblos gimieron bajo la tiranía de los señores feudales, quienes usurpando una parte del poder real vivían atrincherados en sus castillos.

El ócio y la crápula traen consigo la corrupción: los feudatarios en sus castillos se entregaban á aquellos vicios á que se habia entregado Tiberio en la isla de Caprea: las mugeres que no se dejaban seducir habían de ceder á la fuerza, sin que ninguna autoridad pudiera sustraerlas á las garras de los raptores. El empeño de presentarse en los torneos y en las cortes de los príncipes, fué causa de que cada feudatario quisiera eclipsar al otro en la riqueza de su trage y de sus caballos, y no pudiendo aumentar sus recursos pecuniarios con alguna industria honrada que despreciaba sin conocerla, los aumentó con el robo y saqueó á los vecinos, despojó á sus vasallos, se hizo salteador de caminos y pudo serlo impunemente por que la autoridad soberana carecia de fuerzas para reprimirlo. A fin de salvar una hacienda fué preciso hacer donacion de ella fingida ó verdadera á la iglesia, é invocar el patrocinio de un santo contra las avenidas de un tirano feroz.

Entre los privilegios feudales, ninguno se acomodaba tanto al genio de aquellos señores como el de hacerse la justicia con la espada: y de aquí provino que entre esa gente ruda, orgullosa y feroz las guerras fuesen continuas y se derramasen fuera del territorio de los batalladores, por que todos los parientes hasta el cuarto grado se encontraban envueltos en la contienda. Cuando cesaban las hostilidades, la inquietud desoladora paralizaba

las industrias y el comercio, porque se sabía que de hoy á mañana podía comenzar de nuevo la lucha. Como la crueldad está en razon de la flaqueza, tantos pequeños señores debían ser crueles.

Aun que el creciente poder de la autoridad real fué oponiendo obstáculos cada vez mayores á las iniquidades de los señores feudales, aun subsistian en el siglo XVII muchas huellas de superchería feudal, tanto en las ciudades como en los pueblos, de lo cual podríamos citar varias pruebas, si no fuera muy diferente el objeto de este escrito.

Desde el siglo IX al XIV las agresiones son la gangrena que corroe en general á toda Europa. El decreciente poder de los reyes, las progresivas usurpaciones de los señores feudales y sus recíprocas luchas por una parte hicieron inútiles la vigilancia pública, y por otra aumentaron la masa de los agresores con los restos de los disueltos ejércitos. De la narracion de Lupo, Abad de Ferrier en el siglo IX se deduce, que los caminos reales estaban infestados de manera que los viandantes se veían precisados á reunirse en carabanas para tener alguna seguridad contra los mesnaderos.

La frecuencia del delito maleó la opinion pública que debía condenarlo, y por esto los jueces inferiores habían de jurar que ni ellos cometerían robos, ni protegerían á los ladrones. Se multiplicaron de tal suerte estos delitos y se cometieron con audacia tanta, que la autoridad civil no tuvo fuerza suficiente para reprimirlos: se imploró en vista de esto la autoridad eclesiástica, se celebraron solemnes concilios con este objeto, y en presencia de las reliquias de los santos se fulminaron anatemas contra los ladrones y contra los perturbadores del público reposo.

En el siglo undécimo los bosques de Inglaterra rebo-  
saban en tantos y tan terribles agresores, que los habitantes de las comarcas inmediatas inventaron una



plegaria particular contra los ladrones, y la recitaban cada noche al cerrar las ventanas de sus casas. Esas compañías de bandidos hallaban protección en los barones que acogiéndolos en sus castillos los sustraían á la acción de la justicia con el pacto de repartir con ellos el fruto de sus robos. En el reinado del débil Enrique III de Inglaterra, todos los castillos y casas fuertes de la nobleza eran otros tantos receptáculos de agresores. El condado de Hampshire contenía tan crecido número que los jueces no podían encontrar testigos que osasen declarar contra ellos. El rey se quejó de haber sido insultado y despojado pasando por su territorio: y luego se averiguó que muchos de los nobles que formaban parte de la casa del rey pertenecían á la sociedad de aquellos ladrones.

Aunque Eduardo I empuñara con mas firmeza las riendas del Estado, sin embargo en su reinado una cuadrilla de ladrones asaltó en el año 1285 la ciudad de Boston durante la feria y se llevó un botin inmenso. Su capitán Roberto Cumberland, gentil hombre, rico y poderoso, fué preso, juzgado, condenado á muerte y ejecutado; mas no se le pudo arrancar el nombre de ninguno de sus cómplices.

A la ferocidad juntaban esas gentes la impudencia. Uno de sus capitanes había hecho bordar en su vestido con letras de plata esta inscripcion: « Soy Warner, capitán de una cuadrilla de ladrones, enemigo de Dios, sin compasión ni misericordia. » Es menester convenir en que los ladrones de nuestros tiempos son menos desvergonzados y menos impíos. No es difícil comprender que los asesinos que osaban atacar al rey, á cardenales, á obispos, á condes acompañados de mucha gente, y asaltar ciudades poderosas, debían ser formidables para los viandantes particulares y para los habitantes de los pueblos, y los hechos lo confirman plenamente. El robo se hizo tan de moda, que segun algunos escritores, en el solo

reinado de Enrique VIII fueron muertos en Inglaterra veinte y dos mil ladrones y agresores.

A la suma ya extraordinaria de los males hasta ahora indicados, es preciso añadir las frecuentes pestes que desolaron antiguamente la Europa.

Durante la república romana, el período medio entre una y otra peste fué calculado en veinte y un años.

Desde Octavio Augusto hasta el año 1680 de la era cristiana, se cuentan noventa y siete enfermedades pestíferas, cuyo período medio fué de diez y siete años. La época mas fecunda en calamidades que presenta la historia se halla entre los años 1060 y 1480, en cuyo transcurso de tiempo se cuentan treinta y dos pestes terribles y destructoras, cuyo intervalo medio se reduce á doce años.

En el solo siglo XV, durante el cual las enfermedades y las desventuras de toda clase llegaron al colmo, la Europa fué catorce veces devastada por una peste horrible y casi universal, lo que reduce el intervalo medio á siete años.

Los esfuerzos de los príncipes y las reclamaciones de la filosofía han conseguido alejar la peste de la mayor parte de Europa y relegarla al Oriente, en donde bajo la custodia de la ignorancia y de la superstición se conserva y reproduce. Nosotros añadimos aquí, que aun esto mismo ya no es verdad, pues merced á la frecuencia y rapidez de las comunicaciones, al actual sistema de cuarentenas y á la idea dominante de que ante todo debe procurarse evitar entorpecimientos al comercio, las pestes no quedan relegadas en Oriente, sino que vienen con frecuencia y vendrán todvía mas á menudo á diezmar la Europa, la cual estima en mas las riquezas procuradas por el comercio, que la vida de sus hijos y la felicidad de las familias.

La lepra introducida quizás en Italia por los bárbaros en el siglo VII fué estendiéndose en los siguientes. Las



cruzadas redujeron esa enfermedad puede casi decirse á constitucion secular combinando la lepra oriental con la conocida en Occidente. Esa enfermedad se propagó hasta tal punto, que en el siglo XIII Francia contaba ya dos mil hospitales de leprosos, y en toda Europa pasaban de diez y nueve mil.

En el siglo XVI Alemania se lamentaba del inmenso número de leprosos que tenia.

A los males reales es preciso añadir los imaginarios mas fuertes y mas frecuentes que aquellos. El hombre, ser naturalmente débil y por lo tanto medroso, teme todo lo que no conoce y todo lo que juzga superior á sus fuerzas. Los temores están en razon de la ignorancia, como las caidas en razon de la debilidad. Los progresos del saber humano nos han librado de mil espectros, que asediaban sin cesar el espíritu de nuestros mayores. Como no conocian los fenómenos físicos, atribuian á la intervencion del demonio las cosas mas naturales y temblaban. Un rumor nocturno producido por los muebles á causa de las alternativas de la humedad y de la sequedad, era para ellos el grito de un alma del purgatorio y temblaban. La enfermedad de un niño, de un buey, de una re cualquiera, era efecto de un maleficio y temblaban. La cola ó la barba de un cometa anunciaba segun la astronomía de entonces estragos y pestes, y los hombres temblaban. Si un cualquiera voceifera la proximidad del fin del mundo, nuestros mayores le daban crédito y temblaban.

Lo peor era que como los males mas comunes eran atribuidos al demonio, no se buscaba el remedio para librarse de ellos, y por otra parte suponiendo ejecutores de las órdenes del demonio á personas á las cuales se apellidaba magos y brujos, á estos se los castigaba con penas atroces. Todos los códigos de los pasados siglos hablan de maleficios, esto es, de delitos imaginarios de los cuales no es posible formarse idea. Hasta úl-

timos del siglo XVI era general la persuasión de que los brujos suscitaban las tempestades, y por esto eran quemados, como entre otros documentos podemos citar el horrible proceso formado en 1583 en Berlin contra dos pobres viejos que fueron quemados.

Los desórdenes que turbaron la iglesia en los siglos XIV y XV fueron causa de que muchos abandonasen en Alemania las opiniones dominantes en Italia, y esto ofreció hincapié á que haciendo una terrible mezcla de esos errores con las preocupaciones dichas, fuesen llevados al patíbulo como brujos muchos millares de personas, y esta calamidad no se concretó al imperio, sino que vino á generalizarse en otros Estados de Europa.

## CAPÍTULO VII.

### INSULTOS A LA PUBLICA DECENCIA EN LOS PASADOS SIGLOS.

Los juegos bufonescos, mímicos y teatrales, anteriores al siglo XIV están muy lejos de ser decentes, como puede verse en las proscripciones que de ellos hacen diferentes autores contemporáneos, y entre ellos J. Sarisburiens. Pedro Azario describe una fiesta que hácia mediados de aquel siglo se dió en una plaza de Payía, en presencia de la Universidad y de todos los habitantes, la cual no ofrece sino pruebas de poca decencia y de muy soeces costumbres. Nosotros bailamos segun se ha bailado en todos tiempos, pero nuestras ideas acerca de la decencia prohíben esta diversion á las personas mas graves y respetables, mientras que en los pasados siglos la cosa era muy distinta, pues ninguna clase de personas se abstenia de bailar.

No falta quien censura las modas teatrales, dando el dictado de honestas á las maneras de vestir de antaño,



lo cual es bien poco conforme con lo que nos dice la historia. En los siglos XIV, XV y XVI se usaron en Inglaterra calzones angostísimos y toneletes tan cortos, que cuando un hombre estaba en pié no le cubrían las partes inferiores á la espina dorsal, cosa tan poco decente que en el año 1463 el parlamento prohibió esta moda. Montaigne, que vivia en el siglo XVI y que no era hombre de moral muy severa, condenaba en las mugeres el uso de llevar encima de la gorra y en el pecho, el signo con que los paganos representaban al dios de los huertos.

Merecería particular atencion el uso del guardainfante que estuvo en boga hasta 1780, y al cual en muchos puntos de Francia se daba el nombre de *cache bátard*, si no lo viéramos restablecido en nuestros tiempos, y que está muy lejos de justificar la decencia.

En la moda de los sombreros actuales no se vé el péfido objeto de esconder el rostro de los delincuentes sustrayéndolos á las miradas de la policia judiciaria. Sin duda usarían esta moda, si lo fuese, los delincuentes que en la comision de las delitos cubren su rostro con una careta.

En cuanto á la ridiculez de las modas, bien puede recordarse el uso de llevar una calceta ó una pierna de un color y la otra de color distinto, y las postizas nalgas de las mugeres, pero no puedo menos de hacer mencion de la torre que en el siglo XV se alzaba encima de las cabezas de las mugeres, sostenida por dos cuernos laterales que se encorvaban en la estremidad superior. Esa torre se levántaba de manera, que cuando Isabel de Baviera, esposa de Carlos VI de Francia, celebró córtes en Vincennes en 1416, fué necesario levantar y ensanchar las puertas para que pudiesen penetrar por ellas la reina y las damas de palacio.

En los mismos siglos y hasta el XVII se veian en las mesas de los magnates franceses fuentes en que mana-

ba vino hipocrás (composicion de vino, azúcar y canela) y otros licores. Al mismo tiempo solia manar agua de rosas y otras de olor á fin de perfumar las estancias: lo cual no se lo echamos en cara á nuestros antepasados; pero sus ideas acerca de la decencia eran tan diferentes de las nuestras, como que aquellas fuentes á las cuales se daban diversas formas, unas representaban á una muger, de cuyos pechos manaba el hipocrás: otras un muchacho que orinaba agua de rosas, y otras una jóven que arrojaba vino de modo que en nuestros tiempos sería un escándalo intolerable.

En este punto y en muchos otros podríamos citar crecido número de usos admitidos y generales entonces y que no obstante ofenderian hoy la decencia y las costumbres nuestras de tal modo, que ni aun se atreverian á practicarlos la gente mas disoluta. Por fortuna nuestro modo de ver las cosas no puede hacernos temer que se reproduzcan en el siglo en que vivimos.

### CONCLUSION.

**TIENES LA MESA PUESTA, COME LO QUE TE GUSTE.**

En este mi trabajo te he enseñado, oh jóven, á que alejes de tu persona cuanto pueda ofender los sentidos de los presentes é indisponer su ánimo, á que te aliñes de modo que presentes la imágen de la gracia, agena de toda afectacion, á que te abstengas de todas las acciones capaces de ponerte en ridículo ante las personas de juicio, ó de irritar su buen gusto; á que traigas á la memoria de los demás recuerdos agradables, y alejes de ella los molestos; á que te prestes con agrado á los inocentes deseos agenos, y sobre todo á que no suspendas



ó retardes ilegítimamente su curso; á que no exasperes el amor propio ageno manifestando sentimientos diversos de sus pretensiones ó inferiores á ellas.

Te presentarás de modo que no incurras en la tacha de avariento sin traspasar no obstante los límites de tus posibilidades y de la conveniencia. Seria una necesidad querer que tu mérito consistiese en tu traje; pero no lo seria menos si despreciases la opinion del vulgo que te juzga por el vestido. Sigue, pues, las modas del pais donde te encuentres cuando no se opongan á ello la salud, la honestidad y la decencia.

No serás tardo en devolver el saludo ni por orgullo ni por distraccion; mas tampoco lo prodigarás por adulacion ó por vanidad. Todas tus acciones y palabras deben manifestar la impresion agradable que te proporciona quien te visita: y cuando la estimacion, el afecto ó la gratitud te lleven á visitar á alguno, no olvides el tiempo que le robas, ni el fastidio que puede ocasionarle tu larga permanencia en su casa.

No te hagas descortés ni importuno por exceso de cortesía, guárdate de hacerte el generoso con moneda de palabras, si no quieres que te confundan con los charlatanes.

Siendo ordenado en las ideas, exacto en los relatos, breve en la esposicion, y moral en los sentimientos, evitarás ensartar en tus discursos equívocos plebeyos, imagenes obscenas ó poco decentes, contentándote con ser claro, y dejando para los pedantes la afectada eleccion de las palabras.

Sé reservado en aceptar amigos para no tener que arrepentirte, recuerda mas bien los deberes de la amistad que sus derechos, busca en el amigo más consejos que elogios, no des la preferencia á los amigos recientes sobre los antiguos, y nunca concedes á los ruegos del extraño lo que hayas negado á las instancias del amigo. Acuérdate de que el grande gusta de ser gene-

roso, y de que por esto el orgullo para con los inferiores es un señal de pequeñez.

No olvides la máxima de Hesiodo, que los beneficios se deben pagar con usura, por lo cual tu reconocimiento debe pecar en abundante, que no en esceso; más no seas imprudente en aceptar beneficios, y mira bien y muchas veces el rostro del que quiere dispensártelos, por que son muchas las personas indiscretas que por un ténue beneficio pretenden adquirir no un amigo sino un esclavo, y si no quieres serlo te tacharán de ingrato, y el daño que esto te hará en la opinion pública será mayor que el beneficio recibido. Siempre debes confiar más en tu laboriosidad que en la benevolencia agena: aquella te hará amante del trabajo é independiente, la segunda te predispondrá al ócio y te dejará al arbitrio de los caprichos agenos.

No serás mas que medianamente cortés cuando solo conozcas los usos, las costumbres, las pasiones, la conveniencia, en una palabra, lo que suele llamarse *mundo*. Por lo mismo debes frecuentar las reuniones de gente bien educada, á fin de sacudir poco á poco la rudeza que es el traje del hombre solitario. Allí aprenderás á refrenar la impaciencia que gusta de interrumpir los discursos de los otros, á escuchar sin dar indicios de fastidiarte, á no incomodarte por una consideracion irreflexiva, á regular tus palabras al carácter de las personas y á la situacion de su ánimo; te harás menos obstinado en tus opiniones, atenderás mejor las agenas, contradecirás con menos calor, te guardarás de las censuras de los pedantes, y no suscitarás enemigos á la verdad con tu tono presuntuoso y dogmático. Acordándote de las muchas veces en que te engañaste, tolerarás fácilmente los errores agenos, y dejarás para los imbéciles el derecho de creerse infalibles.

El quebrantamiento de estos preceptos comunes daría á entender que no has cultivado la bondad de ánimo.



mo, y que deseoso de parecer sabio has olvidado el hacerse social: el vulgo te compararía á los alquimistas que se mueren de hambre y pretenden poseer el secreto de hacer oro, y á los charlatanes que se mueren de tós mientras venden remedios infalibles para curarla. La bondad de ánimo te procurará la estimacion agena sin engañar tu vanidad, te enseñará á disimular las debilidades de los demás y á no aumentarlas con falsos elogios, ó á ocultar tus antipatías en vez de ser gratuitamente ofensivo, á cerrar los ojos á los defectos que son inofensivos para los individuos y para el público, á conciliar la voz de la conciencia con el deseo de condescender con los gustos agenos y con las exigencias sociales.

Respetá las preocupaciones de los demás sin hacerte esclavo de ellas, y concediendo á cada uno sus títulos, reserva tu estimacion para el mérito. Sé unas veces serio, otras jugueton, pero bufon nunca ni afectado, y de esta manera reunirás la prudencia á la sencillez, la franqueza á la modestia, y la igualdad de humor á los raptos del genio. Persuadido de la vanidad de los demás no hagas alarde de tu saber, manifestando tan solo una parte de él cuando venga muy al caso; más aun cuando seas interrogado, evita en tus respuestas el tono y el aire magistrales, y entre parangones triviales envuelve las ideas mas sublimes, y oculta la moral bajo las flores del placer. Puedes callar y disimular tus opiniones entre personas que las condenan; pero incurrirías en la nota de bajo adulador y de infame embustero si manifestases ideas que repugnan á tu conciencia. Si deseas adquirir fama, el medio es muy sencillo: sé realmente lo que deseas parecer.

Acuérdate de que quien con frecuencia se elogia á sí mismo, dispensa á los demás de esta tarea, y que el visible esfuerzo que hacemos á fin de procurarnos admiradores disminuye su número. El lenguaje del hombre modesto grangea mas secuaces á la verdad, y la

desconfianza que manifiesta de sí mismo sirve en cierto modo de excusa á sus yerros. Cuando habrás registrado hasta sus rincones el saco de la miseria y de la ignorancia del hombre, no te dejarás invadir y mucho menos dominar por el orgullo. No pretendo que renuncies á la nobleza de tus sentimientos comparándote al que trafica con mentiras á fin de encumbrarse, y que no reconozcas la superioridad de tus ideas relativamente á las de la chusma; pero el sentimiento de esta distancia debe inspirarte lástima, que no ufaneza. No te dejes abatir por el vituperio ni ensoberbecer por el elogio.

Hablarás de todos con verdad y justicia, aunque sean enemigos, encomiarás al punto el mérito de los demás si quieres que sea reconocido el tuyo, te mostrarás irónico con los hipócritas, cualesquiera que sean su nombre, su traje y sus palabras. Si la fortuna ó una industria honrada te han colocado en situacion independiente, podrás manifestarte altamente despreciador de la picardía y de la ignorancia poderosas, y denunciarlas á la opinion pública como se denuncian á los tribunales los ladrones; pero si tu situacion no es tan afortunada, deberás ser mas reservado, aunque nunca has de descender á vilezas.

Si en las reuniones deseas grangearte el aprecio de los presentes, déjales tiempo y ofréceles oportunidad de decir cada uno lo que sabe y apláudelos con sinceridad si dicen cosas que lo merezcan. Fastidiarás en las conversaciones si usurpas el derecho de hablador sempiterno, si hablas mucho de ti propio, de tus negocios, de tus haciendas, y lo mismo sucederá si te obstinas en el silencio absoluto que te hará suponer indiscreto ú observador maligno.

La libertad refrenada por la decencia y por la perfecta igualdad son las bases de la conversacion: la franqueza, la amenidad y la confianza hacen todo su gasto, las consideraciones mútuas, las deferencias y las aten-



ciones la hacen agradable y apetecible: la vanidad, las pretensiones orgullosas, el humor acre, la melancolía y el rigorismo del ceremonial la convierten en insoponible.

No olvides que la sal y los dichos picantes deben ser empleados con discrecion, pues estos si lo son demasiado engendran ódios mortales que todo hombre debe evitar á cualquier costa. Mas amable te harás cerrando los ojos á los defectos de los demás, que mostrándote muy dispuesto á publicarlos. Para alcanzar la estimacion de las personas de valía es menester que des á cada uno lo que tiene derecho á exigir de tí: á los superiores respeto y sumision, á los iguales dulzura y atenciones, á tus parientes adhesion y amor, á tus amigos confianza y afecto, á tus contrarios generosidad y desprecio, á los desgraciados condescendencia y humanidad, á todos buena fé y aquellos servicios que tus medios te permitan; pero todo esto debes concederlo sin fausto, sin vanidad y sin afectacion ninguna.

A despecho de tus buenas acciones y de tu prudente conducta debes contar con enemigos: la vanidad, el interés, la envidia, la desconfianza y la maldad pueden crearte muchos sin culpa tuya, y cree que es peor para tí que los malos no te miren de reojo y que los hipócritas no te desacrediten. No proporciones á estos pícaros el gusto de haber turbado tu tranquilidad lo cual los haría mas audaces: sino reflexiona que las mentiras contra una conducta constantemente honrada y regular, son saetas de humo que no abren brecha: el polvo que la maldad levanta para envolver la virtud se disipa muy luego, y la virtud aparece mas brillante.

Muchas veces lograrás desvanecer la prevision agena si en vez de irritarte pronto y dar pruebas de enesmistad no te desdeñas de ofrecer esplicaciones acerca de tu conducta, ó bien buscas la intervencion de personas prudentes y discretas que espongan tus razones callan-

do tu resentimiento. Aun cuando no lo consigas, ten presente que los enemigos son muchas veces útiles porque avisándonos nuestros defectos, nos dicen una verdad y se convierten en nuestros preceptores sin necesidad de satisfacerles su trabajo.

Falta solo que te indique un precepto que quizás te sorprenda, pero que es necesario. Guárdate de no tener defectos: muy pocos convendrán en tus bellas prendas si no les das el gusto de notar en tí alguna debilidad, por que la medianía envidiosa necesita hablar mal como el buey necesita rumiar. Para salvar la vida dar el dinero al ladron, para salvar tu buen nombre proporcionas algun alimento á la maledicencia. Quisiera no obstante que tus defectos y tus debilidades procedieran de la bondad de tu ánimo sin alterar el sistema de los deberes, quisiera que de tus labios saliesen rasgos parecidos al de la señorita de Lamoignon, la cual, oyendo que Despreaux ponía en parangon, no sin ridicudizarlo, la gordura y la escelente salud de un predicador con la doctrina austera y de mortificacion que recomendaba en el púlpito, contestó con amable sencillez: Oh! Pues sabed que segun dicen se va poniendo flaco.

FIN.



132  
133  
134  
135  
136  
137  
138  
139  
140  
141  
142  
143  
144  
145  
146  
147  
148  
149  
150  
151  
152  
153  
154  
155  
156  
157  
158  
159  
160  
161  
162  
163  
164  
165  
166  
167  
168  
169  
170  
171  
172  
173  
174  
175  
176  
177  
178  
179  
180  
181  
182  
183  
184  
185  
186  
187  
188  
189  
190  
191  
192  
193  
194  
195  
196  
197  
198  
199  
200  
201  
202  
203  
204  
205  
206  
207  
208  
209  
210  
211  
212  
213  
214  
215  
216  
217  
218  
219  
220  
221  
222  
223  
224  
225  
226  
227  
228  
229  
230

# ÍNDICE.

	Pág.
Cuatro palabras. . . . .	5
<b>LIBRO PRIMERO.—Cortesania genera'.</b> —CAPÍTULO PRIME- RO.—Actos inurbanos ó molestos á los presentes. . . . .	7
CAPÍTULO II.—Actos que molestan la memoria, los deseos y el amor propio de los demás. . . . .	12
CAPÍTULO III.—Actos inconvenientes ó degradantes para nosotros mismos. . . . .	32
CAPÍTULO IV.—Cortesía relativamente á la mesa. . . . .	43
CAPÍTULO V.—Limpieza en los vestidos y apología de la moda. . . . .	59
CAPÍTULO VI.—Condiciones físicas intelectuales y morales del discurso y de la conversacion. . . . .	72
CAPÍTULO VII.—Saludos, cumplidos y visitas. . . . .	84
CAPÍTULO VIII.—Cartas . . . . .	96
<b>LIBRO SEGUNDO.—Cortesania con los niños.</b> . . . .	99
CAPÍTULO II.—Cortesía con los ancianos y con las mu- jeres. . . . .	106
CAPÍTULO III.—Cortesía con los amigos. . . . .	111
CAPÍTULO V.—Cortesía con los inferiores. . . . .	115
CAPÍTULO VI.—Cortesía de los súbditos para con los ma- gistrados. . . . .	119
CAPÍTULO VI.—Cortesía de unas naciones á otras. . . . .	123
Respuesta á una objecion. . . . .	130
<b>LIBRO TERCERO.—CAPÍTULO PRIMERO.—Origen de las reu- niones y conversaciones. . . . .</b>	132

CAPÍTULO II.—Juegos de sociedad. . . . .	152
CAPÍTULO III.—Deberes en reuniones y conversaciones. . . . .	156
CAPÍTULO IV.—Defectos en las reuniones y conversaciones. . . . .	175
CAPÍTULO V.—Disputas.. . . . .	192
CAPÍTULO VI.—Sátira cortés. . . . .	199
CAPÍTULO VII.—Chistes.. . . . .	204
LIBRO CUARTO.—CAPÍTULO PRIMERO.—Ojeada histórica. . . . .	214
CAPÍTULO II.—Escasez de placeres civiles en los pasados siglos. . . . .	217
CAPÍTULO III.—Esesos en el comer y en el beber durante los pasados siglos. . . . .	222
CAPÍTULO IV.—Esesos en las diversiones corporales. . . . .	228
CAPÍTULO V.—Eseso en los juegos de azar durante los pasados siglos. . . . .	236
CAPÍTULO VI.—Eseso en la corrupcion de costumbres en los pasados siglos. . . . .	239
Eseso de la infelicidad social durante los pasados siglos. . . . .	249
CAPÍTULO VII.—Insultos á la pública decencia durante los pasados siglos. . . . .	258
CONCLUSION.—Tienes la mesa puesta, come lo que te guste. . . . .	260





# MOSAICO

LITERARIO EPISTOLAR

PARA EJERCITARSE LOS NIÑOS EN LA LECTURA  
DE MANUSCRITOS.

Con aprobacion de la Autoridad Eclesiástica.

2.<sup>a</sup> edicion, notablemente refundida.

Coleccion de autógrafos de Aribau, Arélas, Balmes, P. de Bofarull, Catalina, Cortada, Donoso Cortés, Madoz, Martínez de la Rosa, Nata Gayoso, Pachot (Ortiz de la Vega), P. Piferrer, Roca y Cornet, Selgas, y escritos originales, autógrafos tambien, de los Sres. Amado Larrosa, Arce Bodega, Balaguer, Barallat, Bastús, Bauluz, Bofarull (D. M.), Breton de los Herreros, Campoamor, Borao, Camps y Fabrés, Carderera, Codina, Coll y Vehí, Fernan Caballero, Fernandez, Ferrer del Río, Feu, Fernandez Arrea, Fonoll, Gatell, Gay, L. M. de Larra, Lladó, Lopez Catalan, Manjarrés, Marco, Mendoza de Vives, Mestres, de Miguel, Miquel y Badía, Millá y Fontanals, Miró, Molés, Monlau, Nuñez de Arce, Olivan, Pascual de Sanjuan, Puig y Sevall, Ribó, Riotard, Rispa, Rubió, Sala, Sinués de Marco, Tejada, Trias, Yeves y Zabala.

—Además, comprende esta obra una seccion de cartas familiares de todo género, escritas algunas con muy buen carácter de letra y otras de comerciales, escritas estas últimas por personas versadas en el comercio, cuya seccion termina con modelos de recibos, cartas pagares, cuentas, facturas, letras de cambio y aplicacion de las mismas y cuentas de resaca.

Forma un volumen de 160 páginas en 8 en la librería de sus editores, á 5 rs. ejemplar docena.